

FELIPE BOTAYA

# KRONOS

LA PUERTA DEL TIEMPO

EL ARMA MÁS PODEROSA DEL III REICH

Lectulandia

El general de las SS Dr. Hans Kammler tiene una misión extremadamente difícil: el proyecto secreto para conseguir el Arca de la Alianza.

El proyecto secreto más importante del III Reich, dirigido por el general Hans Kammler, llevó a los nazis al desarrollo de la ingeniería del tiempo para crear una máquina que viajara a Etiopía y obtener una poderosa reliquia, el Arca de la Alianza. Su misión: trasladarla a Normandía antes del famoso día D y evitar la invasión aliada.

Horst Bauer sabe que su misión es extremadamente difícil, pero su patria exige lo mejor de él y sus hombres. Tras varias operaciones en diversos periodos históricos, por fin le ordenan llevar a cabo la misión que puede cambiar el curso de la Historia. Debe viajar a Etiopía antes del año 1000, apoderarse del Arca de la Alianza y llevarla hasta el año 1944 para detener la invasión de Normandía en las mismas playas. Su equipo está reforzado por comandos de Otto Skorzeny que viajan hasta Francia dos semanas antes del desembarco y preparan la defensa con el conocimiento adquirido de lo que pasó. Ahora solo les queda esperar... El tiempo, como nunca, juega a su favor.

**Lectulandia**

Felipe Botaya

# **Kronos. La puerta del tiempo**

**El arma más secreta del III Reich**

ePUB v1.0

Dirdam 03.06.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Kronos. La puerta del tiempo. El arma más secreta del III Reich*

Felipe Botaya, 2008

Ediciones Nowtilus S.L.

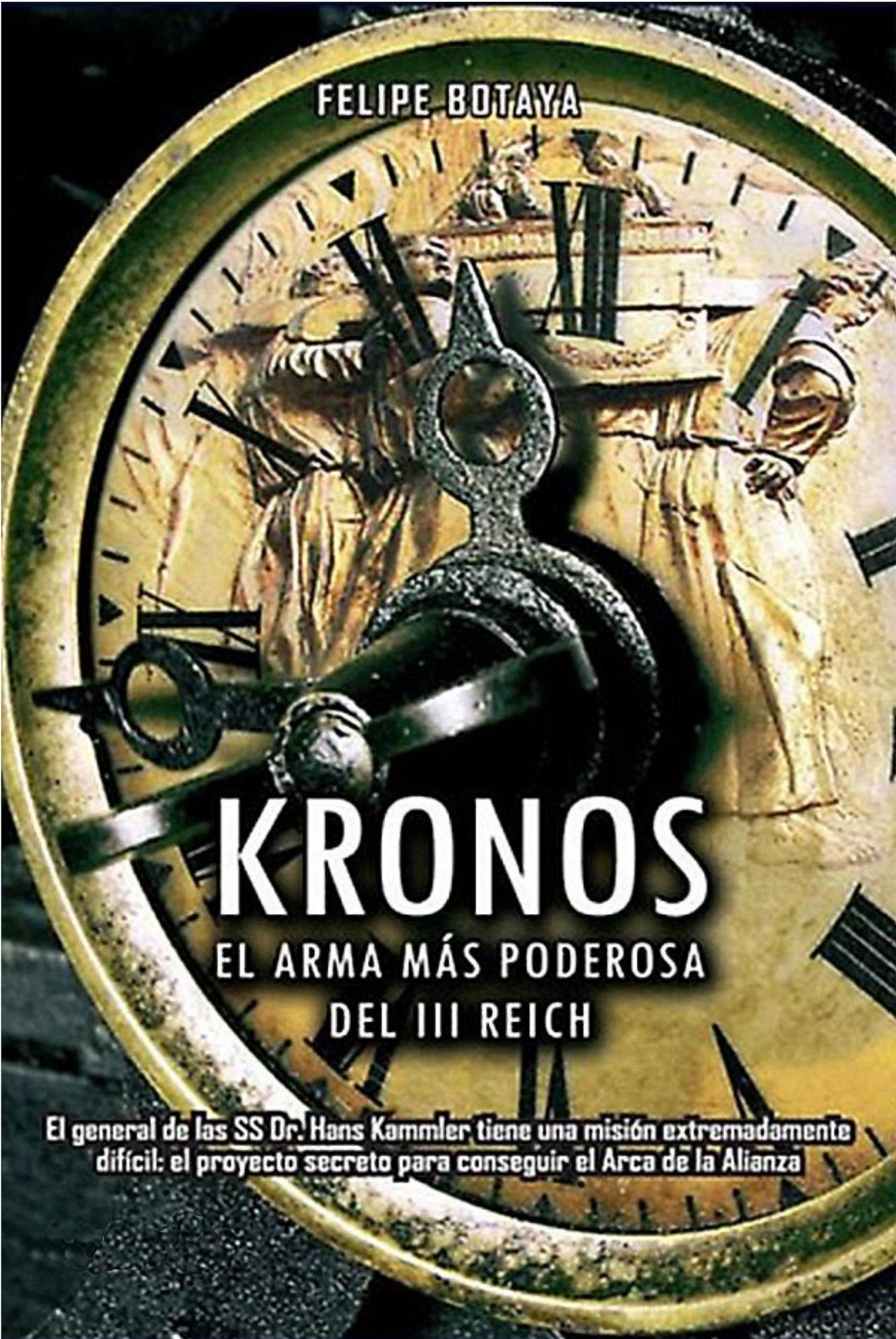
Diseño y realización de cubierta: Carlos Peydró

ISBN: 978-84-9763-559-2

Editor original: Dirdam (v1.0)

ePub base v2.0

Este libro está dedicado a Cristina, mi mujer,  
y a mis hijos Felipe, Beatriz, Pepe y Tomás.



FELIPE BOTAYA

# KRONOS

EL ARMA MÁS PODEROSA  
DEL III REICH

El general de las SS Dr. Hans Kammler tiene una misión extremadamente difícil: el proyecto secreto para conseguir el Arca de la Alianza

# I. Un paseo por la jungla

Levantó su pie con dificultad. Le pareció haber pisado algo que crujió bajo su bota. Pensó que sería otro de esos crustáceos. Unas burbujas salieron del orificio que había dejado su calzado. Olía mal. Parecía el hedor de la descomposición de plantas o algún tipo de flora que estaba por debajo de la superficie y que no se veía. Un enorme pegote de barro estaba incrustado en su bota, como si fuese pegamento. Aquel barrizal era insoportable, y caminar por él una tortura. No había parado de llover desde que habían sido trasladados y los rayos y truenos eran de una violencia increíble. La repentina iluminación que provocaban les hacía ver sombras que parecían moverse y que hacían presagiar todo tipo de peligros inimaginables. Los uniformes estaban empapados a pesar de estar cubiertos por ropa impermeable, y resultaba muy incómodo. Todos deseaban poder parar en algún momento, descansar y secar el equipo.

Helechos y ramas les golpeaban la cara y el cuerpo mientras avanzaban lenta y penosamente en una jungla muy diferente a las que conocían. Extrañas plantas pequeñas alrededor de los helechos resbalaban como si fuesen manchas de aceite. Varios hombres habían sufrido caídas, aunque sin más consecuencias. Horst, en cabeza, trataba de ver a través de la noche que había caído sobre ellos como una losa, dificultando la marcha aún más. Las linternas iluminaban en varias direcciones, y la ansiedad se iba reflejando en los rostros del pequeño grupo. El que iba en último lugar, Georg, iluminaba hacia atrás su potente linterna para ver cualquier amenaza que pudiera aparecer repentinamente tras ellos.

El calor era muy elevado y respiraban con cierta dificultad, ya que la pureza del oxígeno era muy alta. Llevaban unas máscaras especiales de submarinista que, por el momento, ninguno de ellos había utilizado. Horst indicó que se detuviesen, ya que parecía haber visto algo frente al grupo. Todos observaron aquello a lo que su compañero señalaba. Una inmensa cueva estaba frente a ellos, a unos 200 metros de distancia. La negra e inmensa entrada se iluminaba acompasadamente con los furiosos rayos que, estrepitosamente, seguían cayendo. La cueva estaba sobre un terraplén, que sin dificultad sobrepasaron y que les condujo hasta la misma boca de la caverna.

—Pasaremos aquí la noche. Espero que la tempestad termine pronto y podamos seguir mañana hasta la zona de traslado. Ya casi hemos acabado nuestro trabajo aquí.

Horst dejó su equipo en el suelo, ya resguardado de la lluvia. Sus hombres le imitaron con alivio, sacándose las botas inmediatamente. Pronto estuvieron todos sentados alrededor de un fuego que pudieron hacer con extraños troncos dotados de púas muy puntiagudas. Había que tener mucho cuidado al manipular aquellos troncos. De uno de ellos surgió un gusano de color marrón oscuro, de la clase

ciempiés, que rápidamente trató de escabullirse. Hermann se echó hacia atrás al ver al gusano, que fácilmente podía medir unos 20 centímetros. El doctor Richard Langert, biólogo, logró capturar al animal con unas pinzas que utilizó con gran destreza, y lo introdujo en un recipiente plástico que cerró herméticamente.

—No podría haberme imaginado un bicho como ese. ¿No te da asco?

El geólogo, Heinz Seeger, puso cara de rechazo mientras observaba cómo el gusano se movía en el frasco. Sus patas producían un sonido chirriante muy desagradable, mientras intentaba incansablemente salir de su presidio.

—Hay gusanos muy parecidos en el sudoeste asiático, aunque son más pequeños. Tenemos algunos ejemplares conservados en formol en la universidad. Son de la familia artrópodos y del grupo anélidos. Por lo que observo, diría que este es del tipo Polychaeta. Sin embargo, este ejemplar es muy interesante y ya está muy evolucionado —afirmó el doctor Langert con seguridad, mientras lo observaba—. Es más oscuro y está dotado de lo que parece un pico. Ya lo analizaré con tranquilidad cuando regresemos. Me gustaría ver uno de esos de tamaño casi humano. Creo que podemos encontrarlos por aquí...

—Prefiero no pensar en un gusano como este del tamaño de un hombre —Horst también miró con cierta repulsión el ejemplar que doctor Langert miraba embelesado, con ojos de investigador ante un gran descubrimiento.

Este se giró hacia sus compañeros.

—Lo comprendo, pero conseguir ejemplares vivos de la flora y la fauna es una de nuestras misiones —remató, dejando el frasco dentro de su mochila metálica de aluminio—. Es el traslado más alejado que hemos conseguido y hay que aprovecharlo.

Tras haber inspeccionado la caverna, que resultó ser más pequeña de lo que imaginaban, Horst se situó delante de sus hombres.

—Bueno, ahora acomodaos lo mejor posible y tratad de descansar. Yo haré el primer turno de vigilancia y dentro de dos horas me sustituirá Klaus; luego lo hará Georg y, por último, Hermann. Según los cálculos ya será de día para entonces y podremos seguir nuestro camino; luego seremos trasladados. Ya sabéis que los días son más cortos en este escenario.

Todo el grupo, ocho hombres, se dispuso a disfrutar de un reconfortante sueño junto al fuego mientras Horst preparaba su arma y se colocaba junto a la entrada de la cueva. El traslado a la zona seleccionada había sido difícil y más de uno de ellos había sufrido mareos y malestar general. Ahora todos estaban bien, pero el sistema de traslado debería ser mejorado. Entrañaba demasiados problemas, aunque funcionaba muy bien en términos temporales y de localización. Se colocó su mira nocturna infrarroja VAMPYR, que por el momento dejó elevada sobre su frente.

Horst miró su reloj *Glycine* especial. En menos de 25 horas serían retirados de la

zona. Tenían tiempo, ya que se hallaban a unas 20 horas del lugar de traslado y, salvo imprevistos, la misión estaba llevándose a cabo sin contratiempos. Era curioso ver aquel paisaje que los potentes rayos iluminaban a intervalos más distantes cada vez. La tormenta iba amainando. Desde luego, aquel traslado había sido el más arriesgado hasta ese momento en todos los aspectos. Recordaba el primero, hacía ya tres meses. No había implicado demasiados problemas y, como en todos los traslados, el general doctor SS Kammler había estado presente y le había ordenado realizar su misión sin contratiempos y lo más rápidamente posible. El *Hauptsturmführer* Horst Bauer siempre había llevado a cabo sus misiones sin dudar, a pesar del componente desconocido que implicaban. Sus hombres tenían una fe absoluta en él. De hecho, Georg, Klaus y Hermann le habían acompañado desde el primer traslado. El resto del grupo pertenecía a las SS científicas y dentro de estas, a las áreas de biología, geología y astronomía. Eran muy buenos y se estaban comportando perfectamente a pesar de las dificultades. Los científicos siempre eran diferentes, pero poseían un altísimo nivel de conocimiento.

Se giró hacia sus hombres y le tranquilizó el hecho de que parecieran dormir profundamente. La lluvia prácticamente había terminado y una bóveda celeste, llena de estrellas y espectacularmente brillante, ofrecía un espectáculo único e irrepetible. El pavonado negro de su STG44 brillaba a la luz de aquel cielo nocturno. La comprobó una vez más: estaba en orden. Se oían los sonidos típicos de cualquier jungla, aunque aquella tenía elementos que la diferenciaban de las que había estudiado antes de venir hasta aquí. Su mira infrarroja le proporcionaba visión en las zonas próximas que permanecían oscuras por la noche. Elevó de nuevo la mira sobre su frente. Podía ver el inmenso volcán activo a bastantes kilómetros de su posición. Sin embargo, comprobó con la brújula que estaba hacia la zona a donde debían dirigirse al día siguiente para el traslado. Era el mismo que habían visto al llegar. Esperaba que no fuese un problema para la misión. Con el contraste de la luz del volcán, pudo observar varios insectos parecidos a las libélulas volando en grupo y pasando no muy lejos de donde él se encontraba. Eran más grandes que las que había visto en su niñez en Alemania. Eran increíbles.

Notó que alguien estaba detrás de él. El doctor Joseph Noske, el astrónomo, se aproximó hasta donde estaba Horst. Llevaba lo que parecía un sextante en la mano y otros aparatos que no supo identificar, pero que evidentemente estaban ligados a las mediciones astronómicas.

—Veo que ha dejado de llover. Hay una luz nocturna excelente y quiero aprovechar esta noche, Horst. Ayer no pude, y sospecho que hay algo muy importante ahí arriba.

Horst afirmó con la cabeza las palabras de Joseph. Este desplegó en un pequeño terraplén un trípode telescópico que portaba en una bolsa impermeable. Horst le

observaba un poco más atrás. Comprobó la nivelación y, seguidamente, colocó lo que parecía un teodolito en la cúspide superior del soporte.

—La claridad es sensacional y permite una observación muy nítida. Este es un cielo único y podré comprobar mediciones que hasta ahora siempre han sido teóricas.

Comenzó sus observaciones, combinando aparatos manuales con el aparato que soportaba el trípode. Iba tomando notas en un bloc y ajustando su maquinaria de medición. El trípode disponía de una pequeña base de madera en la que iba depositando el material que iba utilizando. Cambió lo que parecía el teodolito sobre el trípode por un telescopio muy moderno que se desplegaba como el catalejo de un pirata. Unas pequeñas luces se encendieron en el telescopio, indicando que el aparato estaba listo. Lo instaló sin dificultad y continuó con sus observaciones.

Sacó de una bolsa un libro, otro bloc lleno de apuntes y lo que parecían ser complejos cálculos astronómicos y dibujos de trayectorias planetarias y ubicación de estrellas en el firmamento. Su cabeza se movía afirmativamente mientras comprobaba los cálculos que estaba haciendo en ese momento con los que parecía llevar anotados en el bloc y las páginas del libro que tenía abierto. Horst sentía curiosidad por lo que Joseph estaba haciendo y, sobre todo, por lo que parecía una confirmación de cálculos.

—¿Alguna novedad, Joseph? —preguntó mientras observaba los alrededores con la mira VAMPYR. La puso de nuevo sobre su frente.

—¡Es increíble, Horst! —la cara del doctor Noske demostraba una gran satisfacción—. No he terminado los cálculos todavía, pero todo lo que he ido comprobando hasta ahora confirma algo que ya los antiguos sabían y que nosotros hemos recuperado de esa ciencia antigua: ¡la existencia del planeta número 12, llamado Marduk, y que tiene una órbita excéntrica con respecto al Sol!

Realmente, el doctor en astronomía estaba muy excitado por la certificación de sus cálculos y, sobre todo, porque confirmaban una ciencia antigua despreciada por toda la comunidad científica internacional u «oficial».

—Eso es increíble, Joseph. ¿Qué sabes de ese planeta? —Horst se mostró interesado por la espectacular noticia. Joseph sonrió y comenzó a explicar la existencia del duodécimo planeta del sistema solar.

—Bueno, Horst, es una historia larga e intentaré resumirla: los sabios antiguos llamaban a Marduk el planeta intruso que tenía en su órbita varias lunas. Una de ellas colisionó con uno de los planetas estables del sistema solar, partiéndolo en dos. Una mitad se desintegró y dio lugar al cinturón de asteroides, y la otra mitad pasó a ser la Tierra, que se quedó con uno de los satélites de Marduk, nuestra actual Luna. Suena increíble, pero no tengo dudas de que es verdad.

La Luna brillaba con intensidad en esa atmósfera limpia. Se apreciaban a simple vista los accidentes geográficos y los cráteres. Casi se diría que estaba más cerca de

lo habitual.

El doctor Noske continuó con su relato.

—El planeta Marduk según los babilonios, también llamado Nibiru según los sumerios, también el «planeta del millón de años» según los egipcios o Ajenjo, como en el Apocalipsis, es un gigante seis veces mayor que Júpiter que adquirió una órbita de cometa, es decir, excéntrica con respecto al Sol. Por ello, cada 3.666 años se acerca a nuestro planeta. Lo más importante para nosotros es tener presente que cada tres pasadas, es decir, cada 10.998 años cruza más cerca de la Tierra. Según los sumerios, nuestro sistema solar consta de 12 cuerpos celestes: el Sol, la Luna y diez planetas, no nueve. Este sistema solar, con nuestro Sol en el centro, aparece con todo detalle en un sello sumerio cilíndrico de una antigüedad de 4.500 años. Fue encontrado por un arqueólogo alemán y está en el Museo Estatal de Berlín, con la referencia VAT/243. Hoy está en nuestra base antártica y ha sido estudiado en profundidad. Según ese sello cilíndrico sumerio, el planeta número 12 se llamaba Nibiru, «El planeta de tránsito». Su símbolo es la cruz. Tiene una gran órbita elíptica, como un cometa, y se acerca a nuestra vecindad, entre Marte y Júpiter, como ya te he comentado, cada 3.666 años aproximadamente.

Noske sabía muy bien de qué hablaba y Horst estaba sorprendido.

—Los sumerios ya habían calculado su existencia, en la que nosotros no hemos creído hasta ahora. La Ley de Bode, formulada en el siglo XVIII, establece una proporción matemática que determina la distancia de cada planeta con el Sol y señalaba, ya entonces que, a la distancia a la cual se encuentra actualmente el cinturón de asteroides, debió existir un planeta en el pasado.

Noske sonrió.

—Piensa, Horst, que durante los últimos doscientos años el descubrimiento de nuevos planetas se ha debido más a los cálculos matemáticos que a la creación de telescopios mayores y más potentes. Sabemos que las órbitas de Neptuno, Urano, Plutón e incluso de Saturno denotan ciertas anomalías e irregularidades gravitatorias que indican claramente la interacción de otro planeta en nuestro sistema solar. Ese planeta es Nibiru, estoy totalmente seguro.

El doctor Noske miró los abundantes datos apuntados en una de las libretas.

—La excéntrica trayectoria cósmica de Marduk ha dado lugar a una serie de cataclismos de diversas intensidades como glaciaciones, hundimientos de continentes, surgimiento del fondo del mar, diluvios o desaparición de especies. Esto ya lo habíamos comprobado en nuestras expediciones a la Antártida y a través de nuestras bases fijas allí, como es el caso de la Base 211, estando la magnitud de la catástrofe en relación directa con la distancia a la que Marduk pasa con respecto a la Tierra. Para un planeta de ese colosal tamaño, la palabra «cercanía» hay que entenderla en proporciones astronómicas y es bastante más alejada que la de la Luna

con respecto a la Tierra.

Joseph señaló a nuestro satélite.

—Durante el diluvio que la Biblia explica, esa «cercanía» hizo que la Tierra se saliese de su órbita y perdiera su verticalidad, dejándola con una inclinación de 23,5°. La pasada cósmica que se avecina, al parecer la más catastrófica, será a partir del año 2010, y haría que la Tierra volviese a su verticalidad de manera brusca, dando lugar a un gran y violento terremoto planetario con hundimientos de tierra, salidas de mar, surgimiento de fuego tipo volcán, con la expulsión a la atmósfera de tal cantidad de partículas de todo tipo que la Tierra quedaría absolutamente oscura, aun en los lugares que estuvieran a pleno día. Estas partículas, por electricidad estática y de otro tipo, como la ionización inducida por el propio Marduk, al friccionarse entre sí producirían chispas, rayos y centellas que asolarían totalmente la superficie terrestre quemando todo y no dejando nada sobre la faz de nuestro planeta, en el que quedaría tan sólo vacío, soledad y desolación.

Horst estaba asombrado por lo que su compañero le iba explicando.

—¡Pero eso es tremendo y es el final de la Tierra! ¿No tenemos forma de evitarlo?

Joseph miró el libro que tenía entre sus manos.

—Horst, los sumerios ya nos advierten sobre este cataclismo en sus tablillas de arcilla y nos piden que estemos preparados. Es extraordinario, pero se lo dicen al hombre presente, a nosotros, para que nos preparemos mentalmente. Nosotros, las SS científicas, ya hemos detectado desde la Antártida y la propia Alemania que ya se dan cambios sutiles en los movimientos de la Tierra, que indican una aproximación de Marduk a nuestro planeta. Hemos de saberlo con datos objetivos para que los científicos no duden de ello y se preparen, si no, será muy tarde. Con la información que estamos consiguiendo en este traslado podremos ponernos en marcha y tomar las medidas necesarias. Calculamos que se acercará de nuevo a la Tierra muy pronto en términos espaciales, hacia el año 2012. Esta cifra que hemos calculado coincide con la del calendario de la civilización olmeca, que también conocía de la existencia del planeta gigante.

Horst volvió a ajustarse su mira VAMPYR. Todo seguía en orden. Se sentó en una piedra.

—No puedo creerlo, estamos condenados a la desaparición. Perderemos todo lo que hayamos podido crear y desarrollar.

—Esos son nuestro cálculos, Horst, y creo que son correctos —Joseph seguía con su trabajo de observación y medición—. Esta noche estoy viendo el planeta Marduk, y es real. Mira a través del telescopio.

Horst miró a través de la lente. Un punto muy brillante destacaba. Una tonalidad verdosa se observaba sin dificultad, aunque no proporcionaba más detalles. Se apartó

del aparato y miró directamente. Marduk destacaba claramente sobre el resto de puntos brillantes. Calculó a simple vista que el planeta, en comparación relativa con nuestro satélite, era alrededor de un 2% del tamaño de la Luna. Debía de ser inmenso, y Joseph parecía tener razón. Le embargó una gran desazón.

Joseph, desde su posición frente al trípode, seguía su explicación.

—La posición de Marduk que estamos viendo en este momento indica que se va aproximando a nuestro planeta y que, en poco tiempo, se iniciarán cataclismos incontrolados en toda la superficie. ¿Has observado la violencia de la lluvia y ese volcán en plena actividad? Eso es lo que vemos desde aquí, pero no tengo dudas de que es a nivel general. Lo sospechaba desde que llegamos y hoy he podido comprobarlo sin ninguna duda.

—¿Y cuándo llegará el cataclismo? —preguntó azorado Horst.

—Creo que está empezando y todavía con poca intensidad. Van a desaparecer muchas especies que serán sustituidas por otras, que serán la evolución de las anteriores y, como es lógico, aparecerán nuevas también. También tendrá influencia en términos geográficos —Joseph tomó notas mientras hablaba—. Por ello, vale la pena obtener muestras de todo tipo que podamos encontrar y podamos transportar a Alemania.

Joseph dibujó la bóveda celeste que se observaba en ese momento con todo detalle. También tomó varias fotos que se sumaban a las que ya había hecho desde que llegaron. Su cámara *Leica* llevaba un motor que iba desplazando el carrete automáticamente, por lo que resultaba muy cómoda. Era un modelo militar diseñado para la misión y que, además, era sumergible.

En ese momento, Klaus se unió al grupo.

—Cambio de guardia —dijo sonriendo.

—No me había dado cuenta de que ya han pasado dos horas —exclamó Horst, mirando su reloj.

Se levantó y se dirigió al interior de la caverna. Joseph Noske seguía con su trabajo, aunque parecía que acabaría pronto. Klaus comprobó su arma y se ajustó su mira VAMPYR. Todo estaba en orden, y hacía calor.

Horst se durmió sin dificultad, a pesar de que su mente daba vueltas a lo que acababa de escuchar. Su familia apareció en su mente... ¿Qué sería de ellos ahora? El sueño le venció.

El tableteo de la ametralladora de Klaus despertó a todos de forma violenta. Un ruido de difícil descripción se oía en la entrada de la caverna. La voz de Klaus pedía ayuda desesperadamente. Sin saber qué pasaba exactamente, el grupo militar de la expedición, formado por Horst, Hermann y Georg, ya había empuñado sus armas y se dirigía rápidamente a la entrada de la cueva, donde Klaus estaba enfrentándose a algo desconocido. La luz nocturna permitía vislumbrar que la escena que tenían delante

era increíble. Dos gusanos ciempiés, de casi tres metros de largo, se hallaban en posición vertical y Klaus estaba atrapado entre las patas y el abdomen de uno de ellos. Sus gritos reflejaban un horror indescriptible. Rápido como el rayo, Horst descargó su cargador en lo que parecía la cabeza del gusano que había atrapado a su compañero. De inmediato, el animal soltó su presa. Klaus cayó al suelo y se alejó lastimosamente de su captor que cayó pesadamente junto a él. Hermann y Georg acabaron con el segundo animal sin problemas.

—¿Qué ha pasado, Klaus? —preguntó Horst, ayudando a su compañero a incorporarse.

—Ha sido rapidísimo y han pasado por encima de mí, reptando por la pared, hasta que se han abalanzado sobre mí. No me he dado cuenta, no hacían ruido —describió, entre jadeos, Klaus.

—No te preocupes, Klaus. Lávate un poco y deja que curemos algún rasguño que tienes. Creo que hemos llegado a tiempo.

El resto del equipo apareció en el lugar.

—Doctor Langert, ahí tiene a los gusanos de tamaño humano que solicitaba —indicó Horst, señalando a los gusanos abatidos.

El doctor Langert estaba asombrado ante la visión de los descomunales animales, comparados con los gusanos que él conocía hasta ese momento. Doctor Noske sacó su cámara, preparó el flash y tomó fotos de los cadáveres desde varios ángulos. Hermann se puso junto a ellos para que pudiesen compararse sus tamaños. Richard cogió dos frascos vacíos y un bisturí. Cortó pequeños pedazos de los gusanos y muestras de sus patas y lo guardó todo herméticamente en los botes.

—Lo analizaré a nuestro regreso. Puede servirnos para comprender el gigantismo de estos animales —las muestras de las que disponían eran muy numerosas y representaban una gama espectacular de flora, fauna y geología. También habían recogido muestras de aire y agua. Tenían mucho trabajo de análisis y estudio por delante.

—Qué curioso —dijo de repente el doctor Langert—. Parece que han atacado siguiendo un patrón de caza en grupo. Pero eso es imposible. ¡Son solo gusanos!

Nadie hizo ningún comentario, pero lo que decía el doctor Langert parecía cierto.

El nerviosismo de la situación ya no les permitió conciliar el sueño nuevamente, aunque lo intentaron. Según el horario eran las cinco de la mañana y el grupo estaba deseoso de seguir su ruta y ser trasladado lo antes posible. Horst dio orden de continuar y todo el grupo abandonó la caverna ordenadamente. Sortearon los cadáveres de los dos gusanos que ya comenzaban a ser devorados por pequeños insectos que habían aparecido inmediatamente.

De nuevo se vieron condenados a abrirse paso entre la maleza. Volvía a ser un sacrificio traspasar aquel muro vegetal que parecía interminable. El rugido del volcán

iba apreciándose con más fuerza a medida que avanzaban. La lluvia hizo de nuevo su aparición cuando llevaban ya dos horas de camino. El reloj de Horst indicaba que faltaban once horas para el traslado y deberían encontrarse en unas coordenadas determinadas, hacia el sur de la posición en la que se encontraban en ese momento. Hermann y Georg, en la cola del grupo, ayudaban a llevar los bultos de las muestras científicas que ya representaban un volumen y un peso considerables. Pero era lo más importante de la operación. Aquel traslado y las muestras debían ser pruebas palpables de los indicios que se habían calculado teóricamente en los laboratorios y universidades de toda Alemania, que en este tipo de investigación dependían de las SS científicas y, sobre todo, del *Ahnenerbe SS*, llamado también «Ministerio de lo Oculto». Este negociado de las SS basaba su trabajo en la búsqueda alrededor del mundo de pruebas y evidencias de sabiduría antigua y todo tipo de artefactos y tecnologías olvidadas.

Dos libélulas enormes pasaron zumbando sobre el grupo. No se diferenciaban aparentemente de sus parientes más pequeñas que todos conocían, aunque asustaban por su tamaño y su rápido vuelo. El doctor Joseph Noske tomó unas instantáneas de los insectos con su cámara *Leica*. El motor del bobinado sonaba rápidamente, logrando una serie de fotos que, seguramente, serían sensacionales una vez reveladas. Las libélulas desaparecieron en dirección contraria al grupo.

—¡Esto es increíble! —exclamó el doctor Langert, que también había hecho fotos con su cámara *Leica* especial, girándose hacia sus compañeros—. He tomado notas y he hecho fotos de todo lo que hemos visto y hemos podido recoger y vamos a revolucionar muchos de nuestros conocimientos y principios científicos...

De repente, la tierra remojada cedió a su paso y Langert cayó por un terraplén de barro, de forma imparable, hacia lo que parecía un lago. En su caída el doctor fue golpeándose con ramas y plantas de todo tipo. Con estrépito, cayó en las silenciosas y quietas aguas del lago. Perdió su piolet, que se hundió para siempre en el barro. Sin él, salió a la superficie con dificultad y, mientras gritaba en dirección a sus compañeros, comenzó a nadar penosamente hacia la orilla. El pesado equipo que portaba y la ropa mojada no facilitaban la natación. Rápidamente, aunque con sumo cuidado, Horst y Hermann comenzaron a bajar por el angosto terraplén que el paso del cuerpo de su compañero había dibujado entre la maleza. Su cámara *Leica* estaba cogida a una rama llena de espinos. Hermann separó las ramas y cogió la cámara, mientras Horst seguía bajando. El doctor Langert ya casi había llegado a la orilla. Un movimiento en el agua delató la presencia de algo que se movía con rapidez en su dirección y que emitía burbujas en su avance.

Horst preparó su pistola Walther P38 y disparó en dirección a la abultada forma que iba perfilándose hacia la orilla.

—¡Rápido, doctor, salga del agua! —Horst llegó hasta él y le ayudó—. ¡Apártese

de la orilla y suba, rápido!

Mientras el doctor comenzaba a subir ayudado por Hermann, un bufido se oyó nítidamente entre el aguacero que seguía cayendo sin reposo. Seguidamente, lo que parecía un géiser surgió del agua, mientras una enorme forma iba saliendo con estrépito. Era un ofidio de un tamaño espectacular, aunque de aspecto muy primitivo. Se movía con rapidez. Los tres hombres trataban de subir con la máxima velocidad, pero el terraplén no facilitaba los movimientos rápidos. El grupo, que permanecía arriba, lanzó una cuerda en su dirección para ayudarles. Hermann y el doctor Langert pudieron asirse a ella y, casi a remolque, fueron izados hasta donde estaban los demás.

Mientras tanto, Horst cayó tras resbalar. En el inicio de su descenso, pudo asirse a una rama llena de espinos que se le clavaron provocándole un dolor tremendo en su mano izquierda y que rompieron parte de la manga de su uniforme. El ofidio comenzó a subir por el terraplén, imparable, hacia Horst. Con una calma increíble, este volvió a coger su pistola, apuntó y vació el resto del cargador en la cabeza del animal. El ofidio se detuvo, como impactado por un rayo, mientras recibía los 7 disparos de 9mm. Se retorció, aunque todavía intentó llegar hasta donde estaba Horst. Por fin se detuvo, emitiendo lo que parecía un resoplido y dejándose caer.

En ese momento, Georg llegó hasta él ayudándose con la cuerda.

—No te preocupes, ahora te subimos. Cógete aquí.

Ayudó a Horst que, penosamente, se libró de la planta y de los pinchos. Su mano izquierda sangraba abundantemente.

—Te curaremos al llegar arriba —añadió Georg mirando la mano de su compañero. Horst se sacó un pañuelo blanco que llevaba al cuello y se cubrió la mano con él. Comenzaron a subir, llegando sin dificultad a donde estaba el resto del grupo. Sin perder el tiempo, y tras limpiar y desinfectar la herida y extraer algunos restos de espinas, la mano de Horst fue vendada. El doctor Langert le aplicó una inyección antitetánica.

—Yo también me la he puesto, también tengo heridas. Más vale prevenir. No sabemos qué gérmenes podría tener esa planta.

Al terminar, el doctor miró a Horst.

—Quiero agradecerte tu ayuda. Me has salvado la vida. Ahora estaría en el estómago de esa serpiente y la verdad es que me gustaría acabar de otra manera. Gracias, Horst —sonrió.

Horst le miró.

—He hecho lo que cualquiera hubiese hecho por mí. No tengo ninguna duda. En un traslado como este nuestra interdependencia es absoluta. Gracias por tu cura. Ahora sigamos.

Se puso en pie y a la cabeza del grupo. Los demás le siguieron; la idea de llegar al

punto de traslado y salir de aquel infierno les daba nuevas energías.

—Aquí tiene su cámara, doctor Langert —Hermann se la dio. Con gesto de felicidad, se la colgó al cuello tras revisarla y ver que todo funcionaba bien.

—Pensaba que la había perdido, gracias Hermann —todo parecía volver a la normalidad. Incluso la lluvia parecía menos problema tras lo que habían pasado.

—Estamos a dos kilómetros del punto de traslado, Horst —indicó Hermann, tras calcular su posición y captar la señal de la radio-baliza en el punto de traslado.

—Muy bien, no perdamos tiempo.

Desde que habían sido trasladados a la zona habían realizado una inspección en un perímetro de unos 20 kilómetros. Ahora ya estaban volviendo al lugar de inicio. Un rugido del volcán les recordó la presencia de aquella amenaza que cada vez estaba más cerca. Una inmensa nube negra surgía de las entrañas de aquella mole descomunal. Afortunadamente, el viento y la lluvia, en sentido contrario a donde ellos se hallaban, impedía que toda la zona estuviese cubierta de cenizas.

—No me gusta —dijo lacónicamente el doctor Noske—. Parece que vaya a explotar de un momento a otro y os garantizo que, por el tamaño de este volcán, la explosión del Krakatoa en 1883 nos parecería un simple petardo de verbena.

El Krakatoa estaba situado en una de las muchas y pequeñas islas ubicadas en el llamado estrecho de Sunda, entre las islas de Java y Sumatra. En 1883, concretamente el 27 de agosto a las 10.02 de la mañana, explotó tras un tiempo en que su actividad iba en aumento pero que no hacía presagiar su explosión. Esta pudo escucharse a casi 5.000 kilómetros de la zona y la alteración del mar se percibió incluso en el Canal de la Mancha. El estallido provocó una ola gigantesca o *tsunami* que mató a casi 40.000 personas. Le siguieron más olas, de menor potencia, pero muy por encima de lo normal. Desaparecieron 160 poblaciones y el barco cañonero holandés *Berouw* fue llevado como un juguete a casi 5 kilómetros dentro de la jungla, donde permaneció muchos años varado irremediamente entre los árboles.

La idea de una explosión como aquella no tranquilizó al grupo. Se podían observar en la ladera del volcán lenguas brillantes de lava que iban saliendo por varios puntos con inusitada violencia y ruido. El cráter ya no daba para más y la lava iba abriéndose paso por los costados de la inmensa montaña. Parecía que el doctor Noske iba a tener razón. Fueron acelerando el paso inconscientemente. Pisaban pequeños animales e insectos de todo tipo, que infestaban el suelo de aquella jungla. Con la punta de su STG44, Georg apartó un insecto que se había posado en la espalda de Heinz Seegers, el geólogo del grupo. Cayó al suelo, y Georg lo pisó. Se oyó un crujido seco.

A la izquierda del grupo se veía un inmenso río de lava que, como un torrente y con un ruido infernal, iba en sentido norte. Debido a la lluvia, unas grandes nubes de vapor surgían del río de lava. Era la naturaleza en toda su potencia.

—¡Ya estamos llegando! —Horst señaló un punto frente a ellos.

Ya se podía ver la zona de traslado, que era como una pequeña meseta perfectamente identificable. La radio-baliza que habían dejado al llegar seguía emitiendo su señal y no parecía haber sufrido el ataque de ningún animal del entorno. Fueron subiendo por la ladera de la meseta y llegaron junto a la radio-baliza. Estaba sucia y cubierta por lo que parecía la baba de algún animal que, seguramente, había merodeado por allí y quiso saber qué era aquello.

También se veían, esparcidos por el suelo, pedazos de lava y roca que el volcán había arrojado en todas direcciones. Heinz Seegers tomó varias muestras que ya estaban frías y las puso en su mochila.

—Seguro que descubrimos cosas interesantes en estos testigos de la Historia.

Los demás miraban las piedras con curiosidad, pero sin más interés. Horst consultó su reloj.

—Trece minutos para el traslado —informó lacónicamente—. Revisad todo el material y sobre todo, no olvidéis nada. Podría haber variaciones incontroladas.

Joseph Noske sonrió.

—Tienes razón, pero no te preocupes, Horst, hemos dejado huellas por causas de fuerza mayor, como las balas. Tengo claro que la explosión de ese volcán borrará cualquier incidencia que hayamos podido causar en este entorno y en un radio muy superior al que hayamos podido llegar en nuestra visita. No habrá consecuencias para nosotros. De hecho ya hemos llegado hasta aquí, lo que demuestra que no hemos interferido en la Historia.

Horst asintió. Era verdad que ellos estaban allí. Todos revisaron sus mochilas y cajas de muestras. Todo a punto. Dejaron el material y las bolsas junto a la radio-baliza. El volcán era cada vez más amenazante y sus rugidos sonaban de forma espectacular. El nerviosismo era cada vez mayor en el grupo. Incluso hombres curtidos en combate como Klaus, Georg, Hermann o el mismo Horst tenían sus dudas de cómo podía terminar todo aquello. Lo del volcán no estaba en el programa cuando se preparó el traslado. Era el factor K, como llaman los militares a las incidencias de peso e incontrolables que no se han contemplado previamente y que pueden arruinar una operación. Aquel volcán era el factor K de la misión. Horst ordenó que se pusieran sus gafas de protección.

De repente, un potente chasquido eléctrico sonó con fuerza alrededor del grupo.

—Empieza el traslado —indicó Horst, que miró su reloj seguidamente. *Dos minutos sobre el tiempo previsto, pensó.*

Una luz potente y lo que parecía ser un arco voltaico rodeó al grupo al tiempo que aparecía y desaparecía. Súbitamente, y tras nuevos chasquidos, se formó ante ellos un arco de color brillante que flotaba en el aire. El arco dejó paso a una especie de semi-esfera que los cubrió a todos. Parecían estar dentro de una habitación, aunque podían

ver y oír todo lo que pasaba su alrededor. Las miradas eran de ansiedad. Fueron notando una rápida sensación de hormigueo desde los pies hasta la cabeza. Ahora vendría lo peor, ya que parecía que el cuerpo se rompía. Era muy desagradable.

Mientras notaban esa curiosa y molesta sensación, una inmensa explosión llenó todo el espacio a su alrededor. El volcán acababa de estallar. De repente, notaron cómo sus cuerpos eran estirados como por una fuerza descomunal. Era una experiencia única, pero también era una sensación horrible. No tenían noción del tiempo, ni del espacio en el que estaban. La semi-esfera en la que habían estado hacía unos segundos aparecía vacía. También desapareció. La terrible explosión alcanzó en ese momento la pequeña meseta, arrasando a su paso la vegetación, la fauna y todo lo que allí pudiese haber. El período carbonífero fue de los más violentos en la evolución del planeta, pero de eso hacía más de 300 millones de años...

## II. Un proyecto increíble

Horst se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Se incorporó ligeramente y vio a sus compañeros durmiendo todavía. Hermann se acomodó algo mejor y, sin despertarse, siguió con su plácido sueño. Los demás estaban totalmente inmóviles, pero se notaba su respiración acompasada. No había nadie más en la moderna sala médica en donde se encontraban. Había unas 20 camas, pero ellos eran los únicos pacientes. Todos estaban conectados, con sensores, a unas pantallas que indicaban el ritmo cardíaco y la respiración de cada uno de ellos. También llevaban una sonda, ya que durante un tiempo tras el regreso era necesario permanecer inmóvil. Los regresos y los protocolos de actuación con los participantes eran incómodos pero, según los doctores, necesarios.

Sintió un dolor punzante en brazos y piernas. Las extremidades, particularmente, sufrían con más incidencia los traslados en el tiempo. Los síntomas iban pasando, hasta desaparecer totalmente. Su mano izquierda ya estaba bastante bien, aunque seguía vendada. Los traslados siempre implicaban riesgo. Recordaba cómo en el primer traslado algo había ido mal y uno de sus compañeros, Karl Wehrmann, había desaparecido para siempre en un campo de espacio-tiempo desconocido. No sabían dónde podía estar y no tenían forma de rescatarle. Estaría allí para siempre. Seguramente ese era el precio y el sacrificio que había que pagar en la evolución científica. Todos tenían presentes esas consecuencias imprevistas, pero las aceptaban como inevitables.

Reconocía el lugar en el que estaba, ya que lo conocía bien. Se encontraba en los inmensos laboratorios subterráneos de la factoría Schlesische Wekstätten Fürstenau en Neumarkt, Baja Silesia, que pertenecían al imperio A.E.G. También había otro centro de investigación del mismo imperio empresarial en la cercana población de Leubus, que conectaba con Neumarkt. Y, por último, recordaba que, bajo la colina donde estaba el Castillo de Fürstenstein, había unas instalaciones subterráneas donde se habían hecho las primeras pruebas operativas con la máquina del tiempo en las que había participado. Aunque, de hecho, la primera puesta en marcha sin traslado fue en Ludwigsdorf, en un remoto valle cerca de la mina de Wenceslas, en una estructura circular donde la «Campana» estuvo sujeta a potentes anclajes de acero mientras el experimento se llevaba a cabo.

Él no era un científico, era un soldado, y desconocía los principios técnicos del funcionamiento de aquella máquina, la «Campana», desarrollada por las SS científicas al mando del General SS doctor Hans Kammler y su Kammlerstab u Oficina Técnica de Desarrollos Secretos. Todo el proyecto era denominado «Proyecto Kronos» y estaba catalogado como *Kriegsentscheidend* o «Decisivo para la guerra». Era un término técnico, del máximo secreto para el III Reich, que implicaba saltarse

las restricciones administrativas o burocráticas para obtener cualquier material necesario, sin explicaciones y urgentemente, que condujese al desarrollo de armas que ayudasen en la victoria final.

El General SS doctor Hans Kammler y el *SS-Obergruppenführer* Emil Mazuw habían hecho un gran trabajo y habían logrado reunir, entre otros, a los mejores científicos alemanes del momento, que llevaban trabajando en el Proyecto Kronos desde antes del inicio de la guerra. Los técnicos más destacados en el proyecto eran:

1. Doctor Hermann Oberth: Técnico en vuelo espacial e ingeniero de cohetes.
2. Doctor Kurt Debus: Especialista en parámetros de alta descarga eléctrica y medición en el suministro eléctrico continuo de alto voltaje.
3. Doctora Elizabeth Adler: Matemática, Universidad de Königsberg.
4. Profesor doctor Walther Gerlach: Especialista en Polarización, Gravedad Magnética, Transmutación de Elementos y Plasma de Mercurio.

Estos científicos de tan alto nivel y las áreas de especialización que representaban, solo podían estar implicados en un proyecto fuera de lo normal. La Campana, que era la máquina desarrollada, era el resultado de sus investigaciones y representaba una revolución en los principios de la física conocida hasta el momento. De hecho, descubrir y desarrollar una forma alternativa de física era un objetivo del SS-E-IV o *SS Entwicklungstelle* (Grupo IV de Desarrollo SS), que buscaba en sus investigaciones una energía alternativa para hacer que Alemania fuese absolutamente independientemente del petróleo. Los especialistas y científicos que participaban en estos experimentos ultra-secretos trabajaban sobre conceptos que se alejaban totalmente de las leyes de la física convencional. Era una nueva física.

Uno de los científicos más brillantes que había trabajado en esa dirección fue el doctor Ingeniero Ott Christoph Hilgenberg, alumno brillante del Premio Nobel doctor Gerlach, que en 1931 ya publicó un documento titulado *Gravitation, Tromben und Wellen in bewegten Medien* (Sobre Gravitación, Vórtices y Ondas en un Medio en Rotación), que fue conocida como *Vórtice Emergente*, basada en un modelo de vórtice del éter dinámico, que no solo fue una explicación comprensible de la gravedad, sino que daba explicaciones muy satisfactorias al llamado «fenómeno relativista» e incluso a la estructura atómica; en muchos casos de forma mejor y más satisfactoria que la teoría nuclear clásica. Esta fue la base sobre la cual muchos físicos alemanes trabajaron, uniendo conocimientos de mecánica cuántica y vórtices con una mezcla de antiguas teorías sobre la energía y el éter. La asunción de una estructura vorticular en el éter fue la base de la observación de las partículas y la energía, que conecta perfectamente con el principio del «flujo en el vacío» o «energía

de gravedad cero».

La predicción a la que conducían estos principios era que la curvatura del espacio-tiempo era modificable técnicamente, y que el efecto de desplazamiento de cualquier tamaño de masa era obtenible a través de la contra-rotación del plasma. Este principio estaba en desacuerdo radical con la teoría de la relatividad, que predecía que la curvatura espacio-tiempo solo podía darse ante masas muy grandes. El doctor Hilgenberg propuso, apartándose de las ideas convencionales, que la Tierra o cualquier otro cuerpo inmenso en rotación se expandía o se contraía en lo que sería una onda inmensa en el tiempo.

En 1938, Hilgenberg continuó sus investigaciones sobre este asunto combinando la física y las matemáticas teóricas en un documento realmente profundo y complejo bajo el título de *Quantenzahlen, Wirbelring-Atommodelle und Heliumsecherring-Aufbauprinzip des Periodensystems der chemischen Elemente* (El número cuántico, modelo del vórtice atómico y el principio de la construcción del anillo hexagonal del sistema periódico de los elementos químicos). Hilgenberg había desarrollado la base matemática de un modelo atómico en consonancia con los principios de la rotación vorticular del éter. La combinación de estos conocimientos de Hilgenberg y su teoría matemática para su desarrollo le permitió predecir un gran número de consecuencias que variaban sobre la física relativista e incidían en la ingeniería del tiempo.

Bajo la influencia del doctor Hilgenberg otro doctor, Carl Friedrich Krafft, aprovechó la «mecánica cuántica vorticular» y la desarrolló un paso más allá. Demostró que el átomo es esencialmente una construcción geométrica o topo lógica del éter, que funcionaba como «bomba de éter», tomando o expulsando energía en función de la rotación de los diversos anillos de éter dinámico alrededor de dichas bombas. Parece ser que estos descubrimientos fundamentales para el espacio tiempo y su ingeniería fueron eclipsados por el fin de la guerra y la victoria aliada.

Horst había escuchado y sabía que Alemania siempre había demostrado un alto interés por todo lo relacionado con el espacio, la gravedad y las posibles formas de llevar a cabo viajes espaciales. Era sorprendente, pero se había avanzado mucho en ese campo y, de hecho, había dos programas espaciales en desarrollo. Uno de carácter «público» que era el relativamente secreto programa de cohetes de Von Braun en el complejo secreto de Peenemünde y otro, mucho más secreto, al mando de las SS científicas, que había empezado mucho antes y que contemplaba la aplicación de una física y una tecnología totalmente nuevas y diferentes a las conocidas hasta ese momento. Para estos desarrollos secretos, el General SS Kammler contó con la inestimable ayuda de organizaciones técnicas que colaboraron en el proyecto, como fueron:

- FEP, Forschungen, Entwicklungen, Patente: Investigación de Patentes y

Desarrollos.

- A.E.G. Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft: Investigación en Alto Voltaje y Alta Frecuencia.
- HWA, Heereswaffenamt: Oficina Militar de Armamento.

Estas organizaciones trabajaban «compartimentalizadas» sobre investigaciones concretas y sin conocer el objetivo final en el cual participaban. Era una suma de esfuerzos bajo una misma dirección, que llevaba a cabo el General Kammler, que sí conocía cuál era el objetivo del esfuerzo de todos e indicaba sobre qué debía trabajar, separadamente, cada entidad.

Increíblemente, buena parte del proyecto había sido desarrollado teóricamente antes de la guerra y, de hecho, buena parte de él venía de finales de los años 20. La capacidad técnica de aquel momento y la física revolucionaria que representaba no permitían llevar a la realidad las investigaciones, aunque estas iban avanzando a buen ritmo. La ascensión de Hitler al poder aceleró de manera espectacular el desarrollo, ya que el régimen estimulaba cualquier investigación que se apartase de los patrones tradicionales de la llamada «física judía» y aportaba las sumas de dinero necesarias y las organizaciones y empresas con tecnología y capacidad para realizar el desarrollo.

El impulso definitivo, por exigencias de la guerra, se produjo a partir de enero de 1942, bajo el nombre en clave de Tor (puerta), que fue efectivo hasta agosto de 1943. A partir de ese momento, Tor fue dividido en dos sub-proyectos: Kronos y Laternenträger. Como es lógico, ambos se referían a la máquina base, la Campana, pero sobre dos áreas de interés: una era física y la otra médico-biológica. Los nombres eran tremendamente sugerentes. Tor y Kronos podían traducirse como *Puerta* y *Tiempo*, y Laternenträger como *quien porta la luz*. Ya se podía observar que, tras estos nombres, había un interés en «monitorizar el tiempo» o una «ingeniería del tiempo». Por ello, se podía afirmar que los alemanes habían abandonado cualquier investigación sobre la teoría de la relatividad con su «espacio plano» y habían entrado de lleno en una híper-relatividad donde se conjugaban la ingeniería de la curvatura espacio-tiempo y las consecuencias prácticas de esa ingeniería, con el objetivo de dominarlas. Por ello, el significado de esos nombres codificados apunta a una física totalmente diferente, radical y exótica para los estándares habitualmente aceptados. En aquel momento, y con el desarrollo alcanzado, la Campana tenía dos funciones operativas militares y científicas: por un lado, la posibilidad real de viajar en el tiempo, ejercicio que ya se estaba llevando a cabo y, por otro, el desarrollo de una nave anti-gravitacional que permitiese vuelos espaciales sin restricciones de ningún tipo aplicando la Energía de Gravedad Cero.

Horst, como es lógico, conocía a varios de los militares y científicos que participaban en las pruebas y que luego les interrogaban acerca de la misión que

habían desarrollado en otro espacio-tiempo. Uno de esos científicos, el doctor Ferdinand Schöffel, que también era de Potsdam como él, le había explicado de forma somera el funcionamiento de la Campana, ya que Horst había mostrado interés en ello. Si bien la Campana a primera vista podía parecer un máquina simple, los resultados de su funcionamiento contradecían esta primera impresión. La máquina y su forma recordaban evidentemente a una campana con la base cerrada y colocada sobre un pedestal, cuya altura era de unos 3 metros por 2 de diámetro en su parte baja más ancha. La Campana siempre requería una fuente de suministro eléctrico muy potente en las proximidades para su funcionamiento.

La parte central y principal del ingenio estaba formada por dos cilindros de metal plateado, de aproximadamente 1 metro de diámetro cada uno que, durante el funcionamiento, ubicados uno sobre el otro, giraban en sentido opuesto a altísima velocidad sobre un mismo eje. Dicho eje estaba hecho de un metal especial de alta densidad y tenía un diámetro de unos 20 centímetros. El eje estaba fijado al pedestal, fabricado en un metal pesado, donde descansaba la máquina. Antes de cada prueba, un contenedor de cerámica cubría la máquina y era rodeado, a su vez, por una pared de plomo de un espesor de 3 centímetros. Tenía una longitud de 1,5 metros y se rellenaba de una sustancia extraña y metálica de un color violáceo-dorado que obligaba a que la zona en la que se operaba con la máquina se mantuviese a una temperatura constante. Esa temperatura específica impedía que la sustancia, que estaba ligeramente coagulada, no se coagulase totalmente. La sustancia recibía la denominación codificada de IRR XERUM-525 y contenía, entre otros elementos, óxido de torio y óxido de berilio, denominados *Leichtmetall*. Era fácil adivinar que este material ayudaba en la investigación sobre las propiedades de la inercia y el vórtice del material radiactivo cuando se le sometía a una rotación a muy altas velocidades y a los consiguientes efectos sobre los campos de torsión. El IRR XERUM-525 también contenía mercurio y probablemente varios isótopos pesados. Dentro de los cilindros rotatorios había mercurio muy puro.

Antes de iniciar cada prueba experimental, y para que su vida útil durase más, el mercurio era refrigerado a muy bajas temperaturas. Se usaba gas líquido del tipo nitrógeno y oxígeno. Cuando estaba a punto para la prueba, se cubría todo con la pieza superior en forma de campana, que tenía en su parte superior, un gancho para poder izarla y desplazarla con una pequeña grúa. El doctor Schöffel también le había explicado el resultado de los primeros experimentos en Ludwigsdorf, donde solo participaba personal científico y militar y donde Horst no había estado presente. En aquel lugar, los experimentos se llevaban a cabo en una especie de cámara o piscina sin agua, preparada al efecto, y bajo tierra. Dicha cámara se recubría totalmente de azulejos de cerámica y el suelo, además, con una plancha o alfombra de goma muy gruesa y pesada. Tras cada prueba, la alfombra de goma quedaba inservible y los

azulejos se limpiaban con un líquido rosado de consistencia parecida a la brea. Como medida de seguridad, durante los experimentos que se llevaron a cabo en minas subterráneas inactivas, la cámara donde se efectuaba la prueba era siempre destruida con explosivos tras dos o tres experimentos.

Se colocaban cámaras de cine y todo tipo de aparatos de medición en un soporte al efecto, en la misma zona donde se desarrollaba el experimento. Dirigidas por técnicos y científicos, las primeras pruebas se efectuaron colocando objetos y muestras de todo tipo cerca de la Campana y se comprobaron los efectos de la energía emitida sobre ellos. Se hicieron pruebas sobre organismos vivos como ratas, caracoles, lagartos, ranas, insectos y, hasta donde le informó el doctor Schöffel, seres humanos que provenían del campo de concentración de Gross-Rosen. También se probaron los efectos sobre plantas de diversos tipos y sobre una serie de sustancias de origen orgánico como huevos, sangre, leche, carne y grasas líquidas. Antes de cada experimento, todo el personal técnico involucrado en la prueba se situaba a unos 200 metros de la Campana debidamente protegido con trajes de goma gruesa y cascos con visores rojos. El sonido de la máquina en funcionamiento recordaba al de un enjambre de abejas dentro de un recipiente. La limpieza tras cada prueba fue asignada a un grupo de unos 100 prisioneros de Gross-Rosen.

Los efectos analizados en los objetos y organismos vivos eran muy claros en el momento en que la máquina era desconectada. Por ejemplo, la instalación de 220V provocaba una sobretensión que hacía explotar las bombillas. La Campana emitía una luz azulada fosforescente, que era el resultado obvio de una radiación ionizada y, también, un campo magnético muy potente. Los participantes en los experimentos, a pesar de las protecciones, sufrían en estas primeras pruebas problemas en su sistema nervioso, espasmos musculares, dolores de cabeza y un regusto metálico en la boca. También se había observado, con el paso del tiempo, que las personas sufrían falta de sueño, problemas de equilibrio y memoria, dolores musculares y llagas en diversas partes del cuerpo. Estos problemas ya habían sido solucionados en pruebas posteriores.

Pero según el doctor Schöffel, y siempre hablando de las pruebas efectuadas entre mayo y junio de 1944, los efectos sobre las muestras orgánicas eran muy peculiares, pero sobre todo mortales. Las plantas, animales y prisioneros que fueron sometidos a su campo de radiación sufrieron diversos tipos de daños, siendo el principal la destrucción de los tejidos de la dermis y la estratificación y transformación en gelatina de los líquidos, entre ellos la sangre. Durante la primera fase, a las cinco horas de haber finalizado la prueba, las plantas perdían color o se volvían grises en su totalidad, lo que indicaba una descomposición química o una desaparición de la clorofila. Sorprendentemente, y a pesar de ello, la planta seguía viva de forma aparentemente normal durante una semana más. Seguidamente, aparecía un declive

muy rápido, de entre 8 y 12 horas, que acababa descomponiéndola en una sustancia grasienta, como grasa rancia.

Estos efectos colaterales también los sufrieron los científicos en estas pruebas preliminares. De un equipo de siete, cinco murieron y dos enfermaron muy gravemente. Debido a esta trágica situación, este primer grupo de investigadores fue disuelto por el General SS Hans Kammler, ordenando que la máxima prioridad del proyecto fuese limitar estos daños. Los científicos llegaron a determinar que había habido un problema en la compresión del vórtice, que había afectado a la separación de los campos magnéticos del experimento.

La doctora Elizabeth Adler fue de la máxima ayuda en este punto de la investigación, ya que realizó una simulación matemática de las vibraciones hacia el centro de objetos esféricos y cilíndricos con el objetivo de lograr la solución del problema que, finalmente, logró. Se determinó que la rápida caída del material orgánico, así como las sensaciones físicas de los involucrados en las pruebas, tenían que ver con ondas escalares de muy alta frecuencia. Más adelante, los resultados de la doctora Adler fueron ampliados y aplicados también en la investigación de la Materia Absorbente para Radar hacia finales de 1944, cuando los científicos alemanes descubrieron que las ondas de radar sobre materia no lineal producían una gran onda de presión longitudinal y superluminal. En esa investigación particular, los científicos germanos nuevamente rompieron los paradigmas de la física mucho más allá de la física lineal convencional, que había sido estudiada de forma muy básica y primitiva en los laboratorios aliados durante el desarrollo del llamado Proyecto Manhattan y su infructuosa y lenta búsqueda de la bomba atómica.

Un ruido de pasos llegaba hasta él. Una enfermera se aproximó a Horst con un vaso de agua y un plato con un comprimido.

—Buenas tardes, *Herr Hauptsturmführer* Bauer, debe tomar esta pastilla, por favor —le indicó solícita.

Los pensamientos de Horst volvieron a la realidad del momento. Miró a la enfermera, mientras se incorporaba en su cama.

—Gracias —contestó tomando la pastilla a continuación y todo el contenido del vaso de agua. Sentía sed. Volvió a acomodarse en el lecho.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí, enfermera?

—Dos días, *Herr Hauptsturmführer* Bauer —respondió recogiendo el plato y el vaso—. Ahora descanse, pronto pasará por el aquí el Dr. Helle.

Dicho esto y con una sonrisa, desapareció tras la puerta situada a la izquierda de la sala. Horst vio cómo alguno de sus compañeros comenzaba a moverse. Iban recuperando la consciencia.

Poco rato después, en animada charla, ya estaban todos despiertos y estirados, cada uno en su cama. Tenían buen ánimo a pesar de lo que representaba una

experiencia como aquella, sobre todo para los científicos que les habían acompañado, ya que era su primera vez en un viaje temporal. Habían bebido mucha agua, como sucedía cada vez que acababan un traslado. El ruido de un carrito les llamó la atención. En aquel momento traían la comida y la enfermera volvió al mismo tiempo para repartir el mismo comprimido que le había suministrado a Horst.

—¡*Goulashkannone*, señores! —exclamó riendo Hermann, que siempre tenía buen apetito. Las bandejas fueron repartidas a cada convaleciente, aunque pronto la cara de cada uno demostró que la comida no era extraordinaria.

—¡Otra vez verdura y pollo! —dijo disgustado Georg.

Los demás también mostraron su disgusto por la comida repetitiva y aburrida que recibían cada vez que regresaban de un traslado.

—Yo no me quejaría tanto, Georg. Tenemos una situación privilegiada, teniendo en cuenta el racionamiento en este año de 1944 —indicó Horst con cara de aceptar de mejor grado la comida frente a él.

—Me duelen mucho la espalda y las piernas —se quejó el doctor Langert mostrando las heridas, ya vendadas, que se había hecho en su caída hasta el lago. Las vendas mostraban manchas de sangre.

—Creo que sobreviviré. No se preocupe. —Klaus le guiñó un ojo al doctor Langert, que estaba en la cama contigua a la suya. Este intentó incorporarse para comer algo, pero una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

—No me veo capaz de más traslados. No estoy hecho para eso y ya empiezo a ser mayor —se quejó.

—No lo ha pasado bien, es evidente. Pero cualquier científico daría los dedos de una mano para poder ver el pasado o el futuro, ¿no es cierto, doctor? —preguntó Horst, mientras el doctor Langert, a su pesar, confirmaba esas palabras.

—Es cierto, Horst, pero también es verdad que todo tiene un límite y en mi caso ya comienza a ser de carácter físico. ¡No se puede evitar! ¡Ley de vida...! —se consoló el doctor. Todos daban buena cuenta de sus raciones en un ambiente de buena camaradería. Horst opinaba que los viajes en el tiempo y las situaciones que vivían en cada traslado creaban un compañerismo muy superior al simple frente de batalla.

En aquel momento apareció el doctor Walter Helle acompañado por dos doctores más y una enfermera. El fonendoscopio colgaba de su cuello, casi despreocupadamente. Su persona emanaba una autoridad indiscutible. Era un extraordinario cirujano, especializado en tórax y corazón, y una leyenda entre los soldados SS, que confiaban ciegamente en él. Incluso el *Reichsführer* SS Himmler, que le consultaba dudas de carácter médico, también le confiaba a su esposa y a su hija Gudrun.

—Buenos días, señores. Bienvenidos a 1944. Vamos a ver cómo está todo —empezó de forma coloquial.

Luego, en compañía de sus ayudantes, comenzó a repasar los historiales médicos de cada uno, que colgaban de las camas en carpetas metálicas. El nombre del paciente aparecía claramente indicado en la portada. Iban comentando incidencias que aparecían en los documentos. La jerga médica impedía que Horst y sus hombres comprendieran en su totalidad la conversación que se desarrollaba ante ellos. También comentaba con cada uno su estado y otros detalles de tipo físico. Se acercó al cabezal de la cama del doctor Langert.

—Usted y yo nos conocemos, ¿verdad *Herr Hauptsturmführer* doctor Langert?

Langert, que estaba algo adormilado después de intentar comer, se giró hacia el doctor Helle. Su mirada, por un momento, parecía indicar que no estaba comprendiendo nada de lo que le estaba diciendo. Mientras el doctor Helle miraba el historial, Langert pareció recobrar la memoria y trató de incorporarse con dificultad.

—No se mueva, doctor Langert —le indicó uno de los ayudantes de Helle mientras con ayuda de la enfermera intentaba que volviese a estirarse nuevamente en su cama, retirando la bandeja de la comida—. Por ahora, necesita seguir en posición horizontal.

El doctor Helle dejó la carpeta metálica de Langert y miró sonriendo al paciente. Langert comenzó a hablar.

—Estuvimos juntos como ayudantes del General Paul Hausser de la división blindada *SS Das Reich* entre 1940 y 1941. Usted dirigía la unidad médica de la división y yo hacia los análisis biológicos. ¡Fue una gran época, doctor Helle!

Este afirmó con la cabeza las palabras de Langert.

—Papa Hausser fue un gran general de división —así llamaban sus hombres al general Paul Hausser—. Recuerdo cuando perdió un ojo al inicio de la Operación Barbarosa. Llegamos a temer por su vida, pero cuando se recuperó, hasta parecían gustarle aquellas cicatrices de combate. Llevaba su parche negro con orgullo— se quedó, por un momento, pensativo—. Fue una gran época, sin duda doctor Langert. ¿Cómo se encuentra usted? —pareció volver a la realidad.

—Ahora ya en mejores condiciones —el doctor Langert explicó su estado físico y anímico—. Ha sido una experiencia increíble. No puedo creer que haya estado con mis compañeros en el período Carbonífero. De eso hace unos 300 millones de años. Para un científico, poder comprobar realmente teorías de la evolución y de la biología que no podían probarse sino a través de los restos fósiles y muchas conjeturas es como un sueño hecho realidad. ¿Qué tecnología nos ha hecho conseguir ese sueño?

Las palabras de Langert denotaban que, pese a la incredulidad con la que se enfrentaba a la experiencia que acababa de vivir, todo había sido cierto.

—Físicamente ya sabía que todos necesitaríamos un periodo de adaptación a nuestro regreso, aunque en mi caso me está costando mucho. Tengo bastantes dolores en mis extremidades. Aunque puedo ser joven con 34 años, no soy un chiquillo...

Hubo una sonrisa general ante este último comentario de Langert.

El doctor Helle se mostró satisfecho con las palabras de su antiguo camarada de división. Luego, mirando a los ocho componentes de la reciente misión, comenzó a hablar.

—Lo que han vivido algunos de ustedes por primera vez y nuestro grupo militar en otras ocasiones, es el desarrollo más increíble que hayamos podido imaginar. Alemania, nuestra patria, está llegando muy lejos en sus desarrollos técnicos y científicos. Una nueva ciencia se abre ante nosotros y vamos a aprovecharla. Como ya saben, yo no soy técnico en física, sino doctor en medicina y cirugía, concretamente. Mi área contempla que su cuerpo esté en condiciones para el viaje en el tiempo y a su regreso poder analizar las variables o disfunciones que hayan podido alterar alguno de sus ritmos normales —las caras de los científicos del grupo mostraban curiosidad por las palabras del doctor Walter Helle—. De hecho, cuando se preparó su traslado en el tiempo no fueron informados de la misión en su totalidad para evitar cualquier filtración. Solo Horst y sus hombres sabían su destino en el tiempo. Lo supieron al poco de iniciarse su traslado. Puedo decirles que las lecturas de sus datos físicos son normales y que no se aprecia ninguna alteración con respecto a su estado antes del traslado en el tiempo. Siguen siendo los mismos —remató sonriendo.

Sus ayudantes confirmaron con la cabeza las palabras del doctor. Hubo una sensación general de alivio.

—Nos tranquilizan sus palabras, doctor Helle, pero ¿cuánto tiempo hemos de continuar en observación aquí? —la pregunta que acababa de formular el astrónomo del grupo, doctor el doctor Joseph Noske, era la que todos los científicos se planteaban en aquel momento.

—Unas 24 horas. Después, cada uno y sus muestras del periodo Carbonífero, podrán seguir sus trabajos de forma normal.

Horst sabía que así sería para sus compañeros científicos, pero no para él y sus hombres, que deberían rendir cuentas ante el general SS doctor Hans Kammler y estar preparados para una posible nueva misión en otro espacio-tiempo. Estaban embarcados de lleno en el proyecto más fantástico de Alemania. ¿En qué podría consistir la siguiente misión?

### III. En el castillo de Fürstenstein

Eran las 7.30 de la mañana. Horst y sus hombres esperaban en el Castillo de Fürstentein. Habían sido dados de alta el día anterior, tal como el doctor Walter Helle les había dicho e, inmediatamente Horst había recibido la citación de presentarse, con todo su grupo, en el castillo ante el general SS Kammler, máximo responsable militar del proyecto.

Habían pasado la noche en las excelentes instalaciones subterráneas de la antigua fortaleza que ya era mencionada en la época prusiana, es decir, desde el lejano año de 1740, y donde uno de los héroes de esa época, Georg Friedrich Böhm, había residido. También habían sido famosos los hilados y tejidos de fibras naturales que se enviaron desde el castillo a todo el mundo, desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX.

El retén de guardia les dio paso al interior del castillo y un *Obersturmführer* los acompañó hasta el primer piso donde, tras pasar por varias salas inmensas llenas de tapices y muebles de época, llegaron hasta la puerta de una dependencia en la que dos soldados SS montaban guardia. No habían visto a nadie durante el largo trayecto, ya que la actividad científica y militar se desarrollaba en los túneles y zonas subterráneas del enorme castillo. El silencio había sido absoluto hasta ese momento, excepto por el ruido de sus propios pasos. El *Obersturmführer* llamó a la puerta con energía y, al poco, otro oficial SS abrió la puerta desde el interior. La sala era grande y, además de dos científicos con sus batas blancas y tres oficiales SS en pie, detrás de una mesa imponente y leyendo un informe mientras apuraba su cigarrillo, pudieron ver al general SS doctor Hans Kammler, el hombre más poderoso en la sombra, tras Hitler y el propio *Reichsführer* SS Himmler. Todos le habían reconocido, ya que no era la primera vez que estaban con él, aunque esta vez era la primera tras su regreso directo de un traslado.

Su rostro anguloso y pétreo se volvió hacia los recién llegados al mismo tiempo que dejaba el informe pausadamente sobre la mesa. Horst y sus hombres, en posición de firmes y con sus brazos derechos en alto, saludaron con un sonoro ¡*Heil* Hitler! y el seco ruido de un taconazo al unísono. Los dos científicos y los oficiales SS respondieron inmediatamente al saludo. Kammler apuró su cigarrillo, se puso de pie y saludó con su brazo en alto, aunque no pronunció el consabido, y obligatorio desde el 20 de julio de 1944, *Heil* Hitler. Él estaba por encima de ciertas menudencias necesarias en la clase de tropa y jefatura intermedia.

Se aproximó a Horst y de forma cálida le saludó con un fuerte apretón de manos.

—*Hauptsturmführer* Bauer, me alegro de volver a verle a usted y a sus hombres. Tenía mucho interés en verles a todos lo antes posible.

También saludó con efusión al resto del equipo de Horst.

—Ruego que se sienten en la mesa, por favor— indicó señalando una gran mesa con forma de elipse, situada muy cerca de la suya propia.

Horst, Hermann, Georg y Klaus se sentaron a continuación y el general Kammler hizo lo propio, frente a ellos, con los tres asistentes militares y sendos informes y documentos. Los dos científicos también portaban documentación abundante. Horst pudo apreciar el extraordinario tapiz que cubría por completo la pared que tenían delante. Era una escena de caza donde varios perros rodeaban y mordían a un desventurado ciervo que trataba de defenderse del furioso ataque canino. Unos cazadores con ropaje del siglo XVIII aparecían en la lejanía. Unos ventanales a su derecha dejaban entrar la luz de un día grisáceo, pero que no amenazaba con lluvia.

—Agradezco el esfuerzo, la dedicación, el sacrificio y el silencio de todo su equipo, *Hauptsturmführer* Bauer, para que este importantísimo proyecto, decisivo para la victoria final, se efectúe según los objetivos previstos.

Horst y sus hombres agradecieron con un movimiento de cabeza las palabras de reconocimiento del general.

—Entiendo que lo que han vivido es extraordinario. Sé que este ha sido su tercer traslado al pasado y hasta este momento el trabajo se ha limitado a aspectos técnicos de comprobación real sobre el terreno de las teorías científicas sobre el pasado y a la obtención de muestras de las distintas y remotas épocas visitadas. Por ello, siempre ha habido una presencia de científicos muy importante en dichos traslados. También hemos mejorado el sistema general de funcionamiento de la Campana, afinando muchos aspectos complejos del propio sistema. Como ya saben, este ha sido el denominado Proyecto Kronos, tras haber tenido otros nombres en código, y ustedes han participado en él de forma exitosa y cumpliendo los objetivos asignados. Ustedes son nuestro equipo más experimentado y, por lo tanto, los necesito para una nueva serie de traslados, esta vez de carácter militar, con influencia directa en la marcha de la guerra y en la consecución de la victoria final para Alemania.

Todos miraban al general Kammler sin poder adivinar de qué podría tratarse la nueva misión que pensaban que les iba a encomendar. Uno de los oficiales pasó unos documentos que dejó frente al general.

—Tras haber sido trasladados con éxito a los períodos Cretácico, Pleistoceno y Carbonífero, la primera parte del proyecto ya está finalizada. Hemos comprobado que nuestra máquina funciona a la perfección. Han estado muy atrás en el tiempo. Ha sido un hito histórico que algún día se sabrá. Los análisis científicos sobre geología, astronomía, flora, fauna y biología prehistórica han sido extraordinarios y van a revolucionar los conocimientos de la ciencia hasta hoy. No pueden ni imaginarse los errores y desviaciones que tiene la ciencia actual, dirigida por judíos en su mayoría. Tenemos la llave de la verdad y numerosas pruebas determinantes de todo tipo.

El general Kammler abrió la carpeta que su adjunto había dejado ante él.

Horst pensaba en las palabras del doctor Joseph Noske y el planeta Marduk, en el cambio que ello representaba en la astronomía y en las consecuencias que tendría la próxima llegada del enorme planeta.

—Lo que les vamos a explicar ahora es el máximo secreto militar del III Reich y lo hacemos porque quiero que participen en la misión que estamos preparando.

Kammler hablaba mirando el contenido de la carpeta que acababa de abrir.

Levantó su vista:

—Cualquier delación o traición será pagada con la vida.

Los rostros de los miembros del equipo de Horst demostraban una mezcla de interés, curiosidad y temor ante lo que podía avecinarse. Georg miró a Horst y este a sus compañeros. El silencio era total.

El general continuó:

—A la nueva fase de trabajo la denominamos Realidad Predeterminada y tiene una diferencia fundamental con lo que ustedes han hecho hasta ahora en épocas pasadas. En la Realidad Predeterminada ustedes podrán y deberán interactuar en el momento histórico en el que se hallen. Como ya saben, una de las premisas obligatorias de los protocolos de actuación en los traslados pasados ha sido el no interactuar con los elementos del entorno para no producir una paradoja temporal. Lo han hecho muy bien, ya que hoy estamos todos aquí y no han modificado la evolución. Los restos que han podido dejar y la lejanía temporal visitada no han dado lugar a problemas, salvo el que puedan encontrarse los científicos si analizan estratos geológicos de tiempo determinados y aparecen objetos que no se corresponden con la época.

Sonrió al decir esto.

—Ya hay algunos casos en la actualidad en museos y muchos serán guardados celosamente fuera de la vista pública y de los libros para no variar la historia oficial del mundo y el prestigio de los arqueólogos.

—Desde luego es de difícil explicación. No tengo ninguna duda— añadió Horst, ante la sonrisa de todo su equipo.

El general Kammler apoyó, afirmando con la cabeza, el comentario de Horst.

—Ahora será diferente, señores —siguió el general—. Su nuevo traslado será para modificar el curso de los acontecimientos venideros y, por ello, su viaje será primero al pasado y luego al futuro...

Todo el equipo de Horst se quedó mudo al escuchar la propuesta del general Kammler.

Horst intervino.

—Pero general Kammler, yo no soy físico, pero entiendo que el pasado ha existido y que tenemos claras referencias de él y, aunque desconozco cuáles son los principios para llegar hasta él, creo que se puede llegar, y así ha sido. Pero no puedo

imaginarme cómo ir al futuro que aún no ha existido. No lo puedo entender.

—Usted habla desde su punto de vista de persona normal y corriente, *Hauptsturmführer* Bauer —contestó sin dilación Kammler—. Y seguramente suena lógico lo que dice —añadió—. El doctor Otto Schoppe y su ayudante directo, el doctor Willy Gebhardt, ambos pertenecientes a las SS científicas y de mi equipo especial en particular, que han trabajado en Realidad Predeterminada desde sus inicios, pueden darle algunas sugerencias muy interesantes sobre su duda acerca del futuro. —Kammler dio paso a los científicos.

El doctor Otto Schoppe, un hombre de unos 55 años y algo mayor que su colega el doctor Gebhardt, se puso de pie y se dirigió a una pizarra a la izquierda de todo el grupo y cerca de la puerta de entrada.

—Apreciado *Hauptsturmführer* Bauer y equipo —su voz sonaba melodiosa—. Comprendo perfectamente su duda y seguramente la de sus hombres ante el destino temporal que solicitamos. Intentaré ser muy básico en mi explicación, ya que la física sobre la que trabajamos es muy compleja —Horst y sus hombres agradecieron la gentileza que, además, era totalmente cierta.

—Mi colega, el doctor Gebhardt, un equipo de más de cuarenta científicos que dirigen los doctores Kurt Debus y Walter Gerlach y yo, llevamos trabajando casi 10 años en la mecánica cuántica y la predicción de un flujo de vacío que denominamos Energía de Gravedad Cero. Es una búsqueda que se inició para que Alemania no fuese dependiente de la energía basada en el petróleo que consideramos totalmente desfasada y en cuyo uso apenas se aprovecha un 37% de la energía generada. Nuestro trabajo, como pueden fácilmente imaginar, ha sido y es inmenso y nos ha hecho entrar de lleno en una física nueva que deja la anterior totalmente obsoleta. Esta situación ha provocado también que hayamos encontrado otros desarrollos que complementan la búsqueda inicial y que son muy interesantes. Por ejemplo, el término Gravedad Cero que he comentado antes, se refiere a los cero grados Kelvin y quiere decir que esta energía existe incluso cuando hay una ausencia absoluta de calor. Hemos demostrado cómo una pareja electrón-positrón puede sobresalir de unas fluctuaciones de vacío. De ahí ha surgido la llamada electrodinámica cuántica. El Principio de Incertidumbre de nuestro colega Heisenberg permite a la mecánica cuántica «prestar» —sonrió ante el término— esa energía durante cortos períodos de tiempo. El éter aparece entonces ante la ciencia no como una sustancia material, sino como una energía que fluctúa de forma aleatoria. En ese momento surgió una pregunta fundamental para nosotros: ¿podría el espacio lleno de fluctuaciones de flujo eléctrico ser coherente con una relatividad especial? Hemos podido demostrar que la densidad  $D$  de la energía espectral en las fluctuaciones de la Gravedad Cero debe tener la forma particular de una función de frecuencia 'f':  $D(f) = Kf^3$ , donde la constante  $K$  está en relación con la constante de Planck.

El doctor Schoppe se aproximó a la pizarra y comenzó a escribir una especie de diagrama:

—Con todos estos conocimientos, hemos desarrollado un supersistema que ya es operativo y que se basa en tres principios fundamentales: El sistema de energía física en sí mismo; la Energía de Gravedad Cero operativa y la activación e ingeniería de la curvatura espacio-tiempo.

Horst y sus compañeros seguían la explicación con sumo interés y el general Kammler observaba sus reacciones durante la explicación del doctor Schoppe.

Este continuó pausadamente.

—Estos principios están relacionados para su desarrollo con otras áreas que hemos trabajado en profundidad, como la física escalar, que incluye: el medio de interacción o sustrato del éter, la curvatura dinámica del espacio-tiempo, la aplicación en los circuitos del criterio Sistemas Abiertos (y no cerrados como en la física convencional) y la Geometría o Topología Eléctrica en los parámetros de los circuitos integrados y sus vectores.

El doctor Schoppe fue escribiendo todos estos detalles y el diagrama se fue convirtiendo en un especie de árbol, donde iba interconectando cada elemento con los que le correspondían.

—Imaginemos que una persona solo piensa en álgebra lineal para convertir y sustituir un sistema multi-vector en un único vector —dibujó tres figuras a base de vectores: una con forma triangular, otra con forma cuadrada y una tercera con forma hexagonal. Las figuras estaban hechas de flechas que indicaban rotación—. Esa persona acabará cambiando el sistema entero por un vector de resultado cero, o lo que es lo mismo:  $V(\text{vector}) = ai+bj+ck$ . —Fue señalando cada punto en las figuras—. De todas maneras, aunque parezca resuelto, cada uno de estos sistemas contiene una rotación interna o esfuerzo, y por ello algo queda todavía, pero ¿cómo representarlo matemáticamente? Aquí, los trabajos de la doctora Adler y de mi colega y amigo el doctor Gebhardt han sido fundamentales.

Mientras el doctor Gebhardt agradecía las palabras de Schoppe, este bebió un poco de agua y siguió:

—El uso del álgebra no puede resolver estas dudas, se necesita ir más allá. La geometría era la solución ya que, como tal, no es ni más ni menos que un sistema matemático determinado por lo que asume, desde Euclides hasta la geometría Hiperbólica o Elíptica. En geometría de cuaterniones, un cuaternión es simplemente un escalar más un vector. Para que me entiendan: un escalar es magnitud pura, un número que no tiene dirección, que simplemente está. Luego si es así, un cuaternión ( $q$ ) es un escalar ( $e$ ) más un vector ( $v$ ),  $q=e+v$ .

El doctor Schoppe volvió a la fórmula simple anterior, pero incluyendo el nuevo criterio:  $q= e+ai+bj+ck$ .

La tiza sonaba con fuerza mientras el doctor Schoppe hablaba y escribía.

—Esto quiere decir que en álgebra lineal hubiésemos acabado una vez más sin nada, es decir, con un vector cero. Pero en geometría de cuaterniones, los escalares, que no son cero, todos multiplican y dan, de acuerdo con las reglas de la multiplicación de cuaterniones, el siguiente resultado:  $q \times q = e^2 + t^2 + u^2 + w^2 + x^2 + y^2 + 0v$ , donde  $0v$  es el vector cero y las cantidades al cuadrado son los escalares multiplicados. Por ello, los escalares representan puras magnitudes de energía integrada en ellos. Son una estructura que posee dirección o traslación temporal. Rompen la física convencional y, por lo tanto, son manejables técnicamente hablando. En este punto y si me han seguido hasta ahora, señores, podemos entender qué es la física escalar: no es un vector estándar o física lineal, de ningún modo; se trata de la física no-lineal de fuerzas internas en un medio determinado y calculado de espacio-tiempo. Ustedes y sus traslados cronológicos son el resultado de esta explicación muy simplificada.

Todos se quedaron mudos ante las palabras del doctor Schoppe, tratando de poner en orden lo que habían podido comprender. Su colega, el doctor Gebhardt, se puso en pie en este punto de la explicación con la intención de ampliar las palabras del doctor Schoppe, mientras solicitaba su permiso para añadir varios datos.

—No se preocupen —comenzó el doctor Gebhardt con una sonrisa y mirando a Horst y su grupo—. Intentaré también hablarles de forma sencilla. Tenemos comprobada la existencia de otros planos temporales incluso en este momento y aquí mismo —la voz del doctor Gebhardt era más rotunda y grave—. Es decir, aquí y ahora hay otras personas que no nos ven y tampoco nosotros a ellas y que conviven en planos dimensionales y temporales diferentes. El pasado, el presente y el futuro conviven al mismo tiempo. No hay un antes, un ahora o un después. Esos planos pueden cruzarse o formar puertas de entrada de forma accidental, como en el caso de la desaparición de su camarada Karl Wehrmann, o podemos aplicar la ingeniería que hemos desarrollado con éxito, para abrirlas y entrar y salir de ellas a nuestra voluntad. Imaginen lo que eso nos ha permitido ya y hasta dónde podemos llegar. No hay límites —de nuevo, la explicación que estaban recibiendo superaba sus ideas más descabelladas, aunque para Horst y sus hombres ya todo era posible en términos técnicos—. Esas comprobaciones sobre los planos temporales nos han permitido desarrollar y trabajar la compleja información contenida en un campo de torsión temporal. Hemos trabajado deliberadamente el potencial estructural de ese campo u onda condicionándola, dimensionándola y activándola a nuestra voluntad. Le llamamos Resonancia Escalar Atrapada, o lo que es lo mismo, nos referimos a él como a ese mecanismo atrapado que nos ha permitido dirigir el giro de las partículas, tanto biológicas como no-biológicas, para su uso en viajes en el tiempo. Si se genera un campo de torsión de suficiente magnitud, podemos curvar las cuatro dimensiones

del espacio que todos conocemos en torno al generador. Cuanta más torsión generamos, más espacio perturbamos. Cuando curvamos el espacio, curvamos el tiempo y podemos monitorizarlo a nuestro antojo ¿me comprenden ahora? —Aunque compleja, la explicación era clara en su conjunto.

El doctor Schoppe aprobaba las palabras de su colega mientras este seguía su explicación.

—Vemos el medio éter como un vasto campo de potencia escalar que puede ser dividido en ondas gemelas longitudinales, que es la base del espacio-tiempo. Cualquier objeto físico normal de nuestra vida diaria, desde el átomo de cualquier cosa hasta un planeta, tiene lo que llamamos una firma escalar que es única. Son como nuestras huellas dactilares. Sabemos que esa información contenida en la firma escalar puede ser modulada y ello quiere decir que la física escalar es una física extremadamente flexible y adaptable si se sabe trabajar técnicamente. Dependiendo de la configuración de esa firma escalar y del nivel de potencia utilizada, podemos inducir a distancia efectos beneficiosos tanto biológicos como psicológicos pero, al mismo tiempo, también podemos introducir enfermedades, daños o traumas psicológicos e incluso alterar el clima. Podemos lanzar energía en estado puro, como un rayo, sobre un objetivo y congelarlo hasta su muerte, o radiarlo lentamente hasta cocerlo vivo. También podemos volar una región entera de un país enemigo sin que el enemigo sepa qué es lo que ha ocurrido. Es un paso más allá; es la Física Escalar Electromagnética. Aún no está listo al 100%, pero nos falta poco y necesitamos tiempo. —Las palabras del doctor Gebhardt eran terribles.

Su voz siguió sonando con rotundidad.

—Como añadido a lo que les he dicho, y en relación con los viajes en el tiempo en ambas direcciones pasado-futuro y tras analizar en profundidad los hallazgos que hemos logrado, podemos concluir que también nos permiten aplicar esta técnica en un terreno novedoso como pueden ser los viajes espaciales ya que todo el sistema, debidamente reorientado, es capaz de poner en órbita y propulsar una nave en el espacio exterior sin límite aparente. Puedo asegurarles que la Campana es la máquina más increíble de la historia técnica y, además, muy versátil. Señores, podemos enviarles al futuro a través de una de esas *puertas* en los planos temporales que se encuentran a nuestro alrededor y que nos permiten seleccionar la fecha de destino que nos interese sin errores y conseguimos esto curvando el tiempo hasta que encontramos el punto objetivo. En ese momento saltamos hasta allí. De hecho, y según nuestros estudios, pasado, presente y futuro están en un mismo plano. No hay cronología de antes o después y hemos de saber saltar de un tiempo a otro.

El general Kammler intervino al llegar la explicación a este punto.

—Comprendo que lo que acaban de oír va más allá de la comprensión de la gran mayoría de personas. Es lógico; pero puedo asegurarles que lo que han escuchado es

real. Ustedes lo han vivido en tres ocasiones y salvo el lamentable incidente de nuestro camarada SS Karl Wehrmann que ha comentado el doctor Gebhardt, hemos tenido éxito en todos los traslados y hemos conseguido todos los objetivos científicos que nos habíamos propuesto alcanzar. Por ello, ahora queremos ir un paso más allá y deseamos que la próxima misión tenga que ver con el resultado a nuestro favor de la presente guerra, incluso interactuando en la época-destino. Será una operación militar al cien por cien.

El general Kammler se levantó y también se dirigió a la pizarra, que el doctor Gebhardt acababa de borrar.

—Gracias, doctor —dijo Kammler.

Gebhardt se sentó de nuevo en su silla, tras la mirada aprobatoria del doctor Otto Schoppe. El uniforme del general era de corte perfecto y recordaba en su actitud y estética a la de Reinhard Heydrich, asesinado en Praga en 1942.

Kammler inició su parlamento, con gesto serio.

—En este momento el gran problema de Alemania se llama tiempo. Estamos a finales de octubre de 1944 y necesitamos imperativamente tiempo para acabar de desarrollar los proyectos de armas futuristas en los que estamos involucrados. Las que hemos puesto en el frente de batalla, como la V1, V2 o los aviones a reacción, son armas ya obsoletas según nuestros estándares de investigación. Las nuevas son armas de una capacidad de ataque y destrucción desconocida para todos, excepto para nuestros científicos. Son armas que harán girar el destino de esta guerra y contra las que el enemigo no puede batirse. Nuestras tropas luchan furiosamente en tres frentes en este momento: Francia, Italia y Polonia. Eso se llama ganar tiempo para nosotros.

Uno de los oficiales asistentes de Kammler desplegó un mapa que mostraba la situación en los tres frentes mencionados por el general sobre la pizarra. La situación era muy grave, no se podía ocultar. En el caso del frente en Francia, las flechas indicaban la posición de las tropas aliadas junto a la frontera con Alemania.

Tras señalar los tres ejes militares enemigos, Kammler fue rotundo.

—Creo que está clara nuestra situación en el campo de batalla. ¿Qué deseo de ustedes? Muy simple. Primero irán al pasado a buscar un objeto de nuestro máximo interés y que sabemos que puede darnos buenos resultados en combate ahora mismo. Una vez efectuada la misión, se les enviará a otro espacio temporal para que puedan variar situaciones que sabemos que sucederán y que requieren un cambio drástico para adaptarse a nuestros intereses.

Las caras de los presentes evidenciaban que la situación era muy difícil. La mente de Horst pensaba a muy alta velocidad. Desde luego, estaba en juego mucho más que la simple derrota de Alemania. Estaba en juego la cultura europea y el ser dominados por pueblos y hordas ajenas a la forma de ser europea y a su legado histórico. Sería el fin. No podía imaginar la Europa resultante de ese desastre. Por otro lado, el propio

Kammler o gente de su equipo ya habían vislumbrado el futuro, incluso parecía que lo habían visitado. ¿Ganaría Alemania la Guerra? ¿Sabía algo más el general Kammler...? Su cabeza seguía dando vueltas.

Kammler continuó.

—En este momento y de forma secreta, como pueden imaginar, tenemos en marcha la Operación Hagen, que será el bombardeo atómico de una zona enemiga para avisar a las potencias aliadas de que nuestra capacidad ofensiva permanece intacta. La magnitud de la bomba y sus efectos les harán querer negociar con nosotros un fin del conflicto acorde con nuestros objetivos y nuestro sentir europeo. Tendremos todo el peso en la mesa de negociaciones. No les voy a engañar, para mi oficina técnica de desarrollos secretos la bomba atómica ya es un arma desfasada y obsoleta que no nos interesa en el futuro. Produce daños irreparables y es ajena a nuestros criterios y filosofía, pero puede ser útil en este momento y debemos de usarla. No tengo dudas. Tenemos a un equipo de la Luftwaffe en Letov preparado para llevar a cabo la misión.

Desde luego el general SS Hans Kammler era un hombre decidido y al que no parecía temblarle el pulso ante una iniciativa como aquella.

Horst y sus hombres habían oído hablar de la llamada bomba disgregadora, que era el nombre en clave que se usaba en el círculo SS científico para referirse a la bomba atómica. Era la primera vez que escuchaban oficialmente su denominación real. Su uso podía dar un cambio radical en los frentes de guerra y lo que estimaba el general Kammler podría suceder. No era descabellado. Mientras el general hablaba, dos de sus oficiales colocaron frente a la mesa de reuniones un soporte para cuadros, como un caballete. La supuesta pintura que colocaron en él, estaba oculta por un paño de color negro que la cubría en su totalidad y no permitía imaginar de qué se trataba. Sí que delataba ser bastante grande.

Kammler se situó junto al caballete recién desplegado.

—La misión que deben realizar en el pasado será capturar el Arca de la Alianza y traerla a nuestro tiempo lo más rápidamente posible. —Retiró el paño negro y una imagen del Arca apareció ante ellos en todo su esplendor. Hubo unos comentarios entre Horst y sus hombres.

Georg intervino con la aprobación de Horts.

—Con su permiso, general. Por lo que he leído sobre este asunto y la explicación que puedo recordar en el colegio, la llamada Arca de la Alianza es un objeto religioso mitológico. Teóricamente no ha existido, aunque es un gran referente para la cristiandad y el judaísmo y todos reconocemos su forma y diseño, ya que ha habido profusión de imágenes de ella.

Kammler miró a Georg.

—Agradezco su sinceridad, *Hauptscharführer* Richter, y le digo que prefiero

hombres como ustedes que pregunten de forma sincera las dudas que puedan tener a aquellos que permanecen mudos y simplemente cumplen las órdenes. Estamos embarcados en un proyecto en el que la simple disciplina militar no sirve. Yo no escojo a mi gente por su mérito político sino por su validez técnica, científica o militar. No lo duden.

Georg se sintió mejor tras estas palabras. Además, era cierto y así lo demostró Kammler cuando montó su famoso Kammlerstab u Oficina Técnica de Desarrollos Secretos, la más adelantada del mundo en aquel momento.

Kammler siguió.

—Puedo decirle, sin lugar a dudas, que el Arca de la Alianza no solo existió sino que fue utilizada militarmente con éxito en varias ocasiones. Lo hemos analizado en profundidad y sabemos que no solo fue así sino que es el arma que Alemania necesita en este momento. Quiero que la traigan aquí. Y su misión será en la Etiopía de hace mil años, por lo que esta parte recibe la denominación de Operación Etiopía.

Horst, como militar, no iba a discutir una orden, pero aprovechando la oportunidad que daba el general Kammler de poder comentar los puntos de interés o dudas, tomó la palabra.

—Pero general Kammler, el Arca de la Alianza fue un objeto de los judíos usado por ellos. Se relaciona histórica y mitológicamente con la cultura hebrea y creo que eso va en contra de nuestra filosofía. No es que sean enemigos de la civilización, es que son nuestro mayor enemigo.

Kammler tomó asiento.

—Conozco al enemigo mundial, el sionismo, pero la victoria necesita pragmatismo, señores —miró a todos despacio—. Según la Biblia, los judíos la usaron pero ni la fabricaron ni era tecnología suya. De nuevo, y según la Biblia, Yahvé les indicó cómo fabricarla y usarla. Aunque otras fuentes aseguran que les fue entregada ya construida. No es de ellos, y será nuestra para siempre. Hace más de 1000 años que desapareció y se ha intentado encontrarla sin resultado alguno. Incluso en nuestro siglo ha habido expediciones, todas ellas fracasadas. ¿Por qué desapareció de la Historia? Seguramente porque nosotros fuimos allí y la trajimos a 1944. No quedó registro histórico de nuestra acción y el arca se convirtió en leyenda a partir de entonces. Fue la mejor solución. ¿Tienen alguna duda? Yo ninguna, señores. Y eso quiere decir que el éxito coronará la misión. Vayan y traigan el Arca de la Alianza lo más rápidamente posible. Quien disponga de ella conquistará el mundo, no tendrá rivales ni enemigos —se levantó, se acercó al cuadro que representaba el Arca y señaló a sus portadores—. Son la tribu de los Levitas, que se encargaban de su transporte y cuidado. La guardaban en el Templo de Salomón en Jerusalén y se llevaba al frente de batalla a la cabeza del ejército cada vez que había una guerra. No perdió ni una sola batalla.

—¿Y qué tipo de máquina o artefacto es el Arca de la Alianza, general Kammler? ¿Cuál es su función? —Horst preguntó aquello sobre lo que su equipo se cuestionaba mentalmente.

Kammler parecía conocer bien el asunto.

—Hemos analizado el Antiguo Testamento profundamente y hay información muy detallada. Ha sido complejo separar lo que creemos que es mitológico de lo real. Creemos que es varias cosas a la vez, dependiendo del uso que se le quiera dar. Por un lado, parece un transmisor de señales o de conexión de gran potencia; por otro, incluso era la máquina que fabricaba el maná que consumieron los judíos en su mitológica huida por el desierto durante cuarenta años. También es capaz de lanzar rayos o energía que destruye todo aquello que represente una amenaza para sus portadores —Kammler señaló unos rayos que parecían partir del arca—. Observen que los portadores van protegidos por unos ropajes especiales que también fueron fabricados siguiendo especificaciones muy precisas de Yahvé. Necesitaban esa protección, como nuestros técnicos cuando ponen en funcionamiento la Campana. Es posible que emita radioactividad.

—¿Cuánto cree que pesa, general Kammler? Parece pesada —preguntó Georg de forma práctica.

Kammler miraba la representación gráfica.

—Desconocemos el peso del arca, pero siempre es llevada por cuatro personas. Por ello podemos estimar que no es ligera y un cálculo previo indica que puede rondar los 150 kilogramos. Necesitaremos un equipo suficiente para cubrir y proteger a los portadores hasta llegar al punto de traslado.

—Eso querrá decir, general —intervino Horst— que necesitaré ampliar el equipo para esta misión.

Kammler afirmó con la cabeza y añadió.

—Esa es una cuestión que usted podrá preparar como estime oportuno, pero pensamos que no deberán ser menos de 14 soldados. Cuando hayan capturado el arca, 10 deberán proteger la reliquia y a sus portadores hasta el regreso. No estimamos que hagan falta más miembros en el comando ya que la tecnología de aquellos años es muy rudimentaria y tenemos varios elementos a nuestro favor, como el factor sorpresa. Ustedes parecerán dioses a la vista de aquella gente y portarán sus armas automáticas y explosivos por si son necesarios. De todas maneras, como le he dicho, *Hauptsturmführer* Bauer, usted deberá preparar todo lo que necesite para esa misión.

—¿Dónde se halla exactamente el arca, general? —preguntó Hermann que, como los demás, seguía la explicación con sumo interés.

—*Hauptsturmführer* Winzer, esa es una buena pregunta —contestó Kammler mientras se dirigía a la mesa y abría una carpeta—. El doctor en Historia y Arqueología *Obersturmführer* Emil Riemer les hablará de ese momento histórico en

el que ustedes estarán involucrados.

Emil Riemer agradeció la oportunidad al general Kammler, mientras este tomaba asiento. Riemer extrajo un mapa de África de la carpeta abierta por el general y señaló Etiopía, al este del continente negro.

—Esto es Etiopía. Para muchos la cuna de la humanidad, aunque no para nosotros. Verán que aquí en el norte se halla la zona de Eritrea, de la que Aksum o Axum es la principal ciudad. Se dice que es la ciudad más antigua del mundo. Cerca de la ciudad está la iglesia de Santa María de Sión, donde guardaron el arca al llegar a Etiopía. Llegaremos a una época en la que ha gobernado una reina no cristiana llamada Judith o Guedit según otras líneas de investigación, que persiguió de forma terrible a los cristianos hasta el año 1137, en que un rey llamado Mara Takla Haymanot derrocó a los descendientes de Judith y estableció la dinastía Zagüe.

Riemer continuó.

—La época que vamos a visitar es de profunda religiosidad, que también es motivo de guerras y disputas de todo tipo. Allí luchan cristianos, musulmanes y judíos. La convivencia es muy difícil.

—Observen que contarán con la ayuda del *Obersturmführer* Riemer en este traslado —indicó Kammler. Horst y sus hombres afirmaron y entendieron la participación de Riemer en la misión. Desde luego era positiva—. Quiero que lleven a un experto en arqueología e historia y en temas bíblicos en particular. Es el mejor. Él será capaz de distinguir cualquier objeto de nuestro interés de lo que no tenga valor.

—*Obersturmführer* Riemer —inquirió Horst—. ¿Cómo sabemos que el arca se halla precisamente en esa iglesia etíope?

Riemer sonrió.

—Sabemos, a través de la Biblia y otras historias del judaísmo, que se llevó desde Jerusalén hasta Etiopía. Disponemos de los dibujos que realizó el doctor O.J. Kinnaman dentro de la iglesia de Santa María de Sión en los años 20 y son muy precisos, pero son de una copia del arca. El doctor estuvo frente al arca, pero no la original. Los etíopes que la resguardaban no podían admitir que ya no estaba y construyeron una réplica para que la leyenda continuase. Les hubiese costado la vida perder el arca. Esa historia ha ido pasando de generación en generación aunque no la han mostrado jamás públicamente. Si fuese la original ya se habría utilizado militarmente. No tengo dudas. —Los dibujos fueron mostrados a los presentes por otro oficial SS. Realmente mostraban algo muy parecido al Arca de la Alianza.

Reimer siguió.

—La iglesia a la que nos dirigiremos en esa época apenas estará resguardada, salvo por algún monje o peregrinos que puedan pasar allí la noche en su ruta. No tienen que representar ningún problema en nuestro asalto. Nuestro equipo técnico

está preparando la Campana para que nuestra llegada sea durante la noche y junto a la iglesia. Es decir, tendremos una puesta en escena espectacular que haga ver a los que allí están que se hallan frente a un milagro, para que no traten de impedir que llevemos a cabo nuestra misión.

Horst miró al general Kammler.

—¿Cuándo ha previsto que salgamos hacia allí, general? —Kammler miró un calendario, con numerosas anotaciones y marcas diversas—. Hoy es 28 de octubre de 1944 —dijo—. El arca deberá estar aquí antes del 9 de noviembre. Es un compromiso personal con el Führer, para celebrar nuestra gran efeméride nacional socialista de Munich de 1923. Como ya suponen, el Führer conoce nuestro proyecto y la misión que hemos de realizar. Ya conocen también su gran interés por los objetos sagrados de la antigüedad. Nuestro *Reichsführer* SS Himmler ya le ha conseguido diversos objetos en varias expediciones en el Tíbet, Mongolia y centro y sur de Europa. El Arca de la Alianza será la culminación de todos ellos y la usaremos como arma. Una vez allí, disponen de un máximo de 48 horas para conseguirla. No tenemos más tiempo. El éxito de esta misión condiciona la que estamos planificando en una segunda etapa.

—Soy un soldado, y tanto mis hombres como yo cumpliremos las órdenes que se nos den, pero lo que usted pide nos da un margen de preparación de pocos días, general. Acabamos de regresar de un traslado. Las otras misiones han contado con más tiempo en su preparación —indicó Horst, haciendo sus cálculos mentales de lo que representaba preparar un traslado como aquel.

—Comprendo que han regresado hace muy poco pero es lo que tenemos, *Hauptsturmführer* Bauer. Llevamos tiempo preparando esta misión, que es de la máxima importancia militar —dijo Kammler con semblante adusto—. Adáptese a ese calendario y pónganse a trabajar de inmediato. Confío totalmente en usted y en sus hombres. Sé que lo conseguirá.

Tras una nueva intervención de los científicos en algunos detalles técnicos del interés del general Kammler, la reunión terminó con el objetivo marcado. Horst y su equipo eran conscientes de la gravedad de la situación en los frentes y de la altísima responsabilidad que acababa de serles confiada. Para todos ellos, era la operación más importante de su vida militar.

Mientras el general Kammler hablaba en pie con sus oficiales, entre ellos el *Obersturmführer* Emil Riemer, Horst trató de hablar con Kammler antes de que se marchase.

—General Kammler, necesito hablar con usted en privado —Kammler se giró hacia Horst—. Muy bien, pero no tengo mucho tiempo. He de partir hacia Praga.

Los dos hombres se retiraron hacia una de las ventanas de la enorme sala-despacho que utilizaba el general en sus estancias en el castillo. La vista de los

inmensos jardines serenaba el espíritu. Un jardinero trabajaba limpiando la hojarasca caída, lenta pero eficazmente.

—Quiero agradecerle su confianza en mi equipo y en mí, general Kammler. No le defraudaremos, pero sí necesitaré toda su influencia para tener el mejor equipo humano y material para realizar la misión que nos ha encomendado.

Kammler afirmó con la cabeza.

—Apreciado *Hauptsturmführer* Bauer, todo este proyecto está bajo el código *Kriegsentscheidend* o Decisivo para la guerra. No tiene restricciones materiales o humanas de ningún tipo, y por ello usted puede hacer y disponer de todo aquello que considere oportuno para que la misión sea un éxito. Lo que usted necesite y esté en las fronteras del Reich e incluso fuera, será suyo, se lo garantizo. No permitiré que una traba burocrática estúpida ponga en jaque el proyecto y perdamos una buena oportunidad militar. Haga su trabajo y prepare el mejor equipo. Les veré antes del traslado.

Horst agradeció la disponibilidad y energía de Kammler y supo que podía confiar en él. Luego espero a que Emil Riemer estuviese disponible, ya que estaba ayudando a sus compañeros a guardar el material utilizado en la reunión. Los doctores Gebhardt y Schoppe se despidieron de todos y regresaron a su trabajo. Riemer terminó y se personó ante Horst.

—Estoy a su disposición, *Herr Hauptsturmführer* Bauer —dijo formalmente.

—Bien, *Obersturmführer* Riemer, bienvenido a nuestro grupo. Si le parece bien nos veremos más tarde en las instalaciones subterráneas, concretamente en el complejo 3 a las 14.00 horas, para ir preparando todo lo necesario —Riemer se puso firme—. Muy bien, señor. Allí estaré —levantó su brazo—. ¡*Heil* Hitler!

Todo el grupo de Horst contestó al unísono con el saludo alemán, con los brazos en alto.

El general Kammler se ajustó su abrigo de cuero negro, se caló su gorra SS con la temible calavera de plata y también salió de la estancia, acompañado de dos de sus oficiales. Su próximo destino: Praga, en el Protectorado de Bohemia y Moravia. La guerra seguía su curso.

## **IV. El arca: el gran misterio bíblico**

«...Harás un Arca de madera de acacia, de dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y otro codo y medio de alto. La revestirás de oro fino por dentro y por fuera y labrarás una cornisa de oro alrededor. Le pondrás cuatro anillos, uno en cada ángulo del Arca, dos a un lado y dos al otro. Harás también unas varas de madera de acacia y las cubrirás igualmente con oro. Las pasarás por los anillos que están a los lados del Arca para llevarla. Estas varas estarán siempre metidas en los anillos y no se sacarán de ellos. En el Arca pondrás el Testimonio que yo te daré. Le harás una cubierta, el Lugar del Perdón, de oro puro, de dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho. Asimismo, harás dos querubines de oro macizo, y los pondrás en las extremidades de la cubierta. Pondrás un querubín en una extremidad y el otro en la otra; formarán un solo cuerpo con la cubierta, a sus dos lados. Los querubines extenderán sus alas hacia arriba, y sus alas cubrirán el Lugar del Perdón. Estarán de frente el uno al otro y sus caras mirarán hacia el Lugar del Perdón. Los pondrás sobre el Arca, y pondrás dentro de ella el Testimonio que yo te daré. Allí me encontraré contigo para darte mis órdenes referentes a los hijos de Israel. Te hablaré de encima del Lugar del Perdón, de en medio de los dos querubines puestos sobre el Arca del Testimonio». (Éxodo 25, 10-22).

Estas instrucciones fueron seguidas al pie de la letra por Bezaleel y otros hombres hábiles a los que Yahvéh había dado pericia, quienes no solo construyeron el Arca sagrada, sino que también trabajaron en la elaboración del Tabernáculo, el candelabro de siete brazos, el vestuario de los sacerdotes, la mesa sagrada, los objetos para los que estaba destinada, etc. Cuando estuvo terminada, y con las Tablas de la Ley en su interior, según el Éxodo 40, 20, y con la vara de Aarón formando parte del ajuar que en ella se guardó, según Números 17, 10, el Arca comenzó a ocupar un lugar destacado en el Sanctasanctórum del Tabernáculo, ese templo portátil de los israelitas durante su éxodo en busca de la Tierra Prometida, convirtiéndose así en un auténtico talismán que representaba la alianza de Dios con su pueblo, cuando no la propia encarnación material de Yahvéh.

Según se detalla en la Biblia, el Arca estaba hecha de madera de acacia negra, revestida por dentro y por fuera con láminas de oro puro. Medía 2,5 codos de longitud y 1,5 de ancho y alto, es decir 1,31 m de largo por 0,78 m de alto y ancho. Una guirnalda de oro la rodeaba en su parte superior. A ambos lados llevaba fijos cuatro anillos de oro a través de los cuales se insertaban dos pértigas de acacia recubiertas también de oro. Sobre la tapa del cofre o propiciatorio descansaban dos querubines, igualmente dorados. Los querubines eran dos figuras aladas que bien podrían ser, según ciertas teorías, figuras humanas con la cabeza cubierta pero con

brazos alados. O bien, según otra doctrina, figuras de apariencia zoomórfica, tal vez parecidas a las figuras descritas en la Biblia tras la visión de Ezequiel (Ezequiel, 1.6.7 y 10) o bien como los toros alados asirios de Nínive o Kirubi. Fuera cual fuera la forma que tuviesen, parece que distaban mucho del querubín angelical que conocemos o imaginamos.

Estos querubines extendían las alas con tendencia a tocarse las puntas de modo que el espacio que quedaba entre las figuras y el propiciatorio formaba un triángulo sagrado. Ese espacio abierto se llamaba oráculo, y mediante él se comunicaba Yahvéh. El Arca estaba situada en el sanctasanctórum o lugar más sagrado del tabernáculo o del Templo. Su utilidad fue variada, pues no solo estaba destinada a contener elementos sagrados como el decálogo, el gomor de maná y la vara de Aarón, sino que, además, fue un arma de doble filo capaz de proteger al pueblo elegido, y de ser brazo ejecutor de los castigos de Dios. Los significados del Arca iban más allá de lo simbólico, tener el Arca era tener a Dios.

El arca del Testimonio de la Alianza de Dios con el pueblo hebreo era y es el objeto de culto más importante y sagrado del judaísmo. La Biblia habla a menudo de ella narrando los hechos en que intervino y relatando el poder de Dios que residía en ella, del que se beneficiaba exclusivamente el pueblo de Israel. No hay un momento cierto en que pueda acreditarse que el Arca desaparece, más bien comienza a existir un silencio sobre ella en los textos bíblicos canónicos o apócrifos y hay una fecha a partir de la cual los eruditos concretan esta desaparición. Es el año 587 a.C., fecha en la que los babilonios invaden y destruyen el Templo de Salomón, la soberbia y magnífica maravilla del mundo que este rey construyó con el exclusivo objeto de alojar en él el Arca de la Alianza, en la que Dios mismo residía a su voluntad. Su transporte y cuidado solo estaban reservados a la Tribu de los levitas, de la familia de Caath. Abría la marcha durante los años de expedición por el desierto y estaba siempre a la cabeza del pueblo.

Al plantar el tabernáculo, un velo la separaba del santuario y, al levantar la marcha, los levitas la envolvían en aquél velo, posiblemente el *tentorium*. Todo iba envuelto en una piel teñida de azul y en otra de color jacinto. Actualmente los judíos tienen en sus sinagogas un cofre donde guardan la Tora y que representa el Arca de la Alianza, habitáculo que alberga la palabra de Dios. La Biblia indica que el Arca fue usada en la conquista de Canaán, con la cual Josué consiguió abrirse paso en las aguas del Jordán al contacto de estas con el Arca y durante siete días fue paseada en torno a Jericó, que cayó luego en poder de dicho caudillo.

El Arca fue fijada en Silo. Más tarde, los filisteos la tomaron en la guerra que mantenían contra los hebreos. En poder de aquellos estuvo unos meses, puesto que durante ese tiempo se indica que solo causó estragos, muertes y tumores. Debido a ello, los filisteos, horrorizados, habrían dejado que el Arca fuese sola en un carro

tirado por dos vacas. Después los animales pararon en Bethsames: varios habitantes de aquel lugar murieron por el trato poco reverente que dieron al objeto sagrado.

De allí fue trasladada a Gabaá. Luego, Saúl la habría utilizado en la campaña contra los filisteos. Posteriormente David, con un acompañamiento solemne, la habría trasladado a Sión; sin embargo, de camino a este lugar habría ocurrido un accidente: Uza, un encargado del Arca, quiso sostenerla en un momento de bamboleo y cayó muerto de repente. David, atemorizado, la dejó durante 3 meses en casa de Obededom. Seguidamente, después de haber estado en Sión la reliquia fue instalada en el templo de Salomón en tiempos de su reinado. Posteriormente, el Arca desapareció.

Según se dice, Cristo solo podría ofrecer su sangre al Padre celestial, y esto debía cumplirse a pesar de que Cristo hecho hombre hubiera muerto en la Tierra; su sangre, por lo tanto, no podía ser contaminada por ninguna mano impura. Todo ello supuestamente seguiría el plan establecido por Yahvéh seiscientos años antes de la crucifixión. Por eso mandó construir el Arca de la Alianza, para tener una representación de su Trono del Cielo en la Tierra, que finalmente quedaría escondida justo bajo el lugar donde su Hijo sería inmolado. La Biblia cuenta que tras la muerte del Salvador se oscurecieron los cielos y tembló la tierra, resquebrajándose los cimientos de la cruz y abriéndose una grieta hasta la cámara del Arca. Cuando el centurión romano Longinos clavó la lanza en el costado de Jesús, sus últimas gotas de sangre fueron a caer sobre el Propiciatorio.

De la tierra brotaría la Verdad cuando el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley pudieran ser, por fin, reveladas a toda la humanidad.

¿Y cuándo empieza a citarse al Arca en los textos bíblicos? Justo después de que las aguas del mar Rojo se abrieran para que las cruzara el Pueblo Elegido, aparece el Arca en los escritos. Hasta su llegada a Jerusalén y su instalación definitiva en el Sanctasanctórum del Templo de Salomón, los datos son muy claros. Primero fue llevada cerca de Jericó, donde dio a Israel su primera victoria militar en Canaán. A continuación, la instalaron en Gilgal, cerca del mar Muerto, para desplazarla después a Siquem, donde renovó el pacto con Yahvéh que simbolizaba el Arca y su contenido: las Tablas de la Ley.

Tras un breve paréntesis en Betel, el Arca se quedó durante bastante tiempo en Siló, donde fue cuidada por la familia del sacerdote Eli y desde donde fue llevada a la batalla de Afec, en la que los filisteos se apoderaron de ella y la exhibieron después como trofeo de guerra. Sin embargo, la felicidad de los filisteos duró poco, pues una serie de extrañas enfermedades se abatieron sobre ellos, obligándolos a devolver el Arca a sus propietarios originales siete meses más tarde.

Para entonces, el Arca se quedó en Bet Semes, provocando la muerte de setenta hebreos que intentaron mirar en su interior, quién sabe si para comprobar si faltaba

algo de su precioso contenido. Lo cierto es que el miedo al Arca hizo que esta se *exiliara* a Quirat Jearim, donde fue custodiada durante veinte años por un cierto Abinadab, hasta que el rey David se propuso llevársela a Jerusalén. En el traslado murió un hombre, Uza, al tocar el cofre, y se decidió que este *descansara* en casa de Obededom de Gat. Una vez pasado el incidente, se preparó una tienda en Jerusalén donde estuvo el Arca hasta que Salomón terminó su Templo. Y fue allí, curiosamente, en el lugar más seguro de todos aquellos en los que estuvo el Arca, donde se le perdió la pista para siempre...

Por ello nada tiene de extrañar que la Orden del Temple, desde su creación, se trazara el objetivo de encontrarla; si bien ayer como hoy lo mantuvo en sigiloso secreto, solo conocido por su Círculo Secreto. Se cree que Godofredo de Bouillón, a la cabeza de un grupo de célebres nobles franceses, se trasladó a Tierra Santa para investigar. Los nueve nobles franceses fueron Hugo de Payns, Godofredo de Saint Omer, Godofredo de Roval, Archibaldo de Saint Amand, Godofredo de Bisoi, Andrés de Montbard, Fulco D'Angers, Payens de Mondidier y Hugo de Champagne, todos ellos notables figuras del Temple en 1119 y años siguientes, que sobresalieron por sus hechos, por las batallas en las que participaron y los puestos que ocuparon en la organización de la Orden. Alternaban la búsqueda del Arca con la protección de los peregrinos que visitaban Jerusalén, patrullando los caminos desde el puerto de Jaffa hasta la Ciudad Santa.

Tal vez esa misión secreta fuera una de las razones por la cual el papa Inocencio II promulgó la Bula *Omne datum optimum* por la que concedió a los Caballeros del Temple la prerrogativa de no estar sujetos a poder temporal de reyes u obispos, quedando solamente sujetos a la autoridad del mismo Papa. Fue esta Bula motivo de controversias y envidias dentro de la sociedad eclesiástica y civil. En aquellos tiempos, el poder inmenso de la Iglesia tenía autoridad para hacer que sus normas se acatasen y, así, nuestros caballeros no tuvieron que rendir ni dar cuenta a nadie de todo lo que hicieron y de las razones que les llevaron a ello. Para cumplir su misión, los templarios establecieron contactos con judíos, musulmanes, cabalistas y mongoles, por ejemplo. Estos contactos ocultos, que fueron continuos durante toda la vida de la Orden, fueron una de las causas esgrimidas muchos años después por el rey francés Felipe el Hermoso para procesar y aniquilar la Orden.

En la Ciudad Santa de Jerusalén quedan vestigios de las excavaciones que realizaron los templarios en el siglo XII. Así, es visible un túnel que, después de unas decenas de metros, está cegado en su mayor recorrido. Pero no hay constancia de que encontraran el Arca de la Alianza en aquellos lugares.

En el año 1160, en pleno dominio templario de Jerusalén, llegó a la plaza un príncipe etíope llamado Lalibela, que permaneció allí durante varios años y estableció relaciones con los templarios, pidiéndoles refugio en Jerusalén porque estaba siendo

perseguido por su hermano Habré que, tras usurparle el trono de Etiopía, quería matarlo. Los templarios conocieron por el príncipe Lalibela que el Arca de la Alianza se encontraba en Etiopía y, también, las circunstancias sorprendentes que ligaban al Arca de la Alianza al pueblo judío y a Etiopía.

Dentro de Etiopía se encontraba el antiguo País de Saba. Por la Biblia nos ha quedado el relato de la visita de la reina de Saba a Jerusalén, maravillada por la fama de Salomón y ansiosa por conocer la fastuosa edificación del Templo destinado a custodiar el Arca. El Libro I de los Reyes relata esta visita y la tradición nos dice que debió de existir una relación amorosa entre la reina y Salomón, hasta tal punto que la reina de Saba, según relata el *Kebra Negás* o libro sagrado del pueblo etíope, regresó a su país embarazada de Salomón. La Biblia no dice nada sobre este punto, solo manifiesta que Salomón conoció muchas mujeres extranjeras y las amó, lo cual da cobertura bíblica al romance con la reina.

Por otra parte, se da la circunstancia de que el pueblo etíope tuvo durante muchos años emperadores que se titulaban de la Dinastía Salomónica, y así se ha estudiado en su Historia. El Imperio Etíope se extinguió con la muerte de Haile Selassi, el negus derrocado por una revolución en nuestro actual siglo. Los etíopes dieron siempre como cierto que la dinastía salomónica viene de su fundador Menelik, primer emperador de Etiopía hijo de la reina de Saba y del rey Salomón y, por tanto primogénito de Salomón según los relatos del *Kebra Negas*.

La tradición etíope cuenta que Menelik, a su mayoría de edad, hizo una visita a su padre Salomón y, aprovechándola, regresó a Etiopía acompañado de un séquito de judíos de su edad y del Arca de la Alianza. Es difícil creer que Salomón entregara el Arca de la Alianza a su primogénito ilegítimo, pero la Biblia nos habla de una situación del rey en el Libro I de los Reyes que podría justificar este hecho: «... Salomón se volvió contra Jahveh su Dios, al edificar un altar a Kemos, en el monte fronterizo con Jerusalén, siguiendo los ritos de Astarté, diosa de los sidonios, profanando su alianza con Yahvéh...».

Así pues, a través de Lalibela los caballeros templarios fueron conocedores de estos pormenores y, cuando se dieron las circunstancias propicias para su ida a Etiopía, marcharon a la ciudad de Aksum, supuesto enclave donde habría de encontrarse el Arca de la Alianza. La ciudad de Aksum, que con la llegada del príncipe Lalibela cambió su nombre por el de Lalibela (ya que el monarca retornó al trono etíope que le correspondía), es actualmente una población de no más de 10.000 habitantes, situada en el altiplano de Etiopía, a 3.000 m de altura. Para los etíopes es una ciudad santa a semejanza de Jerusalén. Cada piedra es sagrada y sus templos rupestres están excavados en la roca viva. Su construcción se atribuye a los templarios del siglo XII que acompañaron a Lalibela.

Lalibela significa «aquél cuya soberanía es reconocida por las abejas», y fue

canonizado por la Iglesia Ortodoxa etíope. Como decíamos, en la ciudad de Lalibela hay muchos nombres que recuerdan a la Ciudad Santa de Jerusalén. Así, existe un río que llaman Jordán, que separa la zona de situación de varios templos de otra zona donde se agrupa otro conjunto de templos. Lalibela es la ciudad santa de los monofisitas, herejes creyentes en Dios Hijo al que atribuyen una sola naturaleza y una sola persona, como perfecto Dios y perfecto Hombre. Esta herejía fue condenada en el Concilio de Calcedonia en el año 451. Su cristianismo actual tiene influencias judaicas. En Lalibela se puede visitar la tumba de Adam. Los templos del Redentor del Mundo, Bed-Marian y el Templo de San Jorge tienen iconos y pinturas antiguas que nos recuerdan a la Edad Media y al Temple. En alguna iglesia puede verse la cruz roja del Temple francés del siglo XII.

Dos circunstancias especiales fueron las que propiciaron que los caballeros templarios continuasen con la búsqueda del Arca en Etiopía. Por una parte, la caída de la plaza fuerte de Jerusalén en poder de Saladino y, por otra, la marcha del príncipe Lalibela a Etiopía para ocupar legítimamente su trono. El capellán portugués Francisco Alvares visitó a Lalibela en el año 1520 junto con una embajada de Portugal enviada a esas tierras en busca del reino del Preste Juan y nos ha dejado una muestra de lo que debió de ser Lalibela en aquella época. Destacó también el tema de las cruces rojas del Temple grabadas en varias iglesias.

Para explicar las extrañas capacidades del Arca, que aparecen ya reflejadas en el Antiguo Testamento, se han llegado a esbozar hipótesis como que se trataba de un condensador eléctrico, de un *radiotransmisor* para comunicarse con Dios, de un arma nuclear o de una caja fuerte electrificada... Algunas teorías consideran que Etiopía es el país donde está escondida realmente el Arca. Aquí subsiste una tradición viva de culto a la reliquia y un pueblo, los falashas, de origen judío. Las hipótesis demuestran que el Arca salió de Palestina, recaló un tiempo en Elefantina (Egipto) y, después, pudo haber sido ocultada en Etiopía.

Los judíos de Elefantina huyeron a Sudán y desde allí a las tierras altas de Etiopía, asentándose finalmente en el Lago Tano, un mar interior a más de 2.000 metros de altura. En esta zona se relata cómo el Arca de la Alianza había sido colocada en una especie de tabernáculo en la isla de Tana Kirkos, donde permaneció ochocientos años hasta que el rey Ezana de Etiopía la llevó hasta su emplazamiento actual en Axum.

En aquel tiempo, Salomón había permitido que se erigieran ídolos paganos en el templo, en línea con la decadencia de su reinado bajo la influencia de Babilonia. Menelik, temiendo por la seguridad del Arca original, cambió la copia y se llevó la auténtica. Los expertos consideran que el Arca de Menelik I se encuentra en la iglesia de Santa María de Sión, en Axum, custodiada por un solo vigilante, casi ciego y con poca disposición a contestar preguntas acerca del Arca. Otras teorías, sin embargo,

indican que el Arca no se movió del Templo de Salomón hasta que el formidable ejército de Nabucodonosor arrasó Jerusalén en el año 586 a.C. Las iglesias ortodoxas de este país guardan en su sagrario una réplica del Tabot o Arca, a la que sacan en procesión una vez al año cubierta por telas durante la fiesta del Timkat, ceremonia que, al parecer, también se nombra en los grabados faraónicos de la época de Tutankamon.

Al doctor J.O. Kinnaman, fundador del Museo Nacional de Etiopía, se le permitió entrar en el templo de Santa María de Sión en Axum para que contemplara el Arca que allí se custodia. No pudo tomar fotografías, pero sí realizó unos bocetos muy interesantes.

Otra tesis sostiene que el príncipe Stephen Menghesa, biznieto del emperador Haile Selassie y supuesto descendiente directo, por tanto, de Salomón y Menelik, explicaba que, tras la proclamación del Estado de Israel en 1948 muchos falashas etíopes empezaron a discurrir planes para el retorno del Arca de la Alianza a Israel y para ayudar a la construcción del Tercer Templo, que contribuiría a la creación de una auténtica atmósfera de paz y concordia que uniría a cristianos, judíos y musulmanes y enterraría para siempre las voces amigas de la eterna discordia, ideal que muchos atribuyen también a la Orden del Temple.

El gran arqueólogo Ron Wyatt asegura, en cambio, que el Arca auténtica (pues al parecer existen innumerables réplicas) se encuentra enterrada bajo el monte Moriah, en el Grotto o caverna en la que Jeremías escondió el Tabernáculo, el Arca de la Alianza y el Altar del Incienso, cerrando después la entrada. El lugar señalado por Wyatt para iniciar la búsqueda que emprendió en compañía de sus dos hijos, Danny y Ronny, era un vertedero situado a lo largo de la escarpada ladera del monte Moriah que algunos denominan la pared del Calvario y cuyo relieve dibuja una especie de calavera alusiva al Gólgota, donde Jesús fue crucificado.

Después de investigar los alrededores, el arqueólogo decidió excavar perpendicularmente a la roca. Después de casi dos años de trabajo, terminó descubriendo una cueva de cinco por cinco metros y, tras introducirse en ella, comprobaron que, efectivamente, se encontraban bajo el monte Moriah. El 6 de enero de 1982, después de una intensa búsqueda en todos los pasadizos y cavidades encontrados, Wyatt halló lo que buscaba. Bajo la tenue luz de su linterna se adivinaba una caja de piedra con la tapa partida en dos y, justamente encima, en el techo de la cueva, distinguió una grieta ennegrecida por algún sedimento.

Alcanzó la caja y comprobó que la hendidura de la tapa estaba impregnada de la misma sustancia que el techo. Sin embargo, dada la escasez de espacio para moverse, volvió días después con unos instrumentos ópticos especiales de cuya lectura dedujo que el contenido de la caja no era otro que el Arca de la Alianza. Posteriormente, el propio Wyatt pudo comprobar que la grieta del techo era la prolongación natural de

otra que había visto en un agujero que él había interpretado como base de apoyo para la cruz de Jesús. Wyatt dedujo que la sustancia negra podría ser sangre que se hubiera colado por la grieta y que hubiera caído directamente sobre la caja de piedra y, claro, sobre su contenido. Por la posición de las salpicaduras de la tapa, aquella sangre, supuestamente de Cristo, habría caído directamente sobre el propiciatorio del Arca... en caso de que aquél se encontrara allí dentro.

Wyatt informó a las autoridades israelíes sobre su descubrimiento, pero estas, bien por incredulidad o por temor a las reacciones que podría provocar una noticia de ese calibre, le *recomendaron* mantener el secreto. Lo cierto es que, tras su gestión, Wyatt selló la entrada al túnel y todavía hoy el Arca podría seguir allí abajo.

En la Biblia (Macabeos 2, 1-8), se refiere cómo el profeta Jeremías ocultó secretamente de los holocaustos el Arca y el altar en una gruta situada en el monte al que subió Moisés para contemplar la heredad del Señor. Ese monte desde el cual Moisés divisó la Tierra Prometida que nunca iba a pisar, pues murió en el desierto, es el antiguo monte Nebó (identificado hoy con el moderno Jaban an-Naba), un lugar que se encuentra a unos cincuenta kilómetros de Jerusalén, en línea recta, dentro ya de territorio jordano.

Del texto bíblico podría deducirse que Jeremías retiró el Arca de su emplazamiento originario y lo trasladó al monte Nebó. Lo que no dice la Biblia es si el Arca fue llevada después a Jerusalén cuando los judíos regresaron de su exilio en Babilonia en 538 a.C. y reconstruyeron el templo.

En los años veinte del siglo pasado, Anthony F. Futterer buscó el Arca en el monte Nebó. Al parecer la encontró y antes de morir, dejó pistas de su emplazamiento a un tal reverendo Clinton Locy. En 1981, Tom Crotser, arqueólogo estadounidense, visitó al reverendo y consiguió una copia de la inscripción que Futterer había visto fuera del túnel bajo el Nebó. Según Crotser, la traducción de esa inscripción era «Aquí yace el Arca de la Alianza». Locy también proporcionó a Crotser un croquis del túnel, motivo por el cual este último viajó hasta Jordania en octubre de 1981.

En el monte Pisagh, en la misma cordillera del monte Nebó, encontraron una cavidad que se correspondía con la entrada de la gruta. Sin permiso oficial, quitaron la plancha de hojalata que cubría la entrada y se introdujeron en el pasadizo el 31 de octubre de 1981. Atravesaron varios ensanchamientos en forma de nichos y Crotser tuvo que romper dos muros de barro y roca que bloqueaban el camino.

Hacia el final del pasadizo, encontraron otro muro más robusto y sin inscripciones. Al derribarlo, apareció ante ellos una cámara tallada en la roca. Crotser opinaba que esta cámara estaba debajo de una antigua iglesia bizantina con la que se comunicaba mediante un pozo vertical. El investigador afirma haber visto en esa cámara la mismísima Arca de la Alianza. La describió como una caja de oro de 1,55

metros de largo por 93,5 centímetros de ancho y otros 92,5 de alto. No tocó la caja por temor a recibir una descarga, pero la midió y obtuvo varias fotografías.

Los querubines de oro no estaban en la tapa, aunque en una esquina de la cámara vio unos bultos envueltos en gasa que podrían ser las imágenes de los ángeles. También estaban los palos usados para transportar el arca y los anillos de oro en sus laterales. Después, Crotser y sus compañeros fueron a Ammán, donde intentaron infructuosamente que las autoridades jordanas se interesaran en su hallazgo.

A su regreso a Estados Unidos, la agencia de prensa UPI divulgó un comunicado en el que se afirmaba que se había encontrado el Arca. La noticia apareció en la mayoría de los periódicos del mundo. A pesar de ello, este hallazgo no encontró la notoriedad que buscaba, ya que la única fotografía del arca era de muy mala calidad y mostraba una caja de aspecto moderno con clavos y tiras metálicas, quizás cortadas a máquina.

Los textos religiosos judíos registran dos paraderos del Arca. Según la Misná y el Talmud, fue enterrada en uno de los túneles secretos excavados bajo el monte del Templo. El enterramiento habría sido obra del rey Josías que, alertado por una profecía sobre la futura profanación del Sanctasanctórum (lugar más santo de entre los santos) por los babilonios, la ocultó en una gruta secreta y cegada bajo la Setiyah o Piedra de la Fundación, un *axis mundi* que no era sino el suelo del Sanctasanctórum sobre el que reposaba el Arca.

Una cita del sabio árabe Maimónides (1135-1204) dice: «...cuando Salomón mandó levantar el Templo, pronosticó su destrucción e hizo construir una cueva secreta, muy profunda, donde Josías dio instrucciones de esconder el Arca de la Alianza». Esta información, que Maimónides atribuye a un judío llamado Arabaita, pudo haber inspirado una expedición que en 1908 buscó el Arca bajo el antiguo Templo de Salomón.

La Expedición Parker comenzó su tarea en el palacio-museo de Topkapi, en Estambul, donde el biblista sueco Walter H. Juvelius encontró un código sagrado en un manuscrito del Libro de Ezequiel. Afirmaba que ese código describía el emplazamiento exacto de los tesoros perdidos bajo el templo, en un lugar al que se accedía por un sistema de túneles. Juvelius se asoció al capitán Montague Parker bajo el mecenazgo de la duquesa de Marlborough para sacar el Arca de su presunto escondite.

Conseguir los permisos pertinentes para excavar bajo Jerusalén solo fue posible gracias a una larga cadena de sobornos. Y gracias a ellos, entre 1909 y 1911 el grupo descubrió varios pasadizos secretos. Pero su búsqueda se detuvo bruscamente el 17 de abril de 1911, cuando Parker y sus hombres intentaron entrar en una gruta natural, justo debajo de la Roca Sagrada sobre la que estuvo colocada el Arca en la época del llamado Primer Templo. El atrevido británico y su equipo descendieron con ayuda de

cuerdas a la gruta y empezaron a retirar las piedras que bloqueaban la entrada a una galería antiquísima.

Desafortunadamente, uno de los celadores que estaba pasando la noche en el templo oyó los ruidos de los trabajos de la expedición. Rastreó el desplazamiento del grupo hasta la Roca Sagrada y, horrorizado al descubrir extranjeros bajo el Sanctasanctórum, corrió a la ciudad para avisar a la gente sobre la profanación. En menos de una hora, una multitud enfurecida por el rumor de que unos extranjeros estaban robando el Arca de la Alianza y la espada de Mahoma se concentró frente a los muros del Templo. El gentío estaba dispuesto a hacer pagar con la vida semejante delito aunque, por suerte, Parker y el resto de la expedición consiguieron escapar a Jerusalén y de allí al puerto de Jaifa, donde embarcaron precipitadamente.

Parker no llevó consigo ni una sola prueba que avalara la existencia de los tesoros de Salomón, pero sí demostró la presencia de túneles secretos bajo el templo. Una evidencia que podría confirmar que siglos atrás hubieran sido visitados por los templarios, quizás con más fortuna a la hora de arrebatar las codiciadas riquezas.

Randall Price afirmaba que los archivos rabínicos antiguos mencionan que el Arca fue sacada del Segundo Templo y escondida en un lugar secreto bajo el almacén de leña del Templo. El propio Price dice que, basándose en la descripción histórica de la situación del almacén de leña y del conocimiento actual de los pasillos subterráneos bajo el monte Moriah, se cree que hay un túnel que conduce a una cámara, a unos cuarenta y ocho pies bajo la superficie, que se supone que alberga el Arca. Una afirmación esta perfectamente compatible con los hallazgos de Wyatt en sus excavaciones en 1979, en las que asegura que encontró el Arca impregnada de la mismísima sangre derramada por Jesús durante la crucifixión. Sorprendentemente, los trabajos arqueológicos de Wyatt fueron vetados por el Gobierno israelí antes de que culminasen. Lógicamente, si hubieran salido a la luz los descubrimientos de Wyatt podría haberse demostrado que Jesús fue realmente el Mesías, el Hijo de Dios encarnado, cosa que los judíos no pueden admitir.

El arqueólogo Vendyll Jones comunicó en 1994 a la agencia de prensa Reuters que conocía la situación exacta del Arca gracias a unas fotografías de alta resolución de Israel tomadas desde un satélite de la NASA. Las imágenes mostraban una explanada rectangular rodeada por los restos de una muralla. Después de tres meses de excavaciones, Jones y sus colaboradores concluyeron que aquel yacimiento reproducía a escala el Templo de Salomón. Esta minirréplica se encuentra en Gilgal, la ciudad descrita en el Antiguo Testamento como el punto de partida para el ataque de Josué contra Jericó. Jones declaró que la muralla exterior hacía las veces de pared ritual para el Tabernáculo, el lugar donde se supone que se encontraba el Arca... o su réplica.

En la actualidad, Vendyll Jones trabaja en Qumrán realizando excavaciones en las

llamadas Cuevas de la Columna y las Especias. Su interés por este sitio surgió a raíz del descifre de una parte del rollo de cobre encontrado en 1952, que consiste en una lista de objetos del Sanctasanctórum del Templo en la que se indican hasta sesenta y dos lugares donde se ocultaron objetos litúrgicos tras la destrucción del Segundo Templo. Vendyl Jones dice que el Arca de la Alianza está en relación con ello y que se halla en la ciudad de Gilgal, tal como reivindicó él en su día.

El coronel médico norteamericano Howard Buechner explica que el Arca de la Alianza, junto con el tesoro de Salomón, llegó a Francia gracias a los visigodos y no a los templarios. Este escritor afirma que en el año 70 d.C., como con secuencia de un levantamiento de los judíos, el general romano Tito redujo a escombros la ciudad de Jerusalén y el Templo de Salomón que reformara Herodes.

Tras la destrucción, los romanos realizaron excavaciones para buscar el tesoro del templo, *peinando* también la zona de los establos. Pues bien: Buechner afirma que tuvieron éxito en sus trabajos y encontraron el Arca, así como otros tesoros de gran valor. Tras ello, Tito envió el botín a Roma y ordenó erigir en el Foro un monumento que conmemorara la victoria sobre Palestina. En uno de los relieves del Arco de Tito se ve todavía hoy a un grupo de soldados transportando un enorme candelabro de siete brazos que bien pudiera ser el que acompañaba al Arca en tiempos de Moisés.

A pesar de la gran erosión de las figuras, se puede observar que dos soldados llevan algo suspendido entre dos palos apoyados sobre sus hombros. Para el investigador inglés Michael Baigent, esa era el Arca. Según él, una vez en manos romanas pasaría de un emperador a otro hasta la cristianización del Imperio, cuando quizás iría a parar al Vaticano.

En el año 410 d.C., el rey visigodo Alarico se tropezó con ese tesoro durante el tercer asalto a Roma, lo trasladó a Francia y lo escondió en el último reducto visigodo, al sur de Carcasona, en la provincia gala del Languedoc, cerca de los Pirineos. Según Buechner, los visigodos habrían escondido el tesoro en una gruta, donde sería olvidado.

## V. Preparando la operación Etiopía

A las 14.00, el *Obersturmbanführer* Emil Riemer se encontraba en el complejo 3 de la instalación subterránea del castillo de Fürstenstein. Allí también estaba todo el equipo de Horst, sentado en una mesa y con numerosos papeles sobre ella que demostraban que ya estaban trabajando desde hacía un rato. La estancia era confortable y contaba con una buena iluminación.

—Bienvenido, Emil, intentaremos tener un trato entre nosotros mucho más ágil y menos encorsetado que el oficial. Cuando venga alguien importante mantendremos los rangos. ¿Te parece bien?

—Sí, señor —Riemer estaba algo asombrado por las palabras de Horst, pero no le parecía nuevo ni era tan raro en equipos de combate de las SS.

—Hemos empezado sin ti, pero son temas menores, no te preocupes. Déjame que te presente a mi equipo —señaló a su derecha—. Este es el *Hauptscharführer* Georg Richter, a mi izquierda está el *Hauptscharführer* Hermann Winzer y por último, y frente a mí, está el *Hauptscharführer* Klaus Froede —todos se pusieron de pie y estrecharon la mano del recién llegado—. Nos trataremos por nuestros nombres de pila —remató Horst. Todos estuvieron de acuerdo.

Horst comenzó a hablar cuando todos habían tomado asiento.

—El complejo 3 donde nos encontramos será nuestro pues to de mando y desde aquí solicitaremos todo lo que necesitemos. Tenemos a nuestra disposición varios ordenanzas SS para los trabajos administrativos y de logística. De hecho, no necesitamos salir de aquí hasta que iniciemos el traslado.

—¿Cómo es un traslado, Horst? —Emil comenzaba a romper el hielo y a adaptarse al nuevo grupo. Parecía un buen tipo.

Horst se quedó pensativo y pareció meditar muy bien su respuesta.

—Es una pregunta de difícil respuesta, Emil. Aunque todos lo pasamos igual, creo que sentimos cosas diferentes física y mentalmente hablando. Físicamente se nota como un tirón que arrastra todo tu cuerpo. No es agradable. Mentalmente hay que ser fuerte para entender que has estado en un lugar increíble y único. Eso puede desequilibrarte. Este será el primer traslado en el que nos encontraremos con seres humanos del pasado y todo lo que sabemos de ellos es teórico. En este punto tu presencia es muy positiva.

Emil, a pesar de la explicación de Horst, parecía animado ante la expectativa de viajar en el tiempo.

—No voy a negaros que es el sueño de toda persona, y para mí como historiador y arqueólogo, es un sueño hecho realidad. Podré comprobar sobre el terreno las teorías que aprendí durante mi carrera y doctorado en la Universidad Humboldt en Berlín.

—Es llamativo que un hombre de formación académica brillante como tú se decantase por el servicio en las SS —indicó Georg con curiosidad.

—No es tan extraño, Georg —contestó Emil—. Vosotros mismos, que formáis parte de ellas, supongo que sabréis que en las SS se encuentran un gran número de miembros de todos los escalafones con una formación académica de alto nivel. No soy un caso especial. De todas maneras, hoy por hoy creo que mi servicio a la patria está por encima de otros condicionamientos y espero que mis conocimientos ayuden a la victoria final. Estar al servicio directo del general Kammler es el mejor destino que hubiese podido imaginar.

Hermann entró en la conversación.

—Nuestro origen son las *Waffen SS* y siempre habíamos servido en el frente en tropas blindadas. Es cierto que algunos mandos tenían formación de un cierto nivel, pero no me había parado a pensar en ello detenidamente. Yo mismo soy licenciado en Filosofía —Hermann pareció darse cuenta de repente de que él mismo estaba dentro del grupo con formación académica.

—Y ¿cómo llegasteis al proyecto? —inquirió Emil.

—Fue a través de la *Ahnenerbe SS* —respondió Horst—. Y fuimos seleccionados por ser un grupo que había demostrado alto valor ante el enemigo y compañerismo a toda prueba. Sencillamente se dirigieron a nosotros, que luchábamos en Normandía, en la 1ª División Panzer de las SS *Leibstandarte Adolf Hitler*, en el mismo regimiento que Michael Wittman, a finales de junio de este año. Tripulábamos un tanque Tigre. A partir de ese momento todo ha sido vertiginoso. Hemos perdido a uno de nuestros compañeros, Karl Wehrmann, que desapareció durante el regreso del primer viaje. No sabemos dónde puede hallarse. —Un gesto serio apareció en el rostro de todos los presentes—. El sacrificio forma parte de nuestro trabajo —añadió Georg con resignación.

La *Ahnenerbe* que había citado Horst era llamado Ministerio de lo Oculto en el III Reich. En 1935, el Instituto *Ahnenerbe* (herencia de los antepasados) pasó a depender directamente de las SS, bajo cuyo impulso se orientó en tres direcciones: la herencia (*Erbe*) propiamente dicha, su expansión (*Raum*) y el espíritu (*Geist*). De esta manera, además de crecer en la estructura puramente militar con las *Waffen SS*, las SS crecieron también como patrimonio cultural y religioso del sistema nacionalsocialista. Tuvieron incluso su propio centro sagrado en el castillo medieval de Wewelsburg, cerca de las ciudades de Paderborn y Detmold, en Westfalia.

Dentro del conjunto de Wewelsburg estaba incorporada la sede de la SS – *Ahnenerbe*, un instituto independiente cuya tarea eran los asuntos secretos del Reich y que comprendía desde lengua y literatura germánicas hasta yoga y zen, doctrinas esotéricas e influencias mágicas sobre el comportamiento humano, misiones arqueológicas y antropológicas, así como expediciones de exploración y estudios

científicos.

La sección esotérica estaba a cargo de Friedrich Hielscher. Por su parte, Ernst Jünger colaboró también con el instituto. La dirección ideológico-cultural que la Ahnenerbe ejerció sobre la SS se fue haciendo más notable con el tiempo y asumiría, a finales de ese año, el control de la revista *SS Norland* y en 1942 sería muy importante su presencia formativa en las escuelas de oficiales de la SS.

Desde 1936 realizaron excavaciones arqueológicas, conservaron monumentos de la historia alemana, incluidas la sinagoga Staranova de Praga del siglo XIII o el cementerio de Worms, en el Rheinland, etc. Se construyeron monumentos en homenaje a los héroes de la revolución nacionalsocialista, se crearon departamentos dedicados a danzas populares y canciones tradicionales, estilos regionales, folklore, leyendas, geografía sagrada, ciencias paranormales, etc.

En Wewelsburg, incluso los objetos más comunes, como cubiertos o tetetas, representaban runas y signos mágicos dando testimonio de una total inmersión en un universo diferente, alquímico, por su deseo de transformar el mundo y el hombre en el mundo y el hombre ario. La Sociedad para la Promoción y el Mantenimiento de los Monumentos Germánicos, fundada por la SS en 1936 era el departamento de la Ahnenerbe encargado de buscar lugares y monumentos de la antigüedad germánica para restaurarlos. En Wewelsburg se planificaron las misiones del *SS-Ahnenerbe* al Tíbet y al desierto del Gobi y los nacionalsocialistas llegaron incluso hasta América del Sur y la Antártida en busca de la entrada del legendario reino subterráneo de Agartha.

La Lectura de *Cruzada contra el Grial* y *La corte de Lucifer en Europa*, del autor alemán, coronel SS y miembro de la Ahnenerbe Otto Rhan, había sido declarada obligada para los oficiales superiores de la SS. El hecho de que su lectura fuera obligada demuestra que contiene una de las claves del movimiento nacionalsocialista.

Puede ser interesante analizar la misión al Tíbet, ya que rompe muchos esquemas. Uno de los grandes objetivos de la Ahnenerbe era el de encontrar el origen de la raza aria que, según los nazis, provenía de un tronco común indo-ario. Las tradiciones indo-arias se habían ido perdiendo con el paso del tiempo en Europa y, si querían revivirlas, deberían ir a buscarlas allá donde más vivas se encontraban: al Tíbet.

Entre 1938 y 1939, poco antes del comienzo de la guerra, un grupo de cinco etnólogos escoltados por veinte miembros de las SS, bajo las órdenes del SS Ernst Schäffer, partieron de Alemania en una expedición secreta considerada de suma importancia tanto por la Ahnenerbe como por la cúpula del partido nazi. Aunque durante los juicios de Nuremberg las autoridades aliadas preguntaron insistentemente por el objetivo de esa expedición, no obtuvieron prácticamente ninguna información por parte de los acusados.

Unos quince años antes de la expedición, Ferdinand Ossendowsky publicó las

aventuras que había corrido en Asia durante una expedición suya que duró varios años. En su libro *Bestias, Hombres y Dioses* se hacía referencia al Rey del Mundo, asegurando que emisarios suyos tienen contactos habituales con el Dalai Lama.

La leyenda del Rey del Mundo es posiblemente la más importante de las leyendas tibetanas: este vive en Shamballah, capital del reino subterráneo de Agartha, desde donde controla los designios de los hombres de la superficie. La mítica ciudad de Shamballah se encontraría bajo el Himalaya, en un lugar cuya entrada está escondida y que nadie que no haya sido invitado puede encontrar. También existirían numerosas entradas alternativas al reino de Agartha en otras partes del mundo, como el suroeste de Norteamérica, la costa chilena del cono sur... La tradición del Rey del Mundo está muy viva en oriente, tanto que ciudadanos tibetanos cuentan cómo numerosas expediciones del gobierno chino han ido sucesivamente explorando el territorio en busca de la entrada al mítico reino subterráneo. También hay cierto número de textos budistas que supuestamente dan instrucciones detalladas, pero previamente camufladas, de cómo llegar hasta Shamballah.

La expedición fue considerada como un éxito dentro de las altas esferas nazis. El director de la expedición, el miembro de las SS Schaeffer, trajo a su vuelta un pergamino de singular valor que fue colocado en el búnker donde el Führer hacía meditación. Este pergamino, según los indicios de los que se dispone, sería un documento en el que el Dalai Lama reconocería la causa nazi y legitimaría a Hitler como jefe de la raza aria pero, también según las mismas fuentes, el documento no habría resultado ser más que una jugada diplomática que consiguió evitar el peligro de un posible intento de conquista del Tíbet por parte de los nazis.

Otra de las consecuencias de la expedición fue el aumento en número e importancia de la comunidad budista en Alemania. Muchos de los monjes budistas que llegaron a Alemania fueron miembros de las SS y, hasta que cayeron en desgracia por el Führer cuando la guerra estaba prácticamente perdida, tuvieron gran importancia dentro de las decisiones de la Ahnenerbe y del propio partido nazi. Y entre todos los monjes tibetanos que llegaron a Alemania en el período de entreguerras, destacó un lama de guantes verdes que, según la leyenda, sería un embajador del Rey del Mundo; este lama de guantes verdes habría estado presente en todo momento al lado del Führer observando sus acciones y comentándoselas periódicamente al Rey del Mundo en una especie de evaluación de sus condiciones como líder de la raza aria.

—Yo también conozco la Ahnenerbe —dijo Emil—. Estoy con el general Kammler por mediación de ellos, ya que fui seleccionado para trabajar en su *Kammlerstab* u Oficina Técnica de Desarrollos Secretos. Mi aspecto y mis ascendientes de casi 300 años no dejaron lugar a dudas. Y, evidentemente, mi formación. Soy el único historiador y arqueólogo en el Kammlerstab. Todos los

demás son físicos, ingenieros aeronáuticos, científicos nucleares, especialistas en cohetes y una larga lista de especialidades. Yo soy alguien aparte de todo ese conglomerado técnico.

Horst afirmó con la cabeza, mirando a sus hombres y a Emil.

—No tengo dudas de que tu especialidad está relacionada con la misión que hemos de llevar a cabo.

—Yo también lo creo, ya que no he participado directamente en ningún otro proyecto del general Kammler y sí que llevo bastante tiempo sumergido en temas bíblicos y del Arca en particular. Casi podría hacer un nuevo doctorado... —bromeó Emil.

Georg tenía ya previsto qué era lo que podrían necesitar para su traslado a la Etiopía de hacía 1.000 años. En realidad era un viaje muy *corto* en comparación con los que habían hecho hasta entonces. En varios papeles sobre los que estaba trabajando, Georg habló para todos.

—Creo que nosotros cinco, más 10 soldados SS de absoluta fidelidad, debemos ser el grupo total para el traslado. He estado consultado la base de datos y creo que estaremos de acuerdo con que de nuevo Skorzeny nos proporcione los hombres adecuados para la misión. Son los mejores.

Horst ojeó una hoja con membrete oficial que le pasó Georg.

—Creo que nos parece bien a todos, pero deberán estar aquí lo antes posible. Deberán pasar las pruebas médicas necesarias de aptitud física y psicológica.

Ninguno de ellos tuvo dudas de que el *Obersturmbanführer* Otto Skorzeny podía facilitarles los mejores comandos del mundo. Skorzeny se había labrado una reputación fuera de toda duda.

Otto Skorzeny nació el 12 de junio de 1908 en Viena. Después de su examen final, estudió ingeniería de construcción en la Universidad Técnica de Viena y se convirtió en ingeniero en 1931. En este período fue políticamente educado en el compañerismo en un cuerpo de estudiantes y para la lucha por la unión de Alemania y Austria. En 1932 se convirtió en miembro del partido nacionalsocialista, que estaba prohibido en Austria. Cuando Austria, Ostmark, fue anexionada al Reich a través del Anschluss en marzo de 1938, Skorzeny se convirtió en un miembro de las SS. Desde septiembre de 1939, Skorzeny fue instruido en la Leibstandarte SS Adolf Hitler en Berlín. Tomó parte en la campaña del Oeste en el Regimiento Germania, precursora de la división Das Reich y, el 30 de enero de 1941, fue promovido a *SS-Untersturmführer*. Después de marchar a Serbia con las tropas alemanas en abril de 1941, tomó parte en la campaña en el Este en las filas de la División SS Das Reich. Fue condecorado con la Cruz de Hierro y combatió al Este de Kiev contra formaciones soviéticas rodeadas. Después de esto, avanzó con su división hacia Moscú.

En abril de 1943, una nueva tarea le fue encomendada. Para el curso especial de instrucción en Oranienburg de las *Waffen-SS* se necesitaba un nuevo jefe, quien al mismo tiempo tenía que crear en Friedrichsthal, cerca de Oranienburg, una escuela para instruir a agentes para realizar operaciones tras las líneas enemigas. Skorzeny aceptó ambas misiones y fue destacado como un *SS-Obersturmbanführer* de la reserva al Amt IV, *SD-Ausland* (servicio de inteligencia exterior) de la Reichssicherheitshauptamt (RSHA) (Oficina de Seguridad del Reich). Junto con su ayudante, el *SS-Obersturmbanführer* Karl Radl, reclutó soldados para la nueva unidad y estudió minuciosamente todos los informes sobre entrenamiento y funcionamiento de los comandos. Algunas tareas de estos eran el entrenamiento de infantería e ingenieros, el lanzamiento de granadas, artillería ligera y blindados, la instrucción para conducir motocicletas, coches, lanchas y locomotoras, así como ejercicios deportivos e hípicas. Pronto, una importante misión tendría que ser llevada a cabo.

El 25 de julio de 1943, Benito Mussolini fue, como resultado de una conspiración urdida por funcionarios de alto rango del Partido Fascista, depuesto, arrestado y llevado a un lugar desconocido. Skorzeny recibió la orden, junto con otros cinco oficiales, de presentarse en el *Führerhauptquartier* (Cuartel General del Führer). El Führer lo escogió para una misión de la cual había hablado con él confidencialmente. Hitler estaba convencido de que Italia, bajo un gobierno nombrado por el rey, acabaría pronto la guerra y extraditaría al Duce a los Aliados. La misión de Skorzeny era descubrir dónde estaba detenido Mussolini y liberarle. La operación tendría que ser preparada y llevada a cabo en el más completo secreto.

Después de realizar consultas con el general de los cazadores-paracaidistas, Kurt Student, Skorzeny dio a Berlín, desde el *Führerhauptquartier*, sus instrucciones para la formación de un *Einsatzgruppe*. Antes de que despuntara el día, casi cuarenta hombres tenían que ser equipados con uniformes tropicales, ropas civiles, armas, explosivos, receptores de radio, paracaídas y cartillas militares nuevas con vistas a ocultar la presencia de miembros de las *Waffen SS* en Italia. Gracias al encargado de policía destacado en la Embajada alemana en Roma, *SS-Sturmführer* Herbert Kappler, todos los cambios del lugar donde Mussolini estaba confinado fueron descubiertos. Uno de los sitios donde Mussolini había estado detenido era la fortaleza costera de Maddalena, al norte de Cerdeña. Skorzeny hizo preparativos para liberar a Mussolini a través de un ataque por sorpresa de soldados, que tendrían que ser llevados a la isla en lanchas y neutralizar a los guardias italianos. La operación que estaba preparada para realizarse el 28 de agosto de 1943, sin embargo, tuvo que ser cancelada porque, aparentemente, el nuevo gobierno italiano descubrió la planeada operación y, consecuentemente, trasladó a Mussolini en el último momento. Después, se descubrió que el jefe de la *Abwehr*, el Almirante Canaris, que fue un traidor a Alemania, había

puesto en peligro toda la operación.

Afortunadamente, el nuevo lugar donde Mussolini era mantenido en prisión fue pronto localizado. Se trataba del Hotel Deportivo sobre el Gran Sasso en las montañas de los Abruzzos, a casi 2.000 metros de altura. El 8 de septiembre de 1943, Skorzeny y Radl volaron sobre el área y tomaron fotografías del Gran Sasso. Poco después, el desarme total del ejército italiano por las tropas alemanas fue llevado a cabo. A causa de la capitulación italiana podía esperarse la extradición de Mussolini a los Aliados, una vez intentaran liberarle. Un ataque sobre el hotel era solo posible con paracaidistas en planeadores. Al poco tiempo, se ordenó que doce de tales aviones fueran llevados desde el Sur de Francia a Italia. Los aparatos podían transportar nueve hombres más el piloto. Skorzeny escogió un prado cerca del hotel como sitio de aterrizaje. Al mismo tiempo, un batallón de paracaidistas tenía que ocupar la estación del teleférico en el valle que conducía hacia el hotel. Karl Radl tuvo la idea de llevarse al General de carabineros Soleti, quien conocía a los guardias, para que les acompañara y diera orden de no disparar contra los soldados alemanes.

El 12 de septiembre la operación daría comienzo. El General Kurt Student llevó a sus 17 hombres, tomados prestados de la *Waffen SS*, y 90 paracaidistas, al aeropuerto de Pratica di Mare. Una vez encima del área de aterrizaje, Skorzeny se dio cuenta, sin embargo, de que la superficie de la pradera era en realidad una pista de esquí y estaba inclinada. Por lo tanto no era posible aterrizar allí. Skorzeny ordenó al piloto que aterrizara en picado tan cerca del hotel como fuera posible. Su planeador se detuvo a solo 15 metros del edificio. Skorzeny, los hombres de su aparato y el General de Carabineros Soleti se dirigieron hacia al hotel tan rápidamente como pudieron. Karl Radl, quien aterrizó con su planeador justo detrás de Skorzeny, describió este momento intenso en su libro *Befreier fallen vom Himmel* (Liberadores llegados del cielo).

Tras la liberación del Duce y durante los meses siguientes, Skorzeny estuvo muy ocupado con el refuerzo de sus comandos y el desarrollo de nuevas armas para sus operaciones. Su unidad especial fue transformada en el Jagdverband Mitte con cinco batallones, un batallón de instrucción y otras unidades. Por casualidad tuvo que cumplir otra inesperada misión el 20 de julio de 1944. En este día, el Coronel Stauffenberg intentó asesinar a Adolf Hitler y a otros funcionarios haciendo explotar una bomba durante una reunión sobre la situación militar en el *Führerhauptquartier* en Rastenburg. Después de la eliminación del Führer, las tropas de reserva tendrían que tomar el poder. Sin embargo, el intento fracasó y Adolf Hitler resultó solo herido levemente. El 20 de julio de 1944, Skorzeny acababa de llegar por tren desde Berlín a Viena cuando descubrió que las tropas, ya puestas en estado de alerta por los conspiradores, estaban avanzando sobre Berlín. Skorzeny, junto con una compañía de soldados, marchó sobre los cuarteles del mando de las tropas de reserva, donde

oficiales del ejército habían ya arrestado a los conspiradores y fusilado a algunos de ellos. Mientras, el comandante de las tropas de reserva había sido liberado y relevado del mando. Skorzeny, por consiguiente, pidió a los oficiales que continuaran con sus tareas mientras él se hacía cargo del funcionamiento de las unidades militares en cuanto al armamento, el suministro y las reservas.

En septiembre de 1944, Skorzeny recibió nuevas órdenes del Führer. El regente húngaro Horthy había entrado en contacto tanto con los aliados occidentales como con los soviéticos y preparaba la capitulación de su país. La misión de Skorzeny era impedir esto. Concentró sus unidades en los alrededores de Viena, tras haber completado su equipamiento con nuevo material y vehículos, y se dirigió a Budapest como un civil. Durante cinco semanas se informó él mismo sobre las circunstancias locales. Parece ser que, como plenipotenciario de Horthy, su hijo Niklas había entrado en contacto con los soviéticos a través del líder partisano yugoslavo Tito. Un par de horas después, la radio húngara proclamó que Horthy había logrado un acuerdo de armisticio con los soviéticos. Entonces Skorzeny ordenó la ocupación del castillo de Budapest, donde Horthy, como regente, tenía su sede, en la mañana del 16 de octubre de 1944. Alrededor de la medianoche algunas de sus tropas rodearon la montaña sobre la que el castillo estaba situado.

El resto fue reunido en una columna en marcha por Skorzeny; este quiso dar la impresión de que su avance hacia el castillo era parte de una medida de acuerdo. El plan tuvo éxito. Las armas húngaras permanecieron silenciosas y el general húngaro capituló. Al día siguiente el Ejército húngaro prestó juramento al nuevo Gobierno que continuó la lucha contra los soviéticos a lado de Alemania. Un considerable peligro para las tropas alemanas había sido evitado gracias a Skorzeny y sus hombres. Cuando Skorzeny describió la operación de Budapest al Führer, este último le dijo: «Lo ha hecho muy bien, mi querido Skorzeny. Le asciendo a *SS-Obersturmbanführer* con fecha del 16 de octubre de 1944 y le condecoro con la Cruz Alemana de Oro». Luego le informó a Skorzeny sobre su siguiente misión.

En el oeste, el avance de las tropas inglesas y americanas había sido detenido en la frontera. El Führer planeó una nueva ofensiva que comenzaría en el área entre Aachen y Luxemburgo, luego seguiría a través de las Ardenas hasta la costa del Canal de la Mancha con vistas a destruir las fuerzas enemigas al Norte de la línea Bastogne-Bruselas-Antwerp así como a impedir el uso del puerto de Antwerp a los Aliados. La misión de Skorzeny era tomar los puentes del Mosa entre Lieja y Namur, con soldados vestidos con uniformes ingleses y americanos, e impedir que fueran volados. Además de esto, pequeñas unidades de comando con uniforme enemigo, tras las líneas enemigas, darían órdenes falsas, cortarían comunicaciones, conducirían a las tropas aliadas por caminos equivocados y causarían la confusión en sus filas. Esta operación fue realmente efectiva y creó la confusión e histeria de sabotaje tras las

líneas americanas.

Tras las retiradas consecutivas del frente oriental, Skorzeny y sus hombres recibieron la orden de formar y mantener una cabeza de puente al este del Oder, cerca de Schwedt, con vistas a futuras operaciones contra el Ejército Rojo. Skorzeny aseguró el área como le había sido ordenado e incrementó sus cuatro batallones con soldados alemanes dispersos, creando de ese modo el núcleo de la división Schwedt. También rescató a muchos refugiados a los que puso a salvo cruzando el Oder. El 28 de febrero de 1945 el Führer le dijo: «Skorzeny, tengo que darle las gracias por sus logros en el Frente del Oder. Su cabeza de puente fue el único punto luminoso durante días. Le concedo las Hojas de Roble de la Cruz de Caballero y yo personalmente se las entregaré dentro de unos días. Entonces me contará sobre sus experiencias». Al final de la guerra, Skorzeny, que había sido promovido a *SS-Standartenführer* el 20 de abril de 1945, fue llevado prisionero de los americanos cerca de Salzburgo. En 1947 fue juzgado en Dachau por operaciones secretas utilizando uniformes enemigos, pero fue absuelto.

La llamada de Skorzeny a Horst fue casi inmediata.

—Acabo de recibir su solicitud urgente de 10 hombres de mi grupo de comandos por teletipo, *Hauptsturmführer* Bauer. No hay problema y están saliendo en este momento hacia Silesia desde Berlín-Brandenburgo. Llegarán hoy mismo en un vuelo especial.

—Agradezco su rapidez *Obersturmbanführer* Skorzeny —respondió Horst—. Sabía que podía contar con sus hombres. No puedo decirle por teléfono de qué se trata, pero puede creerme si le digo que es de la máxima importancia para Alemania.

—Lo comprendo, y ellos lucharán por usted y el Führer hasta el final. Son todos voluntarios como todos mis hombres, conocen su oficio y el riesgo que corren. No se preocupe. Con ellos va mi segundo Werner Gross que les será de gran ayuda. Seguiremos en contacto. Un abrazo. ¡Heil Hitler! —bramó Skorzeny al teléfono.

—¡Heil Hitler! *Obersturmbanführer* Skorzeny —contestó con entusiasmo Horst.

Colgó y por un momento permaneció pensativo, pero pronto una sonrisa dejó paso a sus ideas: la Operación Etiopía estaba en marcha. Georg preparó toda la logística de recogida de los hombres de Skorzeny en el aeropuerto militar de Cracovia y su traslado hasta el castillo de Fürstenstein en vehículos SS. Llegarían por la noche.

Las siguientes horas fueron de intenso trabajo y no fue difícil, con la ayuda de Emil Riemer, preparar lo necesario para un traslado como ese. Emil les indicó cómo era la vida en Etiopía en esa época y lo que les podía hacer falta allí.

—La población era extremadamente pobre, como en buena parte de África. El hambre campaba a sus anchas y el promedio de vida no pasaba de los 30 años, en el mejor de los casos. La diferencia social era acusadísima y muy pocos llevaban las

riendas de forma tiránica. El período que visitaremos es muy conflictivo, con señores de la guerra que luchan por la religión y para robar, evidentemente —Emil mostró un libro con ilustraciones de lo que parecía ser la vida entonces en Etiopía—. Debemos llevar la ropa más diferenciada de aquel instante histórico. No será difícil, valen nuestra ropa de civil y uniformes de la actualidad. Uno de los objetivos es parecer dioses por nuestra llegada y nuestra forma de actuar y vestir —todos aprobaron la indicación de Emil. Era totalmente lógico.

—Como tú dices, no será difícil. Nuestro aspecto ya es diferente al que podía tener esa gente en Etiopía en aquel entonces —remarcó Horst, mirando el libro con sus compañeros.

Hermann, que cuidaba de la intendencia, presentó la lista de los alimentos y su preparación para ese traslado.

—Horst, llevaremos la comida preparada y envasada como en el último traslado al período Carbonífero. De todas maneras he preparado menos cantidad y, aunque está previsto estar 4 horas como máximo allí y durante la noche, he pensado en 96 horas como medida de precaución. He calculado provisiones para quince personas.

Horst miró la lista y estuvo de acuerdo con Hermann.

—Ya sabes que no podemos pasar de las 48 horas, de lo contrario no podremos volver... y ese es un panorama que no me hace ninguna gracia —Emil se aproximó a ellos en ese momento, como siguiendo la conversación de sus camaradas.

Horst le miró.

—¿Qué opinas tú, Emil? ¿Podemos aprovechar y consumir comida y bebida de la zona si es necesario? —Emil movió la cabeza negativamente.

—Si no hay más remedio... pero es un riesgo muy elevado. La comida en esa época era muy simple y prácticamente se trataba de caza, tortas de trigo con productos vegetales y sémola, poco más. No solo era una cocina muy primitiva, sino que para nosotros puede resultar de riesgo por sus componentes.

—¿Por ejemplo? —preguntó Hermann.

—Por ejemplo, el Vibrión Colérico en el agua —contestó Emil—. No solamente debía de tener todo tipo de bacterias y microbios nocivos para el ser humano, sino que el cólera estaba a la orden del día. Por eso se bebía mucho vino o bebidas con alta graduación alcohólica, ya que había conciencia de ese peligro. Otro problema era la Brucela Melitensis o fiebres de malta, producidas por la leche o el queso de cabra. Ya no entro en la carne que se preparaba entonces, su origen, su maceración y su nivel de podredumbre, que se escondía bajo los picantes y salazones. Creo que puede ser peligroso para nosotros y opino que hemos de valernos por nosotros mismos y nuestras provisiones. La propuesta de Hermann de llevar algo más de provisiones y agua me parece excelente.

Herman y Horst estuvieron de acuerdo con Emil.

—Bien Hermann, ya sabes lo que hay —últimó Horst—. Has hecho un buen trabajo. Debemos recibir todas estas provisiones debidamente preparadas esta semana. Ponte en marcha. También necesitaremos uniformes tropicales. No creo que haga mucho frío allí... —Hermann confirmó la petición de Horst.

—Ya me había puesto en marcha en el tema de los uniformes y utilizaremos sobrantes de los que usaba el Afrika Korps.

—Excelente de nuevo, Hermann —Horst palmoteó en la espalda a su compañero.

Georg y Klaus se encargaban del armamento que les haría falta en el traslado. No parecía difícil su elección, ya que cualquier arma les confería una superioridad militar aparentemente indiscutible en ese período histórico.

—De entrada, Horst, y debido al carácter militar de la misión, cada hombre que participa debe de ser como un fortín andante —Georg sonrió—. Hemos de valernos por nosotros mismos si se da el caso. Por ello, hemos pensado en miras nocturnas VAMPYR, en armas cortas tipo Walther P38 para cada integrante de la misión y también una STG44 para cada uno. Necesitaremos dos MG42 para montar nidos de ametralladora de cobertura en la iglesia o en la zona próxima, si fuese necesario. Hemos considerado también un total de 1.000 balas para las armas cortas y las STG44 y 2.400 para las MG42. Será suficiente —Georg iba explicando lo que había decidido con Klaus—. También hemos considerado llevar algún tipo de explosivo para abrirnos paso y causar impresión a posibles enemigos.

Horst estaba de acuerdo.

—¿Y habéis pensado en algún explosivo concreto? —Klaus intervino en este punto.

—Habíamos pensado en explosivos más sofisticados y diseñados para actuaciones de comandos, pero nos parece excesivo. Creemos que hemos de portar bombas de mano estándar, no pensamos que haya que ir mucho más allá. Hemos calculado dos por hombre, es decir, 30 unidades.

Georg también estaba de acuerdo con su compañero.

—De todas maneras, Horst, también queremos ver qué proponen los hombres de Skorzeny sobre este particular. También tienen su experiencia —Horst conocía perfectamente el armamento que proponían.

—Estoy de acuerdo con la propuesta. Los hombres de Skorzeny no saben de qué trata la misión ni adónde irán. Cuando lo sepan, se adaptarán a lo que propongamos. Ellos tienen que darnos la cobertura de fuego mientras nosotros capturamos el arca. Deberán crear un arco de defensa alrededor de la iglesia hasta que regresemos de allí. Llevar dos MG42 creo que es una buena opción defensiva —Horst sabía que la MG42 era un arma extraordinaria.

El desarrollo de la MG42, con un calibre de 7.92, fue realizado por las empresas Metall und Lackierwarenfabrik Johannes Grossfuss AG, la Mauser Werke AG, la

Gustloff-Werke y la Steyr-Daimler-Puch y fue el resultado de mejorar la MG34, sobre todo para hacerla más fácil y barata de fabricar.

Desde el momento en que la MG42 fue oficialmente aceptada en 1942, se estima que la producción total fue de unas 400.000 unidades durante la guerra, repartidas de la siguiente forma: 17.915 unidades en 1942, 116.725 en 1943, 211.806 en 1944 y 61.877 en 1945. Una MG42 podía ser fabricada en aproximadamente la mitad de horas que una MG34, utilizando menos metal en el proceso.

Una de las características más notables era su alta cadencia de tiro, de unos 1.200 disparos por minuto, e incluso con algunas versiones se alcanzaron los 1.800 disparos por minuto, más rápida que la ametralladora Vickers británica, que contaba con 600 disparos por minuto. Debido a la alta cadencia el oído humano no podía diferenciar las balas individuales, su sonido fue descrito como «rasgar tela» y recibió el sobrenombre de *sierra circular de Hitler*. El arma recibió también el nombre de Spandau por las tropas aliadas, ya que las placas de los fabricantes mencionaban este barrio de Berlín donde algunas ametralladoras se fabricaron. El alcance era de 1.000 a 1.100 metros de distancia.

Debido a esta alta cadencia y a su alcance efectivo, la MG42 era una arma temida y el Ejército de los Estados Unidos creó películas de entrenamiento para ayudar a sus soldados a enfrentarse con el choque traumático de este arma en combate. Esta alta velocidad de disparo fue el resultado de experimentos con armas anteriores que concluían afirmando que cada soldado sólo tenía una «ventana de tiempo» corta para poder disparar al enemigo, lo que significaba que era necesario incrementar el número de balas al disparar, aumentando así la posibilidad de conseguir un impacto.

Un cambio más importante vino desde la firma de diseño Metall und Lackierwarenfabrik Johannes Grossfuss AG, expertos en piezas de acero prensadas y perforadas. Como resultado de sus esfuerzos se logró una reducción de la complejidad, de 150 horas de trabajo para una MG34 a 75 horas, y de coste, de 327 marcos a 250.

El resultado fue que la MG39, renombrada MG42 cuando fue adoptada en 1942 aunque seguía siendo en gran parte similar a la MG34, fue el arma que el alto mando decidió que debería convertirse en familiar entre la tropa. El único cambio desde la perspectiva del tirador fue eliminar las opciones de utilizar cargadores de tambor, dejando solamente la alimentación de munición por cintas, y el aumento de la cadencia de disparo. Aunque fabricados con partes «baratas», los prototipos demostraron también ser más resistentes al encasquillamiento que las MG34.

La MG42 era un arma fiable, potente, ligera, de fácil mantenimiento y, como se ha dicho, barata de fabricar. Tenía alguna carencia, ya que su alta cadencia de fuego producía una notoria vibración a todo el conjunto, con lo que disparar con ella requería una cierta experiencia. Estaba diseñada para ser usada de dos maneras, con

un bípode frontal para uso de la infantería o en una posición fija, montada sobre un trípode y con un visor de largo alcance.

La MG42 pesaba 11,6 kg con bípode, algo menos que la MG34, y era fácil de transportar. El bípode, el mismo que el de la MG34, podía ser montado en la parte delantera o en el centro, dependiendo de dónde se utilizara. Para fuego sostenido se ajustó al trípode recién desarrollado, el Lafette 42, que pesaba 20,5 kg. El cañón era más ligero que el de la MG34, pero se sobrecalentaba con más velocidad, aunque podía ser sustituido en unos 30 segundos por parte del tirador o el cargador.

El equipo para una MG42 constaba de tres hombres: el tirador, el cargador, que llevaba la munición y los cañones de repuesto, y el observador. El tirador del arma era preferentemente un suboficial joven, con experiencia. El equipo podía mantener el fuego, dejando de disparar únicamente cuando tenían que sustituir el cañón. Esto permitía al grupo de tres hombres de una MG42 alcanzar a una gran cantidad de soldados enemigos. Tanto los británicos como los estadounidenses entrenaron a sus soldados para cubrirse del disparo de una MG42 y atacar la posición mientras se realizaba el cambio del cañón.

La alta cadencia de disparo de la MG42 era, en ocasiones, una desventaja, ya que el arma se utilizaba con el efecto de mantener a raya al enemigo y rápidamente consumía todo el suministro de balas. Por esta razón, no era raro que los soldados que servían en una MG42 llevaran munición adicional en peines, proporcionando así una reserva extra y rápida de proyectiles cuando el suministro principal se agotaba.

En 1944, debido a la escasez de material en Alemania, se creó una nueva versión, la MG45 o MG42V, que utilizaba acero de menor calidad, reduciendo el peso a 9 kg e incrementando aún más la cadencia de disparos. Las primeras pruebas se realizaron en junio de 1944, pero el desarrollo fue interrumpido fabricándose solo diez unidades. La MG42V tuvo una clara influencia en el desarrollo posterior del sistema de retroceso, empleado por Heckler & Koch en sus armas modernas.

La MG42, con pequeñas modificaciones, dio como resultado la MG42/59 y la Rheinmetall MG3, que fue la ametralladora oficial de la *Bundeswehr* o Ejército Federal Alemán. Otros ejércitos del mundo adoptaron versiones de la original, especialmente el modelo MG3, que se mantiene en servicio actualmente. La M60 de los Estados Unidos utiliza un mecanismo de alimentación por cinta modificado a partir de la MG42. El ejército español actual utiliza una versión de la MG42, fabricada en España.

Los hombres de Skorzeny llegaron sobre las 7:30 de la tarde y fueron recibidos por Horst y su equipo en la entrada del complejo 3, debajo del castillo de Fürstenstein.

—¡Heil Hitler! *Herr Hauptsturmführer* Bauer —el que parecía el jefe del grupo y sus hombres, al unísono, levantaron sus brazos e hicieron resonar los taconazos de

acero sobre el suelo de hormigón. El sonoro saludo alemán fue replicado por Horst y su equipo.

—Soy el *Sturmbanführer* Werner Gross, ayudante del *Obersturmbanführer* Otto Skorzeny, y estos son mis hombres —Werner Gross se había adelantado a sus soldados, que formaban en fila frente al grupo de Horst. Un apretón de manos entre Gross y Horst cerró el trámite protocolario militar. Los hombres de Gross habían dejado sus macutos en tierra, frente a ellos. Sus uniformes gris *feldgrau* de las SS aparecían repletos de condecoraciones militares que apabullaban, teniendo en cuenta que conseguir cualquier medalla para un soldado SS representaba mucho más valor y arrojo que en un soldado de la *Wehrmacht* normal. Se necesitaban hasta cinco citaciones favorables en combate para conseguir una Cruz de Hierro para un SS.

—Bienvenidos a mi equipo, señores —dijo Horst, mirando la grupo que tenía frente a sí.

—Quiero presentarle a mis hombres, *Herr Hauptsturmführer* Bauer —solicitó Gross con energía.

Fue pasando frente a cada uno de ellos indicando nombre, rango y experiencia. Varios de ellos habían formado parte del comando que había liberado al Duce y, por lo tanto, eran paracaidistas de las SS que habían pertenecido a un batallón disciplinario de las propias SS, durísimo y con un nivel de bajas escalofriante. Habían resarcido su deuda ante la patria y ya eran soldados reconocidos y con honor. Los hombres eran *Sturmann* Willy Seelig, *Sturmann* Karl Höhne, *Sturmann* Hermann Kästner, *Sturmann* Hans-Joachim Trost, *Rottenführer* Hugo Helbing, *Rottenführer* Erwin Holzwarth, *Unterscharführer* Werner Schüler, *Unterscharführer* Alfred Stümpel y *Hauptcharführer* Johannes Günther.

—Me alegro de tenerles en esta misión, *Sturmbanführer* Gross. Yo también quiero presentarles a los miembros de mi equipo —indicó Horst—. Cuando hayamos terminado, me gustará que dejen sus cosas en las habitaciones de las que disponemos en este complejo subterráneo, luego cenaremos y les indicaré cuál es la misión que tenemos encomendada —pasó a presentar a sus cinco compañeros, siguiendo el mismo esquema oficial, y luego les mostraron sus habitáculos y la sala donde cenarían poco después. Horst se fue con sus hombres para preparar la presentación de la misión mientras cenaban. No había tiempo que perder y, así, los nuevos miembros del grupo podrían digerir toda la información que recibirían durante la cena.

La cena fue servida por el servicio interno del castillo en una sala privada del complejo 3, ya que toda la Operación Etiopía pasaba a ser de la máxima confidencialidad y cualquier reunión previa al traslado debía ser efectuada con la máxima discreción. El menú era sencillo pero suficiente, y constaba de un Röstli de patatas con verduras y unos dulces con café y licores. Todo iba regado con vino Riesling. Un auténtico festín en aquella época. Los hombres de Gross ya estaban en

la sala y se levantaron al llegar Horst y su equipo.

—Un primer apunte que siempre hago a mis equipos —comenzó Horst— es que debemos tratarnos de forma más coloquial, ya que trabajaremos y lucharemos codo con codo. Eso facilitará y agilizará nuestra relación de grupo, pero mantendremos las formas ante estamentos superiores o en reuniones con el general Kammler. Por ello, yo soy Horst y ese es Georg. A su izquierda está Hermann, más allá Klaus y aquí a mi lado Emil —Werner Gross sonrió, agradecido por la posibilidad que les brindaba su nuevo superior Horst. Sus hombres también estaban más cómodos y un trato más próximo entre los oficiales y sus soldados era divisa normal también en los equipos de comandos,.

Mientras tomaban asiento y comenzaban a hablar de forma distendida sobre los asuntos más variopintos, pero siempre en relación con la guerra que se estaba librando en ese momento, la cena fue servida sin dilación por el equipo de asistencia asignado al grupo, como apoyo logístico y tareas de ayuda general. Los hombres de Gross parecían avenirse bien con sus nuevos compañeros y pronto la camaradería reinó en el comedor. Horst consideró que había llegado el momento de entrar en detalles sobre la misión que tenían encomendada. Pensó que sería mejor hacer una pequeña introducción que ayudaría a comprender mejor qué era lo que se esperaba de ellos. Golpeó con su cucharilla su vaso y, mirando al grupo, obtuvo un inmediato silencio.

—Os ruego la máxima atención. Después podremos entrar en más detalles —tras una ligera pausa, inició su argumentación—. Todos conocemos en qué situación se encuentra la guerra y el compromiso que eso representa para nuestra patria y para todos y cada uno de nosotros. —Los presentes miraban fijamente a Horst y al mismo tiempo pensaban en esas palabras que representaban uno de los momentos más difíciles, si no el más difícil, de toda la Historia de Alemania.

—Nuestra capacidad militar se bate en todos los frentes ante un enemigo despiadado y resuelto que busca la absoluta destrucción de Alemania, su Historia y sobre todo de la civilización y cultura europeas que representamos y defendemos. Buscan la implantación de un nuevo orden mundial, donde Alemania ha representado la roca granítica e inamovible sobre la cual han chocado sus oscuros planes. El enemigo mundial no lo puede permitir y ha puesto su enorme maquinaria militar y de propaganda en marcha —miró a Gross en particular—. Hombres como tú y tu equipo, que han luchado en el frente más oculto, como son las misiones secretas y directas sobre grandes objetivos del enemigo, son absolutamente necesarios en estos momentos —Gross y sus hombres agradecieron el cumplido hacia su profesionalidad.

—Pertenece a la élite militar de Alemania y por ello nuestro compromiso es total con la victoria. No tenemos otro objetivo —Horst recalcó estas últimas palabras, sobre las que todos estuvieron de acuerdo—. Alemania, su cultura y su ciencia han

avanzado hasta extremos increíbles. Disponemos de armas futuristas. Algunas de ellas ya han entrado en combate y otras les seguirán muy pronto. No tenemos dudas de que cambiarán el gran tablero europeo hacia nuestros intereses. Pero hoy nuestro problema se llama tiempo —las caras de los hombres de Gross y la suya propia mostraban gran interés por lo que les decía Horst, aunque no imaginaban de qué podía tratarse. Conocían la aparición de esas armas, pero era algo lejano para ellos en esos momentos.

—Entre esas armas existe una que mi grupo y yo conocemos, y que ya hemos utilizado con éxito. Es el proyecto más secreto que podáis imaginar y revela un desarrollo de nuestra ciencia y tecnología más allá de lo que suponíamos nosotros como soldados y, sobre todo, de lo que pueden imaginar nuestros enemigos —Horst se detuvo un momento para observar atentamente a todos—. Nuestros físicos e ingenieros, dentro de nuestra élite científica, han logrado el dominio del tiempo —Gross y sus hombres no pudieron ocultar la sorpresa ante las palabras de Horst, aunque sin llegar a comprender en aquel momento el alcance de dichas palabras y lo que iban a significar para ellos. El equipo de Horst sonreía ante el desconocimiento de sus nuevos compañeros—.

—Si es lo que imagino, eso suena increíble, Horst —se adelantó Gross.

—Estoy casi seguro de que es lo que imaginas —sonrió Horst—. Disponemos de una máquina del tiempo real y operativa —remató con seguridad. Un murmullo de asombro recorrió a sus nuevos camaradas.

Tras una aparente recuperación ante la noticia, Gross quiso saber más.

—Por lo que has comentado, vosotros ya la habéis utilizado —dijo dirigiéndose a todo el equipo de Horst. Todos afirmaron con la cabeza, respondiendo a la pregunta, y Horst continuó—. Nosotros hemos hecho tres viajes en el tiempo a épocas pasadas, con un fin científico y como banco de pruebas de la máquina. En este momento, su ajuste y su funcionamiento nos permiten mucha precisión en los traslados temporales. —Uno de los hombres de Gross, el *Rottenführer* Erwin Holzwarth, tomó la palabra—. Me alegro de que nuestra patria haya desarrollado una máquina del tiempo y una tecnología tan avanzada, pero no veo el aspecto militar de su uso, ni para qué puede ser útil nuestra ayuda.

—Es muy sencillo, Erwin —contestó Horst—. El uso militar empieza ahora, tras su uso científico y, como he dicho, tras su ajuste general y su precisión temporal. Nosotros vamos a ser trasladados al pasado en una misión militar que tiene como objetivo traer hasta nuestro presente un objeto legendario, pero real, e invencible en el campo de batalla: el Arca de la Alianza—. De nuevo un murmullo. Los hombres de Gross se miraron entre ellos ante esta última revelación. Horst siguió—. El arca de la alianza es el arma definitiva, de origen divino y que siempre destruyó a los enemigos de los judíos en épocas bíblicas.

—Pero —intervino Gross— ¿qué sabemos de esa supuesta Arca de la Alianza? ¿Qué es, cómo funciona, dónde está? Además, Horst, ¡es un objeto judío! —Horst trató de contestar al torrente de preguntas, por otro lado lógicas, que formulaba Gross.

Emil intervino en este punto.

—Werner, seguramente tus preguntas son las que se están haciendo tus hombres en este momento también, y tienen su sentido. Yo soy experto en todos estos asuntos bíblicos y puedo decirte que el Arca es real. De hecho, hay más de doscientas referencias a ella y su poder en el Antiguo Testamento. A partir del año 283 antes de Cristo, las referencias desaparecen de los escritos —la voz de Emil sonaba melodiosa en un tema que conocía muy bien—. ¿Qué tienen que ver los judíos en todo esto? Fue utilizada, pero no diseñada o fabricada por ellos. Por lo que explica la Biblia de su uso, era varias cosas a la vez, ya que servía para hablar con Dios, fabricaba el maná que los judíos consumieron durante su supuesto peregrinaje por el desierto durante cuarenta años y era un arma que emitía unos rayos poderosos que acababan con cualquier ejército con el que se enfrentaran. Siempre iba a la cabeza del pueblo judío. Durante sus traslados y usos, sus portadores debían vestir unos trajes de protección. Resumiendo, el Arca era un transmisor, una máquina de fabricar comida y, sobre todo, un arma devastadora. Su fama iba más allá de Oriente Medio. Muchos grandes conquistadores trataron de encontrarla y hacerse con ella, pero siempre fracasaron —mostró unas imágenes del arca que provenían del gran dibujante bíblico Doré y que estaban llenas de gran dramatismo.

—¿Y dónde está ahora, Emil? ¿A dónde se supone que debemos ir a buscarla? —preguntó otro hombre de Gross, el *Sturmann* Karl Höhne, observando con curiosidad los excelentes dibujos de Doré. Emil estaba complacido por la pregunta—. La historia dice que el arca fue trasladada a Etiopía y escondida en la iglesia de Santa María de Sión, cerca de Axum, que en la época a la que vamos a ir era poco menos que una ermita casi subterránea excavada en una montaña —Emil mostró unas fotos de la iglesia con su aspecto en la época actual—. Nadie, excepto los guardianes del Arca, la ha visto en los últimos siglos. Por ello, no tenemos dudas de que se trata de una copia, ya que nosotros fuimos allí y la capturamos hace más de mil años.

—¿Cómo dices, Emil? No soy capaz de seguirte —espetó Gross con total sorpresa.

—Aclararé mis palabras —dijo Emil—. Sí que ha habido alguien que la ha visto y dibujado —mostró los dibujos del doctor Kinnaman—. Se llamaba doctor J.O. Kinnaman y fue el fundador del Museo Nacional de Etiopía. Se le permitió entrar en la iglesia de Santa María de Sión para que contemplara el arca que allí se supone que se custodiaba. No pudo tomar fotografías, pero sí realizó los bocetos que podéis ver —señaló algunos detalles en los dibujos—. —Hay algo que no encaja en la historia

del Arca, y es por qué no se ha vuelto a utilizar, por qué ha desaparecido totalmente de la Historia un objeto tan increíble y tan poderoso para su poseedor. —Tras formular la pregunta, Emil los miraba a todos quienes, sin ocultarlo, también estaban deseando conocer la respuesta—. La leyenda debía continuar, y jamás se admitiría que el arca había desaparecido total e irremisiblemente. Los judíos perderían su leyenda predilecta y eso los haría débiles ante cualquier enemigo en el futuro. No podía ser. Los guardianes del Arca estaban dispuestos a morir, incluso hoy, antes de que se desvelara toda la verdad del engaño milenario.

—Entonces, allí en la actualidad hay una copia sin valor —remató Gross—.

—Exacto —Emil siguió—. Los datos sobre su construcción aparecen en la Biblia, con lo que con unos artesanos fabricaron una réplica aproximada que llenó el hueco dejado por la original. El resto era crear el mito de su existencia y extender la creencia de que en cualquier momento los judíos podrían usarla de nuevo contra cualquier enemigo. El Arca ha desaparecido de la Historia porque en pocos días estará aquí en nuestras manos. Todo ese período temporal entre el momento en que la capturemos en el pasado y nuestra vuelta al presente será lo que conformará la leyenda.

El *Unterscharführer* Werner Schüler, otro de los hombres de Gross, entró en la conversación.

—En resumen, Emil, vamos a ser llevados al pasado de hace más de mil años, a un lugar concreto de Etiopía, y vamos a traer el Arca de la Alianza a nuestra época actual. —Emil afirmó con la cabeza.

—No parece muy complicado —sonrió este.

—Desde luego, no nos enfrentaremos a un ejército tal como hoy lo concebimos, pero no podemos fiarnos —indicó Horst—. Según Emil, en esa época y en esa zona el único peligro pueden ser algunos pastores y señores de la guerra enzarzados en continuas peleas.

—Y esa iglesia, ¿está muy protegida? ¿Quién la guarda? ¿Cómo llegó el Arca hasta allí? —preguntó Gross mirando la foto. Emil sonrió ante la nueva batería de preguntas de Gross, que tenían un sentido completamente lógico.

—Creo que será bueno saber un poco del recorrido que hizo el Arca hasta llegar a Etiopía. —A Horst le pareció bien la idea, y Emil comenzó el relato.

—Las primeras citas al Arca de la Alianza se dan justo después de que el autodenominado pueblo elegido cruzase las abiertas aguas del mar Rojo huyendo del ejército egipcio en su marcha hacia el desierto. Tras más de cuarenta años vagando sin rumbo, los judíos y el arca llegaron hasta Quiryat Yearim, donde fue ocultada de posibles enemigos. Los datos hasta ahí son muy claros. La primera victoria militar con el arca fue en Canaán, cerca de Jericó, y en esa aplastante victoria Josué conquistó el valle de Terebinto y los cananeos perdieron las ciudades de Eglón,

Hebrón, Lakish y Debir. Después, Samuel derrotó a los filisteos en Mispá con la ayuda del Arca que, según consta en los documentos que conozco, volatilizó al ejército filisteo. Incluso los filisteos llegaron a capturarla en una escaramuza y la exhibieron como trofeo de guerra. Sin embargo, la felicidad de los filisteos duró poco, pues una serie de extrañas enfermedades se abatieron sobre ellos, obligándolos a devolver el Arca a los judíos siete meses más tarde. Las batallas continuaron y Saúl derrotó a una coalición de cananeos y filisteos, pero poco después cayó muerto en la batalla de Guilmoa.

—David, en el siglo XI antes de nuestra era, sustituyó a Saúl. Pertenecía a la tribu de Judá, la más importante de ese momento. David arrebató a los jebuseos Jerusalén, que era una importante ciudad fortificada, y la hizo capital judía. Este rey decidió trasladar el Arca hasta la nueva capital. En el traslado murió un hombre llamado Uza, al tocar el arca, y se decidió que esta descansara en casa de Obededom de Gat. Se preparó una tienda tipo tabernáculo en Jerusalén, donde estuvo el Arca hasta que Salomón, hijo de David, terminó su templo y allí fue instalada definitivamente en el Sanctasanctórum de dicho templo, en el año 935 a.C.

—Las hipótesis sobre las que he trabajado, que son las más serias, indican que el arca salió de Palestina, estuvo durante un tiempo en la isla Elefantina, en Egipto, y después fue llevada en el más absoluto de los secretos hasta el Sudán por los judíos y, finalmente, hasta las tierras altas etíopes. Allí se asentó durante ochocientos años en la isla de Tana Kirkos, en el Lago Tano, que está a más de dos mil metros de altitud. Incluso se construyó un tabernáculo para su correcta exposición. Fue el rey etíope Ezana quien la llevó hasta su ubicación definitiva en la iglesia de Santa María de Sión en Axum.

Gross intervino en este punto.

—Y ¿por qué Etiopía?

Emil confirmó con la cabeza la idoneidad de la pregunta.

—La historia sobre la que he investigado dice que Etiopía fue el país elegido ya que la reina de Saba visitó Israel, maravillada por la fama de Salomón, deseando conocer el fastuoso templo que este había construido. Las crónicas reales etíopes cuentan que la reina volvió embarazada del rey Salomón del que fue el futuro rey etíope Menelik I y que inició la línea dinástica judía hasta el emperador Haile Selasie, el Negus. Menelik fue enviado a vivir y ser educado por su padre hasta los 19 años y se convirtió al judaísmo. Como regalo de despedida, su padre Salomón hizo construir una copia idéntica del Arca para que se la pudiese llevar a Etiopía y que los falashas tuviesen su propia Arca de la Alianza. Supongo que sabéis se supone que los falashas son judíos etíopes descendientes directos de una de las tribus perdidas de Israel.

—Entonces, ¿es una copia? —preguntó Schüler ante el giro que había dado la explicación de Emil—. No lo es, Werner. La Historia también es muy clara. El

reinado de Salomón se caracterizó por el inicio de la decadencia influencia directa de Babilonia en donde los judíos habían estado hasta su expulsión. Salomón permitió que se erigieran ídolos paganos en su propio templo. Menelik, que era más listo de lo que se ha supuesto y que temía por la seguridad del Arca original, la cambió por la copia que le había regalado su padre y se llevó la auténtica hasta Etiopía cuando regresó con su madre. El viaje fue muy largo y singular, y la caravana recaló en todos los lugares que antes he citado, hasta su definitiva instalación en la iglesia de Santa María de Sión —Emil calló por un instante—. Han pasado tres mil años de todo eso. Ha llegado nuestra hora.

El grupo quedó mudo por unos instantes ante la magnitud temporal, la misión y el objeto en cuestión. Gross intervino de nuevo.

—¿Sabremos utilizarla, Horst? No queda muy claro cómo funciona, aunque por lo que explicas conocemos cuáles son los resultados de su uso.

Emil se adelantó a la respuesta, ya que él había trabajado previamente para el Kammlerstab y conocía bien la situación técnica. Horst no tuvo inconveniente.

—Hasta donde os puedo explicar, nuestros científicos han trabajado en simulaciones de su funcionamiento a través de la información que yo he ido interpretando de los textos bíblicos. Increíblemente, la información es bastante precisa y coincide con el modo de empleo de un aparato que trabaja sobre energía atómica. Nuestros técnicos no tienen dudas de su correcta utilización una vez la hayamos traído aquí.

Gross analizaba toda la explicación, pero no podía evitar algunas dudas.

—Perdona mi sinceridad, Emil, pero si tanto saben nuestros técnicos sobre su funcionamiento, ¿por qué no la hemos fabricado nosotros? —Emil tampoco tuvo dudas—. Hay aspectos que no quedan absolutamente claros y conseguir conocer su desarrollo puede llevarnos años. La máquina del tiempo de la que disponemos nos va a hacer adelantar muchas etapas en un tiempo récord, que hoy es la prioridad para Alemania. Es el único camino, Werner.

Horst consideró que toda esta información ya era suficiente y que, de proseguir con ella, quizás se entraría en un terreno técnico en el cual ellos ya no tenían nada que ver. La reunión terminó con el análisis del armamento necesario y las provisiones previstas para el correcto cumplimiento de la misión. Se añadió una tercera MG42 y un 25% más de munición. El resto estaba en orden.

—Bien, antes de retirarnos hasta mañana debo indicaros que está prevista una prueba médica para mañana por la mañana a las 8.00, en ayunas. También una reunión con el general Kammler pasado mañana por la mañana a las 8.30. Quiere conocer al equipo al completo. Habrá que presentar todo lo que habremos dispuesto y él querrá entrar en algunos detalles más. Por otro lado, nuestro equipo logístico preparará el material que hemos considerado necesario y definitivo para la misión.

No hay problema. —Una vez dicho esto, se puso en pie y dio por concluida la cena-reunión.

## VI. Examen médico y reunión con el general Kammler

Tras un sueño reparador, todos estuvieron a las 8.00 de la mañana en las instalaciones del servicio médico de las SS, junto a la misma sala donde habían estado internados Horst y sus hombres tras el último traslado en el tiempo. Las verificaciones médicas estaban compuestas por analíticas sobre aspectos físicos básicos, pruebas de resistencia en máquinas especialmente diseñadas al efecto y vacunas para entornos tropicales. No hubo ningún problema, excepto alguna reacción a las vacunas por parte de dos hombres de Gross, el Rottenführer Hugo Helbing y el *Unterscharführer* Alfred Stümpel, que sufrieron molestias, hinchazones en el brazo y algo de fiebre. No era grave y su recuperación era segura. A media mañana Horst decidió que sería interesante para todos hacer prácticas de tiro con las armas que llevarían, mientras Emil preparaba un plano básico de cómo eran la iglesia y sus alrededores en aquella época, a partir de la historia de la llegada del Arca a Axum y su instalación definitiva en la iglesia de santa María de Sión.

—¡Desde luego, sus hombres saben disparar, Werner! —comentó Horst con admiración tras una demostración de ataque sobre un objetivo en movimiento. Incluso el corpulento Rottenführer Hans-Joachim Trost era capaz de disparar con la MG 42 llevándola en sus brazos como si se tratase de un STG44. Una proeza solo reservada para unos pocos, ya que había que tener mucha fuerza para controlar la cadencia de tiro y su potencia, que a cualquier otro lo hubiese tirado a tierra provocándole un accidente mortal. El sonido de la MG42 era muy especial y diferente al de cualquier otra ametralladora.

Las pruebas de tiro a blancos fijos tanto de pie como agachados o totalmente estirados también fueron satisfactorias. De nuevo los hombres de Gross demostraron su valía y Horst tuvo clara la validez de la elección de aquellos hombres por parte de Skorzeny. Hubo también pruebas de desmontaje y montaje de todas estas armas a oscuras, en unas instalaciones adyacentes. Los resultados fueron excelentes. El conocimiento y la utilización de las armas era muy alto. Si tenía que haber algún tipo de lucha en el viaje al pasado no parecía que pudiera haber problemas ante el enemigo.

Tras las revisiones médicas y las pruebas de fuego, se decidió dar un corto tiempo libre a los hombres para que pudiesen contactar con sus hogares y tranquilizar a sus familias. Horst decidió, como era habitual en él, escribir una carta a su familia. Su mujer y sus cuatro hijos estaban en Potsdam, cerca de Berlín, donde la guerra no parecía haberse ensañado demasiado con la ciudad y sus habitantes. Su mujer había obtenido la Mutterkreuz y sus dos hijos mayores, de 16 y 18 años, Bruno y Matthias, habían sido admitidos en una Napola, acrónimo de «National Politische Erziehungs

Anstalt», o escuela de adoctrinamiento político para futuros mandos de la nueva Alemania, bajo la égida y principios de las SS. Su hija pequeña, Traudl, de 10 años, le echaba mucho de menos y, aunque Horst llevaba una foto de sus hijos y su mujer siempre con él, su hijita era su debilidad. El más pequeño, Ulrich, sólo contaba tres años y no había estado demasiado con él. Esperaba algún día devolverle todo este tiempo de lejanía. Su mujer, Alexandra, era muy ordenada y había sabido en su ausencia tomar las riendas del hogar con mano firme y cuidar y educar a sus hijos de la forma más adecuada posible en aquellas circunstancias.

Horst pensaba mucho en ella y en que todo acabase pronto y Alemania tuviese un papel importante en el nuevo mundo que, sin duda, vendría tras la terrible guerra que se estaba produciendo. No podía imaginar cuál sería su futuro y el de su familia, pero confiaba en una paz duradera y una Europa con el nacional-socialismo como grupo de poder. De nuevo pensó en el planeta Marduk y lo que le había explicado el astrónomo Joseph Noske en la noche de los tiempos, en la entrada de aquella caverna del período Carbonífero. ¿Habría valido la pena todo el esfuerzo y sacrificio que estaban llevando a cabo, ante el posible fin del planeta Tierra en relativamente poco tiempo? ¿Se cumplirían aquellos vaticinios? Se sacó sus gafas y las dejó sobre su mesita de noche. Cerró su pluma estilográfica, ajustando el capuchón roscado. Se sentía cansado y deseaba que acabasen pronto los traslados en el tiempo, ya que notaba un cansancio más intenso de lo normal. Quizás era un efecto normal en esos casos. Su cuerpo y los de sus compañeros habían sufrido unos cambios extraordinarios.

—¿Qué tal, Horst? —la voz de Gross le sacó de sus pensamientos.

—Bien, aunque un poco cansado, no puedo negarlo. ¿Y tú qué tal? Siéntate, por favor —sonrió señalando la mesa y las dos sillas cerca de su lecho y metiendo la carta recién escrita en un sobre. Lo cerró.

—La verdad es que mi grupo está nervioso ante lo que se nos ha pedido. Rompe cualquier esquema previo y el riesgo es absolutamente desconocido. No es un asunto de miedo, no somos miedosos, solo es una cierta incertidumbre ante lo desconocido. No podíamos imaginar algo así —Gross parecía sincerarse—. Me preocupan mis hombres, como imagino que a ti te preocupan los tuyos, aunque formemos un mismo grupo de combate bajo tu mando.

Horst también habló claro, ante la sinceridad de su nuevo compañero de fatigas. —Es cierto, aunque puedes creerme si te digo que os considero compañeros por igual. No hago diferencias, te lo aseguro. Pero es cierto que no tengo tu experiencia con ellos. Me parece un equipo excelente. No tengo dudas de que lograremos nuestro objetivo. Es crucial.

—¿Escribiendo a tu familia? —indicó Gross como tratando de cambiar de tema y señalando el sobre que descansaba sobre la mesita de noche, junto a la pequeña

lámpara.

Horst tocó el sobre, como acariciándolo.

—Sí, pero se hace cada vez más difícil. Llevo casi un año y medio sin verlos y siempre pienso que no los veré más. Ellos también exigen mi presencia, como es lógico, pero la dinámica de nuestro tiempo no permite que personas como tú o como yo podamos llevar una vida normal.

Gross asintió.

—Ese es el problema de todos nosotros y de casi todos los soldados del frente. Son tiempos difíciles para Alemania. No sé qué pasará cuando regresemos, si regresamos... Yo acabo de hablar por teléfono con mi mujer y mis hijos y se me ha venido el mundo encima. Noto cómo empiezan a alejarse de mí y soy más un estorbo que un padre. Se han habituado a vivir sin mí. ¡Es terrible! —Gross estuvo a punto de desmoronarse en ese momento. Se calló y pareció recuperarse.

—Por suerte sabemos separar nuestro trabajo de nuestra familia, pero ¿hasta cuando?

Horst pensó un momento en su situación particular, que consideraba mejor que la de Gross.

—Creo que en nuestro caso y con el tipo de misiones que llevamos a cabo tampoco podemos explicarles claramente qué hacemos ni dónde estamos. Personalmente, prefiero escribir. Creo que me expreso mejor. Llevamos demasiados años en guerra. Hablar por teléfono me produce mucha angustia y, sin embargo, es lo más directo. A veces no sé qué decirles. ¡Es increíble! Creo que soy un cobarde.

—Bueno no nos hundamos... —sonrió Gross, mirando a Horst... Debemos ser capaces de transmitir confianza a los hombres. Ellos también lo sufren y no esperan de nosotros una actitud de derrota. Esperan una actitud de victoria.

En aquel momento Emil solicitó permiso para interrumpir a los dos hombres. Horst le hizo un signo para que entrase.

—Me gustaría presentaros el plano que he preparado sobre los alrededores de la iglesia de Santa María de Sión y que podáis analizar militarmente la zona para nuestra llegada allí.

—Excelente, Emil —dijo Horst poniéndose de pie, mirando a Gross y dejando atrás sus pensamientos—. Vamos a ver ese plano.

Los tres se dirigieron a la sala donde todos trabajaban en común y, tras habilitar un espacio en la amplia mesa, Horst solicitó la presencia de todos. Emil desplegó su pequeña obra de arte. Parecía muy preciso.

—¿Realmente era así, Emil? —preguntó Gross con admiración—. Parece muy preciso.

Emil no podía ocultar su satisfacción.

—He trabajado con todos los datos de los que dispongo e incluso con fotos

actuales de la zona que realizó un equipo de la *Ahnenerbe SS* en una misión secreta en Etiopía en 1937. Creo que se aproxima mucho a lo que era en esa época. De hecho, dudo que se hayan hecho transformaciones en el terreno desde entonces, aunque sí se construyó una iglesia nueva no lejos de la original a la que nosotros iremos. También quiero decir que ya hace tiempo que lo he trabajado en muchos de sus detalles y que en esta ocasión se trataba solo de plasmarlo gráficamente. No ha sido tan difícil, la verdad.

Todos lo contemplaban con una mezcla de admiración y seriedad ante lo que podrían encontrarse una vez que estuviesen allí. Intentaban imaginarse aquél plano en la realidad. Cuando Emil vio que estaban ya todos, comenzó a explicar los detalles de su plano y cómo estaba preparándose su traslado.

—Aquí tenéis la iglesia. Está previsto que seamos trasladados hasta este punto, al norte —Emil señaló un punto a muy poca distancia de la iglesia—. Es un terreno totalmente plano que facilitará nuestra llegada. He marcado aquí la cota y veréis que estaremos unos setenta metros por encima de la iglesia, que como ya hemos comentado en otro momento está excavada en la roca, aprovechando un saliente natural. Para llegar a nuestro objetivo deberemos bajar por un pequeño terraplén, exactamente aquí. Serán unos ciento cincuenta metros a recorrer lo más rápidamente posible.

Horst señaló el terraplén.

—¿Es terreno firme y seguro? —preguntó a continuación.

—Lo es en la actualidad, Horst. Creo que también lo era en esa época. No ha habido terremotos o graves alteraciones del terreno desde entonces hasta hoy. Lo que sí ha variado con respecto a aquella época es que aquí hay un camino de acceso construido en el siglo pasado que no existía entonces y que facilita la llegada hasta el conjunto principal.

Emil mostró una foto de la entrada de la iglesia que había hecho la expedición de la *Ahnenerbe SS*.

—No es muy buena foto, ya que está prohibido hacerlas y se pudo hacer clandestinamente, evitando a los guardianes del Arca situados en el exterior —Emil miró a sus compañeros—. Adivino lo que estáis pensando. Hasta donde sé, esta fachada no ha variado tampoco sustancialmente. Por lo tanto, podemos darla como válida para nuestra misión. Aquí están la puerta principal y dos ventanales altos que suministran la luz a todo el conjunto interior. Creo que estos acabados no estaban entonces —señaló unos marcos en los ventanales—. Eran más primitivos entonces, como es lógico, al igual que la puerta, que en esta foto se ve muy trabajada y recargada.

Gross se pasó la mano por la frente.

—Y del interior qué sabemos, Emil.

Emil sonrió.

—Nada. No sabemos nada —la respuesta de Emil recibió sonrisas por parte del grupo.

—¿Y entonces?... —volvió Gross a la carga.

Emil admitió la situación, pero no mostró una preocupación especial por ella.

—Son solo suposiciones basadas en cómo había sido guardada en otros lugares. Estoy seguro de que dentro de la iglesia hay un tabernáculo donde reposa el Arca. No tiene más complicaciones ni representa ningún problema para nuestra misión.

Horst intervino, expresando lo que muchos se cuestionaban.

—¿Y qué es un tabernáculo?

Emil extrajo de su maleta de cuero la Biblia con los excelentes dibujos de Doré y tras buscar en sus páginas, mostró una ilustración.

—Es un altar judío, un santuario móvil llamado *mishkan* en hebreo o morada, que podía transportarse si era necesario. El arca siempre reposaba en este lugar y, como podéis ver, era casi una tienda de campaña de gran tamaño —Emil vio cómo sus compañeros miraban con curiosidad la ilustración—. Una vez que hayamos sacado el arca de allí, solo se tratará de volver al lugar de traslado y regresar. No tiene que haber más dificultades.

—Bien, ya hemos visto de qué se trata —Horst entró en su parcela sin más pérdida de tiempo—. Desde el punto de vista militar me gustaría indicar qué debemos de hacer, sobre todo teniendo en cuenta que está previsto llegar, actuar y volver de noche —señaló el lugar al que llegarían, por encima de la iglesia.

—Aquí montaremos una posición con una MG y dos hombres con miras infrarrojas, mientras los demás nos dirigimos a la iglesia. Esa MG tendrá un campo de visión muy amplio del terreno —Horst señaló una amplia zona del plano de Emil—. Una segunda posición MG estará situada en el terraplén de bajada, cubriendo esos ciento cincuenta metros y también con una buena visión. También serán dos hombres con las miras VAMPYR. Estaremos en contacto por radio con esos puestos. Una vez en la puerta y tras entrar, habrá una tercera posición con otra MG y miras infrarrojas, también con dos hombres en la misma puerta. Eso hace un total de seis hombres fuera y nueve dentro para coger el Arca. Una vez lo hayamos logrado, deberá ser portada por cuatro hombres con los palos que pasan por las guías que tiene a los lados. Los cinco restantes deberán apoyar la preparación, salida y traslado hasta el lugar de retorno. Los integrantes del puesto de la puerta deberán cubrirnos hasta llegar a la zona de traslado, al igual que los que se hallarán en el terraplén. Una vez que nos hayamos replegado en orden, podremos regresar. No creo que tardemos más de una hora en conseguir el objetivo —señaló el camino de regreso acompañando su explicación.

Miró a Gross.

—¿Qué opinas Walter?

Tras las palabras de Horst, Gross parecía de acuerdo, al igual que sus hombres.

—No veo más alternativas a lo que propones. Me parece bien, teniendo en cuenta la información de la que disponemos y la zona en concreto. La duda la tengo en el tiempo que calculas. Es posible que sea una hora, ya que son distancias muy cortas, pero no sabemos la dificultad que tendremos para extraer el arca de allí, ni la posible resistencia que podamos encontrar. No sé qué factor K podría darse, con lo que quizás tendremos que improvisar. Pero repito, me parece bien y creo que a mis hombres también —el equipo de Gross confirmó las palabras de su jefe.

—Reconozco que lo que dices tiene sentido —dijo Horst—. Pero en este momento no puedo ir más allá. Lo que sí veo claramente es que los hombres de las posiciones MG deberán ser de tu equipo, por su experiencia en combate de infantería —Gross afirmó con la cabeza.

—No hay problema, y ya decidiremos quiénes forman parte de este grupo.

La reunión siguió, sin más contratiempos, trabajando algunos puntos específicos y matices que se iban planteando. Quedó decidido quiénes formarían parte de las posiciones MG en cada lugar, así como los portadores del arca hasta el terraplén de traslado y el equipo de apoyo.

Al día siguiente, 3 de noviembre de 1944, a las 8.30 de la mañana, todo el grupo estaba a la espera del general SS Kammler. Allí estaban ya varios miembros de su Kammlerstab con el uniforme SS y varios científicos en una sala subterránea debajo del castillo. La sala, a diferencia de la que ya conocían Horst y sus hombres, que estaba en uno de los pisos superiores del castillo, era tipo búnker, con las paredes de hormigón y consignas militares en ellas, pero adaptada para reunirse con buena iluminación y temperatura agradable. Horst y su equipo reconocieron al doctor Gebhardt y al doctor Schoppe de la reunión que habían tenido el pasado 28 de octubre. Con ellos se hallaban otros científicos totalmente desconocidos para ellos. Un elegante oficial SS les indicó amablemente su lugar en la mesa de reuniones. En una de las paredes estaba el plano ampliado que había preparado Emil y sobre el que habían trabajado el asalto. Todos permanecieron de pie tras la silla que les correspondía, esperando la llegada del general. Se podía oír ruido de botas que bajaban por las escaleras metálicas de acceso a la sala. El general SS Kammler acababa de llegar.

Tras las presentaciones de rigor y sin pérdidas de tiempo, el general Kammler invitó a sentarse a todos en la amplia mesa y pasó inmediatamente a los temas del día, motivo de la reunión.

—Ante todo debo decirles que las pruebas médicas han sido correctas y, físicamente hablando, están en forma para la misión que les ha sido encomendada —sonrió y se apoyó sobre la enorme mesa, con los dos codos firmes sobre ella y las

manos sobre su boca.

—Sé que los nuevos incorporados al mando del *Sturmbanführer* Werner Gross y que desde ahora están a las ordenes del *Hauptsturmführer* Horst Bauer conocen el objetivo de su misión —todos escuchaban atentamente las palabras que surgían del pétreo general Kammler, afirmando sus palabras—. Quiero que sepan que conmigo están varios físicos y científicos de mi Oficina de Desarrollo que podrán explicarles y contestar a las dudas que puedan tener. Entre ellos los doctores Kurt Debus y Walter Gerlach, como máximos responsables científicos del proyecto —estos agradecieron la cita del general—. Entiendo que para conseguir el éxito en una misión como la que tienen presente deben contar con la máxima información, ya que no quiero fallos. Tenemos mucho en juego —todos estaban de acuerdo con este principio, ya que era cierto que la información más amplia posible les ayudaba perfectamente en su cometido previsto.

Kammler continuó.

—A modo de introducción, y sobre todo para los nuevos miembros del equipo que será trasladado, quiero que sepan que la Operación Etiopía es de la máxima importancia militar. A diferencia de las anteriores misiones que el *Hauptsturmführer* Bauer ha realizado, aquí ustedes interactuarán con el entorno y condicionarán algunos aspectos de él. Esto había sido prohibido taxativamente en los traslados anteriores, de marcado carácter científico y de prueba de la Campana. Creemos que podía haber interferido en el futuro y se ha demostrado que no ha sido así precisamente por el cuidado que hemos puesto en todos los detalles.

—Hoy vamos a analizar militarmente la misión de capturar el Arca de la Alianza de su enclave históricamente comprobado, que es la iglesia de Nuestra Señora de Sión en Axúm, Etiopía. Aquí están presentes todos los hombres que participarán en la misión y que están, como he dicho antes, bajo las órdenes del *Hauptsturmführer* Horst Bauer. Él y cuatro de sus hombres ya han realizado tres traslados al pasado, acompañando y protegiendo a varios equipos de científicos de diversas disciplinas que han realizado una labor extraordinaria de obtención de información única y que cambia muchos paradigmas aceptados por la comunidad científica internacional dirigida por los sionistas y sus técnicos acólitos que han escrito y manipulado la Historia del desarrollo natural y humano según sus conveniencias. Puedo decirles que Alemania hoy dispone de pruebas y datos incontestables que cambiarán la visión del mundo. Y estamos dispuestos a compartirlos con todas las naciones de nuestro planeta, cuando Alemania recupere el espacio y el respeto que merece y el enemigo mundial haya sido desenmascarado y vencido por fin —las palabras de Kammler resonaban con fuerza en la amplia sala, y todos las seguían atentamente. A nadie se le escapaba que aquel era un proyecto de la máxima importancia. Horst miró a todo su grupo. Se sentía orgulloso de ellos y tenía ganas de ver a los hombres de Gross en

acción. Iban a hacer historia.

Kammler miró a Horst, como dándole paso en la reunión.

—*Hauptsturmführer* Bauer, es su turno. Indíquenos cuál es el plan de asalto y captura del Arca de la Alianza.

Horst agradeció la oportunidad y se puso en pie, acercándose a un pequeño atril, tras el cual se encontraba el plano de Emil ampliado y expuesto en la pared. Se podían observar todos sus detalles con facilidad y a distancia.

—El plan que hemos preparado mi grupo y yo responde a un estudio de la zona de traslado tal como debía de ser en aquel entonces —se giró hacia el plano con un puntero de madera—. Hemos deducido, y así parecen demostrarlo las distintas expediciones que allí han ido, que su topografía no ha variado sustancialmente. Sí que sabemos que hay una zona de terreno totalmente plano —lo señaló en el dibujo— que está situada por encima de la iglesia en este saliente rocoso y que la protege. Está a unos setenta metros por encima de nuestro objetivo. Allí desembarcaremos. Luego existe un terraplén por el cual se accede hasta la propia iglesia —se giró hacia el plano y siguió todo el terraplén con el puntero hasta la misma iglesia—. A medida que vayamos aproximándonos al objetivo, iremos dejando unidades de protección. Una en el terraplén de llegada con una MG42 y diversa munición y explosivos, otra en el terraplén, sobre este punto —lo señaló—, también con una MG42. Estos dos puntos de defensa tienen una buena y amplia visión de campo y pueden alertar ante cualquier incidencia—.

Todos los presentes miraban alternativamente al dibujo y a Horst a medida que este iba avanzando en su exposición.

—El resto del grupo llegará hasta la entrada de la iglesia, donde se encontrará otro retén de dos hombres con la tercera MG42, hacia la izquierda de la entrada. Estaremos conectados por radio con los tres puestos, para cubrir cualquier eventualidad. A partir de ese momento, y aunque no sabemos nada del interior de la iglesia, entraremos en ella y, según nuestro especialista en Historia, el *Obersturmbanführer* Emil Riemer, allí tiene que haber un tabernáculo con el Arca en su interior. Así solían guardarla en épocas bíblicas, y nada indica que no fuese así también en la iglesia a la que nos dirigiremos —Horst miraba a su audiencia—. Adivino su pensamiento: ¿qué es un tabernáculo? —varios de los presentes confirmaron su desconocimiento—. Es una especie de tienda de campaña móvil, con un santuario judío en su interior. Es uno de los grandes símbolos hebreos —varios de los presentes sonrieron, Horst también—. Pero para nosotros eso no representa nada —concluyó.

—Y ¿a partir de ese momento? —preguntó Kammler, visiblemente interesado.

Horst continuó.

—Bien, como queda claro, seis hombres permanecerán en el exterior como

cinturón de defensa y nueve entrarán en la iglesia. Cuatro de esos nueve hombres serán los portadores y procederán a la extracción del Arca y su transporte de nuevo hasta el punto de traslado en la roca por encima de la iglesia, justo aquí —señaló el mismo terraplén al cual pensaban acceder en el traslado temporal—. Como pueden suponer, a medida que vayamos regresando al punto de partida con el arca, los diferentes equipos de defensa se irán replegando con nosotros hasta que estemos todos juntos y preparados para el traslado y con el objetivo cumplido. Los hombres del Sturmbanführer Werner Gross serán el equipo de protección de la misión y estarán al cargo de toda la defensa y los puntos MG que he citado.

Kammler afirmaba con la cabeza. Parecía satisfecho de la planificación que, por otro lado, era simple y no daba lugar a muchas otras opciones.

—¿Qué tiempo calcula para toda la operación, *Hauptsturmführer* Bauer?

—Ese es un punto que he discutido con mis hombres, general Kammler —contestó Horst—. Si no hay ningún inconveniente, creemos que en una hora puede estar realizada la operación en su totalidad y con el equipo a punto para el traslado de regreso. De todas maneras, llevamos provisiones y material para más tiempo si se diese otra circunstancia inesperada. Kammler parecía preocupado ante esta posibilidad.

—Le recuerdo que no habrá más de una oportunidad para su regreso y no podemos correr ese riesgo. El arca es absolutamente necesaria para nuestros planes. Tendrán un máximo de dos horas allí.

La cara de Horst y sus hombres demostraba una cierta preocupación ante las palabras de Kammler, pero entendían que era parte de su trabajo. No podían fallar.

Tras mirar a Horst, Emil intervino en este punto.

—La única eventualidad, general Kammler, puede ser que nos encontremos con alguna de las tribus guerreras que se movían por la zona. De todas maneras, y en el supuesto de que nos vean llegar, nuestra aparición será espectacular y pareceremos dioses y, por otro lado, nuestra capacidad de fuego es abrumadora sobre las armas que podían portar en aquel entonces esas tribus. No debemos tener ningún problema que no podamos resolver sobre la marcha.

Los científicos presentes demostraban un cierto nerviosismo ante la eventualidad de un problema en la mecánica del regreso, ya que debía de ser muy precisa. El doctor Gerlach tomó la palabra.

—No puedo evaluar el plan militar de captura del Arca que imagino que es el mejor posible en esas circunstancias, pero sí que debo añadir a las palabras del general Kammler que una correcta sincronización de sus movimientos allí con la Campana nos resulta absolutamente necesaria. De lo contrario, no podremos traerles hasta aquí de nuevo y deberán permanecer allí hasta que podamos enviar una patrulla de rescate que indique unas nuevas coordenadas de traslado. Y eso puede ser

complicado, no quiero engañarles.

El doctor Gerlach miró a sus colegas científicos, que también mostraban una cierta preocupación.

—Piensen que poner en marcha la Campana requiere una gran cantidad de energía que debemos preparar de antemano. Además, tal como está la situación en el frente, tenemos previsto el traslado de todo nuestro equipo a las cercanías de Praga en el Protectorado de Bohemia y Moravia, que es una zona tranquila actualmente.

Horst contestó.

—Por nuestra parte, doctor Gerlach, y basándonos en sus palabras, hemos previsto un máximo de provisiones para 96 horas y 15 personas, como medida de precaución. Sé que suena a mucho tiempo, pero a partir de ese momento, y si tardaran más en recogerlos, tendríamos que salir adelante por nuestros propios medios y con material y provisiones locales. Eso puede ser peligroso por bacterias y microbios para los que no estamos preparados —miró a Kammler—. Con las dos horas que nos concede para toda la operación, general, no tenemos margen de maniobra y, si hemos de improvisar, podremos tener problemas.

Kammler lo tenía claro.

—No puedo darles más tiempo, señores. Las circunstancias avanzan a gran velocidad y la guerra no permite titubeos ni nos da el tiempo que quizás necesitaríamos. La Operación Etiopía hoy no solo es la más secreta del Reich, sino que su éxito y rapidez de ejecución son absolutamente necesarias. Debemos disponer del arca inmediatamente y ponerla en combate. Por ello, y ante la nueva situación que les estoy mostrando, no deberán llevar tantas provisiones, ya que no podrán fallar en la ejecución. Ustedes son profesionales, son los mejores y disponen de todo lo necesario para la buena consecución de la misión. Trabajen sobre dos horas de tiempo.

Gross, que estaba de acuerdo con Horst, no tuvo más remedio que aceptar la nueva situación, pero intentó también prolongar el tiempo de estancia en Etiopía.

—General Kammler, para mis hombres y para mí es la primera experiencia en el tiempo y comprenderá la ansiedad que nos provoca una misión de estas características —Kammler escuchaba con atención, indicando a Gross que prosiguiese—. Me imagino que el equipo científico, del cual dependemos absolutamente, tiene muy clara la forma de trasladarnos allí y volver a traernos con la misión cumplida. Mi pregunta, ante el nuevo marco temporal que acabamos de asumir es qué sucedería si fuéramos trasladados por error a un punto alejado de nuestro objetivo. No tendríamos la posibilidad de comunicarnos con el presente, y aquí no se sabría que nos hallaríamos a bastante distancia del objetivo, con lo cual consumiríamos el tiempo que nos ha dado y quizás no habríamos llegado ni siquiera a la iglesia. ¿Es preciso el sistema de traslado y sus coordenadas de llegada al lugar de

interés? —a Horst le pareció una excelente puntualización, que agradeció con una sonrisa a su compañero.

Kammler asumió esa posibilidad y miró al doctor Gerlach que, nuevamente, deseaba contestar a la pregunta.

—Una pregunta muy interesante, Sturmabführer Gross. Puedo comprender su duda y la del resto del equipo. Para su tranquilidad, nuestro equipo es de muy alta precisión tanto en el tiempo como en el lugar en el que se prevé arribar. La precisión es del orden de 20 metros alrededor del lugar previsto de llegada. Creo que con este dato contesto a su pregunta sobre la base técnica y quiero que sepan también que ese ha sido uno de los puntos que más ha mejorado de nuestro programa, ya que sin él no podríamos llevar a cabo con éxito ninguna misión. Por otro lado, y haciendo referencia a la precisión temporal, hablamos de un ajuste del 98%, lo cual es muy elevado. Estén tranquilos, ya que están en buenas manos y somos los primeros que queremos que todo salga bien.

El equipo de Horst, y sobre todo los hombres de Gross, parecieron más tranquilos ante la explicación del máximo responsable técnico del proyecto. Kammler parecía contento con la respuesta del doctor Gerlach y quiso rematar sus palabras con algunos aspectos casi filosóficos de todo el proyecto.

—Me ha parecido muy bien la libertad que han demostrado al plantear preguntas que tienen sentido y que ayudan a la mejor comprensión de todo lo que estamos haciendo, sobre todo por la confianza que pueden tener en nuestro excelente equipo técnico. Quiero que sepan que estos científicos que tienen ante ustedes son los mejores del mundo y que, sobre todo, lo son por la motivación con la que trabajan, que les hace superar problemas aparentemente irresolubles —las palabras de Kammler mostraban un orgullo no disimulado. Sabía que trabajaba con los mejores—. Están trabajando sobre conceptos muy complejos. Porque ¿qué es el tiempo? ¿Y cómo alguien puede viajar a través de él a un ritmo superior o inferior al tic-tac de un reloj? Grandes pensadores, filósofos, físicos y psicólogos han tratado de dar respuesta, durante la Historia, a esa pregunta aparentemente fácil. Experimentamos el tiempo como una de las cosas fundamentales de nuestra vida, pero es difícil para cualquiera definirlo en términos físicos. Hemos oído que el tiempo es la experiencia continuada en la cual todo sucede de futuro a presente y a pasado. Eso no nos dice mucho, caballeros. Ni siquiera cuando nos preguntamos por la hora la respuesta indica lo que el reloj mide. Siendo más sofisticados, parece que el tiempo es la cuarta dimensión, junto a las tres dimensiones espaciales, que explica un acontecimiento físico. Esta respuesta yo creo que es más matemática, más específica, pero sigue sin explicar qué es el tiempo —todo el equipo técnico confirmaba las palabras de Kammler.

—Nuestros científicos nos han dado una respuesta operativa que encaja con

nuestro trabajo y nuestros avances. De hecho, se basan en ese simple criterio: tiempo es la medida de un movimiento. ¿En qué se basa este criterio? Para medir el tiempo necesitamos un movimiento periódico y repetitivo. Nuestro planeta, orbitando alrededor del sol, tiene un movimiento periódico repetitivo que nosotros utilizamos para medir el tiempo. La rotación de la Tierra sobre su eje es otro movimiento que utilizamos para la medición del tiempo. A cualquier aparato que utilicemos para medir el tiempo le llamamos reloj. La ciencia busca relojes cada vez más precisos para medir con gran exactitud el tiempo y observar que, durante cada ciclo del reloj, hay una cierta desviación de período a período. Estamos trabajando sobre relojes cuyo funcionamiento se basa en la frecuencia de una vibración atómica. Sabemos que podemos utilizar elementos naturales para este tipo de reloj, como pueden ser el hidrógeno, el amoníaco o el cesio. Estos elementos naturales absorben y emiten radiación electromagnética a una frecuencia específica fija. Los más precisos son los de Cesio-133 y, como pueden imaginar, ya tenemos uno operativo en la Universidad de Heidelberg desde 1942.

Horst no podía ni imaginar algo así y trató de figurárselo sin éxito.

—Sé que estamos trabajando sobre ideas, teorías y realidades que van más allá de la comprensión humana normal. Aquí solo trabaja gente extraordinaria. ¿Cuántas veces hemos oído que era imposible un traslado en el tiempo? La física judía ni siquiera contemplaba esta posibilidad. No entraba en sus esquemas. Nosotros lo hemos conseguido. También se decía que un barco de hierro no podía flotar. Solo se trataba de un problema técnico. También los físicos en el siglo pasado creían que el cuerpo humano no podría resistir una velocidad superior al galope de un caballo. ¡Imagínense! Incluso se predijo que los cohetes no podrían viajar por el espacio porque sus gases de escape no podían impulsarse sobre algo tangible. Errores tremendos que la tecnología ha ido resolviendo con el paso del tiempo. Durante mucho tiempo, el ser humano ha vivido en un mundo de tres dimensiones espaciales: largo, ancho y alto. Nuestros científicos ya habían añadido el tiempo como cuarta dimensión. Inmediatamente nos pusimos a trabajar en cómo dominarlo, al igual que ya dominamos las tres anteriores. La mecánica cuántica ha sido la llave de acceso a todo ello. Ya en 1913, un físico danés llamado Nils Bohr tuvo la brillante idea de aplicar las nuevas reglas de la mecánica cuántica al átomo. Funcionó perfectamente. Como pueden suponer, era cuestión de tiempo que otro científico llegase con una completa teoría cuántica. En realidad fueron dos científicos quienes llegaron a ello, bajo diferentes ópticas de una misma física. Uno fue nuestro compatriota y colega de los doctores aquí presentes, el físico Werner Heisenberg, que se estaba recuperando de su asma al polen en Heliogoland en el mar del Norte, cuando creó su teoría de la mecánica matricial, que fue la primera formulación coherente en el mundo sobre la teoría cuántica. Y realmente era sorprendente. Por ejemplo, en álgebra, A

multiplicado por B es lo mismo que B multiplicado por A. O bien  $3 \times 4$  es lo mismo que  $4 \times 3$ . En la mecánica matricial esto no es así. Heisenberg y otros científicos lo han confirmado. Dicen el orden en que midas o calcules algo en el mundo subatómico tiene influencia en el resultado final. El otro científico era un físico austríaco con problemas en su matrimonio, llamado Erwin Schrödinger —Kammler sonrió, como todos los presentes—. Se fue con su mujer a los Alpes suizos con la intención de arreglar su matrimonio y de paso creó la teoría de la mecánica de ondas. Esta teoría describe el mismo fenómeno que la de Heisenberg pero desde un punto de vista diferente. Habían llegado a las mismas conclusiones por caminos distintos. El nacimiento de la física cuántica ya era un hecho. Llegar a la energía de gravedad cero también era una cuestión de tiempo. Y lo hemos conseguido. Pero no todo ha sido fácil. La gravedad siempre ha sido un problema en la aplicación práctica de nuestras investigaciones, que siguen los principios de Heisenberg y Schrödinger. También un alumno de Heisenberg, Friedrich Von Weizäcker, ayudó de forma decisiva con su Teoría de las Turbulencias. Describimos gravedad como la curvatura del espacio-tiempo inducida por una tensión de energía aplicada. Si la energía de gravedad cero tiene una enorme densidad, como hemos calculado y hemos comprobado, cualquier pequeño cambio en su funcionamiento puede curvar el espacio-tiempo produciendo una anomalía cronológica que es mensurable y nos permite monitorizar el tiempo con gran precisión. Es decir, podemos enviar equipos, como hemos hecho hasta ahora, a épocas y años exactos en el pasado y en el futuro. La singularidad es una construcción matemática en la cual ciertos valores alcanzan el infinito. La ciencia judía considera las singularidades un fracaso de su teoría. Craso error. Nadie ha constatado una singularidad en el mundo real en el que vivimos, pero eso no quiere decir que no existan. Nosotros sabemos que los agujeros negros que hemos demostrado a través de la física cuántica son singularidades que sí existen y que provocan universos paralelos.

Horst no podía creer los conocimientos que el general Kammler estaba demostrando y su profundo saber de todos y cada uno de los elementos de estos complejos sistemas.

—Solo quiero nombrarlo de forma rápida, pero creo que es necesario que tengan una pequeña información sobre uno de los pilares del éxito de todo este trabajo: la energía de gravedad cero. Creemos que la energía de gravedad cero es el punto de partida primario de la física. Entonces ¿puede convertirse en una fuente de energía inagotable? Comprendo que este principio puede parecer una violación en la conservación de la energía, pero ese no es el caso en realidad. Nuestros científicos se han centrado en la segunda ley de la termodinámica, la ley de la entropía, en la cual se analiza cómo un sistema basado en fluctuaciones caóticas de la energía se convierte en un sistema ordenado. De hecho, han de darse tres características: debe

ser no lineal, estar lejos del equilibrio y debe tener un flujo de energía a través de él. Bajo ciertos escenarios posibles que hemos desarrollado en nuestros laboratorios, la energía de gravedad cero en su relación no lineal con la materia puede ser manipulada para lograr esas tres condiciones que antes les citaba y convertirse en una fuente inagotable de energía limpia. ¡Imagínense una Alemania sin dependencia de la materia y la energía de otros países! ¡Una energía limpia, inagotable y potente! —Kammler parecía exultante ante esta posibilidad—. La doctora Adler ha logrado trabajar matemáticamente y demostrar que un sistema no lineal puede absorber energía de algunos tipos del espectro total de la energía de gravedad cero. Esta física única, señores, nos ha abierto la puerta a posibilidades enormes, desconocidas y arriesgadas, como el dominio del tiempo y otras que no puedo desvelar ahora, pero que tenemos el deber de trabajar, desarrollar y aplicar en nuestros objetivos como nación, movimiento político y filosofía.

Un silencio sepulcral de todos los presentes fue la nota final a las palabras de Kammler.

—Estoy impresionado, general —acertó a decir el doctor Kurt Debus, que hasta ese momento había permanecido callado, pero siguiendo atentamente el desarrollo de la reunión.

—Reconozco que sus conocimientos superan con mucho los de mucha gente preparada precisamente en esos temas. Le felicito —concluyó Debus. Sin lugar a dudas, el general Kammler era alguien fuera de serie en cualquier asunto de carácter técnico y, aunque era doctor en ingeniería, era capaz de entrar en temas muy complejos y alejados de su formación técnica.

—General Kammler —Horst intervino ante un asunto que le interesaba y por el que sentía cierta curiosidad—. Por las palabras que he oído de usted hoy, sobre todo en nuestra reunión anterior, he creído entender que ha habido o quizás hay ahora mismo otras misiones temporales llevadas a cabo por otros equipos. ¿Es eso cierto o estoy equivocado? —un asistente de Kammler miró al general y sonrió a continuación.

—Muy perspicaz, *Hauptsturmführer* Bauer —dijo Kammler—. Efectivamente, tiene usted razón y en este mismo instante ha habido y hay equipos trabajando en otros espacios temporales de la Historia de la humanidad. No veo el problema en que todos ustedes conozcan esto. Por ejemplo, Egipto. Estamos muy interesados en saber quién construyó las pirámides y qué eran en realidad. Tenemos un equipo científico en este momento allí, a 12.000 años de distancia temporal. Hubo dos más que han estado a 4.500 y 8.000 años respectivamente, y las pirámides ya estaban allí. No son construcciones ni egipcias ni funerarias. Jamás se enterró allí a nadie y menos a un faraón. Las pirámides son otra cosa, tenían otra función. Creo que esto les puede gustar —Kammler solicitó su maletín de cuero a un asistente.

Extrajo un sobre grande con la palabra GEKADOS impresa sobre en su solapa. Era alto secreto. En el sobre había varias fotografías que fueron mostradas a todos los presentes. En ellas aparecían las pirámides en todo su esplendor. Estaban recubiertas por unos paneles blancos que cubrían cada una de sus cuatro caras. Eran de un brillo espectacular y no se veían las enormes piedras que hoy podemos ver en ellas, ya que estaban debajo de esos paneles. Era muy chocante para todo el equipo de Horst ver aquello, ya que rompía completamente las imágenes que tenían hasta ese momento de los monumentos. Un pequeño piramidón remataba todo el conjunto en su parte superior. Una de las fotos había sido hecha desde la cúspide, con una espectacular vista de todo el conjunto, donde podían apreciarse edificaciones junto a las pirámides, hoy desaparecidas, la esfinge y una segunda esfinge más al sur. Las esfinges marcaban una enorme línea recta, de varios kilómetros, visible desde lo alto de la pirámide. Todo el conjunto arquitectónico tenía un aspecto muy tecnificado, muy futurista.

Kammler añadió sus comentarios.

—Estas fotos han sido hechas por el equipo que las visitó hace 4.500 años, por lo tanto hasta esa época tenían ese aspecto. Aquí tienen las del equipo que fue al Egipto de hace 8.000 años, verán que no hay gran diferencia —así era. Las fotos no demostraban un gran cambio en todo ese tiempo, aunque se podían observar vestigios de una gran inundación que habría sucedido antes—. En esta foto se puede ver el nivel que alcanzó el agua en la esfinge. ¿Fue el diluvio universal del cual hablan muchas civilizaciones del pasado en sus leyendas? Creemos que sí, y sucedió con anterioridad, sobre 9.000 o 10.000 años antes. Nuestra tercera expedición está en el Egipto de 12.000 años atrás, para ver qué aspecto tenía todo antes de la inundación y si ya estaban construidas las pirámides. Creemos que son más antiguas, sobre los 30.000 años de antigüedad. No pueden ni imaginarse la cantidad de datos, objetos e información que hemos conseguido. Revolucionaremos la Historia escrita hasta ahora.

—¿Qué datos técnicos han descubierto en las pirámides, general? —preguntó Gross, con mucho interés.

Kammler movió la cabeza, dando a entender algo complejo.

—Es una pregunta muy amplia para ser respondida fácil y rápidamente. Creo que lo mejor es que el responsable técnico de la Operación Egipto, el doctor Alfred Schlegelmilch, les indique a todos ustedes algunas de las sorpresas que hemos podido hallar y verificar técnicamente.

Tras estas palabras de introducción, el doctor Schlegelmilch se puso en pie y se dirigió al centro de la sala, a la vista de todos. Hasta ese momento había estado en un segundo lugar, siguiendo todo lo que allí se comentaba pero sin participar. Debía de tener unos cincuenta años, era calvo y de rostro enjuto. Su bata blanca era de corte

perfecto.

—Agradezco sus palabras, general Kammler —comenzó Schlegelmilch—. Es cierto que las expediciones temporales que se han llevado a cabo hasta ahora han aportado información valiosísima de la cultura egipcia que de otra forma hubiese sido muy difícil, por no decir imposible, conocer y analizar. Nuestras observaciones contemplan varios aspectos técnicos de esas edificaciones que, en algunos casos, son similares a las pirámides que podemos encontrar en otras culturas a lo largo del mundo. Los estilos cambian, pero la mano que las diseñó fue la misma —se giró hacia la pizarra que estaba a su espalda y tomó una de las tizas. Con fuerza, comenzó a escribir.

—Por ejemplo —continuó—. Hemos utilizado un equipo completo de niveles ópticos, teodolitos de alta precisión, herramientas con calibres micrométricos y goniómetros adaptados a ángulos de  $90^\circ$ ,  $51^\circ 50'$  y  $26^\circ 20'$  para poder medir científicamente las pirámides por dentro y por fuera —escribió estos datos mientras iba mencionándolos.

—En las mediciones sobre el supuesto sarcófago de Keops, en una longitud de 2,70 metros, los errores promedio de paralelismo de las aristas estaban por debajo de 0,17 mm, es decir 0,06mm/metro. En la curvatura de los planos en menos de 0,05 mm, pudimos calcular el error angular en  $10''$ . En nuestros días estas medidas son consideradas como normalizadas para  $\pm 0,03$  mm/metro. En el sarcófago de Kefren, el error promedio es de 0,2 mm/metro. En ambos casos puedo afirmar con rotundidad que fueron extraordinarios trabajos micrométricos. Y lo mejor es que en este segundo caso el sarcófago está solamente aserrado, sin haber recibido el pulimento final de modo que, tecnológicamente hablando, representa una hazaña comparable al ajuste logrado sobre el sarcófago pulido en granito rosa de Sesoris II. Para un trabajo así son necesarias una tecnología y una maquinaria de alta precisión inconcebibles entonces. Son resultados increíbles y demuestran que los egipcios no tenían esa tecnología. Lo hemos constatado sobre el terreno —bebió un poco de agua y siguió—. Una estructura prismática con tolerancia de  $\pm 0,03$  mm/metro en el paralelismo de sus aristas y una curvatura de 0,05 mm en planos de 3 metros cuadrados, como es el caso, corresponde a lo que nuestra industria alemana actual considera como óptica de precisión. Lo que se denomina óptica comercial admite tolerancias diez veces superiores.

Horst y sus hombres estaban totalmente impresionados por los datos. Horst no pudo contenerse a preguntar algo que le había llamado poderosamente la atención.

—Algo que me parece muy sorprendente es el aspecto de las pirámides en esa época. Ese color blanco, casi radiante. ¿Cómo era posible doctor Schlegelmilch?

—He de reconocer que ha sido uno de los puntos más increíbles de nuestro trabajo —afirmó Schlegelmilch—. Era un revestimiento calcáreo blanco de alta

pureza, y los que analizamos sobre la pirámide en su cara norte mostraron que eran bloques de 16 toneladas de peso cada uno, con superficies planas de hasta 3 metros cuadrados y mostraban un paralelismo, a lo largo de sus aristas de 1,90 metros, del orden de 0,05 mm/metro. Los bloques estaban colocados de forma yuxtapuesta, con una aproximación entre ellos de 0,05 mm, en íntimo contacto en otras palabras, y la apertura promedio de la junta es del orden de 0,5 mm —el dibujo, en la pizarra, de una de estas placas ayudaba a mejorar la comprensión de la explicación. Las fotos también corrían de mano en mano—. Piensen que colocar en su correcta posición bloques de esas dimensiones y peso es muy delicado y difícil, pero hacerlo con cemento en las juntas se nos antoja imposible. No se notan en la superficie de las placas huellas que indiquen arrastre de esos bloques, ni tampoco en los bloques mismos puntos de engarce para cuerdas o grúas. Cómo pudieron colocar esos bloques en el plano inclinado de las pirámides es para nosotros un misterio absoluto —reconoció el doctor Schlegelmilch—. A medida que vayamos entrando en épocas cada vez más distantes, creo que podremos ver cómo lo hicieron.

—Con otros colegas —siguió el doctor Schlegelmilch— hemos estudiado en el laboratorio posibles sistemas de colocación de los bloques calcáreos en la superficie. Hemos analizado su colocación de dentro hacia afuera. Sabemos que esta explicación resolvería muchas dudas de colocación e implicaría que las pirámides comenzaron a construirse ubicando primero los bloques exteriores en su sitio y, a continuación, los internos de granito adosados a los primeros. No hemos encontrado, hoy por hoy, otra explicación al hecho de que la cara exterior de los bloques de la gran pirámide, por ejemplo, forme una línea recta de 230 metros de longitud en la que no hubo ningún retoque o corrección ulterior, como lo prueban los ángulos de 90° exactos que forman los diedros de los bloques calcáreos. La construcción de bloques prefabricados para una línea recta de 230 metros de longitud presupone un control de la angularidad del orden de un segundo de error. ¡Es impresionante, señores! Para quien tenga cierta familiaridad con la medición de precisión, todos los datos de los que disponemos son totalmente imposibles para una cultura de la Edad de Piedra. Las fuentes de error en este tipo de mediciones son numerosas y si el conocimiento del nivel, la lupa y el nonius son indispensables para realizarlas, no son suficientes y se requieren conocimientos adicionales de física y termología. Si descartamos que todas estas medidas que les he explicado sean resultado del azar, se nos plantea un serio problema imposible para los egipcios de entonces.

Kammler agradeció al doctor Schlegelmilch su explicación.

—Extraordinario, doctor —luego, mirando al grupo, añadió—. Y eso son solo pequeños apuntes de información extraordinaria que revolucionarán por sí mismos el mundo científico.

—Agradecemos su explicación, doctor, que creo que nos resulta casi increíble.

Pero, general Kammler —espetó Horst—. Por lo que creo adivinar estamos interactuando en esa época. ¿Puede haber algún problema, algún cambio?

—No se preocupe, *Hauptsturmführer* Bauer; los científicos que participan y la pequeña guardia que les acompaña no están teniendo ningún problema. El pueblo egipcio es muy amable y nos tratan como a dioses, pero ese pueblo no inventó nada y, desde la forma en que iban vestidos hasta sus ceremonias, eran reminiscencias de alguna civilización previa, que no conocemos, pero de la que ellos copiaron casi todo. Hacia el sur de Egipto hay varias pirámides que sí fueron construidas por los egipcios y no tienen nada que ver con las originales, son de muy mala calidad y mucho más pequeñas. De hecho, están en ruinas actualmente. Las pirámides siempre estuvieron allí y los egipcios las respetaron, pero no conocían su función, ya que así lo hemos comprobado. Evidentemente, y de cara a la obtención de información, les hemos suministrado algunas imágenes de nuestro armamento y otros adelantos en dibujos muy simples y algunas pequeñas maquetas sin más importancia. Casi ha sido un juego, como el de Colón al llegar a América frente a los indígenas subdesarrollados y su admiración por las baratijas.

—Y entonces, general, ¿qué eran las pirámides? ¿Cuál era su función? —preguntó Gross.

Kammler extrajo un sobre que estaba dentro del primero y que había permanecido en su interior.

—Pirámide es una palabra griega que quiere decir *fuego en el centro*, lo cual resulta muy significativo. Creemos que no solo era como una fábrica de energía, sino que podía tener que ver con una radio-baliza para naves voladoras que llegaban hasta allí.

Horst estaba asombrado.

—Pero general, ¿de qué está hablando? ¿Qué naves podía haber en aquel momento? ¿Naves extraterrestres?

—Es posible... —Kammler sonreía con tranquilidad sabiendo que lo que explicaba sonaba increíble—. Bueno, no sabemos si eran extraterrestres o de la propia Tierra... —mostró tres fotografías que habían sido tomadas en una caverna inmensa. En ellas se veía desde varios ángulos una nave aérea, escorada sobre el lado izquierdo y con lo que parecía el tren de aterrizaje semi enterrado. Se podían ver un ojo de buey en el fuselaje y lo que parecía la cabina totalmente acristalada en la proa y un extraño signo debajo de ella. La nave en su conjunto tenía una forma triangular, rematada con una cola de la misma forma triangular y desproporcionadamente grande. No se apreciaba ningún sistema de propulsión evidente.

Kammler continuó.

—Esta nave, según los propios egipcios, está ahí desde el principio de los tiempos y se trata de una caverna que está en el Valle de los Reyes. Posiblemente se averiase y

allí se quedó para siempre. Los egipcios no saben ni qué es ni, por supuesto, cómo funciona. Hubo otra civilización que desconocemos que hizo grandes cosas adelantándose mucho a su tiempo.

—Esto es fantástico, general —exclamó Horst, observando las fotografías con detenimiento.

—*Hauptsturmführer* Bauer —dijo Kammler— el análisis detallado de esta nave efectuado por mi equipo científico a través de estas fotografías ha determinado que su sistema de propulsión tiene que ver con la energía de gravedad cero en la que estamos trabajando nosotros en estos momentos. Es una nave que utiliza la antigravidad para su funcionamiento. Es el camino en el que nosotros ya estamos trabajando.

Visiblemente satisfecho, Kammler continuó.

—Nuestros científicos están descubriendo que las pirámides de los diferentes continentes tienen un origen común y un uso específico que para nuestra patria puede ser del máximo interés. Era una casualidad incomprensible que civilizaciones alejadas entre sí construyesen edificaciones tan similares sin, teóricamente, haberse relacionado entre sí. En la última misión, de hace 4.500 años, trajeron un documento en una lengua que no tiene nada que ver con los jeroglíficos egipcios pero que, gracias a la ayuda de los propios egipcios, pudo llegarse a saber qué decía. En resumen, el documento explica que la Tierra es una gigantesca planta de energía y que este tipo de edificaciones, que estaban situadas en la superficie terrestre, en lugares específicos, forman parte de ese sistema de obtención de energía inagotable. Las pirámides aprovechaban la vibración de la Tierra y la convertían en energía eléctrica a través del cristal de cuarzo en la propia pirámide. Si se comprime y descomprime de forma alternada, el cuarzo produce electricidad.

—¡Parece increíble, general! —exclamó Gross.

—Pero es cierto, *Sturmbanführer* Gross —dijo de repente el doctor Debus— Si me permite, general Kammler, intentaré explicar ese principio a nuestro grupo de asalto.

Kammler no tuvo inconveniente.

—Por supuesto, doctor Debus.

El doctor Debus se dirigió a una pizarra situada a la izquierda de la amplia mesa.

—Todos sabemos que los micrófonos y otros aparatos de sonido trabajan bajo este principio que indicaba el general Kammler. Si ustedes hablan a través de un micrófono su voz, que es vibración mecánica, se convierte en impulsos eléctricos —dibujó un pequeño esquema explicativo mientras hablaba—. Lo mismo sucede al revés, los impulsos eléctricos son convertidos en vibración mecánica. En el caso de las pirámides, que pueden imaginarse que estamos estudiando en profundidad, ya que las conclusiones que obtengamos de esta investigación pueden ser decisivas para Alemania, el cuarzo se convierte en un transformador. Es decir, transforma un tipo de

energía en otro diferente. Entendiendo este principio, señores, las pirámides eran máquinas enormes de energía que aprovechaban las inagotables fuentes de la compresión y expansión mecánica de la Tierra convirtiéndola en energía eléctrica a través de los cristales de cuarzo. ¿No se han preguntado nunca por qué no hay restos de humo en los techos de los templos e incluso en cámaras cerradas donde aparecen dibujos? ¿Cómo podían dibujar y pintar en aquellas condiciones, si no era con luz eléctrica?

El asombro seguía siendo palpable. Aquella pregunta era totalmente cierta y de difícil respuesta hasta ahora.

El doctor Debus prosiguió con su explicación.

—Por ello, las pirámides eran plantas de energía geotérmica que respondían por simpatía a las vibraciones naturales terrestres y convertían esas vibraciones en energía eléctrica. Nuestra última expedición pudo constatar la existencia de maquinaria eléctrica de perforación y lámparas como las que aparecen en los bajorrelieves del Templo de Hathor en Dendera. La energía eléctrica fue de las pocas cosas que la civilización egipcia heredó de la civilización misteriosa que estamos buscando.

Horst mostraba mucha curiosidad por la explicación.

—Pero doctor Debus, por lo que entiendo, los constructores de las pirámides ya no estaban desde hacía mucho tiempo. ¿Cómo sabían los egipcios cómo utilizarlas?

El doctor Debus tenía clara la respuesta.

—Incluso cuando sus constructores ya no estaban las pirámides, como máquinas gigantescas, seguían funcionando, ya que eran casi perfectas. Luego desconocemos que pasó para que dejaran de funcionar, aunque podemos adivinar que sufrieron expolios, robos y destrucciones de todo tipo. Los egipcios se aprovecharon de una energía que, aunque no comprendían, sí supieron utilizar para algunas cosas y siempre con restos de la maquinaria también heredada de aquella remota civilización previa.

—Permítame una pregunta, doctor Debus —solicitó el *Unterscharführer* Alfred Stümpel—. Lo que ha explicado hasta ahora está muy bien, y ya que hemos estado allí en el tiempo, no hay discusión; pero en la actualidad, ¿queda algo de toda esa tecnología? Los que han visitado las pirámides no han sido capaces de ver algo así y siguen defendiendo la tesis de una enorme tumba faraónica.

—Excelente pregunta, *Unterscharführer* Stümpel —el doctor Debus tenía una excelente capacidad de retentiva—. El transformador, que es la función principal de la pirámide, forma parte integral de su misma construcción, diseñada para resonar armoniosamente con la pirámide misma y con la Tierra. Puedo decirle que en la llamada Cámara Real en la pirámide de Keops, muchos visitantes notan efectos inusuales que no son ni más ni menos que las vibraciones infrasónicas de la Tierra.

Comprenderá también que en cualquier máquina hay mecanismos que hacen que funcione. En las pirámides también. En las cámaras y pasajes internos de las pirámides hay lo que podríamos considerar como mecanismos. Hay trampillas que se pueden abrir y cerrar, hay túneles, hay sistemas de ventilación, etc. Incluso hoy, muchos de ellos todavía están ocultos en el interior y otros no sabíamos qué eran ni la función a la que estaban destinados.

El doctor Debus ampliaba sus comentarios con dibujos elocuentes de lo que estaba diciendo. Eso ayudaba mucho a una audiencia que desconocía todos estos principios.

—De todas maneras, hasta hoy no han sido reconocidos muchos de estos mecanismos ni su verdadera función. Nosotros hemos hecho el descubrimiento. El granito con el que está construida la llamada Cámara Real es roca ígnea que contiene cristales de cuarzo y sílice. Este tipo de granito, que creemos que fue traído desde las canteras de Asuán, contiene más del 60% de cristal de cuarzo. Esto quiere decir que alrededor de la Cámara Real hay cientos de toneladas de partículas de cuarzo microscópicas. Pueden tener forma piramidal, romboidal o hexagonal. Los cristales romboidales tienen prismas de seis caras, con lados cuadrangulares que muestran un paralelogramo en cada una de las caras. Esto garantiza que en la misma roca haya un alto porcentaje de fragmentos de cuarzo cuyas superficies, por promedio natural, son paralelas en su parte superior e inferior —fue dibujando lo que explicaba—. Además, una ligera flexibilidad natural del granito permite una tensión sobre esas superficies paralelas que causa un flujo eléctrico. La gran masa de piedra sobre las diversas cámaras de la pirámide presiona por simple gravedad las paredes de granito, convirtiéndolas en generadores eléctricos perpetuos.

—Doctor Debus —preguntó Georg, que parecía preocupado—. Los datos son impresionantes, pero veo que los análisis apuntan a pasados remotos y a futuros próximos en comparación. Si hubiese un cataclismo en la Tierra o una pandemia mortal, ¿qué pasaría con la humanidad? ¿Han hecho algún tipo de prospección ante un caso así?

¿Podríamos librarnos?

El doctor Debus parecía complacido con la pregunta.

—Muy agudo —comenzó—. Dentro de nuestra oficina técnica de desarrollo tenemos a un pequeño equipo cuyo nombre es ZUKUNFT, que trabaja sobre futuribles basado en potenciales. Es decir, recrea posibles escenarios futuros con datos actuales y tendencias. Sus trabajos son muy afinados. Cuando la guerra haya acabado podremos dedicarnos más en profundidad a ese tema tan interesante. Sí puedo decirle, ya que lo ha calculado ese equipo, cuáles serían las consecuencias de la desaparición del ser humano de la Tierra, y con aproximación por años —el doctor borró la pizarra y tomó de nuevo la tiza. Dibujó una especie de circuito en el que

escribió los años y las consecuencias.

—Por ejemplo —dijo, mientras escribía—: hemos calculado lo que puede suceder en la naturaleza y en nuestro planeta si mañana desaparecemos todos, trabajando sobre la siguiente hipótesis:

1. DESAPARICIÓN INMEDIATA: Recuperación de especies en vía de extinción
2. 24 a 48 HORAS: Fin de la polución lumínica de las grandes ciudades
3. A LOS 3 MESES: Disminución notable de la contaminación atmosférica
4. EN 10 AÑOS: Eliminación del metano de la atmósfera
5. EN 20 AÑOS: Desaparición de las cosechas, las carreteras y las poblaciones rurales
6. EN 50 AÑOS: Recuperación de bancos de peces y desaparición de los fosfatos del agua
7. EN 50 Y 100 AÑOS: Desaparición de los núcleos urbanos
8. EN 100 AÑOS: Descomposición de los edificios de madera
9. DE 100 A 200 AÑOS: Hundimiento de los puentes
10. EN 200 AÑOS: Derrumbamiento de cristales y metales de los edificios
11. EN 250 AÑOS: Hundimiento de las presas
12. EN 500 AÑOS: Regeneración de los bancos de coral
13. DE 500 A 1000 AÑOS: Renovación de la corteza terrestre
14. EN 1000 AÑOS: Dióxido de carbono a los niveles anteriores a la era industrial
15. EN 50.000 AÑOS: La mayoría de los plásticos y cristales desaparecen
16. DESPUÉS DE 50.000 AÑOS: El paso de la humanidad por el planeta queda patente en algunos restos arqueológicos

Horst recordó la pureza del aire en traslados temporales al pasado. La lista daba qué pensar.

—Excelente, doctor Debus —intervino Kammler. El doctor Debus procedió a tomar asiento de nuevo.

—Como ya les había dicho, tras las palabras del doctor Schlegelmilch hace un rato, creo que ya hemos tenido una aproximación a una pequeña parte de lo que ya hemos descubierto. Imagínense, señores, la información de la que disponemos y de la que dispondremos cuando la tercera expedición regrese de Egipto y ustedes también

hayan conseguido traer el Arca. Su misión militar es fundamental. Ustedes van a hacer Historia. Cuando nuestro gran objetivo de ganar la guerra haya concluido, tendré el placer de acompañarles a nuestra Base 211 en la Antártida, donde disponemos del museo más extraordinario que hayan podido imaginar, a cientos de metros bajo la superficie helada. Nuestra flota de submarinos y los aviones del KG200 están haciendo un sacrificio por todos nosotros en sus continuos viajes a esa tierra inhóspita, trasladando personas y material.

Hizo un gesto a sus ayudantes y estos desplegaron sobre la pizarra un plano tipo PERT, en el que se observaban las etapas y el camino crítico de la Operación Etiopía. La fecha de inicio era el 6 de noviembre de 1944 a las 2.00 de la madrugada. Entre esa fecha y el 9 de noviembre aparecían varias etapas de pruebas del Arca y su posterior uso en el frente ruso.

—Aquí pueden ver —inició el general Kammler, poniéndose de pie— cómo hemos previsto su misión y el posterior análisis y uso del Arca. Partirán a las 2.00 de la mañana del día 6 de noviembre y regresarán a las 4.00 del mismo día. A partir de ese momento el Arca será estudiada por nuestros científicos y se prevé su uso el mismo día 9 de noviembre en atención al Führer, en el gran día de fiesta del partido. Haremos retroceder a los rusos más allá del Vístula y recuperaremos Varsovia. ¡Los destrozaremos!

Realmente, el enemigo estaba muy cerca de la patria, pensó Horst.

## VII. Operación Etiopía en marcha

La actividad de preparación continuó hasta el día 5 por la tarde. Todos parecían bastante tranquilos ante su traslado. Para Horst y su equipo inicial era su cuarto viaje en el tiempo. Todo parecía relativizarse tras haber vivido esa experiencia única. Todo se veía con otros ojos, la mirada cambiaba, todo parecía diferente. Habían visto animales increíbles y la naturaleza en toda su potencia, pero como meros espectadores. Esta vez interactuarían con el medio y, sobre todo, verían a la gente de aquel entonces. Los equipos que habían visitado Egipto no habían tenido problemas y además habían sido bien recibidos, seguramente porque era una sociedad con un cierto grado de civilización y sofisticación. Etiopía podía ser diferente y ese era el punto que marcaba la diferencia. Pero también era verdad que no estarían demasiado tiempo allí. Sería un viaje relámpago.

El primer paso que dio todo el equipo fue aligerar la carga de alimentos y parte de la munición hasta el mínimo. Llevarían provisiones generales para unas horas, sería suficiente. No podían renunciar a las miras infrarrojas VAMPYR, ya que sería una operación nocturna y estas eran vitales, así como los equipos de comunicación por radio. También se consideró vital el armamento, aunque se rebajó la munición. Seguían creyendo que su potencia de fuego sería, en cualquier caso, superior. Y por último, también llevarían material médico y de purificación de agua, por cualquier eventualidad. Habían rebajado mucho el peso general de la carga.

—¿Estas nervioso, Horst? —preguntó Gross, mientras colocaban parte del material médico en una bolsa de lona.

—Sinceramente, no —dijo medio sonriendo—. Sí que estoy cansado del esfuerzo físico que representa, ya que es mi cuarto traslado y no tengo claro si puede tener efectos secundarios.

Gross cerró la tapa de la bolsa.

—Bueno, los médicos nos analizan antes de ir y al regresar y en vuestro caso siempre ha dado buen resultado.

Horst cogió la bolsa y la dejó junto a otras, cerca de la puerta de salida.

—Es verdad, seguramente no debo preocuparme —en aquel momento apareció la cabezota de Hermann desde el dintel de otra puerta—. Tenemos todo listo, Horst.

—¡Excelente! Ahora vendrán a buscarnos. En unos quince minutos —dijo Horst mirando su reloj Glycine especial y ajustándolo a su muñeca.

Tal como había dicho, transcurridos los quince minutos un oficial SS se presentó y les indicó que debían acompañarle. Cada hombre tenía previsto llevar una cantidad determinada de material, armamento y bolsas. Así se hizo y al poco ya estaban todos caminando por un pasillo que conectaba subterráneamente con la zona operativa de la

Campana.

—Admito que estoy algo nervioso, Horst —confesó Gross mientras seguían avanzando por el pasillo, iluminado con bombillas cada veinte metros y el cableado a la vista. Todo el conjunto era de color gris claro mate.

—No te preocupes, todos estamos nerviosos. Pronto habremos regresado —Horst también lo estaba en el fondo, pero no quería demostrarlo. Su reloj indicaba la 1.15 de la mañana.

Llegaron frente a una puerta blindada guardada por dos soldados SS. Les franquearon la entrada sin problemas tras una indicación del oficial que iba en cabeza. Aquella puerta abría a una sala inmensa, circular, dominada por unos ventanales en todo el perímetro que permitían una visión total desde cualquier punto de lo que se hacía en el centro. Estaban a unos seis metros de altura y se veía personal con batas blancas que se movía con presteza por ese observatorio.

Desde el último traslado, y a pesar del poco tiempo transcurrido, muchas cosas aparentes habían cambiado, observó Horst, en las instalaciones en las que estaban entrando. En medio podía verse la Campana colocada sobre una base metálica sólida de un color oscuro, que destacaba claramente en todo el conjunto. Sin embargo, la diferencia más notable venía porque estaba rodeada por un doble anillo concéntrico de cristal, o algo similar, y trasparente y daba la sensación de que era un cilindro inmenso que rodeaba a la máquina que se situaba en su centro. La corona circular tenía un pasillo entre las dos paredes de cristal, de dos metros de anchura, abierto por arriba. Horst observó que las dos paredes de cristal reposaban sobre raíles, lo que parecía indicar que tenían movimiento. Un ligero zumbido llenaba la estancia y varios técnicos iban y venían tomando notas y controlando aparatos incomprensibles para los recién llegados.

Una cabina, seguramente blindada, situada a nivel de suelo, remataba toda el área técnica y allí varios científicos, entre los que se encontraban los doctores Debus y Gerlach, seguían el proceso atentamente. Saludaron con un movimiento de cabeza a Horst y a su equipo. Horst calculó que allí habría unos sesenta técnicos. Una puerta blindada lateral se abrió en aquel momento y el general Kammler apareció en la estancia. Como siempre, su figura emanaba mando e iba seguido de tres oficiales SS y dos técnicos con sendas batas blancas. Se dirigió al grupo.

—¿Están a punto? —sonrió, y luego miró a Horst en particular—. Habrá notado algún cambio en la instalación, ¿verdad, *Hauptsturmführer* Bauer?

—Efectivamente, general Kammler —contestó Horst señalando el enorme cilindro de cristal que rodeaba la Campana—. No logro adivinar de qué se trata, general.

Kammler tomó del brazo a Horst, en un gesto de inusitada familiaridad.

—Venga conmigo —llegaron hasta la misma pared de cristal—. Tóquela —le

indicó Kammler.

Horst adelantó su mano y tocó la pared de cristal. Era cálida al tacto y daba la sensación de cierta vibración.

—Es cristal de cuarzo y proviene del sílice. Es lo que nos permite una exactitud perfecta en los traslados. Pronto verá cómo funciona —volvieron con los demás, que esperaban con todo el equipo las nuevas órdenes.

Un técnico se aproximó al general y le indicó algo. Se giró hacia todos con profunda satisfacción.

—Acaban de decirme que la radio-baliza temporal ya está operativa en el lugar de destino. Todo va bien. Sigamos el protocolo —en aquel momento, seis técnicos se aproximaron al grupo y les instalaron unos sensores en las muñecas—. Será casi su seguro de vida, señores —dijo Kammler—. Sabremos en todo momento cómo están físicamente. Ese es otro cambio muy importante con respecto a sus traslados anteriores, *Hauptsturmführer* Bauer.

Horst tuvo que admitir que la evolución técnica era casi de días. Le parecía increíble el ritmo endiablado de trabajo que Kammler imprimía a su gente.

Luego les indicaron que debían pasar por un pasillo de cristal donde iban a ser desinfectados para no contaminar con bacterias actuales la zona de visita. No era necesario desnudarse y todos pasaron junto a sus equipos. A continuación, se le entregó a cada uno unas gafas de protección que, aunque permitían ver, protegían la vista del altísimo nivel de luz que se producía. Tras este trámite fueron conducidos hasta una puerta que daba justo al pasillo entre las dos paredes de cristal que rodeaban la Campana. Entraron sin dificultad y les ordenaron que se situaran separados de forma equidistante hasta que diesen toda la vuelta al perímetro del pasillo circular, dejando sus pertenencias cerca de ellos. El zumbido de fondo había subido perceptiblemente de intensidad. La Campana había tomado un ligero color rojizo y comenzaba a girar suavemente sobre su eje. Los altavoces de la instalación indicaron que todo el personal debía abandonar la zona inmediatamente y que comenzaba la cuenta atrás. Una sirena sonaba indicando la proximidad del traslado. Todo el personal fue desapareciendo de aquel nivel, excepto los que se encontraban en la cabina que parecían dirigir toda la operación. Horst distinguió a un técnico frente a una pantalla de televisión de seguimiento. Tragó saliva. Miró a Georg, Hermann y Klaus que estaban situados a su derecha y a Gross, a su izquierda. Parecía nervioso. Era lógico. No le sorprendía. El altavoz les indicó que se pusieran las gafas. Así lo hicieron.

De repente, las dos paredes de cristal comenzaron a girar también, pero cada una en sentido inverso a la otra. A contrarrotación. La velocidad de la Campana y de las paredes fue en aumento. La vibración era muy fuerte, aunque por el momento todo iba bien. Comenzaban a escucharse algunos chasquidos eléctricos. Horst sabía que

aquello era el preludio. Sin saber cómo, la pared que les separaba de la Campana comenzó a elevarse increíblemente dejándoles expuestos directamente a la máquina, que estaba a unos siete metros de ellos. Horst pudo observar, no sin cierta dificultad a través de sus gafas de protección, que no había ningún mecanismo que izase esa pared acristalada. Parecía, simplemente, flotar. *Pero eso es imposible*, pensó. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el incremento de la vibración general y de los chasquidos eléctricos en particular. Todos comenzaron a notar un fuerte tirón en su cuerpo. Algo parecía empujarlos hacia arriba, pero seguían allí. Parecía notarse la electricidad en sus cuerpos.

Una luz muy potente y un arco voltaico que surgió de la Campana les rodearon. Una esfera casi sólida se formó desde la máquina hacia ellos. Estaban dentro de algo que había producido la Campana. Un hormigueo muy intenso subió de sus pies hasta sus cabezas y una fuerza titánica pareció tirar de todos ellos de forma brutal. Perdieron la noción del tiempo y el espacio. Por un tiempo imposible de calcular, parecía que sus cuerpos se rompían, aunque no estaban en ningún sitio concreto y tampoco se rompían. Sus mentes no podían trabajar en aquel instante. No podían ser conscientes de lo que sucedía. No tenían marcos de referencia de ningún tipo. Era algo único, irrepetible.

## VIII. Etiopía: annus Domini de 962

Yet-al-Izar dormía plácidamente acurrucado en el suelo, aunque los chinches y las pulgas no le daban tregua. Ser pastor no era fácil, pero hoy su rebaño había pastado cómoda y abundantemente a poca distancia de su choza. Mañana volvería. De repente, algo le despertó. Su perro ladraba. Se oyó perfectamente un sonido como el de un animal rascando. Sus ovejas parecían inquietas y oía cómo golpeaban contra la valla de madera. De nuevo, las alimañas querían cobrarse su tributo en animales de corral. No lo permitiría. Se levantó de su catre y observó, a través de las rendijas de una ventana, que había luz fuera de su chamizo. Era imposible, ya que era de noche. Se sobresaltó, tomó firmemente una pequeña espada y se dirigió hacia la puerta que cerraba ajustada con una cuerda. Lo que vio al salir le dejó sin respiración. Un humo entre rojizo y amarillento cubría el camino entre su pequeña cabaña y la empalizada de las ovejas. Varias figuras se movían lentamente entre la extraña humareda. Era una visión terrible. Soltó la espada y huyó despavorido.

Mientras el humo iba desapareciendo, Horst respiró profundamente. Aquel aire era mucho más puro que el de 1944 y notaba cómo el oxígeno entraba con fuerza en sus pulmones. Lo necesitaba, y pensó que aquella sería la última vez que realizaría un traslado temporal. Era horroroso. Pronto su cabeza comenzó a funcionar y le indicó que su cuerpo estaba en orden. Rápidamente, tomó conciencia de la situación: había que actuar rápidamente. ¿Estaban en la zona prevista? Vio a sus compañeros recogiendo del suelo sus pertenencias y comenzando a agruparse. Aparentemente estaban bien. La luz de la llegada comenzaba a disiparse y la más negra oscuridad cayó sobre ellos. De repente fueron conscientes del extraordinario cielo nocturno que tenían sobre ellos. Miles de estrellas de magnífica nitidez lanzaban su luz a través de un cielo extraordinariamente limpio.

—¿Todo en orden? —preguntó Horst a sus compañeros. Todos contestaron afirmativamente, sin comentar su reciente experiencia—. Bien, utilizad las miras VAMPYR.

Pronto todos tenían sus miras ajustadas a sus caras.

—Tened vuestras armas de mano a punto —siguió. Se giró hacia Emil— ¿Qué te parece, Emil? —preguntó.

Gross y Georg estaban junto a ellos.

—Creo que estamos sobre la iglesia. Ese es el terraplén de acceso —dijo, señalando a su derecha. La visión verdosa de las miras VAMPYR indicaba claramente un angosto camino que parecía desaparecer hacia abajo, en la dirección indicada por Emil.

—Werner, sitúa el primer punto MG y a dos de tus hombres —dijo Horst a Gross, señalándole una pequeña zona, a unos diez metros hacia el norte, según indicaba la

brújula. Gross ordenó al *Sturmann* Willy Seelig y al también *Sturmann* Karl Höhne la rápida instalación de la posición defensiva. Montaron el trípode de la ametralladora y fijaron el peine de balas de 75 proyectiles. Disponían de 5 peines más y de varias bombas de mano. Una roca les daba un punto de protección. Probaron los sistemas de comunicación. Funcionaban bien. Los demás comenzaron su marcha hacia el terraplén. La bajada era resbaladiza y tuvieron que ir muy despacio. Eso habría que tenerlo en cuenta cuando llevaran el arca de regreso.

El segundo punto MG fue decidido a mitad del terraplén, tal como estaba previsto. Su instalación fue más compleja por la pronunciada pendiente, pero el trípode de la MG 42 podía clavarse y nivelarse sin problemas sobre cualquier tipo de terreno. Los *Sturmann* Hermann Käster y Hans-Joachim Trost se harían cargo de esa defensa. Probaron también sus equipos de comunicación con Gross y con el otro punto MG situado arriba. Todo funcionaba bien. El resto siguió su marcha. De pronto, unos ruidos desconocidos sonaron frente a ellos. A través de sus miras nocturnas pudieron observar que se trataba de camellos que se habían percatado de su presencia. Habría unos veinte animales. No se veía a nadie con ellos y teóricamente estaban en la explanada frente a la iglesia. Aún no podían verla. Quedaba totalmente a su derecha.

—Debe de ser una caravana de comerciantes que hace noche aquí —trató de adivinar Emil—. No tiene que haber ningún problema —añadió en tono tranquilizador.

A medida que iban acercándose por la derecha, pudieron adivinar las siluetas inconfundibles de unas tiendas de campaña. Solo podían ser los propietarios de los camellos. De repente, se oyeron los gritos de un hombre que estaba en cuclillas frente a ellos en medio del camino, aunque algo oculto a la vista. Estaba haciendo sus necesidades cuando vislumbró las figuras que estaban aproximándose. El machete de Gross acabó con él en un instante. Lo dejó en una zona algo oculta junto al camino.

—No teníamos otra opción. Empieza el baile —dijo secamente mientras limpiaba su cuchillo con la ropa del cadáver.

—¡Ese ya no cagará más! —añadió, riendo, Hermann.

Apretaron el paso, aunque no parecía que el resto de los que dormían se hubiesen despertado por los gritos de su compañero abatido. La iglesia estaba ante ellos. Emil se quedó parado, observándola fijamente, mientras los demás se aproximaban rápidamente y comenzaban a instalar el tercer punto MG. La iglesia era mucho más primitiva de lo que Emil había supuesto y, por un momento, pensó que se trataba de otra iglesia. Estaba encastrada en la piedra. No podía ser. Tenía que ser esta. Se unió al grupo tras dejar atrás estos pensamientos.

A la cabeza de su grupo, Horst, tras subir unas escaleras, atravesó el umbral de la puerta de la iglesia, que se abrió sin dificultad alguna. Las miras VAMPYR iban

mostrando lo que tenían delante. Miró hacia arriba. Del techo colgaban lo que parecían ovillos de trigo. Había muchos.

—Es una ofrenda para cuando se planta la simiente —indicó Emil, adelantándose a la pregunta de Horst. Avanzaban con el máximo cuidado. Intentaban no hacer ruido, a pesar de que no parecía haber nadie en la iglesia. A su derecha y a su izquierda había unos sepulcros muy primitivos, simples paralelepípedos de piedra sin inscripción alguna. Estaban colocados en tres alturas, y había un total de doce. Un altar, también muy primitivo, coronaba la iglesia. No se veía nada más.

—¡No puede ser! —dijo Emil, girando sobre sí mismo y mirando también arriba y abajo—. Tiene que estar aquí... —añadió con cierta desazón.

Gross señaló a la izquierda del grupo. Una figura tambaleante se acercaba a ellos.

—Es un ciego —dijo el *Unterscharführer* Stümpel. Una ropa ajada apenas tapaba su menudo y delgado cuerpo. Comenzó a hablar de forma incomprensible y con cierta excitación. De repente pudieron observar con espanto que sus ojos eran cuencas vacías. Tenía un cabello larguísimo y era imposible calcular su edad. Se cogió al brazo de Gross, que le apartó de forma brutal.

—No me toques —dijo con desprecio.

Emil se puso al lado del ciego y le habló en lo que parecía su mismo lenguaje. El ciego pareció no solo tranquilizarse, sino entender a Emil. Sin pérdida de tiempo, Emil le preguntó sobre el arca. Tras varias frases totalmente incomprensibles para los demás, Emil tradujo lo que había dicho el ciego.

—Por lo que entiendo, dice que él es el guarda nocturno de la iglesia. Por la mañana vienen sus hermanos de fe para vigilar la iglesia —Georg sonrió tras su mira nocturna.

—¿Cómo puede un ciego vigilar la iglesia?

Emil tenía respuesta para ello.

—Tiene cierto sentido, ya que al ser ciego oye y detecta mejor que nosotros lo que sucede en este entorno oscuro. No es el primer caso que conozco en la historia antigua —siguió hablando con el ciego, que indicó un punto detrás del altar. No fue difícil entender que no les permitía ir allí. Esa era su misión en la iglesia.

—No le hagáis caso. ¡Vamos allá! —dijo resueltamente Gross, tras la aprobación de Horst.

—Seguidnos —dijo este. El grupo se puso en marcha, dejando al ciego en aquel punto, sin más explicación. Efectivamente, a un lado del altar estaba la entrada a una especie de cueva, cerrada con una cortina rojiza.

—¡Perfecto! —dijo con entusiasmo Horst. De repente, se oyó como un crujido y un grito de uno de los hombres del grupo, el *Rottenführer* Hugo Helbing. Se desmoronó incomprensiblemente. Todos se acercaron hasta él. Una piedra le había golpeado la cabeza con fuerza.

—¡Ha sido él! —dijo Hermann, señalando al ciego—. ¡Lleva una honda en la mano! —con furia y a la velocidad del rayo, Gross se destacó del grupo.

—¡Atended a Hugo! ¿Cómo ha sido posible! —dijo, sin haber entendido cómo un ciego podía utilizar una honda con tanta precisión. Stümpel le siguió. Al poco ya habían alcanzado al ciego, tras una corta carrera en la que este demostró conocer muy bien el interior de la iglesia. El cuchillo de Gross acabó con la vida del desafortunado vigilante.

Sin decir nada más, volvieron con el resto. Los semblantes eran serios.

—Está muy grave, Werner —dijo Horst—. Ha perdido mucha sangre. El golpe ha sido terrible —Hugo tenía la parte posterior del cráneo abierta, y las vendas que ya le habían aplicado estaban empapadas en sangre.

—Hermann —ordenó Horst— quédate con él mientras nosotros entramos en la caverna y continuamos con la misión. No podemos perder más tiempo —Hermann se puso junto a su camarada herido, aguantando su cabeza con delicadeza. Helbing totalmente inconsciente.

Apartaron la cortina y entraron en orden en la caverna, sin más dilación. Era muy grande y estaba excavada en la roca viva. Su creación habría supuesto un esfuerzo titánico. La temperatura era fresca. Avanzaron. Allí, delante de ellos, había un tabernáculo.

—Tiene que estar ahí. Todo esto ya coincide —dijo con convicción Emil, avanzando con nerviosismo. La clásica tienda de todo tabernáculo era una especie de lona de color marronáceo, aguantada por cuerdas muy bien tensadas. Pasaron junto a una construcción geométrica con forma de cubo perfectamente cuadrado. Luego pasaron junto a un recipiente que contenía agua y llegaron hasta la entrada del tabernáculo propiamente dicho. Las imágenes verdosas de las miras VAMPYR le daban a todo un aspecto fantasmal. Con la punta de su STG44, Horst recorrió la última barrera entre ellos y el Arca de la Alianza. Varias velas encendidas rodeaban una especie de caja rematada en su parte superior por unas figuras como en cuclillas. La luz de las velas les obligó a sacarse sus miras infrarrojas, ya que estas multiplicaban cualquier luz, por pequeña que fuese, hasta hacer imposible su uso. El Arca de la Alianza estaba frente a ellos. Encendieron varias linternas.

Durante unos instantes, y en silencio absoluto, todos contemplaron el legendario objeto. Era increíble estar frente a él. Pero así era. Estaba sobre un soporte que parecía de oro. Emil alargó su mano y tocó con suavidad la superficie pulida y dorada del arca. No pasó nada en particular.

—Ahora hemos de ir con cuidado —indicó Emil con seguridad—. Los palos travesaños para su traslado no pueden estar lejos de aquí.

Klaus contestó al momento.

—Aquí están, Emil —dijo mientras, ayudado por los demás, los extraía de la

fisura en la pared donde estaban y los iba colocando en su posición en los laterales del arca. Una vez puestos, el arca adquirió el aspecto que tenía en las muchas ilustraciones que habían podido ver.

—¿Cuánto crees que pesa, Emil? —preguntó Horst, mirando el arca desde todos los ángulos.

—Sigo creyendo que está entre los cien y los ciento cincuenta kilos. Ahora lo sabremos —Emil miró alrededor—. Buscad a ver si hay algo más que corresponda al arca. No tendremos otra oportunidad.

Buscaron, pero no había nada más. Holzwarth, Klaus, Georg y Emil se dispusieron a llevar el arca, tras ponerse las miras VAMPYR. A un movimiento coordinado, elevaron el arca y comenzaron a caminar hacia la puerta de la caverna. salvaron sin dificultad el recipiente de agua y el cubo del principio. Salieron del tabernáculo. Gross y Stümpel ya estaban en la puerta de la cueva y dieron vía libre al grupo para pasar por la iglesia. Entre Hermann y el *Unterscharführer* Werner Schüler, cargaron el cuerpo inconsciente de Helbing. Siguieron avanzando.

El arca, así llevada, tenía un aspecto imponente. El transmisor de radio sonó en ese instante. Era la posición MG en la puerta de la iglesia.

—Observamos movimiento en las tiendas de los beduinos. Se están levantando, pero no parece que hayan notado nuestra presencia. Todavía está todo muy oscuro.

Con decisión, pero preocupado, Horst contestó.

—Ahora salimos e iniciamos el repliegue. Preparaos —alcanzaron la puerta de la iglesia y salieron al exterior. La posición MG estaba siendo desmontada a toda prisa. Sin descanso, los porteadores se dirigieron al terraplén de subida. Unos gritos surgieron de las tiendas. A través de las miras nocturnas pudieron ver cómo se iniciaba una frenética actividad entre los beduinos que, entre gritos, despertaban a sus compañeros todavía dormidos. ¡Les habían descubierto! Había que llegar arriba lo antes posible. Desde allí podrían defenderse mejor.

Llegaron hasta la segunda posición MG a mitad del terraplén, que ya había comenzado el desmontaje de la ametralladora pesada.

—¡Esperad! —ordenó Horst— ¡Cubridnos mientras llegamos arriba!

Al instante, volvieron a dirigir la ametralladora hacia abajo, a la espera de lo que pudiera suceder. Con paso fatigado, los porteadores del arca sobrepasaron la posición y siguieron su marcha hasta la zona de traslado. Horst miró su reloj Glycine. Todavía faltaban 55 minutos para iniciar el viaje.

Gross se quedó con sus hombres en esta segunda posición.

—¡Vosotros seguid. Ahora subiremos! —ordenó, decidido, a los demás. De repente, oyeron que un griterío inmenso se acercaba hacia allí. Aún no se veía a nadie y los nervios estaban a flor de piel. Con gran esfuerzo iban subiendo el arca, que parecía pesar algo más de lo que había supuesto Emil. El griterío estaba ya muy

cerca. Ya estaban a la vista y eran más de veinte hombres armados con espadas.

El rapidísimo tableteo de la MG42 rompió aquellas voces. Gritos de espanto y gemidos desesperados sustituyeron al griterío de ataque. Otra ráfaga acabó con los que estaban todavía en pie, que ni siquiera eran capaces de imaginar qué era lo que les estaba matando. Las miras VAMPYR les daban una ventaja total. Todavía se escuchaba algún gemido. Luego el silencio absoluto. Aún estaba oscuro, pero se adivinaba la pronta salida del sol.

—¡Vámonos! —ordenó Gross, mientras ayudaba a sus hombres a desmontar la ametralladora pesada. El resto ya había alcanzado el terraplén superior y estaba ya junto a la última posición. Al poco, Gross y sus dos hombres llegaron cargando la MG42, su trípode y la munición.

Se oían voces beduinas que partían de las tiendas. Sin duda, llamaban a sus compañeros que ahora descansaban sin vida sobre el camino de subida. El tableteo de la ametralladora les había amedrentado y no se atrevían a acercarse. Con la oscuridad no podían ver qué había pasado. Nadie se atrevió a salir. Esperarían a la salida del nuevo día.

Dejaron el cuerpo de Helbing en el suelo con un macuto que hacía las veces de almohada.

—Ha muerto —informó lacónicamente Stümpel, tras comprobar la presión sanguínea del ahora cadáver. Era curioso, pero el rostro de Helbing se veía tranquilo y casi se diría que dormía. Prácticamente no se había dado cuenta de nada, había sido demasiado rápido.

Todos lo rodeaban, mirando el cuerpo sin vida de Helbing, con un nudo en el estómago.

—¿Qué hacemos ahora Horst? —preguntó Gross, de forma práctica—. ¿Lo llevamos de regreso o lo enterramos aquí? —Horst parecía aturdido por aquella situación inesperada. Era algo que no había imaginado, a pesar de que sabía que podían morir en cualquier misión.

—¿Qué os parece a vosotros? —dejó caer Horst—. No tenemos ninguna orden a este respecto. Podemos hacer lo que consideremos mejor —observó los rostros de Gross y sus hombres que eran de absoluta desazón.

—Era un compañero vuestro Werner. Haremos lo que decidáis. No tengo problemas, aunque entiendo que en las SS no se deja atrás a un compañero —Gross afirmó con la cabeza.

—Es verdad. Vendrá de regreso con nosotros y lo enterraremos en nuestra época —envolvieron el cuerpo de Helbing en una manta que se mantenía ceñida con dos cinturones de cuero y que permitía un traslado más cómodo del cadáver.

Georg y Hermann manipulaban la radio-baliza temporal para programar el regreso. El ingenio emitió un suave pitido. Una luz piloto indicaba que estaba en

funcionamiento. Solo quedaba esperar los 35 minutos que quedaban. Aprovecharon para mirar con curiosidad el Arca, que descansaba en el suelo, con los travesaños para su transporte colocados en su lugar. Aunque su imagen se parecía a los muchos grabados que habían podido ver, su construcción era una combinación de madera y metal, pero de construcción más simple de lo que se esperaba de un artefacto de esa aparente sofisticación técnica. Los dos ángeles situados en su parte superior estaban uno frente a otro, de rodillas y con las alas desplegadas. No abrieron el Arca, aunque una lógica curiosidad embargaba sus mentes.

—Desde luego es más pesada de lo que imaginaba y también más simple en su construcción —dijo Emil.

—No sé qué contiene. No puedo imaginarlo —Georg miraba si la tapa tenía hendiduras o goznes para su apertura—. Aquí está la hendidura de apertura —dijo señalando en un punto.

—No podemos abrirla. Esa no es nuestra misión, Georg —dijo Horst, enfriando las ganas y la curiosidad de los demás. Había que ser disciplinado en los traslados, y ese asunto estaba muy claro.

—¿Es de oro, Emil? —preguntó Stümpel, acariciando la superficie del arca.

Emil contestó sin apartar la vista del legendario objeto—. Creo que sí, y de alta pureza, si los datos bíblicos son ciertos.

Unos adornos laterales también dorados remataban la caja en sus cuatro caras sobre las que descansaba la tapa, que le daba un aspecto más acabado y único. No llevaba ningún símbolo hebreo, ni de otro origen. Quien la hubiera fabricado no había dejado su sello o impronta. No estaba sobrecargada de adornos, sino que era muy sobria. No podían imaginarse cómo podía funcionar. No parecía peligrosa.

Willy Seelig, uno de los hombres de Gross que había permanecido en la primera posición MG sobre el terraplén, observaba atentamente los alrededores para prevenir cualquier incidencia.

—Me temo que vamos a tener compañía —dijo señalando un punto hacia el norte.

Horst cogió unos prismáticos, ya que la tenue luz del amanecer ya permitía vislumbrar algo. Un grupo de jinetes a caballo se dirigía hacia allí. Eran unos cuarenta hombres. Dos carros los seguían a una cierta distancia.

—No creo que vengan por todo lo que acaba de suceder —dijo mirando al grupo—. De todas maneras, preparemos una MG y nuestras armas de mano.

Willy Seelig y Karl Höhne volvieron a preparar su ametralladora sobre el trípode y colocaron el peine de balas. La MG42 estaba perfectamente engrasada y su aspecto era imponente. Seelig, el tirador, apuntaba hacia el grupo que se iba acercando por el horizonte. Ajustaba la mira y el alza del arma. Era fundamental. Los jinetes y los carros levantaban una columna de polvo a su paso, con lo que su localización no era

difícil. Estaban, en aquel momento, a menos de dos kilómetros de allí. La MG42 podía alcanzarlos sin dificultad. Por lo que calculaba Horst, y a la velocidad con que se desplazaban, llegarían casi al mismo tiempo en que ellos iniciarían el traslado.

—Espero que no tengamos problemas. Ya hemos tenido bastantes contratiempos y aún nos falta lo más importante: el regreso.

El tiempo pasaba lentamente, mientras miraban a su alrededor con impaciencia.

—Tendría que haber un sistema por el cual pudiéramos avisar al concluir la misión y pudiésemos iniciar el traslado al instante —sugirió Georg.

—La verdad es que es una experiencia tremenda. Parece que el cuerpo vaya a romperse —dijo Stümpel, pensando en voz alta.

—Desde luego, es lo peor de todo —contestó Horst, ya que era lo que más le molestaba de todo el sistema temporal.

—Para mí lo peor es no saber dónde estás mientras se realiza el traslado. Mientras vuelas en el tiempo... —indicó Klaus, que estaba sentado sobre una piedra guardando algo de tierra en un pequeño recipiente, como era su costumbre en los traslados—. No sé en qué momento de la Historia podemos aparecer —remató. El nombre del camarada Karl Wehrmann apareció en la mente de todos ellos. ¿Dónde estaría ahora? ¿Sería alguien todavía, estaría vivo o se habría convertido en algo indescriptible? No podían contestar a estas preguntas. Casi era mejor no pensar en ello, aunque admitían que esa posibilidad existía.

El *Hauptsturmführer* Johannes Günther seguía observando el arca con curiosidad.

—¿Cómo funciona? —dijo de repente—. No veo palancas, ni un cañón, ni antenas, ni nada obvio que indique su uso claramente... ¡Es solo una caja con dos ángeles! ¿Realmente funciona? —remató con una sonrisa.

De nuevo Horst tuvo que poner las cosas en su sitio.

—Comprendo vuestra curiosidad. Es un objeto único y legendario, pero no nos han pedido que lo investiguemos nosotros. Solo hemos de llevarlo a Alemania.

Un chasquido eléctrico indicó que parecía iniciarse el traslado.

—¡Se han adelantado! —dijo Horst de repente—. ¡Todos a vuestros puestos, poned las gafas protectoras! —desmontaron la ametralladora a la velocidad del rayo y juntaron todo el material al lado del arca. Los chasquidos eran más continuados. Se pusieron las gafas. Todo estaba en orden, colocaron el material que habían llevado y se fueron situando en círculo alrededor del arca. No podían dejar nada allí.

De repente, comenzaron a notar la desagradable sensación habitual. Un inmenso arco voltaico rodeó a todo el grupo y una luz cegadora apareció a continuación. Lo que allí estaba pasando se podía ver a varios kilómetros de distancia. Una semi-esfera les cubrió totalmente, parecían estar dentro de una habitación sólida pero transparente, que les permitía ver qué pasaba alrededor. El hormigueo en sus extremidades, y finalmente en todo su cuerpo, fue creciendo en intensidad. Los

chasquidos eléctricos eran de una intensidad descomunal. Horst pensó que la Campana tenía mucha más fuerza que antes. Un tirón formidable pareció romperlos por la mitad. Empezaba el traslado. Horst tuvo tiempo de mirar el arca por última vez. Todo se desvaneció en la tormenta temporal.

Horst fue el último en despertarse en la cama del hospital donde siempre eran llevados tras los traslados. Estaba en los laboratorios subterráneos de la fábrica A.E.G. Wekstätten Fürstenau, en la Baja Silesia. Sus compañeros se movían libremente y parecían no solo de un excelente humor, sino muy recuperados físicamente. Era todo muy raro. Él tampoco estaba conectado a ninguna pantalla y todo era diferente a los últimos traslados. Parecía que la tecnología había solventado algunos de los problemas físicos derivados del sistema. Le sorprendía la rapidez con que la técnica avanzaba en este campo, que para él resultaba complicadísimo. Sin embargo, observó que el hospital parecía menos equipado que la última vez. Tenía lo justo para atenderles.

El doctor Helle apareció, como en el último traslado, y verificó que todo estaba en orden. También comentó con cada uno de ellos algunos datos médicos sin la mayor importancia.

Por último, habló con Horst aparte.

—Bien, todo está en orden, *Hauptsturmführer* Bauer. Sus hombres y usted no tienen secuelas de este traslado. Por mi parte, tienen el alta médica a partir de este momento —Horst pareció alegrarse de la noticia, sin embargo no pudo ocultar su sorpresa por los cambios que había detectado.

—Doctor Helle —empezó—. Estará de acuerdo conmigo en que hay cosas que han cambiado con respecto al último traslado. Nuestra forma física y anímica es mucho mejor, y casi podríamos salir de nuevo a otro destino temporal sin más espera. ¿Qué ha pasado?

—*Hauptsturmführer* Bauer —contestó el doctor Helle—, hay varias cosas que han cambiado. De entrada, estamos trasladando todo el equipo científico y material a Praga. El avance ruso, que detendremos en algún momento, no nos permite trabajar con la tranquilidad necesaria aquí en estos momentos. Allí estaremos mucho mejor y seguiremos nuestras investigaciones hasta la victoria final.

Horst confirmó con la cabeza las palabras del doctor Helle.

—Sí, el general Kammler nos comentó lo del traslado, pero no imaginé que fuese tan rápido.

Helle sonrió.

—El general Kammler es un hombre expeditivo, tiene muy clara la misión que debe realizar y el poco tiempo del que dispone. Hoy Alemania necesita de hombres como él. Resueltos e implacables. No es el momento de los titubeos ni de los pusilánimes. Nuestros enemigos son feroces y buscan la desaparición de Alemania en

el más amplio sentido de la palabra.

Helle continuó.

—Por otro lado, hemos mejorado enormemente las consecuencias físicas del viaje temporal a través de los sensores que les pusimos antes de su partida y de un nuevo fármaco que les hemos inyectado a su regreso. Creo que el avance es obvio —Horst no pudo por menos que confirmar las palabras del doctor. Él y sus hombres eran un ejemplo de ese avance.

—Me alegro, ya que los regresos eran una pesadilla y necesitábamos mucho tiempo para una recuperación total. Les felicito a usted y a su equipo —Horst se puso de pie.

El doctor Helle estuvo de acuerdo ya que consideraba bueno moverse enseguida.

—¿Qué hay del arca? ¿Dónde está ahora, doctor Helle?

El doctor Helle miró fijamente a Horst, pero con mirada de comprensión.

—Sinceramente, no lo sé. Entienda que es máximo secreto y yo conozco parte del proyecto por mi posición, pero nada más. El general Kammler es la persona que puede responderle, y puede imaginarse el control que se lleva sobre todo este asunto. Estamos hablando de la seguridad del Reich.

Horst comprendió perfectamente la respuesta, aunque desconocía si estaba en la zona en ese momento. Cuando el doctor Helle se marchó, todos se acercaron a Horst. Estaban exultantes tras la misión, en particular los hombres de Gross. Había sido un éxito empañado por la muerte de Helbing. Traerlo había sido la mejor decisión. ¿Habría sido enterrado ya? Horst tenía preguntas para Kammler y esperaba verle pronto.

—¡Ha sido fantástico! —dijo Gross con convicción—. No puedo creer que haya estado allí. Esta máquina es sensacional. Imaginaos lo que puede llegar a hacerse con ella en cualquier momento de la Historia. Podemos modelarla a nuestra discreción. ¡Alemania vuelve a ser grande!

—¡No tenemos rival! —dijo Stümpel—. ¡Ahora la guerra cambiará, vamos a ganarla! Los rusos sabrán lo que es bueno...

—Me parece bien vuestra actitud —dijo Horst—. Pero ahora voy a ponerme en contacto con el general Kammler para que nos indique cuál puede ser nuestra próxima misión y, sobre todo, saber qué hay del arca.

En aquel momento trajeron los carros con la comida, que fue repartida sin dilación y consumida rápidamente por todos los presentes. No habían perdido el hambre. Una enfermera repartió una píldora a cada uno y Horst aprovechó para decirle que quería hablar con el general Kammler. La enfermera le indicó que la siguiese, llegando a un teléfono que estaba en una sala más pequeña, contigua a la que estaban. A través del teléfono, Horst pudo hablar finalmente con Kammler.

El general estaba de un excelente humor y se alegró de saber que ya estaban todos

recuperados.

—Acabo de recibir ahora mismo el informe del doctor Helle en el que me dice que están todos perfectamente. Me alegro. Si les parece bien, nos veremos en dos horas en el mismo lugar desde donde fueron trasladados la última vez. Hay una sala de reuniones en el piso superior. Quiero enseñarles algo.

Horst comunicó a sus compañeros la noticia y, al poco llegaron tres oficiales SS que los acompañaron hasta el castillo de Fürstentein en varios vehículos. Una vez allí pudieron disfrutar de una ducha en sus habitaciones y se prepararon para la reunión con Kammler. Horst se sentía perfectamente. Le parecía mentira estar recién llegado de un traslado al pasado y sentirse tan bien. También era cierto que había sido más corto que otros tanto en la estancia como en la distancia temporal y eso, seguramente, hacía una gran diferencia.

## IX. Alemania en peligro

De nuevo estaban ante el general SS doctor ingeniero Hans Kammler. Como ya había notado Horst a través del teléfono, estaba de un humor excelente. También estaban presentes, como en otras reuniones, el equipo científico y los oficiales asistentes del general. La diferencia de esta reunión era que, al margen de una gran cantidad de documentos, había un enorme mapamundi en la pared, presidiendo la estancia. En él aparecían marcas, años y nombres sobre países.

—Bienvenidos, caballeros —introdujo Kammler, invitando a los recién llegados. Aquello rompía cualquier protocolo previo. Aquél hombre tenía un poder enorme y aquello lo demostraba. Saludó personal y cordialmente a cada uno de ellos y les mostró su lugar en la mesa de reuniones. Su amabilidad era desacostrumbrada y, desde luego, positiva para los recién llegados. Delante del lugar de cada uno en la mesa, uno de los oficiales de Kammler fue repartiendo unas carpetas rotuladas con sus nombres.

—No se sorprendan —dijo Kammler, adivinando los pensamientos de su audiencia.

—Hoy tenemos una reunión intensa y llena de sorpresas —señaló las carpetas que los destinatarios ya habían comenzado a ojear—. En esa carpeta aparece todo el proyecto Kronos Tor y la Realidad Predeterminada que estamos llevando a cabo con su equipo, *Hauptsturmführer* Bauer. Tienen todo el derecho a conocerlo como participantes en el proyecto para que puedan entender no sólo el alcance del mismo, sino la importancia vital que representa para nuestra patria. Este acceso a la información es algo que nunca había hecho, se lo aseguro a todos ustedes, pero creo que la misión histórica en la que estamos embarcados necesita la máxima participación y entendimiento de todos y cada uno de los miembros, ya que esto no acaba aquí —todos se sintieron halagados por la palabras de Kammler, pero también pensaron en las nuevas misiones en las que se verían involucrados. Sin duda alguna, los hombres de Skorzeny ya formaban parte de aquel equipo y Horst se sentía conforme con ello. Aunque duros y expeditivos, habían congeniado bien y eso era fundamental.

Las carpetas contenían información detallada sobre el proyecto, sus objetivos y lo que se había realizado hasta ese momento. Además de fotografías de expediciones que Horst y su equipo habían efectuado a épocas remotas, una excelente fotografía del Arca de la Alianza aparecía a todo color como elemento central de la carpeta. La foto había sido hecha en alguna instalación subterránea, quizás cerca de allí, aunque eso ni Horst ni sus hombres lo sabían. De hecho, eso ya no les incumbía.

—Para su información, en este momento el Arca se halla en la fábrica Skoda, en Praga. El Ejército Rojo ha detenido su ofensiva en Varsovia y por ello hemos

decidido estudiarla en profundidad —dijo Kammler, que había visto el interés del grupo al ver la foto en la carpeta—. Allí está siendo sometida a pruebas por nuestros técnicos y, desde luego, no tiene secretos para nosotros —remató con un orgullo no disimulado.

Horst preguntó lo que todos se preguntaban mentalmente.

—¿Y qué es el Arca, general?

El doctor Kurt Debus solicitó permiso a Kammler para responder. Este no tuvo inconveniente.

—El Arca es varias cosas, señores —comenzó Debus—. En su interior no hemos encontrado las llamadas Tablas de la Ley, ni el maná —sonrió—. Hemos encontrado una técnica muy evolucionada que la convertía en un transmisor que conectaba con algo o alguien que desconocemos. De hecho, y por lo que hemos analizado, tenemos indicios de que conectaba por radio y emitía o recibía órdenes de algún centro de mando en algún lugar de la Tierra o que quizás, incluso, estuviera en órbita... Trabaja en unas frecuencias totalmente desconocidas que no siguen el espectro físico o los protocolos que nosotros utilizamos. Su fuente de energía es atómica, isótopos radioactivos concretamente, ubicada en un pequeño receptáculo totalmente aislado que ¡todavía funciona! —Horst y su equipo no pudieron por menos que expresar su estupefacción.

El doctor Debus conocía bien el Arca.

—Las conexiones son muy ingeniosas. Nos está ayudando mucho a mejorar aspectos técnicos del manejo de dicha energía. Aunque como ha dicho el general Kammler en alguna ocasión, para nosotros ya es una energía obsoleta y peligrosa. Además —continuó Debus— el Arca también es un arma muy potente. Emite unos rayos térmicos de alta temperatura que matan en segundos cualquier rastro de vida, incluso a mucha distancia. Hemos hecho pruebas en la fábrica Skoda, que como ya saben es especialista en piezas de artillería de todos los calibres, y los resultados son sensacionales.

En aquel momento intervino Emil.

—Doctor Debus, en la Biblia se habla de gente muerta por el contacto con el arca. No veo cuál es la relación con lo que usted explica y el hecho de que pueda causar la muerte por proximidad.

El doctor Debus miró al joven oficial SS, del que sabía que era un experto en historia bíblica.

—Las muertes fueron producidas por mal uso del arca o bien por no emplear los trajes de protección necesarios en su utilización —luego matizó—: cuando se ha utilizado, debe reposar un período de tiempo corto, ya que las emisiones pueden continuar en algunas circunstancias. Aunque su equipo no las trajo, los servidores del arca necesitaban unas ropas especiales.

Emil también matizó este aspecto.

—En aquella cueva en Etiopía no había ningún equipo o vestimenta junto al Arca. Miramos todo y solo encontramos los travesaños de transporte.

El doctor Debus escuchaba con atención las palabras de Emil.

—Usted no sabe, *Obersturmbanführer* Riemer, que bajo la madera de esos travesaños, que ya es aislante, el Arca también tiene otro material que desconocíamos y que ahora estamos estudiando. Es como un plástico, pero diferente. El arca bien cerrada y ajustada se traslada sin problemas y sin emitir radiaciones. Es un objeto de alta tecnología, que utilizaremos lo antes posible en el frente.

Emil, de nuevo, intervino.

—Doctor Debus, según la Biblia el arca también producía el maná que comieron los judíos durante sus supuestos cuarenta años de peregrinaje por el desierto. ¿Han descubierto si puede producir algún tipo de comida?

El doctor negó con su cabeza.

—Solo se trata de un transmisor de radio y un transmisor-eyector de alto poder calorífico. No hemos descubierto otras funciones. Quizás es leyenda o bien era un accesorio que el arca tenía en aquel momento y que se ha perdido para siempre. No lo sé. Sí sé que quien la construyó tenía una tecnología muy depurada y absolutamente ajena a aquella época.

El general Kammler intervino en ese momento.

—No quiero que caigamos en discusiones, por otro lado estériles ahora, de si el arca era algo más. No podemos fiarnos al 100% de los textos judíos, que seguramente exageraron las virtudes y capacidades del arca con un claro fin propagandístico hacia sus enemigos y, por qué no, hacia los tiempos venideros. Es típico de ellos —remató con elocuencia.

Siguió.

—La carpeta que les he dado corresponde a la totalidad de los traslados en el tiempo que ha efectuado el equipo del *Hauptsturmführer* Bauer, incluyendo este último dentro de la llamada Realidad Predeterminada que ha conseguido el Arca. Las otras misiones que se han realizado o están en plena realización o tienen su propio seguimiento. De todas maneras, antes de seguir quiero darles una excelente noticia — sacó un sobre de telegrama de unos de sus bolsillos y lo leyó a los presentes. Era un telegrama de felicitación del Führer en persona para todo el equipo. En él detallaba su interés de reunirse con todos ellos en cuanto fuese posible y proceder a la imposición personal de la Cruz de Hierro con hojas de Roble en oro a todos, y con espadas y diamantes para Horst. Un estallido de alegría que no pudieron disimular les embargó, especialmente a Horst. Era la condecoración militar más alta de Alemania. Se sumaba a todos los que la habían conseguido hasta ese momento:

Coronel Werner Mölders 16/7/1941  
Mayor Gordon M. Gollob 30/8/1942  
Capitán Hans-Joachim Marseille 2/9/1942  
Teniente Coronel Hermann Graf 16/9/1942  
General Mariscal de Campo Erwin Rommel 11/3/1942  
Capitán de Corbeta Wolfgang Lüth 9/8/1943  
Mayor Walter Nowotny 19/8/1943  
Coronel Adelbert Schulz 14/12/1943  
Coronel Adolf Galland 28/1/1944  
Mayor Hans-Ulrich Rudel 29/3/1944  
Coronel Hyazinth Graf von Strachwitz 15/4/1944  
Teniente General-SS Herbert Otto Gille 19/4/1944  
Gral. de Tropas Panzer Hans Hube 20/4/1944  
Gral. Mariscal de Campo Albert Kesselring 19/7/1944  
Teniente Coronel Helmuth Lent 31/7/1944  
Teniente General-SS Joseph Dietrich 6/8/1944  
General Mariscal de Campo Walter Model 17/8/1944  
Coronel Erich Hartmann 25/8/1944  
Gral. de Tropas Panzer Hermann Balck 31/8/1944  
Gral. de Paracaidistas Hermann-Bernhard Ramcke 19/9/1944  
Capitán Wolfgang Schnauffer 16/10/1944

En el caso de Horst, y debido al alto secreto de la misión que llevaba a cabo, sería explicado públicamente en el futuro.

Kammler continuó.

—Comprendo su alegría y les felicito por ello. Han demostrado un valor fuera de toda duda y un servicio a la patria que no tardará en ser fundamental para la victoria. Ustedes se han jugado la vida en unas circunstancias para las que no todos valen y por ello creo que puedo compartir con su equipo, *Hauptsturmführer* Bauer, la información que les he facilitado. Me siento orgulloso de ustedes y me siento orgulloso de las SS como organización que solo cuenta con los mejores.

Estaban todos exultantes ante las palabras de Kammler, que ya entonces podía considerarse como una de las tres figuras más importantes y con más poder del III Reich, incluyendo al mismísimo Führer. A pesar de lo dicho, Kammler no era hombre de pérdidas de tiempo y al momento retomó el hilo y comenzó una detallada explicación de su próxima misión, aunque antes les hizo saber tal cúmulo de información que todos quedaron absortos. Parecía saber muy bien de qué hablaba.

—Tenemos dos caminos señores —comenzó—, uno tal como estamos y sin la ayuda de un elemento como el arca y la Campana. Les puedo garantizar que

Alemania será arrasada y nuestro movimiento demonizado hasta la saciedad por el sionismo triunfante, que habrá acabado con la única fuerza que lo había desenmascarado mundialmente. El Führer morirá en Berlín al frente de nuestras tropas, en un último y desesperado intento por preservar la cultura europea y nuestra identidad como pueblo frente a las hordas asiáticas y multirraciales, bajo el brazo ejecutor de la masonería y el sionismo. Nuestros líderes serán juzgados por un tribunal-farsa, ya que las potencias vencedoras, bajo la égida sionista, serán juez y parte. Después serán colgados para escarnio público y aviso para todo aquel que quiera enfrentarse en un futuro al poder del judaísmo y del sionismo en particular — Kammler endureció su semblante ante este lúgubre panorama que había podido constatar en el futuro el equipo enviado al efecto—. Alemania y sus dirigentes tendremos ese juicio donde la condena ya estará dictaminada; sin embargo Italia, Japón y los países que habrán colaborado con el III Reich no lo sufrirán. Desenmascaramos la verdad y el daño provocado por el sionismo y eso hará que el judaísmo no nos perdone jamás y que impida cualquier rebrote de nuestro movimiento en el futuro. Su insolencia solo teme a la cruz gamada, que es nuestra fuerza y verdad.

—Piensen que para Alemania, ya en 1943 tras nuestra rendición incondicional, se prevé la aplicación del Plan Morgenthau, que no era ni más ni menos que la aniquilación de nuestra patria en todo el sentido de la palabra, con la aprobación de Roosevelt, Churchill y Stalin en las sucesivas reuniones de sus grupos en Casablanca, Yalta, Teherán, Moscú y El Cairo. Henry Morgenthau, judío evidentemente, es todavía el Secretario del Tesoro de la administración Roosevelt y su plan fue estudiado en la Conferencia de Casablanca y adoptado en la de Teherán. El plan proponía lo siguiente:

1. Privar a Alemania de la totalidad de su industria tras su desmantelación
2. Regular totalmente su producción agrícola
3. Ocupar de forma permanente su territorio
4. Declarar criminales de guerra, con todas sus consecuencias, a todos los alemanes que hubieran trabajado en labores administrativas a partir de 1933
5. Utilizar mano de obra esclava alemana en batallones de trabajo forzado, para la reconstrucción de las zonas afectadas por la guerra en Rusia o Inglaterra
6. Eliminar cualquier pensión de guerra a viudas o huérfanos de guerra

—También Morgenthau creará la Sociedad para la Prevención de la III Guerra Mundial, cuya única finalidad será controlar que se apliquen todas las cláusulas antes

mencionadas. Esa sociedad trabajará activamente tras la guerra para llevar a cabo la desmembración de nuestra patria, que se expulse a nuestros compatriotas de los países neutrales, que no se concedan visados a ciudadanos de países neutrales para visitar Alemania e impedir cualquier tipo de emigración, entre otras —las caras de los presentes demostraban la dureza de las palabras que estaban escuchando y lo que vendría si no se impedía.

—El propio Cordell Hull, del que les hablaré más adelante, le diría a Roosevelt que dicho plan tenía la finalidad de asesinar por inanición a casi la mitad de la población de Alemania y convertir a los demás en una masa nómada, embrutecida y miserable. Dicho plan contradecía el sentido común y nunca debería haber sido adoptado por un gobierno de los Estados Unidos. Y el senador por Dakota del Norte, William Langer, también opinaría diciendo que el señor Morgenthau aparecía convicto ante el Tribunal de la Conciencia Humana como el instigador sistemático de la aniquilación de los pueblos de habla alemana.

—Según ese terrible futuro que pronto se escribirá si no lo remediamos, ellos serán los vencedores y Europa, a la cabeza del mundo civilizado y culto, caerá bajo sus garras despiadadas tal como se profetiza en los *Protocolos de los Sabios de Sión*. El objetivo será bastardizar Europa según el plan judíomasónico escrito por el conde austríaco Richard Nikolaus Coudenhove-Kalergi, con gentes sin pasado y sin cultura llegadas en tropel de naciones pobres y atrasadas, a través de la unión multirracial que será estimulada por los medios de comunicación y los políticos. Será bien considerado socialmente ser tolerante con esa gente y aceptarla, mientras la sangre y los principios europeos van contaminándose y desapareciendo. Ya en 1923 y frente a sus hermanos masones, este criminal proclamó que Europa sería dominada por una Raza Aristocrática Judía. Con tal propósito, los europeos debíamos ser cruzados con negros y asiáticos, como si fuésemos animales. De este cruce racial, Codenhove-Kalergi esperaba la obtención de una clase humana inferior, fácilmente gobernable y sin carácter. La bandera europea será diseñada por este individuo y las doce estrellas amarillas no simbolizarán los primeros doce miembros, sino las doce tribus de Israel y su triunfo sobre la vieja Europa. Coudenhove-Kalergi querrá que pólvora, oro y tinta estén en manos de la Raza Superior Judía.

—Con todo este plan en marcha las naciones, como entidades, irán desapareciendo; los ejércitos también mientras Israel y los Estados Unidos se rearmarán hasta extremos inconcebibles. Estaremos en sus manos. No podremos defendernos. Se perseguirá a cualquier disidente o voz contraria a todo este plan de un gobierno mundial.

—Como complemento muy importante, la seguridad personal de los ciudadanos caerá a extremos increíbles y la gente pedirá seguridad sin saber que esa inseguridad ha sido creada por una élite financiera. La gente perderá su dignidad por esa

seguridad que les venderá el mismo que ha creado el miedo. El miedo será el gran negocio del futuro. Los medios de comunicación ampliarán las noticias sobre desgracias y terror, con lo que la tensión será continua. El mundo será controlado por cámaras de televisión que la población pedirá y así se conocerá el movimiento de todos. Inglaterra, Holanda y los Estados Unidos serán pueblos pilotos de esas aplicaciones de la nueva ingeniería social. La Unión Soviética caerá por propia podredumbre del sistema y los sionistas, tras ese fracaso, buscarán un nuevo enemigo ficticio para crear alarma, miedo y hacer que el negocio continúe. Buscarán a su enemigo ancestral, los árabes y su petróleo. Los pueblos que no se sometan a las directrices de una organización mundialista, sionista y masónica llamada Naciones Unidas serán perseguidos. La energía será la que dicten los Estados Unidos y siempre en manos sionistas como controladores y proveedores del gran negocio. Tras su desastre, el comunismo, el gran experimento judío junto al capitalismo, se travestirá en defensor de un supuesto medio ambiente, cuando la destrucción que habrá causado el comunismo en ese mismo medio ambiente será brutal. Desde ríos desviados con explosiones atómicas hasta vertederos nucleares en el mar Blanco. Será la época de la hipocresía.

—La religión católica será perseguida y anulada públicamente, mientras aparecerá una religión que será una mezcla de todas las demás y que cada uno podrá construir como quiera. Será llamada New Age. El folclor y las tradiciones ancestrales serán perseguidas y anuladas. El arte será totalmente degenerado y primará lo grotesco y afeminado. Los medios de comunicación, en manos sionistas, ensalzarán los valores del nuevo arte, y a esos supuestos artistas, la gran mayoría de ellos judíos u homosexuales, se les dará pábulo y serán referentes sociales de actuación de toda la sociedad. Quién no sea así, no será... —las palabras de Kammler resonaban con fuerza.

—El sacrificio, la paciencia, la disciplina serán palabras erradicadas no solo del léxico, sino de la actuación de todos y sobre todo de los jóvenes durante su formación. Se premiará lo hedonista y lo mediocre frente al valor y la virilidad. Será una época enferma. Será una sociedad de abundancia en bienes, pero falta de todo espíritu interior —Kammler observó con detenimiento las caras asombradas de su audiencia que, en el mejor de los casos, podían acusarle de derrotismo—. Israel será construida con el dinero alemán y el mundo, a partir de ese momento, tendrá que obedecer los designios sionistas, y cualquiera que alce la voz en cualquier lugar del mundo reclamando el sentido común a la insolencia judía continua será acusado de nazi, condenado al ostracismo profesional y llevado a prisión, quizás el peor insulto en esa época sombría que vendrá. Los Estados Unidos serán su brazo militar ante cualquier país que se considere amenaza, y los servicios secretos israelitas serán el brazo ejecutor en cualquier lugar del mundo, sin piedad. Nadie podrá replicar ni

detener esa injusticia —Kammler se reclinó sobre su butaca, con gesto adusto—. No estamos en el mejor momento, señores. Por ello, el haber traído el Arca hasta aquí es el primer paso para cambiar drásticamente este terrible panorama que intenta acabar con Europa y el mundo civilizado.

—Pero, general, ¿existe otro futuro?

Horst y sus hombres no podían ocultar la ansiedad que las proféticas palabras de Kammler habían supuesto para ellos.

—¿Han podido analizar las consecuencias del uso del arca en combate y un posible y deseable triunfo de Alemania?

Kammler sonrió ante la pregunta. Parecía que deseara contestarla.

—Sí, así es. En nuestro plan Realidad Predeterminada hemos trabajado sobre el efecto que causaría el uso del Arca en el frente y cómo cambiaría el futuro. Un equipo ha sido trasladado al futuro y, a su regreso, a confeccionado lo que les voy a explicar a continuación. También ha traído información gráfica y muchos datos que corroboran ese futuro alternativo. Pero hay que crearlo y aquí ustedes y el Arca son decisivos. Cuando lo hayan conseguido el futuro será ese y nuestro presente desaparecerá, convirtiéndose en un nuevo presente glorioso.

## X. Ningún tiempo como el futuro

El general Kammler se puso en pie y se dirigió a la pizarra. Junto a la pizarra había un mapamundi que presidía la estancia. Todos los asistentes siguieron con impaciencia los movimientos del general y su exposición. Uno de sus ayudantes le facilitó dos carpetas que dejó en su lugar en la mesa.

—Hemos enviado a mediados de los años noventa, un equipo que ha constatado qué hubiese sucedido si a partir del desembarco de Normandía hubiésemos rechazado el asalto en las mismas playas utilizando el Arca y armas convencionales. Pero es un futuro en base a unos datos potenciales. Hemos podido observar todos los acontecimientos durante la guerra y después de ella. Con este principio voy a explicarles cómo puede acabar la Guerra Mundial si nosotros aplicamos la Realidad Predeterminada —dibujó un rectángulo y en el centro escribió Normandía 6/6/44, la fecha del desembarco.

—El arca fue situada en el centro geográfico de la región de Normandía, al norte de la ciudad de Caen, y muy cerca de la playa. Rommel, a diferencia del Mariscal de Campo Von Rundstedt, tenía razón cuando decía que había que rechazar al enemigo en las mismas playas e impedir una cabeza de puente. También debíamos golpear con el arca en su parte más potente, el ejército de los Estados Unidos, en la denominada en código playa Omaha. Si acabábamos con ellos, el resto de las playas no tendrían la misma fuerza, el ataque se hundiría y los remataríamos con unidades Panzer en las mismas playas, apoyadas por granaderos blindados y paracaidistas.

*Con visión histórica la decisión era correcta*, pensó Horst. Ellos habían participado en la primera parte de la batalla y conocían muchos de sus detalles.

Kammler siguió con su exposición, abriendo una de las carpetas y mirando la documentación. Según pudo observar Horst, los papeles eran diagramas con fechas, nombres y acontecimientos.

—Solo Rommel y el Führer tenían claro que el desembarco sería en Normandía. Rommel no solo convenció a Hitler, sino que fortificó y colocó numerosas trampas en la zona para dificultar el ataque. Solo faltaba saber la fecha. Pero nosotros ya la sabíamos, porque veníamos del futuro y allí instalamos todos los medios defensivos, entre ellos el Arca.

—Rommel fue informado y, aunque se quedó sorprendido, estuvo de acuerdo. También sabíamos que Eisenhower había logrado reunir una fuerza de ataque de 39 divisiones, 5.049 cazas, 3.467 bombarderos, 2.343 aviones diversos, 2.316 transportes aéreos, 2.591 planeadores, dos puertos artificiales, un oleoducto, 1.000 locomotoras, 20.000 vagones y una ingente cantidad de impedimenta de todo tipo. Tras una larga preparación Eisenhower, el general en jefe aliado, ordenó la operación

a pesar del mal tiempo reinante. El 5 de junio de 1944 se arrojaron sobre Francia 66.000 toneladas de bombas y el 6 se lanzaron dos divisiones aerotransportadas americanas y una británica. De los 17.000 americanos y 4.255 británicos pocos cayeron en el lugar previsto, bastantes fueron bajas y su llegada a tierra resultó tan caótica que los puestos de mando alemanes recibieron noticias de paracaidistas y planeadores cayendo en todas partes. A las cuatro de la madrugada aparecieron frente a la costa seis acorazados, 23 cruceros, 122 destructores y 360 torpederos destinados a cubrir las playas conocidas en clave como Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword. La ratio aérea era prácticamente de 30 contra 1. Sin comentarios —Kammler había escrito las cifras en la pizarra.

—Cuando el arca entró en acción en la madrugada del día seis de junio en la playa Omaha, sus rayos no solo fundieron las barcas de desembarco antes de que tocasen tierra, sino que hizo hervir el agua alrededor de ellas, con lo que los soldados enemigos fueron cocidos vivos. Más de veinte mil hombres cayeron en aquellas primeras horas del alba. Varios barcos, a cierta distancia de las playas, también fueron alcanzados y destruidos a altísimas temperaturas, ordenándose su rápida retirada. Como pueden imaginar la noticia corrió como la pólvora hacia los demás contingentes que estaban a punto para el desembarco. La aviación enemiga trató infructuosamente de localizar la nueva arma, sin conseguirlo. La movíamos continuamente, sobre una plataforma móvil, de playa en playa. A las nueve de la mañana todo el ataque se paralizó por orden superior. Al mediodía la situación quedó restablecida y el control fue nuevamente nuestro. Los aviones enemigos desaparecieron del cielo.

—Los periódicos aliados hablaron del desastre al día siguiente diciendo que había sido un nuevo Dunkerke. Muchos soldados habían escapado con vida, pero se había perdido una cantidad enorme de material. No podría haber otra oportunidad igual en mucho tiempo. Eisenhower preparó un informe para la prensa, con la aprobación de Roosevelt y todos los jefes aliados. El informe decía: «Nuestro desembarco previsto en las costas francesas de Normandía ha fracasado y he hecho retirar las tropas de la zona. Mi decisión de atacar en ese momento y en ese lugar se debió a la información de la que disponía. Nuestra infantería, marina y aviación han luchado con valor, cumpliendo con su deber. Los alemanes no solo nos estaban esperando, sino que nos sorprendieron con el uso de una nueva arma que giró totalmente el sentido de la batalla. No pudimos responder adecuadamente. La responsabilidad de este fracaso es solo mía!» —los presentes se deleitaban con esta explicación, que colmaba buena parte de sus frustraciones militares frente a un enemigo muy superior numéricamente.

Kammler vio la cara de satisfacción de su audiencia. Continuó.

—Este fracaso, muy costoso, provocó la desconfianza y minó sobre todo a los ingleses más que a los americanos. Inglaterra estaba agotada, exhausta tras cinco años

de guerra continua. El Alto Mando Británico se había opuesto al desembarco, prefiriendo guardar todo su potencial humano y resistir. Las reservas humanas de Inglaterra bajaban continuamente, mientras que las de los americanos se incrementaban. Si la invasión hubiese sido un éxito, los ingleses hubiesen enviado otros dos ejércitos al continente europeo, uno de ellos canadiense. Churchill prefería continuar el asalto a Italia o invadir los Balcanes. Por ello, en aquel momento Inglaterra estaba desmoralizada y Alemania disponía de armas futuristas e increíbles contra las que no podían oponer nada similar. A mediados de junio de 1944 nuestro Führer, conocedor de los problemas entre los aliados, envió una propuesta de paz a Inglaterra al más alto nivel a través de Suecia. Su intención era dividir a los ingleses de los americanos, algo difícil por su unión histórica, pero no imposible, por lo que la propuesta presentada era muy generosa. Churchill la rechazó de inmediato, pero su gobierno se dividió entre los que la aprobaban y los que no. La propuesta de la paz fue defendida por el partido Laborista en la Cámara de los Comunes. El 30 de junio, el líder del partido, Clement R. Attlee, anunció la retirada de su partido del gobierno nacional y pidió formalmente la dimisión de Churchill. La economía británica estaba en las últimas y solo se mantenía por la generosidad americana. La desmoralización y el temor a que la guerra durase dos años más minaron todavía más el ligero equilibrio de la coalición aliada. Las demandas de paz se sucedieron por toda Inglaterra. La sociedad civil estaba harta de sacrificios inútiles y políticos que jugaban a la guerra con la vida de sus hijos de por medio. A mediados de julio, Churchill se vio obligado a dimitir como Primer Ministro. La presión sobre él fue brutal. Fue re-emplazado por Lord Halifax. En su primer discurso a la nación, dijo: «Hemos luchado con honor y heroísmo, pero ahora hemos de enfrentarnos a la verdad de que nuestra patria está exhausta. Hemos de parar la guerra ahora y lograr una paz honorable que permita que nuestras sagradas instituciones sobrevivan y aseguren la continuidad del Imperio Británico. Nuestra única esperanza reside en un sistema de coexistencia pacífica con Alemania» —Kammler bebió algo de agua.

Horst intervino.

—General Kammler, usted conoce a la perfección todos los detalles de esa historia. Es increíble.

Kammler dejó el vaso sobre la mesa.

—He leído ese detallado informe hasta la saciedad. Créame que haré todo lo posible para que ese sea nuestro futuro y no otro. Ahora permítanme continuar, ya que creo que es muy interesante.

—A partir de ese momento, Lord Halifax informó a los Estados Unidos de que Inglaterra se retiraba de la contienda. Fue una noticia terrible para la coalición aliada. Inmediatamente se abrieron las rondas de conversaciones con Alemania hasta cerrar un acuerdo. En el acuerdo se indicaba un cese total de las hostilidades, la retirada de

fuerzas enemigas sobre territorio británico, es decir las americanas, polacas y demás, la aceptación de las fronteras actuales y la ausencia de indemnizaciones por reparaciones de guerra, pero sí un acuerdo sólido entre Alemania e Inglaterra para el trabajo en común en un nuevo sistema de coexistencia pacífica y reconstrucción. También Lord Halifax aceptó firmar un armisticio con Japón, reconociendo a su vez la paralización de las reclamaciones sobre Hong Kong, Burma, Malasia, Singapur y otros territorios de la Commonwealth bajo control japonés —Kammler señalaba estos países en el mapamundi—. Como respuesta, la India seguía bajo control británico. Australia y Nueva Zelanda se negaron a firmar el tratado y ambos gobiernos anunciaron su secesión de la Commonwealth y, por lo tanto, del Imperio Británico. Cuando Estados Unidos dio garantías a ambos gobiernos de ayuda y soporte para seguir la guerra contra Japón, Australia y Nueva Zelanda firmaron alianzas militares con los Estados Unidos. A principios de julio de 1944, el líder fascista inglés Sir Oswald Mosley anunció la reforma de su British Union of Fascist bajo una nueva denominación, British Nazi Party. Al mismo tiempo, preparó candidatos y programas políticos para las próximas elecciones al parlamento y declaró sin ambages su apoyo para una nueva época de amistad y cooperación Inglaterra-Alemania. Como pueden imaginar con todo este panorama, el presidente Roosevelt estaba furioso con los ingleses. Él quería seguir la guerra con Alemania, pero después de la retirada forzosa de sus tropas de territorio inglés el alto mando le indicó que organizar una nueva invasión en esas condiciones era imposible. A finales de julio, Winston Churchill y su familia abandonaron para siempre Inglaterra y pusieron rumbo a los Estados Unidos, convirtiéndose en ciudadanos norteamericanos al poco tiempo. Churchill murió tres años después, totalmente alcoholizado.

—El general americano G. Marshall, tras ser presionado por la mayoría de los líderes militares del ejército de los Estados Unidos, consideró que lo mejor era continuar la guerra con Alemania, pero potenció el esfuerzo de guerra contra Japón en el Pacífico. El presidente Roosevelt y su gabinete de gobierno se vieron forzados a aceptar. Pero no había una forma clara de atacar y continuar la guerra contra Alemania desde Italia y el norte del África francesa, y eso afectaba al envío masivo de bombarderos desde esos lugares. La idea era mantener el máximo de divisiones alemanas en la zona, mientras los rusos seguían con más empuje su avance hacia Alemania. Marshall y Roosevelt estaban seguros de que Estados Unidos podría disponer de la bomba atómica en el plazo de un año y podría usarla contra Alemania y Japón y ganar la guerra. Las tropas inglesas fueron retirándose de Italia, y en agosto de 1944 los americanos también se vieron forzados a retirarse del país. Alemania volvió a reocupar Italia, excepto Sicilia, que seguía en manos americanas. El Partido Fascista de Mussolini volvió a Roma, pero debió aceptar la pérdida de la mitad norte del Tirol Sur, Trieste y Fiume para entregárselo a Alemania. El rey italiano fue

forzado a abdicar y se eliminó la monarquía. En los siguientes tres meses, los americanos se posicionaron con fuerza en Sicilia y África del Norte, pero nuestros submarinos, que antes actuaban en el Atlántico cerca de Europa, bloquearon a los Estados Unidos. Alemania presionó a la España de Franco para que permitiese que nuestros submarinos operasen desde los puertos españoles. Franco dio el permiso. Esa acción dificultó enormemente el suministro a las tropas norteamericanas desde su país.

Kammler señalaba todos los puntos geográficos que iba citando y apuntaba en la pizarra los datos que aportaba. Todos le seguían con un interés inusitado. Era una historia paralela, pero factible, increíble... verosímil.

—El quince de julio, Roosevelt anunció por radio el fin de la guerra en Europa pero siguió pidiendo a su pueblo que siguiese en su esfuerzo en la guerra contra Japón, diciendo: «Más que nunca debemos continuar la lucha por la victoria en el Pacífico, por nuestra libertad y por la supervivencia de los Estados Unidos de Norteamérica». La salud del presidente era precaria desde hacía mucho tiempo. Estos acontecimientos y reveses aceleraron su debilidad general. El treinta de julio de 1944 sufrió un ataque al corazón y murió. Henry Wallace fue nombrado presidente de los Estados Unidos y estuvo de acuerdo en continuar la guerra contra Alemania.

Kammler bebió otro sorbo de agua y luego, dirigiéndose a la audiencia, preguntó abiertamente:

—Pero ¿qué pasaría con los rusos mientras tanto?

—Con el desastre de Normandía y la retirada británica de la guerra en Europa, Stalin decidió retrasar su prevista ofensiva de verano planificada para el 22 de junio de 1944. En aquel momento nuestro ejército disponía de 59 divisiones en Francia, 23 divisiones en Italia y 163 frente a los soviéticos. Al terminar la guerra en el oeste, el Führer decidió enviar 60 divisiones desde Francia e Italia, para reforzar el frente ruso. El Arca se usó a pequeña escala en algunas zonas del frente ruso con gran éxito y se estaba trabajando una operación a gran escala con ella. Los rusos no entendían qué sucedía ni qué tipo de arma era, mientras esta destruía todo lo que los rusos ponían frente a ella. Por su lado, el *Reichsführer* SS Himmler, conocedor de la presencia del arca y animado por los nuevos acontecimientos, continuó con su reclutamiento de no alemanes para las *Waffen* SS. Nuestras SS se estaban convirtiendo en un ejército multinacional.

—Al cesar la ayuda americana a Rusia, Stalin fue consciente de que podía perder la guerra. Trató de abrir negociaciones con el Führer, pero este se negó. Nuestro Führer seguía pensando en formar un imperio en el este hasta los Urales. Cuando Stalin decidió lanzar su ataque el 22 de agosto de 1944, nuestra patria estaba preparada para ello. El ataque soviético se centró en el Grupo de Ejércitos Centro. Dos movimientos en pinza se efectuaron desde Vitebisk hasta Bobruisk. El objetivo

era Minsk. Nuestro ejército estaba esperando a las cabezas de ataque rusas, que fueron diezmadas con ayuda del Arca y de nuevas divisiones y el uso de los nuevos aviones a reacción Me 262 y cohetes V1 y V2. Model y Guderian, bajo las órdenes de Von Manstein, destrozaron sin piedad las pinzas rusas. Luego atacaron los flancos soviéticos y el Arca logró el record de acabar con más de 100.000 rusos y más de 400 tanques en el valle de Poniakov. Casi medio millón de soldados rusos fueron capturados. Stalin tuvo que detener precipitadamente la ofensiva. Esa gran victoria revitalizó la moral del pueblo alemán —Kammler señalaba las zonas en el mapamundi.

—Con esta derrota de la ofensiva rusa, nuestro Führer ordenó a la *Wehrmacht* que siguiese la ofensiva hasta Ucrania. Estas victorias fortalecieron la alianza con países amigos como Hungría, España, Rumanía o Finlandia. En septiembre de 1944 nuestro ejército atacó Kiev, conquistándolo, y Stalin ordenó la retirada. Los soviéticos trataron de escapar más allá del río Dnieper, pero más de 200.000 soldados fueron capturados antes de que pudiesen huir. Nuestra ofensiva continuó victoriosa hacia Ucrania, empujando al Ejército Rojo de nuevo al río Dnieper. Rusia perdía fuerza a marchas forzadas. Ya no recibía ayuda americana.

—Volviendo a América, y como dato muy interesante, señores, puedo contarles que durante los primeros días de julio de 1944, el partido Republicano también celebró su convención anual en Chicago. Nombraron al gobernador de Nueva York, Thomas E. Dewey, como presidente y al gobernador John W. Bricker, de Ohio, como vicepresidente. Los dos prometieron continuar la guerra contra Japón, pero deseaban una pacífica coexistencia con la Nueva Europa que se estaba construyendo. Con la reciente muerte de Roosevelt, el Partido Demócrata se dividió en dos: los izquierdistas, New Dealers, y los conservadores demócratas del sur. También este partido hizo su convención en Chicago en julio y nombró al vicepresidente Henry Wallace como presidente del país. El partido estaba seriamente dividido. Los sureños se negaron a seguir las políticas izquierdistas de Wallace y, sobre todo, a apoyar su soporte a los derechos de los negros. Wallace prometió que seguiría la guerra contra Alemania si era elegido presidente.

Kammler sonrió:

—El pueblo americano nunca sintió la misma hostilidad hacia los alemanes que contra los japoneses. Odiaban a los japoneses por dos razones: por su supuesto ataque traidor a Pearl Harbor y porque eran de raza amarilla, a diferencia de nosotros que somos de raza blanca. Mucha gente sentía que la guerra en Europa ya había terminado y que se debían concentrar los esfuerzos en derrotar definitivamente a Japón. En definitiva, pedían a sus autoridades y estamento militar el lograr un armisticio con Alemania. Pero sigamos. Robert Hannegan, del partido Demócrata; Ed Kelly, alcalde de Chicago, Ed Flynn y el general Frank Walker organizaron la

paralización de la nominación de Wallace en la convención. Wallace logró maniobrar entre bastidores y apareció triunfador en Chicago. Tras esto, el grupo sureño abandonó la convención. No estaban de acuerdo con la situación, ya que consideraban que atacaban la esencia de los estados sureños y a su particular forma de vida. Durante la campaña, Wallace fue denunciado como miembro del partido comunista y su popularidad decayó fuertemente.

—En septiembre de 1944, el general MacArthur anunció su retorno al servicio activo cuando las tropas americanas desembarcaron en Leyte, en las Islas Filipinas. Era algo que le debía al pueblo filipino. En esa batalla Japón perdió a la mayoría de su flota. Al mismo tiempo, en Europa, nuestro Führer celebró una conferencia de la máxima importancia en Berlín, en la que se firmó la Alianza de la Nueva Europa. Además de los nuevos regímenes fascistas de Hungría y Rumania, el generalísimo Franco, en nombre de España, anunció la entrada de su país en la guerra junto a la Nueva Europa. La Francia reunificada también estaba presente, y el presidente Laval anunció solemnemente el envío de tropas contra Rusia y el comunismo. Uno de los puntos más importantes y aceptados con entusiasmo fue la anexión a la Gran Alemania de Bélgica y Holanda y una franja fronteriza de territorio francés que iba desde Flandes hasta Suiza —Kammler observaba los rostros sorprendidos de los presentes ante tal futuro potencial. Era un futuro paralelo, pero indudablemente mejor para Alemania. Dejó algunos de los papeles en la carpeta. Tomó otros y siguió su fascinante explicación.

—En noviembre de 1944, el republicano Thomas E. Dewey fue elegido presidente de los Estados Unidos con una mayoría abrumadora de más del 60% de los votos. Los republicanos también controlaron las dos salas del Congreso y también un gran amigo de Alemania, Charles Lindbergh, fue elegido miembro del Senado. El partido republicano estaba dominado por dos facciones: la gran élite de los negocios del Este y los aislacionistas del Medio-Oeste. El presidente Dewey prometió lograr un armisticio con nuestra patria, pero siguió luchando por la victoria en el Pacífico. El partido demócrata atravesaba momentos muy difíciles. Los sureños no solo se rebelaron contra el partido, sino que también le dieron soporte a Dewey. Los republicanos deseaban tenerlos a su lado y les prometieron que la segregación racial seguiría en el sur. El soporte económico judío y sionista al partido demócrata era visto por muchos políticos de la derecha como una conspiración judío-comunista para arrastrar a América de nuevo a la guerra con Alemania —Kammler rió en este punto. Por fin los americanos se dieron cuenta de quién era su verdadero enemigo...— Kammler siguió.

—A finales de noviembre del mismo año, es decir, prácticamente ahora, señores, en ese universo paralelo potencial nuestra patria empezó la reconstrucción. Tras el cese de los bombardeos anglo-americanos, Albert Speer, que ya fue capaz de

incrementar la producción en tiempos de guerra hasta niveles increíbles, logró una vez más un auténtico milagro económico y productivo. Nuestras ciudades fueron reconstruidas muy rápidamente. La producción de tanques y aviones en sus versiones más modernas con el Me 262, He 178 y alas delta volantes. Por otra parte, Rusia fue bombardeada con cohetes V2 que diezmaban las tropas y consiguieron alcanzar las fábricas de armas más allá de los Urales. Rusia estaba absolutamente sola. Moscú no tardaría en caer, aunque ya no representaba más que un lugar en el mapa —Kammler señaló Irán en el mapa.

—Stalin hizo algo increíble, que fue invadir Irán. Las tropas inglesas allí acantonadas no pudieron repeler el ataque y los rusos consiguieron ocupar una buena parte del territorio persa. Inglaterra nos pidió ayuda, integrándose también en la Alianza de la Nueva Europa. El Primer ministro Lord Halifax fue el principal impulsor. Al poco, Turquía también se unió a la alianza. Nuestras tropas cruzaron Turquía a toda velocidad y entraron en Irak. A principios de diciembre de 1944 se formó una coalición militar integrada por Alemania, Inglaterra y Turquía, que avanzó sobre Irán contra los invasores soviéticos. También los propios persas se alzaron en armas contra los rusos. A partir de ese momento nuestra patria obtuvo reservas petrolíferas inmensas de Oriente Medio. Las reservas soviéticas del Cáucaso estaban a muy poca distancia de nuestras tropas. La batalla fue feroz, pero el uso masivo de nuestras más modernas armas obligó a la retirada desordenada del Ejército Rojo hasta sus fronteras. En Isfahan se capturaron más de 300.000 soldados rusos. El agradecimiento de Irán fue total y solicitó la unión a la Alianza de la Nueva Europa. El Führer sopesó la cuestión y le dio un plazo preferente a Irán de 5 años para su inclusión. Con el objetivo de reforzar nuestra capacidad ofensiva contra Rusia, nuestro *Reichführer SS* Himmler siguió ampliando las *Waffen SS* reclutando un gran número de hombres. Tenía casi 50 divisiones en aquellos momentos. En el lado americano las cosas cambiaban a gran velocidad. El general Marshall, presionado por la mayoría de líderes militares americanos, fue convencido de que lo mejor era concluir con un armisticio en Europa y seguir contra Japón hasta su derrota total. Por ello, había que abrir una ronda de negociaciones con nuestra patria. El 21 de noviembre, en el terreno neutral de la república de San Marino, comenzaron las reuniones para lograr los términos de un tratado de paz. El llamado Tratado de San Marino se firmó el 20 de diciembre y fue conocido popularmente como el Tratado de Navidad. América aceptó retirarse de Sicilia, permitiendo que Mussolini volviese a ocupar la isla. En los siguientes tres meses, las tropas americanas se retiraron del norte de África y la actividad de nuestros submarinos en el Atlántico cesó por fin. Alemania aceptó dejar de ayudar a Japón, y América, a Rusia. Un pequeño contingente de tropas italo-alemanas volvió a ocupar Libia y África del este, Somalia, Eritrea y Etiopía. Eso forzó a Haile Selassie a marcharse por segunda vez en diez

años. Cuando en enero de 1945 Dewey fue nombrado oficialmente presidente de los Estados Unidos, anunció que su país retomaría las relaciones diplomáticas con Alemania. Dewey nombró a John F. Dulles como Secretario de Estado. No solo era progermano, sino que quería mejorar las relaciones con nuestra patria y que Europa estuviese bajo dominio alemán. Dewey prometió eliminar muchos puntos del infausto programa de Roosevelt llamado New Deal y forzó a sus ciudadanos a la unidad para vencer a Japón. Él creía que el destino americano estaba en el Pacífico y no en el Atlántico. En febrero fue tomada la isla de Iwo-Jima.

—Y mientras tanto, ¿qué pasaba con el arca? —preguntó de repente Kammler. Esa era una pregunta que también se hacían muchos de ellos.

—El arca fue estudiada en profundidad tras su exitoso uso en Normandía y Rusia y mantenida en análisis en la Universidad Humboldt en Berlín, pero bajo el control de las SS. Se consideró que ya había cumplido su misión, que fue detener a la coalición aliada en Francia y a los rusos en la frontera de Polonia. Las nuevas armas que habíamos desarrollado nos dieron una superioridad que ningún ejército del mundo en aquel momento era capaz de batir. El momento era tan bueno que a principios de 1945 Suecia y Suiza solicitaron su anexión a la Alianza de la Nueva Europa. En abril, nuestra patria llevó a cabo la Operación Federico el Grande. El Grupo de Ejércitos Sur atacó Ucrania y el Donet. Al mismo tiempo, una fuerza conjunta germano-turca atacó el norte del Cáucaso. Nuestra supremacía aérea era descomunal. Miles de cazas a reacción, bombarderos con forma de ala delta y armas ultramodernas no dejaron de bombardear las industrias soviéticas. Nuestros discos voladores llegaron hasta la base naval de Vladivostok, en el Pacífico, destruyéndola. También las ciudades rusas estaban sufriendo el mismo castigo aéreo que había sufrido nuestra patria hasta hacía poco. En los siguientes cinco meses Moscú, Gorki, Kasan, Simbrisk, Orenburg, Saratov y Ufa quedaron reducidas a escombros. Nuestras tropas se adentraron por el Cáucaso y llegaron hasta el Monte Elbruz, donde ondeó de nuevo la cruz gamada. En el norte una coalición germano-finesa tomó Leningrado, donde se utilizaron por primera vez los cohetes de dos fases A5, con un alcance de casi 4.000 kilómetros, lanzados desde Peenemunde. Uno de ellos portaba una bomba atómica. El impacto fue brutal y la rendición casi inmediata tras cientos de miles de víctimas.

Horst solicitó la palabra, que Kammler le concedió.

—Por lo que entiendo hasta este momento de su explicación, general, el Arca tuvo un papel decisivo en rechazar las dos ofensivas principales y luego fue llevada a la universidad para su análisis, mejora, desarrollo, etc... ¿Se realizaron, en ese futuro alternativo, avances considerables en el arca?

Kammler sonrió.

—Llegaremos a ello, *Hauptsturmführer* Bauer. No se preocupe, la historia es larga pero muy interesante. Si lo hacemos bien tenemos un futuro prometedor. Creo que

necesitan saber todo esto para entender la importancia de lo que han hecho y lo que todavía pueden hacer —el general siguió con su relato del futuro posible.

—En junio de 1945 Von Ribbentrop, nuestro ministro de Asuntos Exteriores y el secretario de Estado Dulles se vieron en Washington para negociar el Tratado Mutuo de Asistencia. Se acordó que todo el hemisferio Oeste, el Pacífico y Extremo Oriente quedaran bajo control americano. Europa, África y Asia del este quedaban bajo influencia alemana. Ambos países acordaron tratados comerciales y la desmilitarización del Atlántico. Este tratado fue ampliamente debatido en el Congreso de los Estados Unidos. El ala izquierdista del partido demócrata estaba en contra de cualquier negociación. Grupos judíos y sionistas dirigidos por la gran logia masónica Hijos de la Alianza trataron de promover con sus poderosos medios financieros y de comunicación la histeria anti-nazi. La oposición a todos estos movimientos, liderada por Lindbergh, trabajó para que el tratado fuese aprobado. Finalmente, los demócratas del sur apoyaron el tratado. Grupos germanoamericanos que eran pro-Hitler comenzaron a crecer en fuerza y presencia en los Estados Unidos.

Kammler se sirvió agua y bebió. Dejó algunos papeles sobre la mesa y ordenó otros. Continuó.

—A mediados de julio, y con ayuda técnica alemana tras el tratado aprobado, Estados Unidos realizó su primera prueba atómica en Alamogordo. Los americanos se sorprendieron no solo de nuestra tecnología, sino de los muchos secretos que conocíamos de su proyecto. El presidente Dewey estaba de acuerdo en lanzar dos bombas, que Alemania le suministró, sobre Japón. La primera cayó sobre Hiroshima el 6 de agosto y la segunda sobre Nagasaki, tres días después. Alemania dio soporte absoluto a este bombardeo ya que consideraba que su antiguo socio, Japón, no había atacado a Rusia por la espalda y ello había causado la muerte de cientos de miles de soldados alemanes en las interminables estepas soviéticas sin comprometer a las tropas rusas en aquellas latitudes. Japón fue consciente de este posicionamiento alemán, pero acató la situación con resignación, ya que así había sido.

Todos se miraron entre sí, ya que jamás habían pensado en la responsabilidad de Japón en no haber abierto un segundo frente contra los rusos.

—...El emperador japonés presentó la rendición incondicional de Japón y renunció a su trono. Poco después se suicidó. Las tropas americanas comenzaron a ocupar el país. MacArthur fue nombrado Gobernador Militar de Japón y al mismo tiempo, Dewey abandonó el apoyo a las Naciones Unidas que su gabinete y él mismo consideraban una creación sionista para el control mundial. Ordenó su desmantelación inmediata, ya que sus objetivos iban contra el nuevo orden. Los grandes banqueros y financieros mundiales se quejaron inmediatamente por el atrevimiento del presidente, ya que la ONU era una herramienta básica para conseguir sus objetivos. Dewey no escuchó las quejas y consideró que el sistema

bancario americano tendría que cambiar mucho en los siguientes años. Recibió el espaldarazo del congreso a su extraordinaria medida. La Alianza del Pacífico fue firmada por Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda el 29 de Agosto de 1945. Muchas de las islas británicas habían sido ocupadas por Estados Unidos durante la guerra. Inglaterra accedió a traspasar esas islas a los americanos como parte del tratado firmado entre Alemania y los Estados Unidos. Las tropas americanas ocuparon todo Corea. Hubo muchas disputas fronterizas e incidentes armados entre los americanos y los chinos comunistas, que tenían una presencia muy fuerte en Manchuria. El presidente Dewey se reunió con Chang-Kai-Chek en Hawai el 13 de septiembre. Dewey prometió armar y dar apoyo al gobierno de la China Nacionalista y les animó a atacar a los comunistas en el norte de China —Kammler señalaba estos puntos geográficos en el mapamundi—. Al mismo tiempo, Moscú cayó en nuestras manos. La explosión atómica sobre Leningrado aceleró el proceso de rendición soviética. Stalin y su gobierno huyeron a Siberia. Como ya he dicho, nuestros cohetes y las alas volantes Horten llevaron el terror y la destrucción a lo que iba quedando del Ejército Rojo y a las ciudades al este del Volga y más allá de los Urales. El general Georgi Zhukov encabezó una revuelta militar contra Stalin, asesinándolo junto a Beria, Kaganovich, Molotov y otros gerifaltes comunistas. Zhukov formó una nueva República Federal Rusa y abrió conversaciones con nuestro gobierno el 20 de septiembre. Se acordó que todas las tropas rusas restantes debían retirarse al este de los Urales.

Un golpe sonoro sobre el mapa donde estaban situados los Urales indicó la ferocidad y el placer con que el general Kammler describía aquella situación totalmente diferente a la que estaban viviendo en esos momentos, en su realidad actual. Siguió:

—El 23 de junio de 1946, los Chinos Nacionalistas atacaron a los Comunistas encabezados por Mao Tse Tung, que dominaban Manchuria y zonas del norte de China, sometiendo a sus poblaciones al terror comunista. Con la ayuda americana y el soporte que ya llegaba de Alemania, la ofensiva nacionalista fue un éxito. MacArthur, desde Japón, pidió más ayuda para los nacionalistas y sugirió el envío de tropas americanas desde Corea a Manchuria. Nuestro general Von Manstein llegó a China como consultor militar del ejército nacionalista. Chang Kai-Chek estuvo encantado con la ayuda alemana y se hizo buen amigo de Von Manstein. MacArthur acusó a Dewey de estar perdiendo China en favor de Alemania. Los chinos comunistas huyeron hacia la frontera de Siberia y Mongolia en julio de 1947. Zukov, presidente de Rusia, se reunió con Chang Kai-Chek y acordaron trabajar juntos contra el comunismo. Zukov se comprometió a cortar la *cabeza comunista* que había causado la destrucción de la Madre Rusia. La federación ruso-siberiana atacó a los comunistas en Siberia, mientras que las tropas nacionalistas chinas invadieron y ocuparon

Mongolia. El 2 de septiembre, Chiang Kai-Chek declaró la creación de la Gran China y la recuperación de la China Imperial. También en ese mes tropas chinas y grupos especiales SS invadieron Indochina, en donde los franceses luchaban contra los comunistas vietnamitas. El éxito coronó nuestra operación de ayuda. En los Estados Unidos Henry Wallace, junto a otros demócratas izquierdistas y grupos judíos, pidieron que su país declarase la guerra a Alemania y lanzase una bomba atómica sobre Berlín. Pero el pueblo americano estaba harto de la guerra y quería que todo volviese a la normalidad. El 16 de septiembre, la izquierda americana organizó manifestaciones denunciando la presencia de nazis en su gobierno. También lamentaban la caída de la Unión Soviética y acusaron de ello a una conspiración nazi-USA. Grupos germano-americanos, aislacionistas, nacionalistas americanos y los segregacionistas del sur, contraatacaron con manifestaciones de signo contrario. En enero de 1946, el almirante E. Kimmel, antiguo comandante en jefe de la Flota del Pacífico en 1941, y el teniente general Walter Short, comandante en jefe de las fuerzas de tierra en Hawai, solicitaron, con el soporte de los senadores Lindbergh y Arthur Vandenberg, una completa investigación del bombardeo japonés contra Pearl Harbor. Se consideraban víctimas de una conjura desde lo más alto del gobierno. El Congreso nombró un comité de análisis de la situación previa y los acontecimientos hasta el ataque a Pearl Harbor. El presidente Dewey permitió el acceso a las comunicaciones secretas de Roosevelt desde su despacho oval. La exhaustiva investigación concluyó que existían pruebas sólidas e incontestables de que Roosevelt y los miembros de su gabinete estaban involucrados en una conspiración desde 1939 hasta 1941, cuyo objetivo era llevar a su país a la guerra contra Alemania. También se reveló con rotundidad que Roosevelt maniobró deliberadamente contra Japón en actividades, bloqueos y boicoteos encubiertos que llevaron a dicho país a atacar Pearl Harbor, tras su fracaso en tratar de hacer que Alemania declarase la guerra a los Estados Unidos atacando a nuestros submarinos en el Atlántico norte en 1941. ¡Aquello fue un ultraje para los americanos! Cordell Hull, Henry Morgenthau, Bernard Baruch y otros miembros de la administración Roosevelt fueron interrogados en profundidad en el Congreso. Después de tres meses de investigación, fueron declarados culpables de traición más de cincuenta personas del antiguo gabinete, incluyendo al general Marshall y a Eisenhower. Muchas voces clamaban que una buena parte de ellos eran judíos. El almirante Kimmel y el general Walter C. Short fueron declarados inocentes de cualquier cargo y restituidos en sus puestos con todos los honores. Habían sido víctimas de una conjura. Las manifestaciones públicas estallaron en todo el país y muchas de ellas fueron violentas y anti-judías. Asustado por las proporciones de las protestas y la violencia derivada, el científico atómico Enrico Fermi acusó al doctor Oppenheimer y a otros científicos que trabajaban en el Proyecto Manhattan de espiar y de pasar secretos atómicos a la Unión Soviética antes

de su desplome. Tras esta acusación, el comité del Congreso se centró en el Proyecto Manhattan y descubrió que muchos científicos eran culpables de espionaje para los comunistas. El doctor Oppenheimer y una docena de técnicos fueron acusados de traición. Incluso Einstein cayó bajo sospecha. Los pro-nazis y grupos blancos nacionalistas explotaron el hecho de que todos los científicos traidores eran de origen judío. Durante todo 1946 una gran campaña anti-judía se llevó a cabo por todo Estados Unidos. El director del FBI, J. Edgar Hoover, anunció que habían descubierto que el congresista Dickstein, de Nueva York, había sido pagado por la Unión Soviética durante los últimos diez años. El hecho de que Dickstein era judío y uno de los creadores del Comité de Actividades Anti-Americanas, encargado de investigar las actividades fascistas en América en los años 30, hizo que el fuego anti-judío se incrementase...

Kammler se detuvo un momento y miró a su público.

—Como verán, los americanos fueron descubriendo por la vía dura a qué tipo de raza parásita tenían en el gobierno y adónde había esta llevado a su país. Nunca fueron americanos, como no fueron jamás alemanes y siempre conspiraron para sacar provecho a su favor con nuestro sacrificio. Son como una seta venenosa. El 9 de agosto de 1946, Dewey pidió calma a su pueblo. Aseguró que identificaría y detendría a todos los traidores que hubiese en el ejército y en la administración. También anunció una ampliación de los poderes del FBI. El FBI se puso en marcha investigando todas las áreas de poder, incluso empresarial. Al poco, Hoover advirtió que había evidencias de una conspiración judío-comunista. Los judíos y los izquierdistas se sintieron ultrajados y denominaron a Dewey el Hitler americano y a Hoover como el equivalente americano de Himmler.

Los presentes no pudieron contener la risa ante esta comparación pueril. Kammler también rió, pero continuó:

—En mayo de 1946, el Führer anunció su plan de reconstrucción de Alemania ya que la guerra había terminado definitivamente. Hitler separó a Speer del área económica y de producción y le nombró responsable de la reconstrucción de las ciudades. En los siguientes cinco años, el pueblo alemán realizó un milagro. A pesar de que una buena parte de las ciudades quedaron arrasadas, Hitler agradeció la labor aérea, ya que eso ayudó a reconstruir las ciudades siguiendo un nuevo estilo arquitectónico. Se construyeron grandes monumentos, especialmente en Berlín. Una nueva Berlín fue apareciendo a los ojos de todo el mundo. La cúpula que dominaba la ciudad era siete veces más grande que la de San Pedro en Roma. Un arco triunfal dejó empequeñecido el de Napoleón en París. Se estudió el posible cambio de nombre de Berlín, por Germania. Los rascacielos de Hamburgo comenzaron a rivalizar con los de Nueva York. Múnich fue impulsada como capital de la cultura alemana, instituyéndose a nivel mundial el llamado Día de la Cultura Alemana y el rechazo a

todo arte degenerado y afeminado. También se reconstruyó la ciudad de nuestro Führer, Linz, junto al Danubio. Sobre 1952 Alemania ya había reparado todos los daños producidos por la guerra. Una impresionante red de autopistas llegaba casi hasta el Volga. Todo un nuevo sistema ferroviario se puso en marcha. Los campos petrolíferos del Cáucaso y de Oriente Medio volvieron a trabajar a pleno rendimiento. La tecnología de los cohetes, del átomo y de una nueva física limpia revolucionaron la forma de entender el desarrollo. El diseño de aviones, submarinos, tanques y automóviles fue espectacular. Speer convenció al Führer para la construcción de grandes aeropuertos en Alemania y países de la Alianza. También le convenció para desarrollar un avión de pasajeros con motores jet. El proyecto fue dado a Messerschmitt, Heinkel y Junkers, con el objetivo de ver cuál presentaba el proyecto más moderno.

Kammler volvía a estar exultante. Realmente era una visión magnífica y todos comprendían y participaban de ese entusiasmo.

—El 9 de noviembre de 1946, nuestro Führer organizó una gran reunión de todos los países europeos con el objetivo de preparar un nuevo sistema político, militar y económico. La Alianza de la Nueva Europa entró en funcionamiento el 2 de enero de 1947. El Gran Reich Alemán era la fuerza dominante de la alianza. Tras Alemania estaban Francia, España, Portugal, Italia, Croacia, Eslovaquia, Rumanía, Hungría, Serbia, Grecia, Bulgaria, Finlandia, Suecia, Inglaterra, Irlanda, la Confederación Caucásica y el Libre Estado Ruso. Todas las actividades económicas eran coordinadas desde Berlín. Se marcaron zonas de comercio que convirtieron Europa en un mercado centralizado. Todas las fuerzas militares estaban bajo el Alto Mando Alemán. Cada nación retuvo el control de sus colonias de ultramar. Las colonias africanas que pertenecían a los miembros de la Alianza de la Nueva Europa fueron organizadas como un mercado unido para la explotación económica y colonización por los países de la Alianza. Todos los nativos africanos, excepto los egipcios, fueron convertidos en trabajadores esclavos. Las antiguas colonias alemanas en África más el Congo Belga y el Congo Francés volvieron a ser alemanas. África del Sur era totalmente independiente, su gobierno era respetado y se le concedió el estatus de aliado en la Alianza de la Nueva Europa. Los *afrikaners* tomaron el control total del país. En Oriente Medio, Egipto, Turquía Irak, Palestina, Arabia Saudí e Irán eran miembros de la Alianza de Oriente Medio, que era aliada de la nuestra.

Kammler hizo un pausa y volvió a beber agua.

—¿No les parece sensacional? ¡Es más de lo que nunca hubiésemos imaginado! En enero de 1947, un grupo especial de las SS, *Einsatzgruppen*, fue enviado a la India para aplastar el incipiente movimiento independentista hindú. El supuesto pacifista y líder de la revuelta, Gandhi, fue arrestado y ejecutado tras un juicio sumarísimo, al mismo tiempo que el partido en el Congreso huyó y sus líderes fueron

capturados y ajusticiados. Más de dos millones de personas fueron eliminadas por las SS en India, tras seis meses de lucha. Un gobierno conjunto alemán-británico se impuso, bajo dirección inglesa por su experiencia en el país. El Führer no deseaba gobernar la India, pero tampoco quería que los ingleses perdiesen su control, ni algo más importante: su orgullo. El 14 de marzo de 1947, Suiza se dividió y las zonas germanas fueron anexionadas por Alemania. Suiza había sido un nido de espías durante la guerra. Después de la guerra, muchos comunistas y espías se refugiaron en Suiza. La situación era intolerable para Alemania. Los líderes suizos se reunieron con sus homólogos alemanes y acordaron la anexión de toda Suiza al Gran Reich Alemán. Alemania estuvo de acuerdo en que los bancos suizos siguiesen trabajando bajo sus condiciones especiales. Las SS comenzaron rápidamente la captura de comunistas, espías y judíos. En la operación, Himmler descubrió que había una organización comunista que había estado en contacto con varios dirigentes de las SA. Según pruebas incuestionables, estos habían enviado secretos militares de la más alta importancia a la Unión Soviética. Todos fueron arrestados sin dilación. El Führer estaba conmocionado por la traición de los dirigentes SA y ordenó su ejecución sin titubeos. Como consecuencia, hubo una purga entre los líderes de distrito del NSDAP. El poder de las SS creció, al mismo tiempo que menguó el del partido. Por otro lado, y en su camino para formar el segundo gran eje político y militar, el 9 de junio de 1946 los Estados Unidos lograron firmar el compromiso llamado Tratado Aliado del Hemisferio Oeste (TAHO) en Washington. En la alianza estaban los siguientes países: Estados Unidos, Canadá, México, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Haití, República Dominicana, Cuba, Australia y Nueva Zelanda. El régimen peronista de Argentina prefirió no firmar ese tratado y se unió a Alemania y sus aliados. El presidente Dewey se reunió con Von Ribbentrop el 15 de julio y los dos acordaron reconocer la influencia del otro y su área de actuación. Dewey aceptó respetar la soberanía de los territorios británicos, franceses, holandeses y daneses en el hemisferio oeste y Alemania, a su vez, aceptó no inmiscuirse en los asuntos internos de los países firmantes del TAHO.

Kammler había señalado cada país y territorio que tenía que ver con ese tratado. Era un acuerdo espectacular que en aquel momento resultaba difícil de creer, pero estaba en sus manos hacerlo realidad. Kammler continuó ayudándose de las abundantes notas de sus documentos.

—Este tratado llevó al presidente Dewey a solicitar un ejército estable. El senado concedió esta prerrogativa presidencial y quedó fijado un ejército de un millón de hombres y dos flotas oceánicas: Pacífico y Atlántico. Esta última era prácticamente costera y de defensa de los miembros del TAHO. También permitió el desarrollo de aviones a reacción y cohetes. En julio de 1946, la ocupación militar americana de

Filipinas tocó a su fin. Se garantizó su independencia a través de elecciones. Tras estas, Filipinas se adhirió al TAHO. En julio de 1946, el Primer Ministro canadiense, Atkinson, anunció que su país ya no sería miembro de la Commonwealth Británica. Canadá preparó una nueva constitución que creaba la nueva República Canadiense, muy similar en funcionamiento al sistema americano. Esto trajo problemas con la población francófona del Quebec —Kammler delimitó con su puntero la zona francesa de Canadá—. Los líderes del Partido del Quebec Libre, mayoritario en la zona, declararon que si ya no estaban bajo la Commonwealth ya no se reconocían como parte de Canadá. En el siguiente medio año se produjo una escalada de la violencia sin precedentes. El Ejército de Liberación del Quebec comenzó una campaña terrorista con cientos de víctimas y estuvo a punto de estallar la guerra civil. El presidente Atkinson solicitó a los Estados Unidos el envío de tropas para impedir la lucha entre los francófonos y los canadienses anglófonos. Dewey envió tropas y ocupó Canadá. Una comisión americano-canadiense preparó nuevas elecciones en marzo de 1947. Quebec votó por su independencia y el territorio anglófono solicitó su entrada en los Estados Unidos —Kammler sonrió—. Verán que la situación es interesantísima, pero yo creo que aún se pondrá mejor —todos mostraban su sorpresa por la abundancia de datos y los personajes citados—. El 14 de julio, Quebec fue admitido en el TAHO y en diciembre del mismo año las últimas provincias canadienses fueron admitidas en los Estados Unidos. Diez nuevos estados se sumaron a los ya existentes y la nueva bandera con 58 estrellas fue mostrada en público por vez primera. Fue un momento histórico.

—Volviendo a marzo de 1947, el nuevo senador Joseph McCarthy llevó adelante el Comité Interno de Actividades Antiamericanas y comenzó a investigar las operaciones comunistas en su país. J. Edgar Hoover logró información que involucraba a la industria del cine con los comunistas. El odio anti-comunista y anti-judío se dirigió hacia las mayores compañías de la industria cinematográfica y también a las grandes empresas de medios de comunicación y radio. El senador Lindbergh alertó contra los judíos y simpatizantes comunistas que querían minar racial, cultural y políticamente la integridad de la civilización norteamericana. Por todo ello, el 15 de septiembre de 1947 el Congreso americano aprobó la nueva ley que prohibió los partidos y organizaciones marxistas, comunistas y socialistas. Hubo una partición muy importante de la izquierda y muchos de los grandes sindicatos obreros se declararon patriotas y anti-comunistas, pero hubo otros que estuvieron en contra de la nueva ley diciendo que era anticonstitucional. Dewey dudó antes de firmarla, pero finalmente lo hizo. Temía que América comenzara a deslizarse hacia el totalitarismo. Su Secretario de Estado, Dulles, encabezaba la facción pro-germana de su gabinete. Le apoyaban en el Senado Charles Lindbergh, Joe McCarthy y Robert A. Taft, y también Joe Kennedy, que deseaba ser presidente en el futuro. Los políticos

del sur, encabezados por el Gobernador Strom Thurmond de Carolina del Sur, que apoyaba las leyes raciales de nuestra Alemania Nacional-Socialista, también apoyaron la política pro alemana —varias fotos de algunos de estos personajes iban siendo repartidas para el conocimiento de la audiencia, que seguía con el máximo interés la explicación—. El partido Republicano preparó el ticket presidencial formado por Linbergh-Kennedy para las elecciones de 1948. La oposición a este ticket estaba al cargo de la familia judía Rockefeller y el Gobernador de California Earl Warren. Mientras, la lucha política seguía en los Estados Unidos. —Kammler bebió agua y preguntó a su atenta audiencia—: ¿Y qué pasaba con los adelantos técnicos? Para ello hemos de retomar el hilo en 1946.

—En julio de ese año, los Estados Unidos comenzaron su producción de aviones a reacción y en enero de 1947 desarrollaron su primer bombardero de largo alcance. En octubre habían desarrollado un cohete similar a nuestra V2. Eso demostraba que ellos estaban todavía a mucha distancia tecnológica de nosotros. En agosto de 1947, Alemania había ya desarrollado el A-15, un cohete de tres fases que podía recorrer más de 20.000 kilómetros y salir de la atmósfera. Tras la paz, todo el programa de cohetes estaba en manos de las SS. En noviembre, Werner Von Braun se reunió con Himmler y conmigo —Kammler sonrió—. He de reconocer que es curioso verse como parte de ese futuro... En esa reunión Von Braun nos explicó su idea de desarrollo de cohetes, que iba de lo militar a lo científico, con tecnología que permitía que nuestros misiles impactasen en cualquier lugar de la Tierra y portadores de cabezas atómicas. También se habló de misiones tripuladas, de carácter científico, a la Luna y Marte. Himmler conocía todo esto, ya que yo estaba involucrado en ello, y permaneció en silencio durante las casi cuatro horas que duró la reunión. Cuando Von Braun terminó, me miró y le dijo que hablaría con el Führer sobre todo ello. Pero antes de irse, le preguntó cuándo creía que podríamos poner a un hombre en la Luna. Era algo que ya habíamos planificado en las SS, y la respuesta fue 1956.

—En octubre de 1947 hicimos explotar nuestra quinta bomba atómica, no lejos del mar Caspio, aunque para nosotros esa tecnología era ya obsoleta y comenzábamos a utilizar otra física diferente, de la cual ustedes son parte fundamental. Nuestro desarrollo atómico era una cortina que tapaba nuestra verdadera investigación y alejaba y despistaba a cualquier espía. Nuestra Base 211 en la Antártida fue ampliada y llevamos a cabo trabajos de perforación e investigación de la máxima importancia científica. En noviembre de 1948, más de un millón de automóviles Volkswagen fueron producidos en Alemania y ya comenzaban a circular. Nuestro Führer esperaba que en cinco años la producción de coches sobrepasase a la de los Estados Unidos. A mediados de ese mismo año, nuestra televisión estatal funcionaba ya a pleno rendimiento y muchos hogares de Alemania disponían ya de su receptor popular llamado *Volksfernsehen*. El medio televisivo fue ganando adeptos en toda Europa y

nuestro ministro Goebbels vio claramente sus posibilidades políticas, como las tuvo la radio y planificó que en 1950 todos los hogares de Alemania deberían disponer de un receptor de televisión. Hitler estuvo de acuerdo y Speer puso a trabajar a su equipo para conseguir industrialmente un aparato popular y asequible. Y en los Estados Unidos ¿qué sucedía mientras tanto? En junio de 1948 el partido Demócrata nominó a Adlai Stevenson como candidato. Este prometió luchar contra el fascismo y el racismo en América y en el mundo. Al mismo tiempo, Henry Wallace abandonó el partido y se presentó como candidato por el partido Progresista. Los republicanos volvieron a nominar a Dewey, tras superar internamente al ticket Lindbergh-Kennedy. Dewey prometió seguir reforzando a los Estados Unidos y mantener la coexistencia pacífica con Alemania y formó ticket con Lindbergh. Dewey y Lindbergh ganaron las elecciones con más de treinta millones de votos y también retuvieron el control sobre el Congreso, con más de tres cuartas partes de escaños. En abril de 1949, los dos visitaron Berlín con otros líderes de Europa, Sudamérica, Oriente Medio y Asia para conmemorar el sesenta cumpleaños del Führer. Entre otros, estaban el Primer Ministro Oswald Mosley, Franco, Chang Kai-Chek, Zukov, Mussolini y Juan y Eva Perón. Hitler habló ante más de cien mil personas en el nuevo capitolio de la capital del Reich. Todos quedaron impresionados por la magnitud del edificio. Anunció oficialmente que desde aquel momento Berlín pasaría a denominarse Germania. También anunció que, tras un esfuerzo titánico, el último de los judíos de Europa había sido reasentado en una reserva especial de la Rusia europea y que Europa ya estaba libre de judíos. El presidente Dewey habló de incrementar la cooperación económica entre su país y Alemania. Poderosos intereses económicos en los Estados Unidos, capitaneados por los Rockefeller, querían abrir mercados en Europa, África y el oeste de Asia, que formaban parte o eran influenciados por la Alianza de la Nueva Europa. Hitler no estaba de acuerdo en trabajar con esa familia judía y solicitó a los Estados Unidos la incautación de todos sus bienes y su alejamiento de cualquier actividad económica. El presidente Dewey se comprometió a estudiar esa cuestión con la máxima rapidez —toda la audiencia de Kammler estaba satisfecha de escuchar la información sobre esa conferencia que debería desarrollarse en Berlín en pocos años. El 16 de mayo, tras regresar de la conferencia en Berlín y mientras visitaba una fábrica de automóviles en Detroit, el presidente Dewey fue asesinado por terroristas sionistas. En el atentado también murieron cinco miembros de su escolta y nueve trabajadores de la empresa. El sionismo lo justificó diciendo que sus familias habían sido asesinadas por los nazis en la Europa del este y que Dewey era otro Hitler al que había que eliminar. Fue un acto que levantó la repulsa nacional. Debido a ello, Charles Lindbergh fue nombrado nuevo presidente, prometiendo que barrería todos los elementos anti-americanos que se hallasen en su país. Joseph Kennedy fue nombrado vicepresidente. Al mismo tiempo, el general MacArthur regresó desde

Japón, siendo nombrado nuevo Jefe del Cuartel General. Un nuevo gobierno en Japón se formó en 1949, en el que el imperio fue sustituido por una república similar a la norteamericana e ingresó en el TAHO como miembro de pleno derecho. Corea siguió los mismos pasos que Japón, cambió su gobierno y en septiembre de 1949 también se adhirió al TAHO. En junio de 1949, Hoover recibió la orden del presidente Lindbergh para que el FBI investigase en profundidad a los comunistas y otros izquierdistas en todo el país. El senador McCarthy comenzó una investigación en el Senado sobre organizaciones comunistas y judías en Hollywood. Proclamó que Hollywood estaba bajo el control judío-comunista y que pretendían destruir América. El Comité de Actividades Antiamericanas trabajó sobre una lista de más de un millón de nombres sospechosos de ser comunistas y judíos. Todos los miembros de organizaciones comunistas y socialistas y muchos grupos poderosos judíos, fueron arrestados, incluidos los miembros de la logia masónica Bnai-Brith y su Liga Anti-Difamación, que también fueron detenidos. Medio millón de personas fueron arrestadas en medio año.

Kammler volvió a beber, mientras ordenaba sus papeles y siguió:

—En julio de 1949, muchas organizaciones pro-alemanas, organizaciones sudistas, incluyendo al KKK y asociaciones pro-americanas formaron la Alianza Americana por la Libertad. La AAL fue apoyada por grandes corporaciones que ya habían fundado la Liga Americana por la Libertad a mediados de los treinta para oponerse a Franklin D. Roosevelt. En septiembre de 1949, la Enmienda 22 de la Constitución fue anulada. La nueva enmienda decía que solo individuos de origen no-judío, de ascendencia europea o arios podían ser ciudadanos de los Estados Unidos. También decía que solo los ciudadanos americanos estaban protegidos por la Constitución y las leyes americanas. En diciembre de ese año, el presidente Lindbergh anunció la creación de la Agencia Espacial Americana y anunció que los Estados Unidos tratarían de poner a un hombre en la Luna. —Kammler los miró a todos—. Señores, la carrera espacial contra Alemania había comenzado, pero ellos no sabían hasta dónde habíamos llegado en nuestras investigaciones, más allá de los simples cohetes... —sacó un informe de una carpeta distinta—. Antes de entrar en detalles tecnológicos, quiero que vean cuál será el escenario político de nuestra patria hasta mediados de los años noventa, información que les muestro tal como la obtuvo el grupo enviado allí. El 30 de enero de 1950, y como celebración de la llegada al poder, nuestro Führer anunció la creación de una nueva Constitución para el Gran Reich Alemán. Dijo que sería totalmente operativa en tres años. Una gran celebración se preparó para hacerla coincidir con el veinte aniversario de la subida al poder 1933-1953. Era una Constitución muy moderna. Nuestro Führer se mantendría como Presidente y se nombraría a un Canciller. El Presidente tendría amplios poderes y a través del Canciller llevaría adelante las políticas. El Canciller sería una suerte de

Secretario de Estado similar a la figura existente en los Estados Unidos. Se formaría un Senado y los senadores serían nombrados por el presidente Hitler. Lo serían con carácter vitalicio. Se crearía un Reichstag y sus miembros serían elegidos en votación popular. Representarían a sus distritos y su población. Los futuros candidatos a la presidencia serían elegidos en el senado y deberían tener una mayoría absoluta en el Reichstag, a la vez que el canciller debía ser miembro de ese Reichstag. Los presidentes electos deberían servir por un máximo de nueve años. Los Juegos Olímpicos fueron abolidos, y en su lugar se proclamaron los Juegos Arios, en los que solamente participarían atletas de raza blanca. Esta medida fue acogida con entusiasmo en toda Europa, América y la Oceanía blanca. Se celebrarían cada 5 años y solo en Alemania. El Führer anunció un masivo programa de colonización alemana de la Rusia europea. Los nuevos pobladores tenían que venir de Alemania y del resto de Europa, y se preparó todo un programa de alicientes para conseguirlo. La idea fue formar asentamientos que serían creados por el gobierno. Incluso nuestro Führer era optimista en el sentido de que creía que muchos germano-americanos inmigrarían a los nuevos territorios de Europa del este. Un número de personas de origen eslavo fueron aceptadas como germanos, así como otros europeos. El número de *Volksdeutsche* aumentó tras pasar las pruebas pertinentes. Debido al papel que habían jugado los rusos en la caída de la Unión Soviética después de que Alemania negociase la paz con los Aliados en 1944, las políticas raciales de Himmler fueron modificadas y adaptadas. Un mayor porcentaje de eslavos fue seleccionado para su germanización, y el resto fueron organizados en distritos étnicos autogobernados, que eran aliados de Alemania. El 45% de los polacos fueron convencidos para aceptar la germanización y se les permitió permanecer en las áreas polacas que fueron anexionadas por Alemania. El resto de la población polaca fue gradualmente recolocada en comunidades de la Rusia europea. Fueron mezclados en una población muy variada para prevenir la formación de comunidades polacas. Los gobernantes creían que serían asimilados por los demás.

Kammler señaló la inmensa zona geográfica que comprendía la Rusia europea. Siguió con su explicación.

—Para los territorios del este, se creó una jerarquía feudal SS que ocupaba el máximo nivel de gobierno. Por debajo estaba la población germana normal, seguida por los europeos que estaban en trámite de ser aceptados como germanos. Les seguían los pobladores europeos normales y por último aquellos elementos declarados inútiles para su asimilación. En abril de 1950, Himmler anunció la creación de la Legión Extranjera SS. Incorporaba la Legión Extranjera Francesa y antiguos ejércitos coloniales belgas, portugueses, españoles, italianos, holandeses y británicos. Era un ejército móvil, de rápida actuación, para mantener el orden en la colonias europeas en África y Asia. Se formaron también unidades sudafricanas y una

egipcia. Gracias a todo este programa de amplio aspecto social, la población creció de forma increíble. Se prepararon planes adicionales de asentamientos en Argelia, Túnez, Libia, Kenia, Rodesia y la costa este Italiana. Las poblaciones nativas de África, India y Oriente Medio estaban estabilizadas y con tendencia a la baja. En amplias áreas de África, la población nativa negra fue reducida sistemáticamente. A finales de 1950 había menos de cuatro millones de judíos en la Rusia europea. Los campos de concentración de la guerra fueron desmantelados y todos los judíos fueron llevados al este, donde fueron usados como trabajadores esclavos bajo las condiciones más brutales. El 20 de abril de 1950, para conmemorar el cumpleaños del Führer, el primer hombre llegó hasta la órbita lunar y dio la vuelta completa a nuestro satélite. Se trataba del coronel alemán Heinz Koch, a los mandos del nuevo cohete König lanzado desde Peenemunde.

Kammler mostró una foto del coronel Koch.

—También en ese mismo año los comunistas chinos fueron empujados fuera de Siberia y Mongolia por un ejército combinado chino-ruso. Mao fue asesinado en Siberia el 23 de septiembre. El nuevo jefe comunista fue Chu-En-Lai, que decidió que la única manera de continuar la lucha era encaminándose hacia el oeste. Durante el invierno de 1950-51, dirigió lo que quedaba del ejército comunista a través de Mongolia hasta Tien-Shan y las antiguas repúblicas comunistas soviéticas del Asia central. En agosto de 1951, los comunistas reclutaron antiguos comunistas del Asia central y comenzaron a operar como bandidos en las montañas del Kirgiztán. El presidente chino Chiang Kai-Chek envió un ejército a la China oeste en el verano de 1951. Ocupó el Tíbet y se reunió con el Dalai-Lama, prometiéndole respetar la autonomía del Tíbet. El Ejército Nacionalista Chino comenzó sus operaciones en el este de Kazakstán, Kirgiztán y Tajikistán. En Indochina, los comunistas que operaban en esa zona fueron eliminados por el ejército francés ayudado por grupos especiales SS y fuerzas chinas. En marzo de 1952, los Estados Unidos aprobaron la Enmienda 23 a la Constitución. Indicaba la creación de unas líneas maestras para la aplicación de la eugenesia en la población, similares a las nacional-socialistas de Alemania y que, ya en los años 20, los americanos habían comenzado a aplicar. Se planificó una esterilización masiva de la población negra. Todos los ciudadanos deberían llevar una tarjeta de clasificación racial. Un Plan de Parentesco se preparó en las agencias gubernamentales. Su principal impulsora, Sally M. Sullivan, indicó la necesidad de esterilizar a todos los no-blancos y retrasados mentales. También dio todo tipo de facilidades para las personas blancas sanas física y mentalmente para formar familias con muchos hijos. Muchas entidades cristianas se opusieron a este plan, pero los grupos cristianos del sur apoyaron sin fisuras la supremacía blanca de los programas eugenésicos que querían aplicarse. Durante el verano de 1952, grupos racistas blancos llevaron a cabo actos terroristas contra negros y judíos en los Estados

Unidos. Muchos judíos comenzaron a emigrar a México y a otros países sudamericanos. Las elecciones de ese año muy fueron violentas. Motines protagonizados por blancos se sucedieron en ciudades como Nueva York, Chicago, Los Ángeles, Detroit, etc. El presidente Lindbergh y el vicepresidente Kennedy fueron re-elegidos en noviembre de 1952. El Partido Demócrata solo recibió un 20% de los votos. En Alemania, concretamente en abril de 1952, se celebró una reunión continental de las Iglesias Protestantes Europeas. Tras una semana de deliberaciones, los grupos protestantes acordaron la formación de la Iglesia Unida de Europa. En esta nueva Iglesia, de forma rotunda, se instituyó que solo los arios eran verdaderos seres humanos con alma. También se definió públicamente a Jesús como guerrero ario que se opuso a la judería internacional. En mayo hubo una reunión de grupos protestantes en Boston. La mayoría de las Iglesias participantes firmaron una doctrina que declaraba a los arios como únicos seres humanos provistos de alma y declararon también su solidaridad con la Iglesia Unida de Europa. En septiembre de 1952, el papa Pío XII anunció que la Iglesia Católica estaba de acuerdo con las decisiones de la Iglesia Unida de Europa. Las conversaciones bilaterales se dirigieron hacia la reunificación de la Cristiandad. El 30 de enero de 1953, nuestro Führer fue nombrado presidente del Gran Reich Alemán. Joseph Goebbels fue nombrado Canciller. La mayoría del nuevo Senado estaba formado por miembros de las SS. En abril de 1953, nuestro Führer viajó a los Estados Unidos y se reunió con el presidente Lindbergh en Washington. Hitler habló ante el Congreso y anunció la firma de una nueva alianza entre la Nueva Europa y el Tratado Aliado del Hemisferio Oeste (TAHO). Declaró solemnemente que había comenzado la nueva era del hombre ario. Alemania y los Estados Unidos acordaron trabajar juntos en sus programas espaciales y en nuevas bombas atómicas, de plutonio y de hidrógeno. También se nombró una comisión de seguimiento para los avances de estas armas. Ambos gobiernos iniciaron el trabajo para una mayor proximidad e integración en los siguientes veinte años y la posible unión de la Nueva Europa y el TAHO, para garantizar la dominación de la raza aria en todo el mundo. En ese año, 1953, la mayoría de los países de Sudamérica tenían gobiernos fascistas, a pesar de que estaban más próximos a los Estados Unidos que a Alemania. El 4 de julio de 1957 un equipo de tres alemanes, dos norteamericanos y un italiano consiguieron un alunizaje. Von Braun vio su sueño de ver un hombre en la Luna y anunció que el siguiente paso era poner a un hombre en Marte en 1970. El presidente Lindbergh fue re-elegido en 1956, y como primer acto de buena voluntad hacia la Alianza de la Nueva Europa embargó los bienes en los Estados Unidos de los Rockefeller, los Rotschild, los Warburg y muchas otras familias judías de la banca y las finanzas mundiales, conseguidos a través de la usura, el abuso y las malas prácticas empresariales. También nacionalizó la Reserva Federal, que dejó de ser una empresa bancaria privada en manos de las familias de banqueros mundiales. La

supuesta deuda de los Estados Unidos hacia la Reserva Federal quedó anulada a todos los efectos. La Federal Reserve Act de 1913, llevada a cabo en la Navidad de ese año de forma escandalosa y con una minoría de diputados, desapareció, liberando a Norteamérica de deudas impagables y absolutamente abusivas. El golpe que recibieron los sionistas fue brutal y su poder quedó bajo mínimos. La noticia fue recibida con profundo júbilo en los países occidentales que, como consecuencia, estaban sometidos a ese yugo despiadado. Lindbergh anunció la creación del Banco Central de los Estados Unidos que, desde aquel momento, generaría el papel moneda y ofrecería préstamos populares a muy bajo interés.

La explicación que estaba dando el general Kammler sonaba increíble. No podían imaginar a los Estados Unidos en un papel como aquel.

—El nuevo sistema económico de los americanos, que comenzaría a regir en toda su área de influencia, estaba acordado con la Nueva Europa en todos sus puntos. El eliminar de un plumazo el funcionamiento financiero había dado paso a un nuevo sistema que se basaba en varios puntos:

1. El Estado sería el único emisor de dinero.
2. Control nacional del dinero, en sustitución de su control privado.
3. El volumen de dinero se basaría en los productos y servicios que los ciudadanos produjesen y que, asimismo, consumirían.
4. Sustitución del Patrón Oro por el Patrón-Trabajo, mucho más lógico y de amplia ventaja para los trabajadores en cualquier lugar del mundo donde se aplicase. Se llamaría Equitable Labour Exchange.
5. Instauración de una llamada Participación Nacional, asegurando un mínimo vital y decente para cada ciudadano, pero apartada de criterios mendicantes o que soportasen aplicaciones injustas.

Este sistema borraría las injusticias del capitalismo desbocado y de su mentiroso contrario, el comunismo. Las instituciones de caridad inventadas para paliar los fracasos del capitalismo, por ejemplo seguros sociales, de paro, prestaciones familiares, etc., serían sustituidas por la Participación Nacional. La caridad estatal forzosa es muy parecida al bolchevismo y la caridad normal y corriente estará en manos de la Iglesia allá donde haga falta. Ese es su verdadero lugar.

Los presentes confirmaron su apoyo a estas medidas con comentarios de aprobación. Sonaba extraordinario.

—En nuestra patria, el Führer no aceptó la re-elección para Presidente. Tenía ya 66 años y estaba enfermo. Su vida había sido muy agitada y de absoluta entrega a un sueño que se estaba haciendo realidad. Anunció su retirada de la política. Fue una

noticia tremenda no solo en Alemania, sino en todo el mundo. Tras vivir sus últimos años con su esposa Eva Braun en su casa de Linz, el 14 de noviembre de 1962, nuestro Führer Adolf Hitler murió. Líderes de todo el mundo asistieron a su funeral. Estaban presentes, entre muchos otros, el presidente de los Estados Unidos Joseph Kennedy; Franco, de España; Perón, de Argentina; Mussolini, de Italia; el presidente Chang Kai-Chek, de China, el Rey Eduardo VIII de Inglaterra, que fue restituido como monarca por Alemania, y un largo etcétera. Durante un tiempo su cuerpo reposó en el Gran Capitolio de Germania, y después sus cenizas fueron llevadas hasta una tumba que él mismo diseñó en Linz. El Presidente Albert Speer, en su elogioso discurso de despedida al Führer, dijo con emoción: «Aquí hubo un hombre que tuvo una clara visión de su destino y del de Alemania. Fue aquí donde la Historia llamó a este hombre de la Gran Alemania a dar un paso adelante y salvar a nuestra patria de las cenizas de la derrota y la humillación y construir una nueva Alemania que es la luz de toda la raza aria y martillo de sus enemigos». Alemania creó un sistema de energía que hizo desaparecer en poco tiempo la dependencia del petróleo. Esta energía, que comenzó a operar públicamente a finales de los años sesenta, estaba basada en los principios en los que estamos trabajando en este momento, señores. Era la Energía de Gravedad Cero, que abría a todos una física totalmente diferente. Ello permitió que su uso público en hogares y vehículos de todo tipo no produjesen residuos en su funcionamiento, sino que facilitó el desarrollo muy rápido de naves que podían realizar traslados espaciales sin problemas. Los americanos estaban muy sorprendidos con esos avances. No habían sospechado nada. Werner Von Braun y sus anticuados cohetes ya eran pura historia en ese momento. El presidente Speer dio el espaldarazo definitivo a ese desarrollo de forma pública, aunque nosotros en las SS ya lo llevábamos preparando y utilizando desde hacía mucho tiempo —les señaló—. Ustedes son la prueba de ello. En 1972, y tras el montaje de tres bases lunares durante los años sesenta, que compartíamos con Estados Unidos, Japón, Italia e Inglaterra, Alemania inició la conquista de Marte con una nave que funcionaba con propulsión antigravitacional. El mayor Bernd Hessler y su equipo de tres hombres y dos mujeres aterrizaron en el planeta rojo tras un viaje de más de 54.000.000 de kilómetros, en su fase más próxima a la Tierra, y en tres semanas escasas de vuelo. La nave llamada *Adolf Hitler* llegó sin dificultad alguna a Marte y fue la avanzadilla de varios vuelos más que hicieron que el planeta rojo fuese una segunda colonia para los terrícolas y base de unos avances científicos inimaginables previstos hasta 2020, en que se esperaba que existiera la posibilidad de llegar con las naves antigravitacionales a cualquier confín estelar. Para todo ello, el trabajo en máquinas de calcular y computadoras electrónicas desarrollado ya en este momento de la guerra por Konrad Zuse permitió, en el futuro, un sensacional desarrollo militar, empresarial y público y Japón también tuvo un papel destacado en todo ello. A partir de los años 70, en cada

casa en Alemania habría una de esas máquinas de uso general, de tamaño mucho más reducido y con prestaciones inimaginables en este momento. En 1976, Heinrich Himmler nos dejó tras una larga y penosa enfermedad, siendo enterrado, tras una descomunal ceremonia SS, en la fortaleza de Wewelsburg. Grandes dignatarios asistieron al entierro y su nombre quedó asociado a la más grande empresa de Alemania y a la repoblación que este gran hombre dirigió en Rusia.

—¿Y qué fue de los judíos, general Kammler? —preguntó Gross.

Kammler también tenía respuesta para ello.

—Los que fueron asentados en Rusia y más allá de los Urales fueron siendo eliminados por la inclemencia de la zona y los rigurosos trabajos físicos a los que fueron sometidos. A mediados de los años setenta y viendo cómo iban prosperando en países sudamericanos los que habían huido de los Estados Unidos, se retomó el Plan Madagascar. Tanto Alemania como Inglaterra y los Estados Unidos estaban decididos a dar una salida definitiva a todo ese contingente hebreo y los países de Sudamérica con Chile y Argentina a la cabeza, mostraron todo su apoyo, ya que sufrían su presencia. Palestina o cualquier otra zona de Oriente Medio fue desestimada por los problemas que podía crear a los habitantes árabes, legítimos pobladores, y por la excelente relación y ayuda que Alemania siempre había recibido de ellos. En un plazo de tres años se había efectuado todo el traslado, dejando a los judíos a su suerte y sin permiso para salir de Madagascar, bajo pena de muerte. Todo el traslado fue pagado con dinero y bienes incautados a los mismos judíos. Internamente, le llamamos Promoción de Asentamiento Autoliquidable, ya que se autofinanciaba.

Todo el grupo sonrió ante el nombre de la operación.

El histórico Plan Madagascar que citaba Kammler no era un plan originalmente alemán, sino que ya en el siglo XIX Paul de Lagarde, Henry Hamilton Beamish, Arnold Leese, Lord Moyne y otros gobiernos, incluyendo los de Inglaterra, Francia y Polonia, habían contemplado la idea de deportar a todos los judíos a la citada isla. De hecho, en ese mismo siglo XIX Madagascar, Uganda y Argentina ya habían sido consideradas por Theodore Herzl, padre del sionismo, en su obra *El Estado judío*, lugar para fundar Israel. En 1927 y 1928, Polonia y Japón, cada uno por su lado, ya pensaron en la solución Madagascar, en el caso polaco para los judíos allí residentes, y en el japonés para su sobrepoblación. Fueron los polacos los que llegaron más lejos ya que en 1937 enviaron a esa misión al Mayor Mieczyslaw Lepecki, con representantes judíos, para que pudiesen estudiar la zona y tomar las decisiones necesarias para montar un estado sionista allí. Dos de los dirigentes no estuvieron de acuerdo: Leon Alter, director de la Asociación de Emigración Judía en Varsovia, que creía que no se podían enviar más de 2.000 judíos, y Salomón Dyk, ingeniero agrícola de Tel Aviv, que incluso creía que menos. Finalmente, los dirigentes judíos

no aceptaron esa solución. De todas maneras, Polonia siguió con este plan, negociando con Francia, ya que era colonia francesa, sobre este asunto. Y fue en 1938, un año después de la comisión polaca, cuando Alemania comenzó a sugerir que se llevase a cabo el Plan Madagascar.

En noviembre de 1938, Hermann Göring informó de la intención de Hitler de enviar a los judíos a Madagascar. Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank, a través de varias reuniones que se celebraron en Londres, intentó conseguir un crédito internacional para el envío de los judíos a la isla. En diciembre de 1939, Von Ribbentrop, Ministro de Exteriores, incluyó la emigración de los judíos a Madagascar como parte de un plan de paz al Papa.

En mayo de 1940, Himmler dio soporte para ese envío y Hitler lo consideró muy positivo. Von Ribbentrop ordenó a Franz Rademacher la creación de un plan titulado La Cuestión Judía en el Tratado de Paz, fechado el 3 de julio de 1940. Decía:

1. Francia deberá entregar Madagascar a Alemania
2. Se le dará a Alemania el permiso para instalar bases militares en la isla
3. Los ciudadanos franceses que viven allí, 25.000, serán trasladados
4. La emigración judía será forzada, no voluntaria
5. Los judíos allí asentados tendrán su propio gobierno local, que responderá ante un gobernador alemán
6. La entera emigración y colonización de Madagascar será pagada con el dinero y las posesiones judías confiscadas por Alemania

La guerra con Rusia dio al traste con esta operación, que en aquel momento fue retrasada hasta un futuro en que fuese posible su realización. Los acontecimientos militares posteriores, en todo el teatro de operaciones europeo, no permitieron, ya definitivamente, llevar a cabo el traslado programado.

## XI. Un plan para cambiar la Historia

—De nuevo, creo que hablo en nombre de todos general Kammler —indicó de repente Horst—. Estamos asombrados por esa historia paralela que puede llevarse a cabo —todos asintieron al oír sus palabras. Kammler no podía disimular el orgullo que le proporcionaba la historia que acababa de explicar y de la cual aún faltaban muchos detalles por contar.

—Gracias, caballeros, pero les recuerdo que lo que les estoy explicando forma parte de un informe elaborado por un equipo enviado al futuro, hasta mediados de los noventa, concretamente 1997, y que ese resultado está en función de la aplicación militar del Arca y de las nuevas armas futuristas que estamos desarrollando en este momento. Es un futuro alternativo que deberemos crear para que el resultado sea el que nos interesa. De lo contrario, se producirá el que hemos comentado al principio de esta reunión, que representará el fin de Alemania y de la cultura europea —se sentó y su cara demostró una cierta preocupación.

—No voy a engañarles, ese futuro que nos interesa está ahí. Pero también hay otros que pueden ser peores. Nuestra experiencia en el proyecto temporal nos indica que el futuro son muchas puertas y no podemos equivocarnos al abrir la que de verdad nos interesa. Esa es una cuestión técnica de nuestros científicos —Kammler miró a todo su equipo técnico, que confirmó sus palabras—. Pero hay un detalle muy importante en toda esta historia, y es que ese futuro empieza en el pasado próximo, en este mismo año de 1944, en Normandía y con el Arca en combate. No puedo garantizarles qué sucederá con su equipo y con usted mismo, *Hauptsturmführer* Bauer, en ese futuro, que nos implica a todos y que ustedes deberán iniciar en nuestro pasado. Vamos enviarles a ese frente como responsables militares del Arca con el equipo científico que la utilizará como arma. Si todo va bien, como está previsto, seguirá el futuro que acabamos de ver sin problemas. Pero hemos de trabajar rápidamente. Ustedes volverán a este presente que ya será la nueva Alemania si han tenido éxito.

Horst le daba vueltas a todo el asunto y las paradojas no cesaban de acudir a su mente.

—Pero, general, usted seguirá en este presente y vivirá la derrota de Alemania y ese futuro terrible que nos ha descrito al principio. ¿Por qué no vienen con nosotros y ya se sitúan en ese nuevo escenario?

Esta vez el doctor Schoppe pidió la palabra.

—Efectivamente, nosotros seguiremos aquí, pero ya no sufriremos ese futuro terrible, *Hauptsturmführer* Bauer, ya que ustedes lo habrán variado y estaremos de forma automática en él. También estaremos en el pasado que ustedes visitarán y

cambiarán y, por ello no habrá problema, ya que participaremos en el éxito de Alemania. Es curioso, pero todos estamos en todos los futuros posibles, se trata de llegar hasta ellos y modificarlos. Lo que sucede es que no somos conscientes y deseamos el que vivimos directamente, como el actual. De hecho, si ustedes logran su misión, esta reunión que estamos teniendo hoy no sucederá —un murmullo recorrió la sala. Aquello sonaba increíble.

—Pero doctor Schoppe —preguntó Horst, al que le asaltaban dudas—: mis camaradas y yo estábamos en Normandía en ese momento, en la LAH Panzer-División. ¿Podremos encontrarnos con nosotros mismos allí? ¿Qué deberemos hacer? —Horst planteaba una paradoja en el tiempo, que parecía lógica.

—Definitivamente no, *Hauptsturmführer* Bauer —contestó con seguridad Schoppe—. No se preocupen. En realidad ustedes no estaban en ese pasado, ya que vienen de una puerta temporal diferente y jamás han existido allí. Pasaría lo mismo si todos nosotros decidiésemos ir también. De repente, ese no sería nuestro pasado. Por ello, no puede darse la famosa paradoja del nieto que intenta matar a su abuelo cuando este era un niño. Nuestras investigaciones demuestran que es así y ello nos ha permitido manipular el pasado en la Realidad Predeterminada.

—Pero, entonces —dijo Gross—, nuestras familias y amigos no existen en ese pasado. No tendremos vinculación afectiva, amistosa o familiar con nadie... —frunció el ceño ante esa posibilidad—. Es como empezar de nuevo... —murmuró.

—Pueden verlo así —contestó el doctor Schoppe—. Lo que sí es cierto es que las personas que conocen ahora existen en ese pasado y futuro alternativo, pero tienen otras vidas y se han relacionado con otras personas. Ustedes no son nadie para ellos en ese escenario —trató de tranquilizarles—. Pero eso no es problema, ya que volverán aquí y sus familias serán las mismas, como en este momento. Nada habrá variado. Piensen que todos los futuros son iguales excepto en detalles que los cambian totalmente. La utilización del Arca en ese pasado similar al que vivimos todos nosotros ahora y que acabaría con nuestra derrota también, hará que aparezca el triunfo total de Alemania y su grandeza futura. No como se prevé ahora.

Horst pensó en su familia, su mujer, sus hijos y en lo que vendría si aceptaba aquella misión.

Kammler entró rápidamente en la conversación.

—Ya saben que me gusta hablar claro: la misión es muy sencilla, pero de altísimo riesgo, ya que lo que vendrá para nuestra patria depende de ella.

—Pero, general —preguntó Horst, visiblemente nervioso—. Han enviado un equipo a ese futuro y han regresado sin problemas. ¿Cuál es la diferencia con nosotros?

Kammler decidió contestar.

—Es muy sencilla, *Hauptsturmführer* Bauer. Ellos pudieron ver un futuro en el

que el Arca entraba en acción en Normandía, y los resultados de ese cambio histórico. Luego regresaron, ya que eso formaba parte del experimento. Hicieron varios saltos temporales hasta el año 1997, como les he dicho antes. Ha sido el traslado más complejo técnicamente hablando, pero ha sido un éxito. Así hemos conocido ese futuro alternativo, entre los muchos que hay, y sabemos que si van y utilizan el Arca todo funcionará bien.

De nuevo Horst intervino.

—De acuerdo General Kammler, ese futuro ya ha sido creado. El equipo ha conseguido variarlo y se han sucedido todos los hechos que nos ha relatado antes. En ese futuro, Alemania ha ganado la guerra. ¡Ya está hecho! Lo que hemos de hacer es marcharnos todos a él —exclamó.

—*Hauptsturmführer* Bauer —contestó el doctor Schoppe—. Ese no es nuestro pasado directo, pertenece a otra línea temporal y queremos que ustedes vayan a nuestro pasado directo, el que nos afecta a nosotros aquí y ahora. Por ello, la utilización de la puerta temporal adecuada es fundamental, ya que debe ser la de nuestro pasado y no otro. Antes he hablado de detalles en cada línea temporal, nuestras vidas y nuestro tiempo tienen sus propios matices y detalles que las hacen diferentes a las demás, y por ello son únicas. Debemos buscar nuestro pasado directo y transformarlo. No hay otra alternativa. Los otros futuros ahí están y nos servirán para ver escenarios posibles, pero no definitivos.

Gross intervino.

—Pero por lo que entiendo, doctor Schoppe, ese futuro brillante para Alemania que ha visto el equipo enviado allí puede tener matices algo diferentes a lo explicado, cuando se aplique al nuestro directo.

—Creemos que es así, pero no han de ser cosas de importancia —admitió Schoppe—. La historia general dará esos resultados descritos.

Horst escuchaba con atención las explicaciones del doctor Schoppe. En ese momento recordó las palabras del doctor Joseph Noske sobre el planeta Nibiru y el posible cataclismo en el año 2012.

—Solo como curiosidad, doctor Schoppe, ¿por qué no han ido más allá del año dos mil? Parece un año que abre perspectivas legendarias y futuristas —Georg miró a Horst, ya que este le había explicado lo que le había dicho Noske.

—Simplemente lo hemos hecho así —contestó Schoppe—. No ha habido ninguna razón concreta, *Hauptsturmführer* Bauer. Nos parecía una buena distancia temporal desde hoy, 1944, llegar hasta las puertas del año dos mil, y nos daba una perspectiva muy amplia de lo que pasaría. Prácticamente sesenta años —Horst afirmó con la cabeza, pero ya no siguió con el asunto.

—Volvamos a lo importante, señores —dijo Kammler con impaciencia y algo contrariado—. Cuando lleguen al pasado en Normandía, y sabiendo cómo fue la

batalla, deberán golpear al enemigo en las mismas playas.

Horst intervino de nuevo.

—General Kammler, ¿cómo nos daremos a conocer en ese momento a los mandos? ¿Quiénes seremos nosotros allí y cómo habremos llegado? Es decir, ¿cómo nos presentaremos? Nuestra historia puede ser muy difícil de aceptar...

Kammler sonrió.

—Sabía que lo preguntaría, *Hauptsturmführer* Bauer. Con una orden escrita del Führer en persona que obra en mi poder y que le entregaré personalmente —remachó—. Ese documento les permitirá moverse con absoluta libertad por la zona y disponer de lo que necesiten para llevar a cabo la misión. Serán situados en el Gross París dos semanas antes del desembarco. Desde allí, y de la mano del general Wilhelm Von Boineburg Lengsfeld, gobernador militar de la ciudad, serán trasladados a Normandía con todo lo que necesiten. Al mismo tiempo, tendremos tiempo de trasladar a todas las divisiones que en nuestra historia estaban desplegadas por toda Francia y en el Paso de Calais, para ubicarlas en las playas.

Horst y sus hombres asentían ante las palabras de Kammler, pero seguían algunas dudas.

—General Kammler —dijo Horst—. Entienda mis palabras, como ya sabe nosotros luchamos en esa batalla y el despliegue aéreo enemigo era abrumador. No teníamos opción de viajar de día, era imposible, y perdimos una gran cantidad de hombres y material por ello. ¿Cómo conseguiremos llegar hasta las playas en esas circunstancias? —los hombres de Horst recordaban aquellos días terribles de una batalla basada en la calidad frente a la cantidad y donde ésta última decidió la victoria. La calidad contuvo casi tres meses, hasta el 25 de agosto en que se tomó París, a los aliados luchando cerca de las playas y con un coste brutal en vidas y material. La calidad había roto las optimistas previsiones de Eisenhower y Monty de un paseo militar por Francia. Pero la victoria, al final, había sido suya.

Kammler no tuvo dudas.

—El general Von Boineburg está al tanto de esa situación y conoce perfectamente ese peligro. Ustedes pueden solicitar el traslado nocturno para evitar cualquier problema, y recuerden siempre que son plenipotenciarios militares del Führer y por ello no tienen límites en sus solicitudes ni en la obtención de su objetivo. Dispondrán de todo lo que necesiten.

Horst parecía quedar conforme con la explicación. Desde luego, les permitía un margen de maniobra enorme y seguramente tenían la posibilidad de cambiar el signo de la batalla en las propias playas. De todas maneras, no habían visto funcionar el Arca y no podían imaginar el resultado de su funcionamiento. Esa misma duda la tenían todos, y por ello Gross lo preguntó con absoluta claridad: —General Kammler, ¿tenemos la posibilidad de ver el Arca en acción, en alguna de las pruebas que se

están efectuando en este momento?

—Está previsto que salgan hacia Praga mañana mismo, ya que en este momento se está procediendo al desmantelamiento de toda la instalación que tenemos aquí para su montaje en la fábrica Skoda. Necesitamos trabajar tranquilos. Desde allí serán trasladados al pasado reciente en París, para llevar a cabo su nueva misión. El traslado les dejará en la Rue Rivoli, frente al hotel Meurice, que es donde estaba en aquel momento el Cuartel General del Gross Paris. Será un traslado nocturno en el que estarán protegidos por el toque de queda y no habrá curiosos, salvo la guardia militar del propio hotel cuartel general. Yo iré con ustedes hasta Praga y presenciaré su traslado —remató el general.

Horst estaba asombrado de la rapidez con la que iban pasando los acontecimientos y por cómo su destino y su actuación era programada al detalle por el general Kammler. Ellos, como soldados, no tenían mucho que opinar y debían obedecer las órdenes sin discutirlos. Georg le miraba, parecía que adivinaba sus pensamientos. ¡Cómo le gustaría pasar unos días con su familia, en algún lugar tranquilo del sur de Alemania! Allí los zarpazos de la guerra apenas se notaban. La vida era casi igual que antes de la guerra, exceptuando el racionamiento.

—Quisiera verle en mi despacho, *Hauptsturmführer* Bauer —dijo de repente Kammler—. Por lo demás, la reunión ha terminado y me gustaría que tuviesen todo preparado para salir mañana por la mañana hacia Praga. A las siete deberán estar todos en la puerta principal del castillo.

—¡Zu Befehl, *Herr* General! —todos se pusieron de pie y, con el brazo en alto, se despidieron del general y su equipo. Horst permaneció en pie, esperando a Kammler.

—Sígame —le indicó cuando todos ya habían salido de la sala. Fueron pasando por diferentes pasillos y zonas subterráneas que Horst no conocía y que demostraban claramente que se estaba llevando a cabo su desmantelación. Grupos de soldados portaban cajas y varios técnicos parecían supervisar los trabajos. Sin duda, se trataba de material frágil que debía ser transportado con sumo cuidado. La presencia de Kammler intimidaba a todos aquellos con los que se cruzaba. El abrigo de cuero negro parecía flotar tras él. La posición de firmes y los sonoros taconazos eran continuos a su paso.

Al final del pasillo por el que caminaban se veía una puerta discreta y sin ningún tipo de identificación.

—Pase, es mi despacho técnico —indicó Kammler, cediendo el paso a Horst, que se mostró sorprendido por la cordialidad. El despacho era de unos veinte metros cuadrados, con una mesa de despacho sobria y una pequeña mesa de reuniones a la derecha. Dos armarios estaban situados a la izquierda de la puerta de acceso. El despacho parecía todavía a pleno funcionamiento a diferencia de todo lo que había podido ver Horst. En las paredes aparecían varios dibujos realistas de aviones a

reacción que Horst desconocía por completo y que eran muy diferentes al Me 262. Eran diseños ultramodernos. Le llamó la atención una nave de forma discoidal que, para su asombro, no era un dibujo sino una fotografía. De hecho, había varias fotos de la nave discoidal en tierra y en vuelo a baja altura. Era de un bruñido brillante y no llevaba identificación alguna.

Kammler se dio cuenta de la curiosidad de Horst por aquellas fotos.

—¿Qué le parece, *Hauptsturmführer* Bauer? Nuestra tecnología está llegando a un nivel sensacional y por ello es una pena que todo esto pueda pasar a manos de nuestros enemigos. ¡Debemos impedirlo!

—Jamás hubiese imaginado un avión con esa forma —reconoció Horst. Kammler sonrió ante la sorpresa evidente de Horst.

—De hecho, *Hauptsturmführer* Bauer, eso que ve ahí no es un avión, aunque vuela y muy rápido. Son las nuevas naves discoidales que están a prueba, y son del máximo secreto. Precisamente los prototipos están cerca de Praga aunque, como le he dicho, son alto secreto. No tengo inconveniente en que usted conozca estos desarrollos.

Kammler se sentó en su mesa de despacho e invitó a Horst a tomar asiento frente a él.

—Se preguntará usted por qué quiero verlo en privado —Horst afirmó con la cabeza. El ambiente en ese momento era distendido.

Kammler encendió un cigarrillo y continuó.

—Quiero entregarle el documento del Führer por el cual usted y sus hombres podrán llevar a cabo la operación en Normandía. También quiero que usted, como máximo responsable de esta operación, sea consciente de su importancia y de que solo el éxito puede coronar su resultado. No hay otra opción. El fracaso catapultará a nuestra patria a un futuro terrible, como les he comentado anteriormente. Nunca más volverá a ser lo que era. ¿Es consciente de lo que le digo y de la importancia de la misión que pongo en sus manos, *Hauptsturmführer* Bauer?

—Sí, mi general —dijo Horst de inmediato—. Soy consciente de lo que se nos solicita a mí y a mis hombres y puedo garantizarle que lucharemos hasta el final para conseguirlo. No dudaremos en dar nuestra vida por Alemania y nuestro Führer —Kammler pareció satisfecho por esta respuesta, que por otro lado era la única posible en aquellas circunstancias.

—¡Mire todo esto, *Hauptsturmführer* Bauer! —dijo de repente Kammler, señalando los dibujos, planos y fotos que decoraban su despacho—. Nuestra tecnología está a años luz de la de nuestros enemigos. Necesitamos tiempo para obtener la victoria. Tenemos en marcha otras operaciones para su consecución, pero la suya es la más importante y decisiva —Horst volvió a afirmar con la cabeza, conector de la situación y de las implicaciones que asumía.

Kammler apoyó sus codos sobre la mesa y juntó sus manos frente a su boca. Parecía que iba a decir algo importante.

—Voy a serle sincero, *Hauptsturmführer* Bauer. A sus hombres y a usted les hemos explicado muchas cosas para que sepan hasta dónde hemos llegado, pero creo igual de importante, aunque no para todos, que conozca de dónde viene todo este desarrollo. En mi opinión, usted sí debe conocer algo más. Ello le ayudará a trabajar en la dirección del Führer. Le esperan grandes pruebas y no puede temblarle el pulso —Horst estaba ciertamente halagado por la deferencia que el general Kammler estaba teniendo con él y los detalles que parecía que quería compartir.

Volvió a asentir.

—Agradezco su consideración, general Kammler. Yo soy un simple soldado que, junto a sus hombres, trata de servir a su patria en cualquier circunstancia.

Kammler le miró fijamente.

—Conozco su historial militar perfectamente, *Hauptsturmführer* Bauer. Sé que puedo confiar en usted. Yo no me rodeo de personas políticamente ciegas. Me rodeo de los mejores, de los más profesionales, independientemente de sus criterios. Puede creerme ya que así es —Kammler no mentía—. Necesito personas en las que mi confianza sea absoluta, pero que además sean extraordinarios en sus cometidos profesionales. Solo respondo ante el Führer. No dependo de nadie más. Ni siquiera del *Reichsführer* SS. Estamos trabajando al más alto nivel. Tenemos varios proyectos revolucionarios en desarrollo que harán que Alemania, si logramos detener a nuestros enemigos, sea un país imbatible en tecnología y que repercuta en nuestro pueblo —Kammler hablaba con indisimulado orgullo—. Nuestros adelantos harán que la humanidad avance en poco tiempo lo que hubiese costado cientos de años en las condiciones normales. No nos negamos a compartir con otros países nuestros avances, pero dentro de unas reglas que nosotros impondremos.

Horst estaba de acuerdo con este criterio e intervino en este punto.

—¿Qué tipo de tecnología estamos desarrollando, general Kammler? Lo que mis hombres y yo hemos visto hasta ahora es increíble. Me cuesta imaginarme en qué otros campos está trabajando su equipo.

Kammler acariciaba la solapa de su uniforme, perfectamente cortado.

—No me sorprende su pregunta, y de hecho este es el motivo de que estemos ahora aquí antes de irnos a Praga. Ustedes ya forman parte de mi Oficina de Desarrollo, aunque están en la parte ejecutiva o de aplicación directa de los desarrollos. Por ello, las misiones que han llevado a cabo hasta ahora, tanto científicas como militares, han contado con su presencia, ya que necesitamos un control militar de ellas. Yo soy doctor en Ingeniería, pero también soy general SS, y eso me permite estar en los dos lados del proceso y tener capacidad para comprender qué sucede en cada apartado. Por ello, muchas veces mis científicos se sorprenden de

mi capacidad de comprensión técnica de lo que ellos desarrollan. Para mí no es difícil, al contrario, me gusta y sigo muy de cerca cualquier nueva idea —desde luego así era. La inteligencia de Kammler parecía ser infinita, así como su capacidad de trabajo y la velocidad y presión que ejercía sobre sus equipos. Sus métodos podían ser brutales, pero los objetivos marcados debían cumplirse y eso no admitía vacilaciones. El impulso que dio Kammler a todos los desarrollos secretos del III Reich fue impresionante, desde julio de 1944, tras el atentado contra Hitler en su Guarida del Lobo. ¿Qué hubiera sucedido si hubiese sido responsable de todo ello desde 1940? Eso ya es pura conjetura.

—Por ejemplo, *Hauptsturmführer* Bauer, estamos trabajando con gran éxito en cómo escapar de la gravedad terrestre sin usar sistemas magnéticos o electricidad. Los doctores que ha conocido a las órdenes del doctor Gerlach han trabajado bajo curiosos principios para la ciencia judía. Sabemos que la gravedad, usándola como propulsor, es el más potente sistema de energía y, sobre los cálculos, una nave así propulsada podría alcanzar la velocidad de la luz. La primera pregunta para vencer el problema era dónde estaba, de dónde procedía la gravedad. La propia gravedad no se ajusta a nuestros conocimientos sobre mecánica cuántica, aunque no estamos lejos de saberlo y la intensidad de cada átomo de gravedad es irrisoria. Estamos tratando de hallar el gravitón, que es lo que se supone que forma la gravedad, para poder manejarlo a nuestro interés.

Kammler señaló una de las naves discoidales.

—A ese disco que ve allí lo llamamos *Haunebu IV* y es propulsado por la primera generación de motores G que hemos desarrollado. Hasta ahora, la serie anterior llevaba motores convencionales a hélice o a reacción. Este es antigraavitacional. Es realmente prometedor y sus prestaciones son increíbles. Observe, *Hauptsturmführer* Bauer, que el extremo exterior del disco es un borde de ataque fino y tiene una parte como aserrada. Con este sistema puede descargar el flujo continuo de electricidad de su generador. A poca altura y a baja velocidad, las descargas no se ven, pero a su altura normal de crucero, con suficiente plasma generándose en torno a ese borde de ataque que le he mostrado —Kammler volvió a señalar esa zona en el extremo del disco— la nave brilla como una lámpara emitiendo pulsaciones. A más velocidad y altura, solo se ve una luz muy brillante pulsando muy rápidamente. Es espectacular, *Hauptsturmführer* Bauer. Es lo que llamamos electroaerodinámica en un flujo supersónico. Nuestros técnicos ya habían solucionado la cuestión de cómo una nave discoidal podría estar envuelta en un escudo de electricidad estática y cómo esa energía podría ponerse a funcionar tanto como una capa de cobertura como un método para reducir su resistencia al aire —Kammler sonreía—. Eso no quebrantaba ninguna ley física, no era necesario disponer de una válvula de paso a la antigraavedad en la cabina, pero sin embargo se trata de un extraordinario desarrollo. Una forma de

reducir el peso indirectamente. Este último punto fue crucial. Si fuese posible alterar el arrastre de la resistencia del aire en una nave discoidal, podríamos hacerla volar más lejos y más ligera, o ambas cosas. La reducción del arrastre se supone que funciona de esta manera: al crear un campo electrostático delante del disco el mismo debe, en teoría, repeler las moléculas de aire en su vuelo, permitiendo a la nave deslizarse a través de la atmósfera sin dificultad. Está claro que teníamos que saber cómo contrarrestar el efecto de la gravedad, debíamos ser capaces antes de identificar la partícula responsable de esta fuerza. Ya que la teoría de la gravedad cuántica es cierta, implica la necesidad de la existencia del gravitón —Kammler miró al techo, como buscando una respuesta—. Uno de los mayores retos científicos para nosotros era obtener una teoría física del todo, que unifique y englobe a todos los tipos de fuerza que controlan el universo. Es obvio que estamos trabajando en naves que ya puedan elevarse del suelo sin dificultad y con poco gasto energético. Sin duda, aún tenemos unos cuantos años apasionantes por delante, para mejorar y utilizar toda esta tecnología. Por ejemplo, *Hauptsturmführer* Bauer —siguió Kammler—: según cálculos que hace poco ha desarrollado nuestro equipo, si una nave logra llegar al 57,7% de la velocidad de la luz generará un extraño campo gravitatorio a su alrededor, es decir, antigraavedad, que repelerá los objetos que puedan acercarse, en lugar de atraerlos hacia sí. Creemos que ese puede ser un medio de propulsión y, si se acercara lo suficiente al área de acción de un objeto que viajase a gran velocidad, nuestra nave sería rechazada e impulsada a su vez una larguísima distancia, quizás hasta zonas inexploradas del universo...

Esta era una información que Horst difícilmente podía seguir en sus términos técnicos, pero que comprendía en sus aspectos prácticos como herramientas para ganar la guerra. Una duda le asaltaba.

—Pero, general Kammler, ¿ha sido posible hasta ahora ocultar todos estos desarrollos? Es decir, ¿nuestros enemigos tienen una remota idea de sobre qué estamos trabajando?

—Bueno, de hecho los americanos están desarrollando la tecnología nuclear para disponer de la bomba atómica lo antes posible. Le llaman Proyecto Manhattan —contestó Kammler, dando a entender que conocía el asunto—. Es una bomba sobre la cual nosotros ya hemos hecho pruebas en diferentes grados, como en la toma de Sebastopol en 1942/43, durante la batalla de Kursk-Orel en 1943 y en la isla de Rügen en este pasado mes de octubre. Se prepara en estos momentos una operación para su lanzamiento en territorio enemigo. Vamos muy por delante de ellos, pero tal como he dicho en alguna ocasión, para nosotros ya es una tecnología obsoleta y que entraña demasiado peligro. El Führer tampoco la ve con buenos ojos, pero necesitamos disponer de ella por aspectos prácticos —tras este giro, Kammler volvió a la pregunta de Horst.

—Es cierto que hemos capturado a varios espías que han confesado su labor por Estados Unidos. Evidentemente, no sabemos si alguno ha podido llegar con cierta información hasta el enemigo. Le garantizo que es muy difícil...

—Es decir, general Kammler, disponemos de la bomba atómica y su uso puede ser inmediato —indicó Horst con absoluta confianza. Kammler parecía aliviado por explicar todo aquello.

—Sí, la tenemos. Pero la que estamos preparando para la próxima misión se está terminando en una de nuestras instalaciones secretas del Protectorado de Bohemia y Moravia. Es mucho más potente que las anteriores. Y tenemos otras en diferentes fases del proceso de construcción que se van superando sucesivamente en potencia.

—Y ¿por qué nuestra victoria hoy se basa en un artilugio antiguo como el Arca de la Alianza? —preguntó Horst, con lógica aplastante—. Entiendo que todas estas armas que usted cita ya están desarrolladas, solo quedaría usarlas, general...

Kammler movió la cabeza negativamente al oír las palabras de Horst.

—Es cierto que hemos desarrollado muchas armas innovadoras, pero la gran mayoría están en distintas fases de desarrollo. Son armas complejas que requieren muchas pruebas antes de su puesta en combate y además no podemos permitir que por un error de funcionamiento caigan en manos enemigas. Las que están operativas, como los cazas a reacción en sus diversos modelos, las V1 y V2 y los submarinos XXI y XXIII, necesitan que sus tripulantes conozcan a fondo su maquinaria y puedan extraer el máximo partido de su uso frente al enemigo. Tampoco disponemos de ellas en un número suficiente como para variar la balanza de poder ahora mismo. Y como ya he dicho muchas veces, nuestro problema hoy se llama tiempo. El Arca de la Alianza representa nuestra oportunidad de usar un arma imbatible, que requiere un equipo pequeño para su uso y que cambiará el panorama militar. Mientras la usamos, ganaremos el tiempo necesario para los demás desarrollos. Mi equipo técnico en Praga ya conoce su funcionamiento, y por ello irán con su grupo hasta Normandía. La Campana o Puerta del Tiempo que usted conoce, *Hauptsturmführer* Bauer, ha sido un desarrollo que nos ha permitido conseguir cosas increíbles que estamos aplicando a nuestras armas futuristas, por ejemplo los campos antigravitacionales. Su uso también será civil. Será el mayor avance científico de los próximos 100 años. También nos ha permitido estar en épocas remotas e incluso más recientes, lo que nos ha facilitado un avance increíble en el conocimiento y recogida de pruebas de otra flora, fauna y civilizaciones extinguidas, de las que teníamos un conocimiento equivocado o dirigido por la ciencia oficial o judía, si usted lo prefiere. Y usted ha sido partícipe en todo ello. Puede considerarse un privilegiado y será alguien que pasará a los libros de Historia cuando todo esto salga a la luz.

—General Kammler —dijo Horst—. Agradezco su deferencia al permitirme compartir con usted todos estos datos, que evidentemente mantendré en secreto.

Estoy abrumado positivamente por su explicación, pero tengo algunas dudas y quiero ser totalmente sincero con usted —Kammler movió afirmativamente la cabeza, mientras miraba fijamente a Horst, como tratando de adivinar qué quería saber—. Al parecer está todo controlado, pero ¿existe un plan B en el supuesto de que todo falle y no podamos detener al enemigo? No soy derrotista, pero entiendo que hemos de afrontar varios escenarios posibles y busquemos la mejor opción para nosotros y nuestra patria.

Kammler se incorporó de su butaca, apoyándose sobre la mesa.

—No se preocupe, entiendo su pregunta. Sí, tenemos un plan B para que nuestro sistema político y de vida continúe tras nosotros si fracasamos en nuestras misiones actuales. El *Reichsleiter* Martin Bormann preparó una reunión ultra secreta el pasado 10 de agosto, en el hotel Rotes Haus, en Estrasburgo. Los representantes de las mayores empresas industriales y de armamento estaban allí, incluyendo entre otras a Krupp, Thyssen y, por supuesto, a la IG Farben. El propio *Reichsleiter* Bormann, Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank y su yerno, nuestro conocido Otto Skorzeny, también estaban allí. En esta reunión se acordó preparar grandes sumas de dinero no solo para llevarlo a cualquier lugar del mundo de nuestro interés, sino también para camuflar inversiones en el extranjero con el fin de resucitar el imperio industrial y financiero tras el supuesto colapso de nuestro Reich. Este imperio está siendo controlado por nosotros, las SS. Como resultado de este plan ya hay preparadas rutas de escape que garanticen la seguridad personal, financiera, de ubicación y falsas identidades para nuestros gobernantes, militares y científicos. Para poder realizar todos esto hemos montado organizaciones como ODESSA, que quiere decir Organization Der Ehemahlige SS Angehörige, Die Spinne, Consortium, o la SA Estrella —Horst estaba asombrado por esta información, con la que quedaba claro que no se había dejado ningún cabo suelto. Sucudiese lo que sucediese, el III Reich continuaría.

Kammler siguió.

—A través de empresas pantalla, las SS, con el dinero que Skorzeny está recolectando, ya hemos adquirido grandes terrenos en Sudamérica y otros lugares del mundo. Grandes grupos industriales, de forma silenciosa, están transportando gracias a la Kriegsmarine y al KG200 de la Luftwaffe planos, maquinaria y utillaje para continuar las investigaciones que hacemos en Alemania. Estas zonas seguras las denominamos *Sperrgebiete* y constan de ciudades construidas especialmente, aeródromos, autopistas y todo aquello que pueda parecerse a la vida civilizada en Alemania. La seguridad local está en manos de las SS, por supuesto. Los gobiernos de la zona nos están ayudando mucho. Por ejemplo, en la frontera entre Paraguay y Brasil disponemos de la Kolonie Waldner 555, que es la fortaleza más importante de la zona y que está unida a catorce fortalezas más, diseminadas entre Brasil,

Argentina, Chile y Paraguay.

Kammler se quedó mirando a Horst.

—No se preocupe, *Hauptsturmführer* Bauer, no hemos dejado todo nuestro trabajo hasta ahora en manos de la suerte ni de la improvisación. Sabemos lo que hacemos. Ese es el plan B. No es derrotismo, es practicidad. No podemos dejar perder todo lo que el Führer y Alemania han hecho por el mundo. Su legado no puede desaparecer sin más, porque una sociedad de subhumanos comunistas y una sociedad plutocrática multirracial y degenerada hayan podido unir sus descomunales posibilidades para acabar con el único sistema que desenmascara a sus verdaderos amos y que no se somete a su poder.

El general Kammler se puso de pie y se volvió hacia un armario metálico que había a su derecha. Todo se veía en perfecto orden en su interior. Extrajo un sobre con el matasellos GEKADOS (Geheime Kommandosache) y se lo entregó a Horst.

—Tome. En este sobre está el salvoconducto para todo el grupo y poderes para actuar libremente en Normandía. Todo firmado por el mismísimo Führer. Todas las puertas se abrirán para usted y sus hombres. El General Von Boineburg les facilitará todo lo que necesiten en París para su viaje hasta la zona normanda —se sentó—. Recuerde que aún no se habrá llevado a cabo el desembarco, por lo que tendrá que poner sobre aviso a todos los responsables de división en la zona del Paso de Calais y otras divisiones que están reagrupándose, en maniobras o descansando en Francia. Como la Das Reich, que estaba en la zona de Toulouse en aquel momento.

Horst abrió el sobre, que llevaba todo tipo de lacres y elementos de seguridad y autenticidad. Era original, no había ninguna duda. Dos hojas conformaban todo el documento, que como cualquier comunicado militar destacaba por su laconismo:

*Geh. Kommandosache Chefsache*

*Nur durch Offizier,*

*KR Blitz,*

*A la atención personal del General Wilhelm Von Boineburg, Comandante del Gross Paris*

*Copias:*

*O.B. West Ia Okdo d. H. Gr. B. Ia*

*A.O.K.1 Pz. A.O.K.5*

*A.O.K.15*

*Con esta carta oficial se presentará ante usted el Hauptsturmführer SS Horst Bauer y su equipo especial, a los que deberá ayudar en todo lo concerniente a la misión que deben desarrollar en la zona militarizada de Normandía. Debe ser consciente de que esta misión permanece en el*

*máximo secreto y está sujeta al epígrafe Kriegsentscheidend. No puedo adelantarle ninguna información más al respecto. Sí puedo decirle que el Hauptsturmführer SS Horst Bauer y su equipo especial deben recibir todo aquello que soliciten sin discusión y cueste lo que cueste. Su ayuda general, Von Boineburg, es decisiva en este momento.*

*O.K.W/W.F. St./Op. (H)*

*Nr. 773089/44*

*Gez:*

*Adolf Hitler*

*Rastenburg, Prusia Oriental*

*15 de mayo, 1944*

A Horst le llamó la atención la fecha del documento, que ya tenía en cuenta la fecha de traslado a Normandía. No cabía duda de que aquella carta del Führer les abriría las puertas para operar con el arca y poner en sobreaviso a las divisiones acantonadas en toda Francia. Él y sus hombres tenían la posibilidad única de cambiar la Historia.

—Por último, *Hauptsturmführer* Bauer —Kammler sacó de uno de los cajones de su mesa un sobre más pequeño, que entregó a Horst—. Llévase también esto. Puede servirle si la cosa se pone difícil. Son fotos desde el desembarco hasta el día de hoy. Mírelas y úselas si llega el caso.

## XII. Los secretos del Arca

El grupo ya estaba preparado a las siete de la mañana en la puerta del castillo de Fürstenstein. Hacia frío y lloviznaba ligeramente. Varios vehículos se hallaban aparcados frente a la inmensa fortaleza y los chóferes ayudaban a cargar los petates de cada uno en los portamaletas de los coches. El general Kammler apareció con su abrigo de cuero negro ajustado y su gorra ladeada. Sus botas altas de montar brillaban extraordinariamente. Saludó a todos y solicitó a Horst y a Gross que le acompañasen en su vehículo personal. El resto se dividió en los demás coches. Un vehículo blindado PUMA abriría la comitiva y la cerraría un pequeño camión con varios soldados SS.

El enorme Mercedes de seis ruedas de Kammler permitía llevar a varias personas. Además del chofer, Horst, Gross y el propio Kammler, tres oficiales SS ayudantes personales del general les acompañaban en el potente vehículo. Todos tenían espacio de sobra y, por lo tanto, estaban muy cómodos. El techo era de lona pero cerraba perfectamente y aislaba a sus ocupantes del frío y la lluvia. Mientras arrancaba, Kammler, sentado junto al conductor, comenzó a hablar.

—Nos espera un avión que nos trasladará a Praga y desde allí iremos a la fábrica Skoda. Una vez allí, y en el ala más secreta de la fábrica, podrán ver el Arca en acción. Nuestros técnicos nos están esperando y ayer me dijeron por teléfono que estaba todo a punto. También conocerán a los que irán con ustedes hasta Normandía y que estarán al cargo del funcionamiento del Arca.

—Muy bien, general —contestó Horst mirando a Kammler.

Este continuó.

—Antes del traslado dispondrán de dos días para familiarizarse con el equipo técnico y el funcionamiento del Arca. Ustedes no tendrán que activarla, pero creo que es bueno que también conozcan su funcionamiento —Gross y Horst estaban de acuerdo con este criterio. No era negativo que ellos conociesen el funcionamiento del Arca. Además, Horst tenía una curiosidad que iba más allá del aspecto militar. No podía entender cómo aquella reliquia podía resultar ser un arma formidable.

El viaje seguía. Ya se podía adivinar el aeropuerto al que se dirigían. Un Junkers Ju52 de carga les estaba esperando. El veterano trimotor tenía sus motores en marcha. La guardia de entrada al aeródromo les permitió la entrada sin dilación. Los coches llegaron junto al avión y detuvieron su marcha. El blindado PUMA y el camión con los soldados detuvieron su marcha también y se colocaron en posición defensiva de protección de los coches. Un conductor de tanque SS se apeó del blindado, se dirigió al general Kammler y le saludó. Este agradeció la escolta hasta allí. Un sonido de motores llegó desde el otro lado del Junkers. Cuatro Messerschmitt Bf109 se aprestaban a despegar con el Junkers como escuadrilla de protección hasta Praga.

—¡Todo listo, señores! Subamos al avión —Kammler entró el primero y se acomodó en el avión por la parte delantera. Los demás fueron entrando y dejando sus cosas en un compartimento trasero para bultos. Kammler invitó a Horst y Gross a sentarse junto a él. Al poco, el Ju52 comenzó a recorrer la pista hasta situarse en línea de despegue. Poco a poco fue acelerando hasta alcanzar la velocidad suficiente para comenzar a remontar el vuelo de forma lenta, pero imparable. El ruido era elevado en el interior del avión. Desde las ventanillas se veía a los cazas de escolta, dos por lado, que se mantenían a distancia.

El vuelo siguió su marcha normal y, al cabo de una hora y media, Praga aparecía ante ellos majestuosamente. Llovía también allí, pero no fue ninguna dificultad para un aterrizaje impecable del veterano y fiable avión.

De nuevo fueron recogidos por varios vehículos que los trasladaron a la fábrica Skoda que estaba muy cerca de Praga, en Mladá Boleslav, al noreste. La fábrica era una instalación enorme, de color grisáceo, que acompañaba al día lluvioso. Skoda estaba especializada en piezas de artillería de diversos calibres de muy alta calidad y óptica de precisión. También fueron fabricantes de tanques y cañones autopropulsados de tipo medio. Fue una gran ayuda para el ejército alemán y un porcentaje muy alto de las armas que este utilizó, salieron de sus líneas de fabricación. Una estación ferroviaria llegaba hasta la misma fábrica donde, en unos muelles de carga y descarga, los trabajadores procedían febrilmente a llenar de material un tren. Fue una fábrica libre de bombardeos hasta casi el final de la guerra.

Entraron en la fábrica y, en una sala adjunta, les esperaba un refrigerio que les levantó el ánimo.

—La verdad es que necesitaba esto, Horst —dijo Georg mientras daba buena cuenta de un bocadillo y un café.

—Aprovéchalo, pues vienen días complicados —Horst dio a entender lo comprometido que era lo que tenían que llevar a cabo. Hermann y Klaus también mostraban buen apetito.

—Bien, señores —dijo Kammler—. Si les parece vamos a empezar con nuestro trabajo aquí. Les presentaré al equipo técnico que manejará el Arca y veré la prueba. Luego yo debo atender otros asuntos, pero seguiré aquí hasta su traslado a Normandía.

Salieron de la sala y se dirigieron con paso rápido hasta otro edificio de aspecto militar, a diferencia del resto del conjunto que era más clásico. Parecía haber sido construido posteriormente, seguramente durante la guerra. Horst pensó que Kammler no debía de ser ajeno a esa edificación. Una vez dentro, y tras pasar por varios controles sin dificultad, llegaron hasta un montacargas que los llevó hasta una profundidad de varios pisos. Allí frente a ellos se encontraba una puerta blindada, con dos guardias que vigilaban el acceso. Todos vieron claramente que desde que

entraron a ese edificio particular, solo había personal alemán. Lo que allí se hacía solo podía ser visto por un equipo de alta confianza. Una luz de emergencia comenzó a brillar con fuerza mientras una sirena sonaba, al mismo tiempo que la pesada puerta blindada se abría automáticamente.

Una sala circular inmensa apareció ante ellos. Recordaba a la sala en la que fueron trasladados a Etiopía. También había unos ventanales en todo el perímetro, a unos 5 o 6 metros de altura. Allí se veía personal técnico con sus batas blancas yendo y viniendo. La Campana se hallaba en medio de la sala, sobre el mismo soporte metálico pesado, y rodeada por el cilindro de cristal que formaba una corona circular, ya que en realidad eran dos círculos que giraban en paralelo y en sentido opuesto. La presencia del general Kammler alteró la rutina del personal. Rápidamente aparecieron varios técnicos que se dirigieron al general con diversa información y documentos. Querían que aprobase y firmase varios asuntos. Mientras solicitaba que todos esperasen allí, se fue con los técnicos a una cabina blindada a ras de suelo donde, una vez sentado, procedió a ver y firmar los diferentes papeles que le iban entregando. Desde luego, había bastantes asuntos por aprobar. Tras terminar, volvió con todo el grupo que se hallaba mirando y curioseando la instalación.

—Hay asuntos que no puedo delegar, y eso retrasa la toma de decisiones y el avance de los proyectos, pero no puede ser de otra manera ahora —dijo Kammler a todos.

—Sígueme —añadió, dirigiéndose a una puerta que había junto a la escalera que subía a la zona superior de observación.

La puerta metálica corredera se abrió suavemente después de que uno de los oficiales pulsara un gran botón rojo que había en la pared. El mismo oficial se adelantó al grupo y encendió las luces de la nueva sala a la que habían accedido. Varios focos iluminaban un objeto que se hallaba en el centro de la sala, bastante más pequeña que la anterior.

—Señores, el Arca de la Alianza —dijo Kammler, señalando el Arca, que brillaba bajo los potentes focos. Todos se detuvieron, mirando como hipnotizados el legendario objeto. Tras unos instantes, Emil se adelantó. Todos le siguieron. No la habían vuelto a ver desde que habían estado en Etiopía. Se mantuvieron a una distancia prudencial. Les imponía. Horst observó que había varias mesas de trabajo, con instrumentos de todo tipo y medidores eléctricos sobre ellas. No había nadie allí, excepto ellos. Sobre la tapa y junto a los ángeles arrodillados uno frente al otro, había un medidor analógico que parecía controlar algo constantemente. La aguja se movía ostensiblemente, como una carga eléctrica. Varios cables que partían del medidor se perdían en el interior del arca, bajo la tapa. Todo el conjunto estaba sobre una plataforma de madera muy gruesa con ruedas para facilitar su movimiento. El arca descansaba sobre un lecho de goma gruesa de unos 5 centímetros de espesor, sobre la

plataforma mencionada.

—Ahora vendrá el equipo que conoce el funcionamiento del arca y que les acompañará en su traslado a Normandía —mientras hablaba Kammler miraba el arca—. Es sensacional y mucho más fácil de utilizar de lo que suponíamos. Era evidente que en aquella época no había que ser un científico para sacarle partido. Quien la diseñó y construyó pensó en el tipo de gente que debería utilizarla y la hizo simple, de fácil uso y efectiva.

—¿Quién la diseñó y construyó, general Kammler? —preguntó Gross, mientras observaba a uno de los ángeles.

—Seguramente el Señor... —contestó Kammler con una sonrisa a medias. Los oficiales adjuntos al general rieron el comentario.

Kammler siguió.

—En su interior hemos encontrado textos que no podemos traducir. No se parecen en nada a ningún idioma conocido. Seguramente son indicaciones de uso, pero es una simple conjetura, no lo sabemos por ahora. Tengo a un equipo de filólogos y expertos en jeroglíficos y lenguas muertas de la Universidad de Heidelberg estudiando este asunto.

Emil mostró interés por las palabras de Kammler.

—¿Puedo ver esos textos, general Kammler?

—Por supuesto, *Obersturmbanführer* Riemer —contestó Kammler—. Pero deberá esperar a que venga el equipo técnico. No quiero tocar nada, ya que están trabajando sobre ella —añadió señalando los cables y el medidor. Luego ojeó unas hojas manuscritas con datos acerca del arca y las mediciones que se estaban llevando a cabo.

—¿Cuál es su principio de funcionamiento, general Kammler? —preguntó Horst, tras unos instantes en que todos volvieron a observar con indisimulada curiosidad el arca.

—La energía principal es atómica —comenzó Kammler—, pero el sistema aplicado por quien la construyó se aparta de nuestros conocimientos sobre esa energía. Los técnicos han hallado elementos que si bien permiten el uso del Arca no han logrado desentrañar completamente su funcionamiento interno. De entrada, puedo adelantarles que está configurada de tal forma que esa energía no representa un riesgo y su aislamiento es perfecto. ¡Y todo eso teniendo en cuenta todos los años que tiene! Podemos acercarnos sin temor. Nuestros contadores no detectan radiación alguna.

—Y ¿qué fue lo que pasó con los que murieron tras el contacto con ella, tal como dice la Biblia? —preguntó Emil, buen conocedor de los textos bíblicos.

—No creo que fuesen demasiado cuidadosos en el uso del arca —dijo Kammler—. Es posible que activasen algo o tocasen algo del interior. No lo sabemos. Tal

como la controlamos aquí y la conocemos ahora, el riesgo de accidente es muy improbable, por no decir imposible. Pueden estar tranquilos.

En aquel momento aparecieron en el umbral de la puerta de entrada de la sala tres técnicos que, tras solicitar y recibir permiso para entrar llegaron hasta donde estaba el grupo. Kammler presentó a los recién llegados a Horst y a sus hombres.

—Quiero presentarles al equipo que les acompañará a Normandía y que utilizará el Arca allá donde sea necesario. Estarán bajo sus órdenes directas, *Hauptsturmführer* Bauer. Saben lo que tienen que hacer y lo cumplirán hasta el final. Confío en ellos plenamente, al igual que confío en usted y sus hombres.

Kammler se acercó hasta los recién llegados.

—Aquí a mi derecha está el doctor Karl Throll, especialista en flujo eléctrico y gravedad cero. A su lado está el doctor Emil Seltmann, especialista en energía nuclear y, por fin, el doctor Kurt Zinkenbach, nuestro especialista en sistemas antigravitación.

Los tres levantaron su brazo y saludaron con un potente ¡*Heil* Hitler! Sus uniformes SS bajo sus batas blancas de trabajo no dejaban lugar a dudas. Todo el grupo respondió al unísono al saludo alemán. Luego estrecharon sus manos con afecto a los recién llegados y también se fueron presentando. Tras estas formalidades protocolarias, pero necesarias en personas que iban a convivir y desarrollar una misión común, Kammler volvió a intervenir.

—Las especialidades de todos ellos tienen que ver con el arca, ya que la misma es un compendio de muchas cosas.

Los técnicos aprobaban las palabras del general. Kammler parecía conocer el Arca mejor de lo que decía.

El doctor Seltmann anotó en un bloc las lecturas que daba el contador que se hallaba sobre el Arca, luego desconectó del mismo los cuatro cables que se perdían en el interior del objeto.

—General Kammler —dijo Seltmann—. Ahora llevaremos el Arca hasta la zona de pruebas, donde nuestros camaradas podrán ver su uso y los efectos del mismo —miró a Horst y a los demás. Kammler dio su aprobación y, seguidamente, el doctor Throll llamó por teléfono para que viniesen a trasladar el arca.

—Guarden las preguntas que puedan tener para después de la prueba —Kammler no quería perder tiempo en aquel momento. Al poco, y mientras estaban en animada charla todos los presentes, un sonido de motor se fue aproximando hasta allí. Una moto-oruga NSU Kettenrad entró ágilmente, giró sobre sí misma y, en lenta marcha atrás, conectó una barra de arrastre a la plataforma donde descansaba el Arca. Suavemente, la plataforma con el Arca comenzó a deslizarse sin dificultad, arrastrada por el potente vehículo.

El conductor manejaba con pericia la sorprendente máquina a medio camino entre una moto y un tanque, sorteando sin dificultad la puerta de entrada y saliendo de la

sala. Los giros eran iguales que los de un carro de combate, aunque el conductor los atenuaba con muy baja velocidad. Todos le siguieron con paso normal. El arca se mecía suavemente mientras era transportada. Los focos del techo de los amplios pasillos por donde pasaban hacían brillar el arca sucesivamente. Los dos ángeles que se encontraban sobre la tapa parecían moverse. Horst tenía mucha curiosidad por verla funcionar. Georg caminaba junto a él y Kammler delante de los dos y de todo el grupo.

—¿Qué te parece, Horst? —preguntó Georg.

—No sé qué decirte. Tengo mucha curiosidad por ver su funcionamiento y los efectos que produce.

Siguieron caminando unos doscientos metros más. Aquella instalación parecía no tener fin. De repente, la moto-oruga se detuvo ante una puerta a la izquierda. Un soldado que hacía guardia les franqueó el paso y, al abrirse dicha puerta, tuvieron acceso a un montacargas inmenso en el cual no solo cabían todo el grupo y el vehículo con el arca, sino que aún sobraba espacio. Las puertas metálicas de rejilla fueron cerradas por el soldado de guardia. Un sonido seco indicó que se ponía en marcha. Lentamente comenzó a subir. Horst contó un total de 5 pisos bajo tierra. No sabía si era más profundo, pero había sido un gran trabajo de construcción. El espesor entre piso y piso era de aproximadamente unos tres metros, por lo que estaba preparado para resistir bombardeos aéreos.

Llegaron al piso superior y, tras abrirse las puertas, la NSU se puso en movimiento con todo el grupo detrás. Había dejado de llover, aunque el día seguía gris. Fueron pasando por una especie de pasillo entre dos edificios en los que no se veía a nadie, con lo que la discreción era total. Al acabar el pasillo y dejar los edificios, se abrió ante ellos un patio inmenso, rodeado de paredes de más de cuatro metros de altura. En ese patio, que era una zona de pruebas de armamento, varios carros soviéticos, americanos y alguno alemán se mostraban desvencijados por las numerosas pruebas de tiro que habían sufrido. A la derecha se podía ver un búnker para los observadores.

El conductor de la NSU desenganchó de su vehículo la plataforma del Arca donde le fue indicado y aparcó junto al edificio, apartado de la zona de prueba, esperando su finalización. Los tres responsables técnicos del arca se colocaron unos trajes de protección similares a los que se usaban al poner en marcha la Campana. Rogaron a todos los presentes que entrasen en el búnker. Así lo hicieron. Dentro había mirillas blindadas que permitían una visión excelente y reducían al máximo los riesgos. Los técnicos manipulaban el Arca con destreza, lo que indicaba que la conocían bien. Parecía que ajustaban las figuras de los ángeles. Uno de ellos se puso detrás, parecía mirar a través de algo. Los otros dos se pusieron también detrás del Arca. De repente, y sin sonido alguno, un potente rayo luminoso, de un blanco purísimo, surgió de las

entrañas del Arca, alcanzó a los ángeles de la tapa y, formando un ángulo recto, alcanzó a uno de los carros. De este carro, alcanzó al segundo que estaba situado a su derecha, luego al tercero un poco más atrás y uno a uno a todos. En total catorce carros se estaban fundiendo, en el sentido literal de la palabra, ante los ojos de los asombrados observadores del búnker. Todo ello sin ruido y a una velocidad asombrosa. No había tiempo de reacción.

—¡Las tripulaciones de esos tanques no hubiesen tenido tiempo de escapar de sus vehículos! —exclamó Hermann—. —¡Ha sido rapidísimo y sin ruido! ¿Cómo es posible? —se preguntaba Georg.

Kammler les invitó a salir del búnker y ver de cerca el resultado conseguido sobre los tanques. Tras felicitar a los técnicos que habían llevado a cabo la prueba y que serían sus compañeros, se dieron cuenta de que no podían acercarse a los destrozados carros de combate. La temperatura era altísima. El acero fundido de los blindajes aún caía como si fuese chocolate caliente. Era algo sobrecogedor. Hermann seguía pensando en las tripulaciones.

—Pues imagínese qué le puede suceder a un barco o a un edificio alcanzado... —dijo Kammler.

La temperatura fue bajando y pudieron acercarse más a los pesados vehículos. Lo que habían sido potentes y orgullosos carros de combate se mostraba ahora como montañas de metal fundido que, a duras penas, dejaban entrever su forma original. Un cañón apuntaba hacia el cielo, tras haberse fundido su torreta y su soporte interno. Varias ruedas habían perdido sus soportes y habían caído de lado. Se veían los eslabones de las cadenas, rotos y medio fundidos por todas partes. Horst y sus hombres, soldados carristas, tuvieron muy clara la potencia calórica del rayo emitido por el arca. No había blindaje ni protección contra el rayo.

Emil Riemer estaba entusiasmado de haber podido ver el Arca de la Alianza en acción.

—Hubiese pagado lo que fuera por ver esto. Solo conocía los relatos bíblicos y la verdad es que con ellos no puedes hacerte a la idea de la potencia del Arca. ¡Es increíble! No me sorprende el efecto que tuvo sobre las tribus de entonces y la victoria en el campo de batalla para los judíos —todos intentaron recordar lo que sabían del Arca antes de todo esto y era una idea difusa y totalmente legendaria e irreal. Ahora estaba ante ellos y la habían visto funcionar.

—¿Qué alcance tiene el rayo, general? —preguntó Horst, algo más frío aunque sorprendido ante la demostración. —No lo hemos probado en campo abierto, pero los cálculos que hemos desarrollado nos permiten hablar de, como mínimo, veinte kilómetros —contestó Kammler. La sorpresa fue general. Gross miró a Horst como queriendo decir que aquello era increíble. Uno de los técnicos, el doctor Karl Throll, especialista en flujo eléctrico y gravedad cero y que había realizado *el disparo*

ayudado por sus colegas, añadió:

—Efectivamente, los cálculos realizados hasta ahora nos indican esa distancia, pero yo soy mucho más optimista y creo que el alcance puede ser muy superior. De hecho, el rayo puede trabajar de dos maneras. Una es de tal modo que a medida que la distancia con el objetivo es mayor tiene efecto abanico y se abre mientras avanza hacia ese objetivo. Eso quiere decir que su capacidad de destrucción es brutal con todo lo que hay alrededor. El segundo sistema consiste en que el Arca concentra todo ese poder calórico del rayo en una especie de tubo que no tiene el efecto abanico que les he comentado. La precisión así es absoluta —todos seguían atentamente la explicación, sin dejar de mirar con aprensión los restos de los tanques—. Acérquense, por favor —añadió el doctor, mientras él y sus compañeros se sacaban las ropas de protección.

Todos llegaron junto al arca.

—Tóquenla —invitó. Aunque con cierta aprensión, lo hicieron. Estaba totalmente fría. Era sorprendente.

—¡Su aislamiento es perfecto! —añadió Throll.

—¿Cómo se puede apuntar con ella al objetivo? No se ve ningún sistema óptico —dijo Georg mirando los dos ángeles—. ¿Cómo busca al enemigo...? —añadió.

—Esos ángeles son el sistema de tiro. Son un sistema muy simple que cualquiera puede utilizar —contestó el doctor Emil Selmann, especialista en energía nuclear, el más joven de los tres—. Si están perfectamente encarados el uno frente al otro y sus alas casi se tocan, el rayo es concentrado como en la prueba que acaban de ver. Para lograr destruir los tanques de la forma en que lo hemos hecho, casi en cascada, se debe apuntar al primero y el rayo trabaja escalonadamente hasta que llega al último y allí se detiene. El rayo capta que no hay más ingenios metálicos alrededor y capta también, en este caso, el muro que hay detrás, que no es del interés de los usuarios del Arca —tras unos instantes, añadió—. Se podría decir que es un *rayo inteligente*, si me permiten esa expresión. Por otro lado, el sistema en abanico es más brutal y los ángeles no han de estar encarados. Como ha dicho mi colega, el doctor Throll, lo destruye todo en su avance. Esa prestación es ideal para lucha callejera, donde hay que demoler edificios y zonas que obstaculizan el avance o sirven de refugio a francotiradores. ¡No hace perder el tiempo ni malgasta vidas!

—¡Ojalá lo hubiésemos tenido en Varsovia, Stalingrado, Sebastopol y tantas otras luchas callejeras que nos han costado miles de víctimas! —dijo Kammler con amargura. Tenía razón y no solo en vidas, que fueron de un coste brutal, sino también por el tiempo que costó cada batalla. El Arca parecía agilizar todo ese problema y reducirlo totalmente.

—Hay un punto muy importante que no hemos comentado —continuó Kammler —, y es que el Arca no produce residuos de ningún tipo ni altera las cosas que no

toca. Supone una gran diferencia respecto a los explosivos convencionales y, por descontado, con respecto a la energía nuclear aplicada militarmente. Una ciudad bombardeada atómicamente se convierte en un lugar inhabitable por muchos años. Lo hemos comprobado en las pruebas que hemos realizado hasta ahora, y ya les dije que nuestra física desestima la energía atómica como arma. Nosotros vamos por otro camino científico. El arca es limpia en ese sentido.

No era una mala conclusión, pensaron todos. Solo habían conocido y usado armas de gran poder destructivo, que en la mayoría de las ocasiones no solo acababan con el enemigo, sino que producían una gran destrucción en los alrededores. Y eso tenía un coste de reconstrucción. Un ejemplo había sido la absurda destrucción de la Abadía de Monte Casino ese mismo año, cuna de la orden benedictina de San Benito y tumba de su fundador.

Georg miraba los ángeles, ya que el sistema de tiro le seguía intrigando. Él era apuntador en el tanque Tigre que había tripulado junto a Horst y los demás. Era su oficio como soldado.

—En la base de los ángeles hay unos signos, doctor Throll —dijo, mientras señalaba el punto sobre la tapa del Arca. Todos se acercaron a mirar con más detenimiento lo dicho por Georg. Efectivamente, unos signos muy extraños estaban alrededor de los ángeles, en toda su circunferencia. Parecían una graduación de más a menos. Estaban perfectamente escritos encima y con un relieve muy suave. Mostraban cierto nivel tecnológico, pero resultaban incomprensibles para todos ellos. Emil los miró también, pero acabó reconociendo el desconocimiento absoluto de su origen y su traducción.

—Tal como les dije, tengo equipos trabajando en la traducción de esos y otros signos internos del arca. Por simple deducción empírica, los doctores aquí presentes han llegado a determinar qué son esos signos y su uso, como han podido ver —mientras Kammler hablaba, volvió a lloviznar suavemente.

El doctor Throll intervino en este punto.

—Como dice el general Kammler, ha sido una deducción empírica y de sentido común. Quien diseñara el Arca y planeara su funcionamiento no estaba muy lejos de nuestra forma de razonar y, por ello, creemos que debió de tratarse de un ser humano, aunque no sabemos quién. Por otro lado, y como colofón a la explicación, debo indicar algo muy importante y es que, una vez que los ángeles están en posición de tiro, es decir, cuando hemos graduado su ángulo en concentración o abanico, disponemos de cinco segundos antes del *disparo*. Es un detalle muy importante —evidentemente lo era, y así lo confirmaron todos.

En aquel momento se oyó la NSU Kettenkrad que se ponía en marcha para arrastrar de nuevo el Arca y su plataforma.

—Pero una pregunta, doctor Throll —dijo Georg mientras iban caminando de

nuevo al pasillo entre los edificios para regresar a las salas subterráneas—: cuando localizamos el Arca en Etiopía, los ángeles estaban encarados uno frente al otro y el arca estaba sin funcionamiento. ¿Cómo es posible?

Throll sonrió.

—Es muy simple. Los ángeles están sobre unas guías que no se ven, pero que hacen que se desplacen hacia delante o hacia atrás unos cinco centímetros. Para activar el arca, tenemos que aproximar las figuras y situarlas en función de cómo queremos el rayo. Si las separamos esos cinco centímetros la una de la otra, el arca se desactiva. Ese es el secreto. Son un conmutador de puesta en marcha.

Georg también sonrió.

—¡Muy ingenioso!

Entraron en el edificio y se encaminaron al montacargas.

—Además —continuó el doctor Throll—, las alas del ángel frontal son el conducto a través del cual surge el rayo. El rayo sale de la caja central a través de la propia tapa, sin dañarla, y formando un ángulo recto se dirige a su objetivo. Es algo que aún no hemos descubierto cómo funciona.

Mientras hablaban, llegaron hasta el edificio donde estaba el montacargas. Horst miró al doctor Throll.

—Yo también tengo una pregunta, doctor Throll. ¿Cómo han sabido cuál es la parte delantera y la trasera? No sé distinguir cuáles son. El arca me parece igual en su totalidad —Gross, que estaba junto a ellos, también confirmó esa duda. En aquel momento, la NSU Kettenkrad entró en el amplio montacargas y detuvo su marcha. El montacargas inició su bajada.

—Mire esto, *Hauptsturmführer* Bauer —dijo el doctor Throll—. Creo que contestará a su pregunta. ¿Cómo son los rostros de los ángeles? ¿Ve alguna diferencia notable?

Horst miró con detenimiento las dos figuras. La que estaba en la parte delantera mostraba un rostro repelente, casi demoníaco. El ángel posterior tenía un rostro beatífico que casi emanaba paz.

—Esa es la clave, señores. Hemos dicho antes que quien diseñó y fabricó el Arca pensó en que cualquier persona pudiese utilizarla sin demasiadas complejidades.

El grupo aún no acababa de entender el significado de las palabras del doctor. El general Kammler sí lo sabía, y sonreía.

—La parte delantera del arca, es decir, el ángel demoníaco, señala al enemigo, y el usuario en la parte trasera está indicado por el rostro beatífico. No da lugar a dudas. Lo descubrimos utilizando el sentido común y ¡funcionó! —todos miraban al detalle las dos figuras, que realmente mostraban una diferencia clara en sus rostros y expresiones. Los ángeles son la clave del funcionamiento del Arca. Dirigen toda la maniobra interna de carga y disparo. De hecho, no hay que abrir el Arca para nada.

Está pensada para un uso y manipulación externa muy simples. No es necesario desmontarla y manipularla internamente.

Emil, que escuchaba atentamente la explicación, intervino en este punto.

—Eso fue lo que pasó según los textos bíblicos, pero no lo entendíamos. Quienes imprudentemente la abrieron, o bien murieron instantáneamente o enfermaron muriendo al poco tiempo. Está muy claro —Emil parecía haber resuelto un gran enigma, que de hecho lo era. El montacargas llegó a su destino y rápidamente salieron todos, y luego la NSU.

—Nosotros la hemos abierto con el máximo cuidado —indicó el doctor Kurt Zinkenbach, el especialista en sistemas antigraavitación—. Internamente es un aparato sencillo, con un sistema de conexiones muy curioso, que estamos copian do para algunos desarrollos que tenemos en marcha. De hecho consta de una batería atómica, perfectamente sellada y sin fugas, un potenciómetro, un reflector de cuarzo de alto voltaje y todo ello trabaja en lo que llamamos termodinámica inversa, que es un concepto innovador que estamos estudiando. Creo que es un aparato fabricado por el ser humano. Pero no sé por quién.

Kammler intervino, ya que seguía con sumo interés la explicación, aunque era fácil adivinar su amplio conocimiento del tema.

—Hemos calculado y comprobado varios principios que el Arca tiene utilizando una máquina de computación numérica que tenemos en Göttingen y que usamos para cálculos balísticos y de estabilidad en vuelo. Los resultados son increíbles. El arca es el arma definitiva.

La computadora a la que se refería el general Kammler estaba en Göttingen y se usaba en complejos cálculos aeronáuticos y de trayectoria balística. Se usaba también para los cálculos de las V2, del cohete A4 y de la bomba atómica, tanto de uranio como de plutonio. Podía resolver ecuaciones muy complicadas entre uno y tres minutos como máximo, con errores de menos del 3%. Estuvo operativa desde 1942 y fue capturada por los aliados al final de la guerra. No se sabe qué se hizo de ella. Hubo tres modelos, siendo la de 1944/45 la más evolucionada y capaz de realizar trabajos muy complejos. La máquina de computación de Konrad Züsse y la de Göttingen fueron muy superiores a la aliada ENIAC, y previas históricamente a ella.

El doctor Throll siguió.

—El uso del Arca estaba destinado a un tipo de gente poco desarrollada culturalmente y que con unos mínimos consejos de uso podían hacerla funcionar: el pueblo judío.

Emil tenía todavía algunas dudas.

—La Biblia dice que también podía conectarse o hablar con Dios a través del Arca. Era como un transmisor de radio. ¿Se ha descubierto esa posibilidad? —Throll respondió afirmativamente con la cabeza a las palabras de Emil—. De hecho, esa

parte del Arca es la que estamos estudiando ahora y hemos desmontado lo que parece ser el transmisor. Puedo decirle que solo captamos estática y, por lo tanto, quien recibiese o enviase la información en aquella época, no está ahora escuchándonos...

### **XIII. Realidad predeterminada en acción**

La sala de traslados estaba en plena ebullición. Los técnicos iban de un lado para otro tratando de que nada quedase sin control o provocase un fallo en la operación. De hecho, era el traslado más importante por la repercusión directa que se pretendía que tuviera en la Historia. Kammler estaba en el piso superior, desde donde la vista abarcaba toda la inmensa sala. Con él había varios científicos, entre los que destacaban los doctores Gerlach, Schoppe, Gebhardt, Helle, Debus y otros. Aquello era importante de verdad. Horst repasaba con sus hombres sus uniformes, credenciales, armas de mano, etc. Tocó de nuevo la carta del Führer que debería ser el salvoconducto y que llevaba en el bolsillo interior superior de su guerrera. Se notaba nerviosismo en todos ellos, aunque trataban de superarlo aparentando tranquilidad. El Arca ya estaba allí y los técnicos también, repasando sin descanso cualquier detalle de importancia. Nada podía fallar.

Un suave zumbido se oía en toda la estancia. Era potencia en estado puro. Era la energía que haría que la Campana se pusiese en movimiento y los trasladase en el tiempo. Parecía que los científicos estuvieran calentando motores. Un gran reloj redondo de pared indicaba la hora, aunque su esfera era de 24 horas y no de 12 como los tradicionales. Quedaban unos 38 minutos para iniciar el proceso. Horst no podía evitar pensar en el mal rato que se pasaba y en su cuerpo estirándose en ningún sitio. Esperaba que fuese el último traslado y que gracias a estas misiones de alto riesgo sus futuras actividades militares en primera línea quedasen relegadas a un segundo plano y pudiese dedicarse más a su familia, en la cual pensaba constantemente.

Georg le miraba.

—Adivino tus pensamientos Horst... ¡No puedes más! —sonrió.

Horst no podía ni quería disimular.

—¡Exacto! Tengo ganas de que todo esto termine y poder volver con Alexandra y los chicos. Sus últimas cartas no son precisamente halagüeñas. El racionamiento es muy duro y Potsdam ya entra como objetivo de bombardeo aéreo. Menos mal que Bruno y Matthias ya están en una Napola en Baviera. Pero sufro por los pequeños y por Alexandra.

Miró hacia arriba, donde estaban Kammler y sus técnicos.

—Por otro lado, Georg, quiero participar en este proyecto, que puede ser la salvación de nuestra patria. Kammler es muy duro, pero creo que sabe a dónde va y tiene muy claro su objetivo final. Es una ocasión única.

Una voz metálica indicó a través de un altavoz que quedaban 30 minutos para iniciar el traslado. Más carreras, más controles, más verificaciones, más análisis. Todo se aceleraba, ya que la responsabilidad era muy alta. Gross estaba preparado y

sus hombres también. Por su parte, solo quedaba esperar. Ya habían cumplido con su trabajo hasta ese momento. Los tres técnicos del grupo de Horst, ayudados por personal del laboratorio trasladaron el Arca hasta un punto concreto dentro del cilindro acristalado, en cuyo centro estaba la Campana. El Arca estaría algo más cerca que ellos de la Campana. Todos miraban cómo se llevaba a cabo la operación. Un técnico indicó el lugar exacto donde debía dejarse, y así se hizo.

—¡Veinte minutos! —anunció la voz.

Kammler llegó hasta ellos en ese momento.

—Bien, señores, no voy a repetir la importancia de su misión y el cambio histórico que resultará de la misma. ¡Sé que lo conseguirán! ¡Heil Hitler!

La respuesta al saludo alemán fue contundente por parte de todo el equipo.

—Yo voy a estar arriba, en la sala de control, y no perderé detalle. Les deseo éxito —estrechó la mano de todos y cada uno de los integrantes del grupo. Podía parecer un detalle nimio, pero insufló más motivación a todos ellos. Kammler sabía modular el contacto con su gente a pesar de su agresividad y resolución.

Un técnico se acercó hasta ellos y les indicó que ya podían situarse en el pasillo central de la corona circular, manteniendo la distancia entre ellos. El protocolo anti-gérmenes y bacterias aquí no se efectuó, ya que no tenía sentido por la proximidad temporal del destino. Los técnicos que irían con ellos estaban visiblemente nerviosos y la noche anterior habían preguntado varias veces cómo funcionaba un traslado. A pesar de haberlo intentado, era difícil la explicación. Había que vivirlo. Eso no tranquilizó a los tres novatos, a pesar de sus profundos conocimientos científicos.

El tiempo iba corriendo y con él el inicio de la cuenta atrás. El reloj marcaba las 3:45 de la madrugada y todo seguía su curso sin variaciones. Solo quedaban cinco minutos para partir. El zumbido de fondo subió algo en intensidad y el número de personas a la vista se redujo considerablemente. Solo estaba el personal absolutamente imprescindible en ese momento. En el búnker a nivel de suelo había tres técnicos que manipulaban un aparato que no veían desde donde estaban. Parecía un armario metálico muy grande. Kammler, desde su atalaya, miraba el proceso con seriedad. Horst observaba desde su posición entre las dos paredes de cristal cómo todo se iba preparando. Georg y Gross, a ambos lados de él, también se miraron por un instante. Los técnicos que iban a ir con ellos no podían ocultar su preocupación. Era toda una experiencia para ellos. Las dos paredes de cristal comenzaron a girar en sentidos inversos, primero de forma lenta y después fueron acelerando su rotación.

Varios chasquidos eléctricos sonaron de repente. El proceso empezaba.

—Colóquense las gafas —ordenó la voz metálica a través del altavoz. Así lo hicieron todos. Horst miró el Arca y se ajustó sus gafas de protección. Los 16 hombres de este traslado se prepararon ante lo que se les venía encima. Nuevos chisporroteos eléctricos de alta intensidad iban generándose con mayor frecuencia. El

zumbido de fondo había subido mucho su volumen. La pared interior de cristal comenzó a elevarse, como en el traslado anterior. La vibración comenzaba a ser muy acusada. La pared había alcanzado una altura que les exponía directamente a la Campana, que giraba a gran velocidad sobre sí misma a unos pocos metros de ellos. Horst temía la sensación de rotura que siempre sufría. Era horrible. La vibración y los chasquidos eléctricos habían aumentado notablemente creando un ruido que comenzaba a ser insoportable. Comenzaba a notarse el tirón en los cuerpos, primero lentamente y luego con más fuerza.

La electricidad parecía pasar a través de ellos. Una luz muy potente y un arco voltaico de gran intensidad surgieron de la Campana y les rodearon rápidamente. Una esfera casi sólida se formó desde la máquina hacia ellos. Estaban dentro de algo aparentemente sólido que había producido la Campana. Hormigueos muy intensos subían de sus pies hasta sus cabezas y una fuerza descomunal pareció arrastrarles de forma brutal. El espacio y el tiempo no tenían ningún sentido para ellos en ese momento. La sensación de rotura era solo eso, una sensación. La sala donde estaban hacía unos instantes aparecía vacía. La Campana dejó de rotar y poco a poco todo volvió a la normalidad.

El cuerpo de guardia frente al hotel Meurice no daba crédito a lo que estaba sucediendo allí en aquel momento. Había surgido de la nada frente a ellos. La intensidad de la luz producida por el extraordinario fenómeno había iluminado buena parte de la Rue Rivoli y había hecho que los guardias se guareciesen ante tal intensidad. Apenas había producido ruido y eso era muy curioso. Un humo blanquecino luminoso no permitía ver qué sucedía entre los arcos del edificio del hotel. A pesar de la espectacularidad de la aparición, no parecía hostil y, además, ¡creyeron oír voces en alemán! Unas sombras se movían y empezaban a surgir de aquella humareda que iba disipándose poco a poco.

¡Eran alemanes! A pesar de ello, les dieron el alto al instante. Aquello era muy extraño y superaba todo lo que el sargento Fritz Bauern, responsable del cuerpo de guardia del hotel Meurice, había visto en toda su vida militar.

—¡Alto! ¡Arriba las manos! —ordenó un soldado que se había adelantado al sargento.

Los cinco soldados de guardia apuntaban con sus armas a los recién llegados, que les sobrepasaban ampliamente en número. El sargento se aproximó a aquellos hombres que parecían despistados en aquel momento. Los uniformes moteados SS eran alemanes y su aspecto físico general también, pero ¿quiénes eran? ¿De dónde habían salido? Una especie de gran bulto tapado con una funda aparecía detrás de ellos en el suelo. Unos palos sobresalían de él. El sargento Bauern no podía imaginar qué era aquello.

Uno de los recién llegados se dirigió a él.

—Sargento, soy el *Hauptsturmführer* SS Bauer y este es mi equipo especial. Necesitamos ver de inmediato al Comandante del Gross Paris, el general Wilhelm Von Boineburg. Estamos aquí por orden directa del Cuartel General del Führer.

El sargento Bauern estaba tan sorprendido como sus hombres.

—¿Cómo dice? Creo que primero deberán acompañarnos a la garita de guardia para proceder a su identificación. Todo esto es muy extraño... —se giró hacia unos de sus hombres—. Hans, pide refuerzos mientras tratamos de averiguar qué es todo esto.

El soldado se dirigió a un teléfono en el hotel, desde donde solicitó los refuerzos. El sargento pidió al grupo que entrase en el vestíbulo del hotel.

Antes de entrar, Horst habló de nuevo con el sargento. Sabía que ese sargento tenía el máximo poder en esos instantes y podía abatirles sin contemplaciones. Debía seguir los protocolos de la guardia y aquello era el Cuartel General del Gross Paris, el lugar más importante de la ciudad.

—Sargento, comprendo sus dudas, pero nuestra misión es de la máxima importancia. Debemos traer con nosotros ese bulto —dijo señalando el Arca.

Mientras hablaban, los demás componentes del grupo se pusieron en posición de firmes en fila de a dos, bajo los arcos y frente a la puerta de entrada del hotel. La situación era ciertamente surrealista y superaba a los soldados de guardia.

—¿Qué es ese bulto? ¿Qué ocultan bajo esa funda? —preguntó el sargento, que sí veía que aquellos hombres no representaban una amenaza y se avenían a obedecerles.

—No le puedo dar más explicaciones. Ese es el motivo de nuestra presencia aquí. Necesitamos ver de forma inmediata al general Von Boineburg, sargento —dijo Horst, con una cierta impaciencia, pero manteniendo la cortesía—. ¿Podría ver a algún oficial del Estado Mayor ahora? —preguntó a continuación.

—Déjeme ver su documentación, *Hauptsturmführer* —so li citó Bauern. Aquello parecía que comenzaba a funcionar, aunque el resto de la guardia seguía apuntando con sus armas al grupo que permanecía en posición de firmes y a la espera de novedades.

Horst entregó sus papeles militares de identificación y a continuación el sargento Bauern llamó por teléfono. Horst no podía oír lo que decía, pero era evidente que Bauern esperaba órdenes sobre qué debía hacer con aquel grupo que tan sorprendentemente había aparecido allí. Volvió y entregó la documentación a Horst.

—Está todo en orden, *Hauptsturmführer* Bauer. Esperen aquí y ahora vendrá el ayudante del general Von Boineburg.

Un ruido de motores iba a aproximándose al hotel desde la Plaza de la Concordia. Un tanque Panther giró a la Rue Rivoli hacia donde estaban, precedido por un *Kubelwagen* y seguido por dos camiones. Se podían ver las siluetas de los vehículos, contrastadas con un cielo que clareaba muy ligeramente. La comitiva detuvo su

marcha ante el hotel y de los camiones bajaron unos veinte soldados que, rápidamente, rodearon la zona. Era el refuerzo que habían solicitado.

Del *Kubelwagen* se apeó un teniente de infantería muy condecorado, que se dirigió hacia el cuerpo de guardia.

—¿Qué sucede, sargento? ¿Cuál es el problema? —dijo mirando al nutrido grupo que se mantenía en posición de firmes—. ¿Quiénes son esos hombres? —añadió refiriéndose a ellos.

Todo era muy extraño, ya que eran alemanes y de las SS y estaban retenidos... Otro oficial se apeó del Panther y seguido por dos miembros de su tripulación, también se aproximó a todo el grupo. Sus uniformes negros destacaban entre los de color gris de campo de infantería. Horst contemplaba todo aquello con tranquilidad. A pesar de todo, no pintaba mal la situación y aquellos soldados estaban cumpliendo con su deber. El sargento Bauern explicó lo que había pasado desde la súbita aparición de aquellos hombres hasta la comprobación de la identidad de Horst. Luego Bauern introdujo a Horst ante el teniente que parecía comandar el grupo recién llegado.

—Soy el teniente de infantería Julius Müller, del Primer *Sicherungsregiment*, y se nos ha llamado para reforzar la situación. ¿Qué ha sucedido?

Horst no vaciló.

—Teniente Müller, nuestra presencia aquí es del máximo secreto y nuestra misión es ver al Comandante del Gross Paris, el general Wilhelm Von Boineburg. No puedo entrar en más detalles. Me consta que uno de sus ayudantes personales vendrá enseguida. Esos son mis hombres y ese bulto forma parte de nuestro equipo.

Müller miraba con curiosidad aquel bulto tapado.

—Evidentemente no queremos interrumpir la vigilancia normal que ustedes realizan ni queremos representar ningún problema para nadie.

El teniente Müller parecía perplejo por la situación, pero también era consciente de que no parecía haber un peligro real en aquellos hombres. No entendía la necesidad de refuerzos.

—Pero ¿cómo han llegado hasta aquí, *Hauptsturmführer* Bauer?

Horst sonrió ante la pregunta, por otro lado perfectamente lógica.

—Es una historia muy larga, teniente Müller y que, por ahora, no estoy autorizado a explicar. Lo lamento. Como ya he dicho, debemos ver al Comandante del Gross Paris, general Von Boineburg —mientras hablaba, se oyeron taconazos y órdenes secas de los miembros de la guardia. Un elegante oficial de artillería apareció en el umbral de la puerta de entrada al hotel. Pasó frente al grupo que se mantenía en posición de firmes y que saludó militarmente al recién llegado. Este llegó hasta donde estaban Müller, Horst y los carristas. Todos hicieron el saludo alemán.

—Soy el capitán de artillería Heinrich Koch, asistente del general Von Boineburg.

¿En qué puedo ayudarles, señores? —de nuevo Horst se presentó y entregó el sobre oficial del Cuartel General del Führer al capitán Koch. Este lo leyó con interés y acto seguido ordenó que pasasen todos al vestíbulo del hotel.

—El general está durmiendo en este momento, pero le avisaré ahora mismo. Permítame el documento, *Hauptsturmführer* Bauer —Horst se lo entregó e hizo que metieran el Arca en el hotel. *Esto empieza a rodar*, pensó.

Sus hombres se sentaron en las cómodas butacas y sofás de la recepción del Hotel Meurice. Estaban agotados todavía por la experiencia del traslado. Los doctores Throll, Seltsmann y Zinkenbach estaban como flotando tras su experiencia temporal. No podían creer que estuvieran allí. A pesar de su formación técnica y sus amplios conocimientos, la experiencia había sido algo extraordinario para ellos. Georg y Gross estaban con Horst de pie, junto al mostrador de recepción, esperando noticias. Un calendario en la pared indicaba la fecha de 25 de mayo. ¡Estaban a solo una semana y media del desembarco!

—No tenemos mucho tiempo... —dijo Gross, señalando con la mirada puesta en el calendario. Los soldados de refuerzo subieron de nuevo a sus vehículos y desaparecieron en la noche, que empezaba a romperse al despuntar un nuevo día en aquél París de finales de mayo de 1944. El sargento Bauern y sus soldados de la guardia regresaron a sus lugares de control. Todo volvía a una cierta normalidad.

Al cabo de quince minutos, el capitán Koch bajó por las escaleras y pidió a Horst que subiese. Horst se hizo acompañar por Gross y Georg, sin que hubiese inconveniente por parte del capitán. Al llegar al primer piso, Koch les condujo por un pequeño pasillo hasta una puerta a su izquierda. Golpeó suavemente la puerta con los nudillos y se oyó una voz que le permitía el paso. Era un despacho, con una excelente vista a la Rue Rivoli y los Jardines de las Tullerías. La bandera con la cruz gamada ondeaba suavemente. El día ya despuntaba, y sería de nuevo caluroso. El general Wilhelm Von Boineburg, que estaba sentado en su mesa de trabajo, se incorporó tras firmar un papel, que entregó al capitán. Un gran mapa de París estaba en la pared y dividía la ciudad en distritos militares. Todos los alrededores también estaban divididos siguiendo los mismos criterios.

—Buenos días, señores. Soy el general Wilhelm Von Boineburg, comandante del Gross Paris.

Todos hicieron el saludo alemán, aunque no iba a ser preceptivo hasta el 20 de julio del mismo año, tras el atentado contra el Führer en Rastenburg. Pero eso no había sucedido todavía...

Horst se presentó, así como a Gross y a Georg. También reconoció la carta del Führer que estaba sobre la mesa. Von Boineburg parecía de buen humor.

—Reconozco que es muy pronto, pero su misión es muy importante, señores —dijo señalando el documento—. ¿En qué puedo ayudarles, qué necesitan?

Horst miró a sus compañeros y al general.

—General Von Boineburg, quisiera verle a solas para comentarle la razón de nuestra presencia aquí y en qué nos puede ayudar.

Von Boineburg asintió.

—Muy bien.

El capitán Koch comprendió que debía ausentarse en ese momento y, sin dilación, salió de la estancia tras la aprobación del general. Este les indicó que se sentasen.

Horst comenzó.

—Lo que le voy a explicar, general, puede parecerle increíble, pero es real, tan real como que estamos aquí ahora con usted. Formamos parte de un proyecto ultrasecreto bajo la dirección del general SS doctor Hans Kammler. El Führer nos ha mandado del futuro al pasado.

Von Boineburg puso cara de no comprender este último comentario.

—Nosotros venimos de noviembre de este mismo año y sabemos todo lo que sucedió en el asalto aliado a Francia a través de un desembarco masivo en Normandía, que se producirá en la madrugada del próximo seis de junio. Estamos aquí para evitar ese desembarco y cambiar el curso de los acontecimientos.

El general no daba crédito a las palabras de Horst.

—Pero ¿qué está diciendo, *Hauptsturmführer* Bauer? He visto y oído cosas increíbles en mi vida militar, pero nada igual a esta historia...

Horst intuyó, al igual que sus compañeros, que el asunto requería más persuasión. Extrajo de su bolsillo el sobre que le había entregado el general Kammler, con fotos de situaciones que aún no se habían producido.

—Mire esto, general —dijo, mientras entregaba unas fotos en las que se veía al general Dietrich Von Choltitz detenido frente al hotel Meurice, vapuleado por la multitud enfervorecida y otras con escenas de los combates callejeros en la Rue Rivoli y otras zonas de París. Añadió otra de un tanque Panther destruido en la Plaza de la Concordia.

El general las miró en silencio. Pensaba en su familia. Horst siguió.

—Corresponden al día 25 de agosto de 1944 y es el fin de nuestra presencia en París. El general Dietrich Von Choltitz será su sustituto como comandante del Gross Paris, dieciséis días antes de la capitulación de la ciudad.

Von Boineburg seguía absorto mirando las imágenes.

—Conozco al general Von Choltitz y sin duda es él. No se cómo han podido hacer esas fotos, pero parecen reales.

Horst puso cara de circunstancias.

—Lo son, general. Lo son. Ese es el destino de la guarnición de París si antes no hacemos algo para evitarlo —recalcó.

Von Boineburg siguió.

—Comprendan que todo esto resulta increíble. Las fotos son impresionantes y no se cómo las han conseguido. Me parece imposible que vengan del futuro reciente. Entiéndanlo —el general parecía más dispuesto a creerles, ya que las fotos eran de muy difícil discusión—, estoy aturdido. Dígame en qué puedo ayudarles desde la comandancia del Gran París.

Horst no tenía dudas.

—Por un lado, necesitamos que nos facilite transporte seguro hasta Normandía para instalar nuestra base y armamento allí. Y por otro, y a través del Cuartel General del Führer, se debe poner en sobreaviso a todas las tropas acantonadas en Francia, Bélgica y Holanda para que se trasladen lo más rápidamente posible a la zona del desembarco y preparen la defensa sobre las playas. Nosotros conocemos el plan aliado, qué playas son y qué tropas intervienen. Podemos devolverlos al mar enseguida y con grandes pérdidas para ellos.

Von Boineburg escuchaba atentamente las solicitudes de Horst.

—Pero, *Hauptsturmführer* Bauer, eso quiere decir que debo hablar con el Führer y convencerle de ese ataque aliado sin más datos que lo que usted me está explicando. Significa movilizar a cincuenta y ocho divisiones situadas al oeste del Rin, muchas de ellas blindadas y más de medio millón de hombres en ¡una semana! —el general movió la cabeza negativamente—. Yo no puedo hacer eso... entiéndalo. No hay tiempo.

Horst no quería vacilaciones en aquel momento.

—¿Qué le da más miedo general, perder Francia y condenar a Alemania a la derrota o hablar con el Führer y solicitarle todo eso?

Von Boineburg se puso de pie con un gran enfado.

—¡*Hauptsturmführer* Bauer, no le tolero que se dirija a mi en ese tono! ¿Quién se cree que es? Acaba de llegar con sus hombres al Gross París de una forma no aclarada, traen una carta del Führer que en teoría ha sido redactada por él en el futuro y además me pide que mueva un cuerpo de ejército completo por un supuesto desembarco aliado a principios de junio.

Horst, Georg y Gross escuchaban atentamente al general. Aquello podía torcerse en cualquier momento por una situación no prevista.

Von Boineburg siguió.

—En realidad no sé quienes son ustedes. Pueden ser espías aliados que quieren convencerme para lograr mi colaboración en algo increíble que dicen que sucederá y mover las tropas del Paso de Calais hacia Normandía. La documentación que muestran parece convincente, pero pueden ser falsificaciones muy bien elaboradas por el servicio secreto británico. No es la primera vez que vemos documentación falsa muy bien hecha.

Horst y sus hombres veían cómo aquello se estaba poniendo difícil.

—Puedo comprender sus dudas, general, y no era mi intención provocarle o insultarle. No dudo de su bien labrada reputación militar, pero lo que le hemos explicado es rigurosamente cierto. Alemania tiene una oportunidad histórica para cambiar los acontecimientos que sucederán irremediabilmente si no actuamos y que la abocarán a una situación insostenible.

Von Boineburg, sin contestar, se ajustó el monóculo y descolgó el teléfono. Solicitó al operador hablar con su ayudante de campo, el subteniente conde Dankvart Von Arnim, que al poco, se puso al otro lado de la línea.

—Conde Von Arnim, lamento despertarle, pero tengo que verle inmediatamente. Es un asunto muy importante y necesito su presencia aquí. Le espero —colgó.

A Horst le pareció un trato sin protocolo, pero así era entre aquel viejo oficial con monóculo y el berlinés conde Von Arnim. El general Von Boineburg había sido mutilado por un tanque soviético en Stalingrado cuando estaba al mando de la 23ª División Panzer. Tras reponerse de sus heridas, fue destinado a París como comandante supremo de la ciudad y el extrarradio. Era un destino mucho más tranquilo.

—Necesito a Von Arnim, es mi ayudante de campo en temas militares en Francia y puede ser de gran ayuda en este asunto —se levantó e invitó a Horst y a sus compañeros a bajar de nuevo con los demás.

—Von Arnim llegará en una media hora. Si les parece pueden esperar abajo con sus hombres, mientras yo termino otros asuntos. Luego nos vemos de nuevo todos y hablamos de qué podemos hacer —hizo entrar al capitán Koch.

—Muy bien, general —dijo Horst.

Salió con Georg y Gross y, mientras bajaban por la escalera, Horst se detuvo un momento.

—No me gusta esto. Tenemos un problema y es que a pesar de que tenemos una carta del Führer, el Führer de mayo de 1944 no es el mismo que el de noviembre de este año y tampoco ha sufrido el atentado de julio. La carta que llevamos puede ser considerada falsa, como ha dicho Von Boineburg. El Führer dirá que no la ha escrito, como es lógico, con lo que podemos ser acusados de espías o saboteadores. Nuestra situación se está complicando. ¡Estamos viviendo una paradoja temporal!

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Gross de forma práctica.

Horst se acariciaba la barbilla.

—Tenemos solo dos opciones. Una es seguir como hasta ahora y reunirnos con Von Boineburg y Von Arnim, pero no sé cómo acabará. Sé seguro que se complicará. Y la otra es que actuemos por nuestra cuenta y lleguemos a Normandía, con el riesgo de ser capturados por la *Feldgendarmarie*, y entonces no tendremos escapatoria. ¿Qué opináis?

Georg movía la cabeza negativamente.

—Cualquiera de las dos opciones es mala. Yo también creo que el documento no es de gran ayuda ahora. Incluso es un problema. Si piden confirmación a Rastenburg, nadie lo va a confirmar y a partir de ese momento ya no tendremos nada que hacer. Nos apresarán.

—Y eso es lo que debe de estar haciendo Von Boineburg ahora: confirmar la autenticidad del documento —dijo con absoluta seguridad Gross, que también tenía el semblante serio.

Georg seguía preocupado.

—He llegado a pensar que quizás hubiese sido mejor no decir de dónde veníamos y limitarnos a ir a Normandía con el Arca y con la ayuda de Von Boineburg.

—Quizás tengas razón, Georg —dijo Horst mirando a su compañero—. Pero por ahora creo que lo mejor es seguir el juego y ver qué dicen en la reunión. ¡La suerte está echada! Irnos de aquí e intentarlo por nuestra cuenta puede ser un desastre de terribles consecuencias. Intentarlo por la vía oficial creo que es lo mejor —sus compañeros asintieron sus palabras, aunque tampoco tenían claro que fuese la mejor solución.

—Vamos a ver a los demás.

Bajaron las escaleras y llegaron a la recepción del hotel, donde el resto del grupo seguía sentado en las cómodas butacas y los sofás. El Arca estaba en medio, cubierta por la funda de transporte. Estaban solos.

—¿Cuándo salimos hacia Normandía? —preguntó sonriendo Hermann.

—Por ahora seguiremos aquí, señores. Estamos a la espera de novedades —contestó Horst a todos, aparentando tranquilidad.

Encendió un cigarrillo y salió a la calle a refrescarse. El día ya clareaba con fuerza. ¡París estaba muy bonito! pensó Horst. Podía ver desde allí un cartel indicador de direcciones, con nombres extraños para los franceses: *Der Militärbefehlshaber in Frankreich, General der Luftwaffe, Hauptverkehrsdirektion Paris, SS Feldlazarett* y muchos más. Si no se hacía nada, pronto se uniría *Zur Normandie Front*. Tenía que evitarlo. Apuró su cigarrillo frente a uno de los soldados de la guardia, que le sonrió. Entró en el vestíbulo. Gross y Georg hablaban con Klaus, Seelig y Kästner. Parecían animados. Se giraron hacia Horst, que se unió a la conversación. Mientras hablaba y escuchaba a sus hombres, su mente tenía muchas dudas sobre cómo actuar en aquel momento, trataba de valorar todas las posibilidades teniendo en cuenta el riesgo que cada una podía representar. Por otro lado, se veía responsable de sus compañeros, aunque sabía que le seguirían hasta la muerte si fuese necesario. No quería llegar a ese punto. Recordaba las muchas situaciones difíciles que había pasado con Klaus, Hermann, Georg y el malogrado Karl. Recordaba cómo este último le había salvado la vida al empujarle al exterior de su tanque ardiendo alcanzado por el fuego ruso. La decisión era muy difícil.

En aquel momento escucharon cómo un coche se detenía frente al hotel. El distinguido conde Von Arnim entró en el vestíbulo y se sorprendió del número de hombres que allí había. El saludo alemán resonó y el oficial continuó su camino hacia el primer piso, donde el solícito capitán Koch ya le estaba esperando. Al poco, el capitán volvió a salir y pidió que Horst, Georg y Gross se incorporasen a la reunión. Al instante ya estaban todos de nuevo en el despacho del general Von Boineburg. Von Arnim les saludó y Horst presentó a sus hombres ante el elegante oficial. Se sentaron frente a la mesa de despacho desde donde Von Boineburg se disponía a hablar.

—He comentado al conde Von Arnim el motivo de su presencia en París, también cómo han llegado hasta aquí y de dónde se supone que vienen —Von Arnim les miraba con curiosidad. No era para menos. Von Arnim no pudo ocultar su extrañeza.

—No puedo entender lo que me ha explicado el general Von Boineburg. Es una historia increíble. ¿Alemania dispone de una máquina que permite viajar en el tiempo? No lo hubiese imaginado nunca. Me parece imposible, señores.

—No me extraña lo que dice, conde Von Arnim —dijo Horst—. Pero así es y nosotros somos la prueba. Hemos realizado ya varias misiones en el tiempo. Tal como le he explicado al general Boineburg, formamos parte de un proyecto ultrasecreto de las SS científicas a las órdenes del general doctor Hans Kammler.

Von Arnim seguía con atención la explicación de Horst.

—Podemos explicarle cómo será la campaña por Francia y cómo los aliados lograrán sus objetivos hasta el 25 de agosto en que entrarán triunfantes en París. Estamos aquí para evitar todo eso y traemos un arma muy poderosa que nos ayudará en nuestro objetivo. Hemos traído fotografías que hemos obtenido de los semanarios aliados y que demuestran nuestras palabras —extrajo las fotos de su bolsillo y se las pasó a Von Arnim. Al igual que Von Boineburg, las miró con detenimiento y sorpresa.

—¿Y qué arma es esa, *Hauptsturmführer* Bauer? —preguntó Von Boineburg—. ¿Es la que está bajo una funda en el vestíbulo del hotel?

Horst afirmó con la cabeza.

—Sí, y hemos de situarla cerca de la playa Omaha, con el resto de las tropas que deberemos llevar allí para reforzar la defensa.

Von Boineburg puso cara de no comprender.

—¿La playa Omaha? ¿Qué playa es esa?

Horst se puso de pie y se aproximó a un mapa de Francia que estaba en la pared.

—Es donde desembarcará el contingente principal aliado —señaló la playa Omaha—. Americanos, para ser más precisos. Si lo desbaratamos, lograremos detener la ofensiva en toda su extensión.

Los dos generales escuchaban con atención aquella sorprendente información.

—Hay otras playas como Juno, Sword, Gold, Utah... —las señaló también—.

Pero Omaha es la más importante y decisiva. El desembarco pivotará en esa playa. Tiene casi seis kilómetros de longitud y cubre la distancia entre dos pueblos, Sainte Honorine des Pertes a Vierville sur Mer. La playa Omaha estará defendida en una primera fase por la división de infantería 716, formada en un 50% por rusos y polacos voluntarios. Es una división de segunda clase en este momento. Y luego también luchará la división de infantería 352, formada por veteranos alemanes del frente del este. Es una gran división comandada por el teniente general Heinz Hellmilch. En este momento se halla de maniobras a unos treinta kilómetros de la costa, entre Saint-Lo y Caumont.

Von Arnim pidió más información sobre qué pasaría. Horst no tuvo inconveniente.

—Tal como se ha escrito la Historia, perderemos mucho tiempo en llegar hasta Normandía y las diferentes playas. Las tropas que están en los búnkers son tropas de segunda clase, salvo alguna excepción, y muchos son voluntarios del este en trabajos de acondicionamiento. Un verso de Paul Verlaine en la BBC dará la señal de salida al asalto aliado. Habrá otro problema adicional y es que, a pesar de la magnitud del ataque por mar y aire, nuestro alto mando seguirá creyendo que el ataque principal vendrá por el Paso de Calais. Es una farsa aliada que el *Abwehr* no detectará o no querrá detectar. El mariscal Rommel tenía toda la razón al decir no solo por donde vendría el ataque realmente, sino que había que detenerlos en las mismas playas. Si avanzaban hacia el interior no los podríamos contener.

Von Boineburg afirmaba con la cabeza.

—Es cierto que Rommel ha repetido en numerosas ocasiones este punto. ¡Muy interesante! Me sorprende que sepan algo así.

Horst sonrió y se sentó.

—Venimos del futuro, general, aunque le cueste creerlo y sabemos qué pasó exactamente y muchos más detalles. La batalla por Francia durará tres meses hasta que París caiga. Y poco a poco, desde ese momento, nuestras tropas se irán retirando hasta las fronteras de nuestra patria, perseguidas por la potente maquinaria aliada — miró a sus interlocutores—. Podemos variar eso, pero les necesitamos a ustedes, y el Führer de noviembre de 1944 nos ha pedido conseguirlo a toda costa. ¡Es una ocasión única!

El poema de Paul Verlaine al que se refería Horst fue la clave de aviso a los pocos saboteadores de la *resistencia* que fueron recibiendo las órdenes por radio, a través de las transmisiones en lengua francesa de la BBC, desde Londres. Los jefes de los distintos comandos tenían la orden de escuchar cada día 1, 2, 15 y 16 de cada mes dichas transmisiones de la BBC. Tenían que poner especial atención a ciertas palabras clave y en este caso a unos versos del poeta Paul Verlaine sobre el otoño. Llegado el momento de escuchar estos versos, o sea el mensaje A, que se transmitiría en medio

de noticias intrascendentes, se indicaba que faltaba muy poco para que la invasión se iniciase. Por ello había que seguir escuchando cuidadosamente la segunda mitad de estos versos, el llamado mensaje B. El mensaje B quería decir que la invasión se iniciaría en cuarenta y ocho horas. El contraespionaje alemán conoció estos detalles y concretamente un solo hombre portador de este secreto se lo comunicó al almirante Canaris directamente. El verso decía:

*Les sanglots longs  
des violons  
de l'automme,*  
**(Mensaje A)**

*blesent mon coeur  
d'une langueur  
monotone*  
**(Mensaje B)**

Este era un verso lleno de tragedia y tedio, y el almirante Canaris recomendaba a los jefes que estaban escuchando las transmisiones desde Londres que estuviesen al tanto de las estrofas que iban siendo radiadas. Los expertos alemanes esperaron y no se dejaron engañar por un gran número de emisiones ficticias, porque ellos ya conocían el verso. La espera rindió sus frutos. El *Diario Oficial de Guerra* del Decimoquinto Ejército, responsable militar de la zona comprendida entre los ríos Sena y Mosa, contenía con fecha 5 de junio cinco apuntes en este sentido. El primero indicaba que la Oficina de Información Militar había escuchado la primera parte del verso de Verlaine, los días 1, 2 y 3 de junio. El segundo apunte mencionaba que a las 21.15 se había captado la segunda parte del verso. Los restantes apuntes 3, 4 y 5 seguían a las 21.20, 22.00, y 22.15 y dejaban traslucir la viva emoción del locutor que los radiaba. También estos apuntes indicaban que la noticia se había comunicado al comandante en jefe del Decimoquinto Ejército, al jefe de las Fuerzas de Occidente, a los altos mandos de los diversos cuerpos de ejército y a la 16ª División de Artillería Antiaérea. Este gran secreto fue transmitido también a los gobernadores militares en Bélgica y Francia, al general en jefe del Grupo de Ejércitos B y al Alto Mando del Ejército Alemán en Rastenburg.

Como muy tarde, a las 22.15 del 5 de junio de 1944, el Alto Mando del Ejército Alemán, el mariscal Von Rundstedt, el Cuartel General del Grupo Naval en París y el Grupo de Ejércitos Rommel estaban bien enterados de que la invasión estaba a punto de iniciarse. Aún no se había disparado un solo cañón. Las fuerzas aliadas estaban preparándose en los aeródromos británicos, a punto de despegar. Los aliados creían firmemente que el secreto se había mantenido. Pero los alemanes lo sabían todo,

aunque los aliados no tenían de qué preocuparse, ya que no iban a hacer nada. Un gran esfuerzo, una gran victoria del servicio secreto alemán había sido en vano. Los alemanes se negaban a admitir la realidad. Versos de Verlaine ¡Ridículo! ¡Acaso el general Eisenhower nos va a anunciar su invasión a través de las transmisiones de la BBC! ¡Imposible! Una buena parte de los mandos se hallaba fuera de su cuartel y muy lejos de Normandía. La noche del 5 al 6 de junio de 1944 transcurrió con trabajos de rutina, despreocupación y, en algunos lugares, reinaba una alegría totalmente inadecuada.

—*Hauptsturmführer* Bauer —dijo el general Von Boineburg—. No voy a engañarle a usted ni a sus hombres. He pedido confirmación por teletipo de su carta a Rastenburg, pero el Führer está durmiendo en este momento. Nadie parece conocer el documento, pero quiero hablar con Hitler. Estamos a la espera. Si el Führer no sabe nada, me veré en la obligación de detenerlos. Si no, recibirán toda mi ayuda. Comprenda mi situación.

Sin decir nada, aunque moviendo la cabeza afirmativamente Horst comprendía la situación. Miró a sus compañeros.

—General Von Boineburg —comenzó a decir Horst—. En este momento estamos con ustedes en París, nadie más sabe de nuestra existencia aquí y ahora. No discuto y creo que mis hombres tampoco, que usted debe cerciorarse de quiénes somos y es lógico —Von Boineburg agradeció con una ligera sonrisa las palabras de Horst, que siguió hablando.

—Puedo adelantarle que el Führer de mayo de 1944 no es el mismo que el de noviembre de 1944. No le va a confirmar que nos conoce, ni sabe de esta misión. Su situación se complicará y sufrirá un atentado el veinte de julio en Rastenburg. Ese atentado estará preparado por oficiales del estado mayor del Führer. La represalia tendrá un alcance enorme entre el generalato.

—He de reconocer, general Von Boineburg —dijo el conde Von Arnim mirándole— que si son espías o comandos enemigos su actuación es muy rara y sorprendente y eso les da un cierto toque realista a que sean alemanes y que incluso lo que explican sea cierto —Von Boineburg confirmó con la cabeza esas palabras—. Desde luego es curioso todo esto. Sé que nuestros científicos trabajan sobre las *Wunder Waffen* y tenemos armas muy modernas ya desarrolladas. Por cierto, ¿qué clase de arma han traído para defender las playas normandas?

—El Arca de la Alianza, general —dijo Horst, mirando a sus interlocutores.

—¿El Arca de la Alianza que cita la Biblia? —preguntó sonriendo Von Boineburg—. Esto supera mis mayores dosis de imaginación y reconozco que es una respuesta creativa.

Von Arnim también sonreía.

—Es el arca auténtica, general. No tengan ninguna duda —dijo Horst a los dos—.

Y es un arma terrible —remató.

Von Arnim intervino.

—Pero ¿qué clase de arma es? Solo es una leyenda bíblica judía.

Horst tenía el semblante serio.

—Es un potente emisor de rayos destructivos que hemos logrado traer de Etiopía, donde estuvo oculta durante mucho tiempo. Sabemos cómo utilizarla y ha demostrado su potencia y capacidad de destrucción como no hubiésemos imaginado jamás. Si nos permite utilizarla, general —dijo mirando a Von Boineburg— cambiaremos la Historia, se lo aseguro.

—Vamos a hacer una cosa, señores —comenzó Von Boineburg, tras unos instantes en silencio—. *Hauptsturmführer* Bauer, usted ha dicho, y es verdad, que su presencia aquí la conocemos unas pocas personas y quienes dicen ser en realidad, solo el conde Von Arnim y yo —Horst confirmó las palabras del general—. Voy a creerles y voy a desplazarles hasta Normandía con todo lo que necesiten tal como solicita la supuesta carta del Führer. Por mi parte, es sencillo, no me causa ningún problema material hacerlo, ni debo solicitar permiso a nadie. Anularé la llamada a Rastenburg ahora y ustedes podrán actuar ante ese supuesto desembarco. Lo que no puedo hacer es mover las tropas que usted me ha solicitado. En eso la Historia seguirá igual. Creo que ya estoy poniendo bastante por mi parte por ustedes y me permitirá que un pequeño grupo de seguridad les acompañe hasta allí. Debo asegurarme de que todo va bien...

La mente de Horst trabajaba a alta velocidad. Parecía una buena solución, pero lo era en parte. La Historia que ellos debían cambiar se había escrito con el grueso de las tropas a la espera en las playas. Ellos solos estaban limitados, aunque podían luchar con el Arca. No tenían otra opción. Horst miró a sus compañeros, que le confirmaron la idoneidad del plan como alternativa en ese momento.

—Les prepararé un documento para que puedan desplazarse hasta allí y se puedan incorporar a las tropas de infantería asignadas en la defensa de esa playa que ustedes llaman Omaha. Pondré a su disposición tres camiones, dos *Kubelwagen*, dos motocicletas y un vehículo blindado «PUMA», para que no tengan contratiempos en el viaje. En un día pueden llegar a Normandía. Son unos trescientos cincuenta kilómetros desde París.

Von Arnim confirmó las palabras de Von Boineburg.

—Me parece bien, general. Yo tengo algunas dudas, pero como he dicho antes hay cosas sorprendentes y que pudieran ser ciertas en lo que explica *Hauptsturmführer* Bauer. Tampoco creo que suceda nada malo por el hecho de que estén allí hasta la fecha que han comentado para ese gran desembarco. Y me parece bien un cierto control por nuestra parte. Ir más allá de eso es muy complicado para todos.

Horst aceptó la propuesta de Von Boineburg.

—Ante todo quiero agradecerle su confianza en nosotros, general, no se arrepentirá. He de decirle que esa no es la forma de cambiar la Historia tal como la había previsto el general SS Kammler, es más limitada, pero haremos todo lo que esté en nuestra mano para provocar el máximo daño posible al enemigo. Por lo menos les estaremos esperando.

—Debe usted comprender la situación, *Hauptsturmführer* Bauer —dijo Von Boineburg.

—Creo que ya hacemos mucho por ustedes permitiendo su presencia allí. En este momento todo está en calma en Normandía, no se prevé nada especial, y podrán prepararse como mejor estimen —llamó al capitán Koch con la orden de preparar los vehículos del cuartel Príncipe Eugenio de París. El capitán se puso en marcha para cumplir la solicitud. Von Boineburg siguió:

—Yo llamaré al mando de la división de infantería 352 y 716, que tienen asignada la vigilancia en esa playa llamada Omaha, para que puedan operar sin dificultades, les permitan moverse sin problemas y les faciliten lo que puedan necesitar.

Se puso en pie dando a entender que la reunión había terminado. Von Arnim le imitó y alargó su mano para despedir a los tres hombres.

Salieron del despacho del general Von Boineburg y bajaron hasta la recepción.

—Salimos hacia Normandía. Preparad todo y vamos fuera —fue la orden de Horst a sus hombres, que seguían allí. En un momento estaban a punto y bajo los arcos de la Rue Rivoli. El Arca descansaba bajo su funda, bajo la atenta mirada de los tres técnicos que les acompañaban. Von Boineburg salió a la calle en aquel momento con Von Arnim a su lado.

—Me gustaría ver el Arca de la Alianza que han traído —solicitó con una sonrisa.

Horst presentó a los tres técnicos y luego les indicó con la cabeza que procediesen a mostrarla. Levantaron la funda por uno de los lados del Arca lo suficiente para poder tener una buena visión de ella.

—No parece muy peligrosa —dijo Von Boineburg—. Es como un cajón. ¿Realmente es el Arca de la Alianza bíblica? —todos afirmaron que así era. Volvieron a cubrirla.

Von Arnim también ponía cara de duda.

—¿Y cree que podrán cubrir la defensa de la playa con ella?

El doctor Emil Selmann, el especialista en energía nuclear, contestó a los dos militares.

—No solo seremos capaces de defender la playa, sino que tiene un alcance de veinte kilómetros. Aunque según nuestros cálculos puede alcanzar bastante más —aquellas cifras, de ser ciertas, eran casi de artillería naval, pensaron los dos generales.

—Necesitaremos un sistema óptico de artillería para poder acabar con ellos a distancia, casi en mar abierto —añadió el doctor Selmann.

—Dispondrán de ello. No se preocupen —contestó Von Boineburg.

Siguieron conversando durante unos minutos hasta que el sonido de los vehículos aproximándose se hizo muy evidente. Allí estaban los tres camiones, los dos *Kubelwagen*, dos potentes motocicletas con sidecar Zündapp KS750 y el PUMA del modelo SDKF 234/3, que era un carro blindado con ocho ruedas, muy rápido y muy versátil, con un potente cañón de 75 mm capaz de perforar cualquier blindaje aliado. La tripulación era de cuatro hombres. El color ocre de los vehículos y el ligero camuflaje destacaban mucho en la ciudad. El convoy se detuvo y los conductores bajaron de los vehículos. Las escotillas del PUMA se abrieron y surgieron de ellas sus tripulantes. Los recién llegados saludaron militarmente a todos los presentes ante el hotel. Eran las seis y media de la mañana y el día prometía ser espléndido. El capitán Koch firmó la documentación que permitía la misión a toda aquella flota. Un asistente bajó con una carta que el general Von Boineburg firmó inmediatamente.

—Aquí tiene la carta, *Hauptsturmführer* SS Bauer. Como le he dicho llamaré personalmente a las divisiones que allí operan, pero esa es la carta que deberán presentar ante el teniente general Heinz Hellmilch, de la división de infantería 352 — Horst estrechó la mano del general y procedió al saludo alemán, que todos imitaron. A continuación cargaron el arca en uno de los camiones con los tres técnicos y tres hombres de Gross con ellos. El resto se dividió en los camiones restantes y en los *Kubelwagen*. Les acompañaban tres hombres del general Von Boineburg, como grupo de control. Entre ellos estaba el sargento Bauern.

—Bienvenido, sargento —dijo Horst sonriendo. La cara del sargento no demostraba demasiada alegría. Marchar de París no era un buen destino, allí tenía a su amiguita.

—¿Qué le parece todo esto, conde Von Arnim? —preguntó discretamente el general Von Boineburg, mientras Horst y sus hombres se acomodaban en los vehículos. Von Arnim miró al viejo general.

—Creo que usted ha actuado bien. Desde luego son soldados nuestros, que han explicado esa historia que tenían preparada de antemano. Las fotos son trucadas, no son reales. Seguramente son una especie de comando secreto SS que tiene que realizar alguna prueba en las playas normandas. Creo que no debemos inmiscuirnos en su trabajo. En Normandía no molestarán pero el desembarco, si se produce, será en el Paso de Calais. No tengo ninguna duda y es lo lógico, general.

Von Boineburg, asintió con su cabeza las palabras de su ayudante de campo.

—¡Vaya historia la del Arca de la Alianza! Por supuesto que no lo era. Seguramente llevaban dentro armamento secreto que nuestro grupo de control verá y nos explicará. Volvamos a nuestro trabajo, conde Von Arnim. Le invito a desayunar —entraron a buen paso en el hotel Meurice.

Una de las motocicletas se puso al frente del convoy con una ametralladora

pesada MG42 en el sidecar y la otra cerrando la comitiva. Sin perder más tiempo se pusieron en marcha. Horst iba en el *Kubelwagen* tras la primera moto, junto al conductor. En los asientos posteriores del vehículo, Georg y Gross le acompañaban. Horst estaba más tranquilo, parecía que aquello empezaba a funcionar. Ahora deberían ver cómo y dónde instalaban el Arca para poder cubrir el máximo de zona costera en Omaha. El convoy avanzó bordeando el Sena en dirección oeste. El ambiente en las calles era relajado, y los parisinos apenas hacían caso de aquellos vehículos. No era sorprendente para ellos. Los edificios y bulevares de París iban pasando ante ellos, como la Plaza de la Concordia, la torre Eiffel a su izquierda, el Arco del Triunfo, Ópera, Notre Dame y, enfrente, la prefectura de la policía, donde iba a librarse uno de los primeros encuentros entre las tropas alemanas y los insurgentes. Los puentes sobre el Sena eran majestuosos y demostraban el pasado imperial de Francia, la importancia histórica de la capital y su centralización en todos los asuntos de estado. Todos miraban y pensaban lo increíble que era poder estar allí en aquel momento, sabiendo lo que pasaría y teniendo la posibilidad de cambiarlo. Giraron por la elegante Avenue Foch, sede de la Gestapo, pasando poco después ante el formidable búnker del hotel Majestic. Las calles iban cambiando de aspecto a medida que se alejaban del centro.

Pronto la ciudad fue quedando atrás y, tras atravesar el Bois de Boulogne, la campiña fue apareciendo ante sus ojos. El aire era fresco y seguramente subiría de temperatura a medida que pasasen las horas. La ruta que iban a seguir era París, Evreux, Lisieux, Caen y Bayeux, como última etapa. Un puesto de control de la *Feldgendarmarie* y la Milice de Lyon apareció ante ellos. La Milice, con sus grandes boinas negras ladeadas, era más odiada que la Gestapo por parte de los franceses. Tras presentar la documentación, se les permitió el paso sin más contratiempos. La Milice de Lyon, formada íntegramente por franceses, unos 30.000, y bajo la férrea dirección de Joseph Darnand en toda Francia, operaba en la zona del llamado Gobierno de Vichy pero en muchas ocasiones, durante la formación de los aspirantes, estaban con patrullas alemanas que les enseñaban cómo realizar los controles. La sede de la Milice en París estaba en la rue d'Auteuil. El jefe en Lyon fue Paul Touvier, que sobrevivió a la guerra y murió en la cárcel en los años ochenta.

La carretera hacia Normandía era muy bonita y el arcén estaba rematado por árboles muy altos que daban sombra a la vía. Los gruesos troncos iban pasando rápidamente uno tras otro a medida que avanzaban. Gross miraba los árboles pasar. De repente comentó.

—En caso de accidente seguro que chocamos contra uno de esos árboles. Son muy bonitos, pero no hay escapatoria.

Sonriendo, Horst miró el contador del coche que marcaba ochenta kilómetros por hora.

—No te preocupes. No pasará nada —dijo.

El PUMA les seguía sin ninguna dificultad a pesar de ser un vehículo blindado todo-terreno. Sus neumáticos le conferían una gran agilidad y rapidez a diferencia de las cadenas convencionales de un tanque.

—Creo que llegaremos sobre las dos de la tarde —dijo Horst girándose hacia sus compañeros en la parte trasera del *Kubelwagen*—. Vamos a buen ritmo —añadió. El conductor sonrió y confirmó las palabras de Horst.

—Así es, *Hauptsturmführer* Bauer. Pararemos en Caen para repostar, que ya es Normandía, y llegaremos después a Bayeux —estaban en aquél momento a unos cien kilómetros de París y un nuevo control de la *Feldgendarmarie* apareció ante ellos. Nuevamente lo traspasaron sin problemas. Las medias lunas en el pecho de los *Feldgendarmes*, brillaban al sol, que iba ganando fuerza a medida que las horas pasaban.

Tras pasar por varios pueblos en plena carretera, llegaron a uno llamado Bernay, entre Evreux y Lisieux. Allí, en la plaza central, había un bar y Horst ordenó detener el convoy. Necesitaban estirar las piernas y tomar algo. No habían desayunado desde su llegada a París. Un retén quedó haciendo guardia junto a los vehículos, mientras los demás entraban en el bar. El cuarto de baño fue visitado por todos, lo que provocó una larga cola. Varios habitantes del pueblo estaban también en el bar y apenas se giraron ante la llegada del grupo de Horst. Jugaban a cartas o simplemente pasaban el rato. No les daban la menor importancia, la presencia alemana era algo normal en la vida diaria en la Francia ocupada. De todas formas, no se detectaba un ambiente hostil, era sencillamente indiferencia. Horst se sorprendió de lo más o menos bien surtido que estaba aquel bar de pueblo. Desde luego, el acceso a productos variados de alimentación o bebidas en las zonas rurales era más sencillo que en la gran ciudad.

Los hombres fueron pidiendo sus consumiciones y el que parecía el propietario les sirvió con diligencia. Tras terminar, Horst pagó todo con el dinero francés que llevaba como presupuesto y que formaba parte del equipo para el traslado temporal a Francia. No hubo ningún problema y, mientras salían, los que habían hecho guardia también entraron en orden. Horst no quería el menor problema con los lugareños. Durante un rato estuvieron en aquella plaza de pueblo hablando sobre los temas más diversos. Cuando todos hubieron terminado, reanudaron el viaje. Curiosamente los clientes del bar sí salieron a ver la partida de aquella comitiva de vehículos.

—¿Por qué demuestran ahora interés por nosotros? Han estado callados o hablando de sus cosas mientras estábamos allí —dijo Georg.

—No debe sorprenderte —contestó Horst—. Después de la Gran Guerra y del nefasto y sionista Tratado de Versalles, Alsacia fue ocupada por tropas francesas, muchas de ellas formadas por soldados negros provenientes de las colonias. Nosotros hacíamos lo mismo con ellos, hasta que estallaron conflictos sociales y militares y

pudimos recuperar aquellas tierras de nuevo para Alemania. Mostrábamos absoluta indiferencia, que en el fondo era rencor y una cierta sed de venganza —el conductor se giró, interesado en la conversación.

—Así fue, *Hauptsturmführer* Bauer. Yo soy de Strassburg y fue una época muy difícil. Pero todo eso ya pasó y el Führer puso por fin las cosas en su sitio.

Se cruzaron con pocos vehículos privados, ya que el combustible estaba racionado. Sí que vieron en el camino muchos vehículos militares alemanes de todo tipo en ambos sentidos. Ya solo estaban a unos ciento cincuenta kilómetros de Caen, en el centro de Normandía, que estaba limitada al oeste por el Mont Sant Michel y al este por la ciudad costera de Deauville, llamada también la playa de París. El viaje seguía sin contratiempos.

—Parece que no hay muchos resistentes por aquí, ¿verdad *obergefreiter*? —preguntó Horst al conductor.

—De hecho, *Hauptsturmführer* Bauer —contestó este—, yo no los he visto nunca. Creo que es más una leyenda que una realidad. La gran mayoría de los franceses ha aceptado nuestra presencia ya que, a pesar de todo, no hemos hecho perder el orgullo a Francia: han mantenido su flota completa en Toulon.

—Que ha sido bombardeada por los ingleses —añadió Georg.

—Sí, es verdad —dijo el *Obergefreiter*, que siguió con su explicación—: hemos respetado sus colonias en ultramar, siguen vigentes la gendarmería y los símbolos franceses. Es una ocupación suave y ellos quieren vivir tranquilos, como es lógico. El día en que los aliados intenten entrar en Francia, estoy seguro de que aparecerán resistentes por todo el país, contando fantásticas historias de atentados, y cada uno habrá matado a un alemán como mínimo —Horst y sus compañeros rieron la ocurrencia del *Obergefreiter* que, además, coincidía con lo que en realidad ocurrió y que ellos ya sabían.

—Creo que tiene usted razón —dijo Gross desde su asiento trasero.

Era casi las dos de la tarde y las torres milenarias de la abadía de San Esteban, tumba de Guillermo el Conquistador, y las de la Santísima Trinidad de Caen se podían divisar en la distancia claramente. La venerable ciudad estaba situada en medio de abundantes trigales. Horst y sus hombres tenían el corazón en un puño al volver a ver aquellas tierras normandas donde habían combatido antes de ser seleccionados para el proyecto del general Kammler. Era un terreno idóneo para la defensa, lleno de arbustos bajos, desniveles y lugares donde esconderse no era difícil. Era lo que los franceses llamaban *bocage*. Eso fue algo con lo que los generales aliados no habían contado y que, a pesar de la victoria, le costó la vida a miles de soldados aliados y la pérdida de ingentes cantidades de material, además de estar unos tres meses embarrancados en la zona, cuando la planificación hablaba de escasos días para llegar a París. La columna entró en Caen y se dirigió al depósito de

intendencia de la *Wehrmacht*, situado en el suburbio de Vaucelles, en el camino a Bayeux. Los puentes sobre el río Orne y su canal lateral se veían perfectamente. Era todo muy bonito y aquella primavera a punto de acabar llenaba todo de flores y brillante colorido. Los vehículos cargaron el carburante y continuaron la última parte del viaje, que concluía en Bayeux. Toda la zona respiraba una calma extraordinaria. Parecía increíble que en pocos días todo aquello fuese a convertir en primera línea de frente y Caen, por ejemplo, fuese arrasada por completo por los bombardeos aliados.

Una vez en Bayeux no fue difícil encontrar el cuartel general de la división de infantería 352, al mando del teniente general Heinz Hellmilch. Era un palacete en el centro de la ciudad, con unos cuidados jardines y un edificio del siglo pasado. Como ya sabía Horst, aquella división se encontraba de maniobras en la zona entre Saint-Lo y Caumont, no lejos de allí. Era una división perteneciente al Grupo de Ejércitos B, 7º Ejército, LXXXIV Korps. Se formó el 5 de noviembre con los restos de las divisiones 268 y 321, muy veteranas y experimentadas en el frente ruso. La guardia permitió el paso a la columna gracias a la carta del general Von Boineburg. El teniente general Hellmilch estaba en el palacete, ya que no pasaba todo el tiempo en la zona de las maniobras. Tenía otras ocupaciones de carácter más administrativo que cumplir. Tras llegar a la amplia zona de la puerta principal del edificio, los conductores de los diferentes vehículos procedieron a despedirse de Horst y sus hombres y retomaron el camino de regreso a París. Toda la impedimenta del equipo y el Arca estaban puestas en orden en el suelo del jardín. Un soldado de guardia fue a avisar al teniente general. Horst hizo formar a sus hombres, incluyendo a los tres soldados enviados por Von Boineburg.

El sol ya caía con fuerza, aunque ellos estaban bajo la sombra de los muchos árboles que había en aquel jardín. El teniente general apareció en el umbral de la puerta acompañado por varios oficiales. De hecho, estaban en plena pausa de una reunión. Horst se adelantó, y Hellmilch se aproximó a él sonriendo. El saludo alemán y un apretón de manos fue el inicio de la conversación entre los dos hombres. Horst presentó a Gross y a Georg como sus ayudantes directos y al resto de hombres, que permanecían en posición de firmes. El teniente general Hellmilch les presentó a dos oficiales, los coroneles Goth y Korfes, comandantes de los regimientos de infantería 916 y 726, que cubrían el sector de la costa entre el río Vire y Ponten-Bessin.

—Me imagino que usted y sus hombres estarán cansados —dijo Hellmilch.

—La verdad que es que le agradezco que mi equipo pueda descansar un poco y luego podamos iniciar nuestro trabajo aquí, teniente general Hellmich.

Este señaló un pequeño edificio perteneciente al palacete.

—Allí pueden cambiarse, comer y dormir un poco. Avisaré a la cocina —indicó a uno de sus ayudantes que se encargase de acomodar a los hombres y que la cocina preparase algo.

—Haceos cargo del grupo —dijo Horst a Georg y a Gross. Los dos coroneles también se retiraron. Tras esto, y con los hombres yendo hacia allí, Horst y Hellmilch fueron paseando por un sendero detrás del palacete.

—Un equipo de las SS en mi cuartel general, con una carta de presentación de Von Boineburg... Explíqueme esto, *Hauptsturmführer* Bauer —empezó Hellmilch.

Horst, de forma pausada, contestó.

—Sí somos de las SS, pero la misión que nos ha traído hasta aquí sobrepasa ese criterio. Las divisiones SS están muy lejos de aquí en este momento, y lo que queremos solicitar no es complicado. Pertenece a las SS científicas, aunque muchos de nosotros venimos originalmente de las *Waffen SS*. Necesitamos su ayuda para la instalación de un arma muy sofisticada, que pueda cubrir y rechazar el desembarco aliado que está previsto para la madrugada del día 6 de junio.

Hellmilch puso cara de sorpresa ante la información.

—¿Cómo dice, *Hauptsturmführer* Bauer? —Horst esperaba una reacción como esa. Sonrió.

—Será la invasión que estamos esperando, y será aquí en Normandía y su división 352, teniente general Hellmilch, cubre la zona más comprometida: la playa Omaha.

Hellmilch no daba crédito a lo que oía.

—¿Cómo sabe todo eso, *Hauptsturmführer*? ¿Qué es esa playa Omaha? Todos los estados mayores hablan de Calais... y tenemos previstas nuestras maniobras hasta el 10 de junio —las palabras salían de la boca de Hellmilch como una ametralladora. Aquella información era increíble.

Horst continuó.

—El ataque será en las playas de Normandía y comenzará en las primeras horas de la noche del 5 de junio con un bombardeo masivo de toda esta zona y luego, a partir de las 00.40 del 6 de junio, con el lanzamiento de tropas aerotransportadas inglesas y americanas en su mayoría en nuestra retaguardia, para destruir puentes, comunicaciones y demás. A las 05.30 de la mañana se iniciará la tercera parte, que es el desembarco mismo. Las playas han sido bautizadas con nombres en clave. Omaha es la que está delante de nosotros, y es la más importante de todas. El contingente atacante será americano al 100%: infantería de marina y *rangers* con vehículos blindados anfibios. La división 716 estará en primera línea, pero usted sabe igual que yo que es una tropa de poco nivel. Su división deberá estar allí en esos primeros momentos decisivos con todas las armas posibles.

Hellmilch seguía sin dar crédito a lo que decía Horst.

—Vamos a mi despacho, *Hauptsturmführer* Bauer —dijo con resolución. Los dos se encaminaron hacia la entrada principal y entraron. Muchos soldados de intendencia, administración y comunicaciones se hallaban allí haciendo su trabajo.

Había una actividad normal. Subieron al primer piso y una vez allí, franquearon una puerta que daba a un despacho más al fondo.

Hellmilch invitó a entrar a Horst.

—Explíqueme todo eso con tranquilidad —comenzó impaciente—. No puedo entender cómo sabe eso con tanta precisión. Créame, usted es de los pocos aquí que cree que la invasión no será por Calais, sino por Normandía.

Horst se acomodó en la butaca que le indicó Hellmilch.

—La historia es muy simple en sí misma, pero muy compleja técnicamente y difícil de creer. Como le he dicho en el jardín, mi grupo y yo pertenecemos a las SS científicas. Tres de mis hombres son los técnicos que nos acompañan para darnos el soporte científico en nuestra misión: son los doctores Karl Throll, especialista en flujo eléctrico y gravedad cero, el doctor Emil Seltsmann, especialista en energía nuclear, y finalmente el doctor Kurt Zinkenbach, que es especialista en sistemas antigravitación —Hellmilch parecía escuchar con interés.

—¿Y qué clase de especialidades son esas, *Hauptsturmführer* Bauer? Suenan muy raras —Horst se adelantó en su butaca.

—Yo tampoco soy científico, señor, pero tienen que ver con la misión que nos ha traído hasta aquí. Nosotros, teniente general Hellmilch, venimos del futuro reciente, de noviembre de este mismo año. Alemania y su ciencia han logrado dominar el tiempo y gracias a ello hemos venido para cambiar los acontecimientos que sabemos que pasaron. Por eso conozco esa información que le he dicho y muchos más detalles del desembarco y de la posterior batalla por Francia, hasta la caída de París el 25 de agosto de 1944.

Hellmilch se recostó en su butaca mirando hacia el techo.

—Sencillamente, no puedo creer lo que me está diciendo, *Hauptsturmführer* Bauer. Es demasiado fantasioso. Me parece imposible —estuvo unos segundos en silencio—. Sin embargo, vienen recomendados por un general de mi más alta estima, Von Boineburg, con lo que algo debe haber que quizás sí confirma sus palabras —Hellmilch miraba a Horst como a un bicho raro.

—Teniente general Hellmilch, solo queremos solicitarle que nos permita trabajar en su zona, nos brinde ayuda si la necesitamos y nos indique un lugar seguro, un promontorio, un edificio o algo elevado, desde donde podamos divisar la playa de Omaha e instalar nuestro armamento especial para destrozarnos a los enemigos antes de que pongan sus pies en la playa.

Hellmilch puso cara de sorpresa.

—Y ¿qué armamento es ese? No me ha parecido ver ningún cañón o armamento pesado. Solo he visto algo no muy grande y que parecía cuadrado, oculto bajo una funda —Horst sonrió.

—Ese es nuestro armamento, señor.

Hellmilch también se adelantó en su butaca hacia Horst.

—*Hauptsturmführer* Bauer, les voy a ayudar en lo que me pidan ya que así me lo indica Von Boineburg. No hay problema. Tengo el sitio elevado ideal para ustedes. Pero antes, indíqueme en el mapa qué playas son esas del supuesto desembarco y me gustaría, si no tiene inconveniente, ver ese arma tan potente que han traído del futuro.

Horst se puso en pie.

—De acuerdo, señor, pero ese arma viene del pasado —Hellmilch, de nuevo, puso cara de sorpresa. Horst continuó.

—Mis hombres y yo fuimos a la Etiopía del año mil de nuestra era a buscarla —Hellmilch seguía sin comprender, ni se imaginaba qué clase de arma de entonces podía luchar contra una flota y un ejército modernos—. Se trata del Arca de la Alianza, y es un arma muy poderosa, señor —Horst, sin hacer caso del boquiabierto oficial, se acercó hasta el mapa que estaba en la pared y fue señalando una a una las playas previstas para desembarco, con sus nombres en clave.

—Los ingleses en Juno, Gold y Sword y los americanos en Utah y Omaha —dijo secamente. También señaló las zonas en retaguardia donde harían acto de presencia las tropas paracaidistas.

Hellmilch no daba crédito a los que escuchaba.

—¿El Arca bíblica? ¡Eso es una leyenda judía, *Hauptsturmführer* Bauer! —dijo resueltamente.

—No lo es, teniente general Hellmilch, existió y ahora está en nuestras manos —dijo con absoluta seguridad Horst.

—¡Quiero verla! —ordenó Hellmilch, con una mezcla de entusiasmo, incredulidad y temor. Sin perder un momento, salieron del despacho, bajaron hasta la planta donde trabajaban los soldados de administración, y salieron al jardín por la puerta principal. Con buen paso se dirigieron al edificio donde estaban los compañeros de Horst que formaba parte de todo el conjunto perteneciente al palacete. En el exterior y junto a la puerta estaba afeitándose el *Sturmann* Willy Seelig. Se puso firme, con la cara llena de espuma, al ver llegar a Hellmilch.

—No se preocupe, siga —dijo este sin pararse. Los demás estaban dentro acomodando sus pertenencias o dándose una buena ducha. La mesa también estaba preparada para una excelente comida, con manjares franceses. Todos se pusieron firmes después de que entraran Horst y Hellmilch. El saludo alemán atronó. El teniente general miró a todo el grupo con curiosidad. Le parecía increíble aquella historia.

—Bienvenidos, señores —comenzó—. El *Hauptsturmführer* Bauer me ha explicado la razón de su presencia aquí y de dónde vienen todos ustedes. He de reconocer que me cuesta creerlo. De todas formas, también me ha hablado del Arca de la Alianza que han traído en su viaje —miró en varias direcciones—. ¿Puedo

verla, caballeros?

Horst movió la cabeza afirmativamente y Georg se ocupó del asunto.

—Por supuesto, teniente general Hellmilch. Sígame, por favor. Está detrás del edificio. Nuestros técnicos están controlando cómo ha llegado —salieron a la parte trasera con Horst y Gross.

Hellmilch se quedó mudo ante lo que estaba viendo. Delante de él estaba lo que parecía el Arca de la Alianza. Era similar a las ilustraciones que recordaba de pequeño en la escuela. Los tres técnicos, con sus aparatos de control, medían diversas variables del artefacto. Los tres se pusieron en posición de firmes e hicieron el saludo alemán.

—Por favor, sigan con su trabajo. No se preocupen por mí —dijo Hellmilch, mientras miraba asombrado el Arca y los ángeles sobre ella.

—Entonces, ¿es real! —dijo con entusiasmo. Todos rieron.

—Naturalmente, y está ante usted, teniente general —dijo Horst—. Ahora es nuestra, y vamos a utilizarla contra el enemigo. Por eso necesitamos su ayuda en algunos detalles.

Hellmilch afirmaba con la cabeza, sin dejar de mirar el Arca.

—Por supuesto, tendrán todo lo que necesiten —parecía que la visión del Arca le había dejado anonadado y que, como consecuencia, ahora creía en aquellos hombres. Horst se aproximó a Hellmilch.

—Necesitaremos un emplazamiento de cierta altura, como le he dicho en su despacho; también una mira de artillería de precisión, un medidor de distancias a objetivos y un camión con plataforma para el Arca. Con eso será suficiente, señor.

—El arca está en orden, *Hauptsturmführer* Bauer —dijo el doctor Throll—. Ha llegado perfectamente.

Horst miró al doctor Throll.

—¡Excelente! Creo que es hora de que comamos algo todos juntos. Pongan la funda y déjenla bajo vigilancia. ¿Nos acompaña, teniente general?

Hellmilch se unió al grupo, tras avisar a su ayudante de campo, que estaba en el edificio adjunto. Durante el ágape, en el que corrieron buen vino francés, especialidades de la zona y como remate un buen Calvados, Hellmilch mostró interés por el funcionamiento del arca. Los técnicos, de forma sencilla, le indicaron las claves de su funcionamiento y la potencia destructiva que tenía. También le indicaron la necesidad de la mira de artillería para poder ajustar el disparo. Se sentía a gusto con aquel grupo de hombres que le estaban explicando cosas que superaban su imaginación, pero que se demostraban como ciertas.

—Para la instalación del arca en una posición de tiro les recomiendo el Château de Vaumicel, al oeste de Bayeux, que es una vieja fortaleza en una finca a unos 2 o 3 kilómetros por detrás de la costa, pero con muy buena vista —les sugirió Hellmilch

—. Haré que les acompañen esta misma tarde y podrán ver cómo es. Si no les va bien, siempre podrán usar uno de nuestros búnkers en primera línea de playa.

Todos estaban de acuerdo con la sugerencia.

—Preferiríamos esa fortaleza, señor —dijo Horst—. No podemos situar el Arca tan cerca de la playa y correr el riesgo de perderla o de que sea destruida. Tenemos que estar cerca, pero a una distancia que nos permita margen de maniobra ante imprevistos —Hellmilch dio su aprobación a aquella idea de Horst.

—Ustedes mismos, señores. Por mi parte, no hay problema. Seguro que encontraremos el lugar donde ubicar el Arca.

Horst, junto a Gross y Georg, desplegó un mapa que tenían allí y confirmó la buena ubicación del Château de Vaumicel.

—Si no me equivoco, estaremos en medio de los sectores aliados de playa denominados Dog Green y Dog White. ¡Perfecto! —Hellmilch se acercó también al mapa y señaló el castillo.

—Ahí está el Château de Vaumicel. Creo que es el enclave perfecto y tiene, entre otras, una torre de vigilancia con una excelente visión de las playas. Nosotros lo usamos muchas veces como observatorio de la defensa aérea.

Horst se giró hacia los técnicos.

—Ahora hemos de probar si podemos instalar correctamente el Arca y procurar que tenga amplia zona de tiro —estos asintieron lo dicho por Horst.

—Si les parece mandaré que preparen los vehículos para que puedan ir allí lo antes posible —dijo Hellmilch—. Les espero esta noche de nuevo aquí.

Todos estuvieron de acuerdo. Mientras todo esto se llevaba a cabo, los técnicos prepararon el Arca, que cubrieron de nuevo con su funda especial. Decidieron que mientras estuvieran el castillo, los *Sturmann* Karl Höhne y Hermann Kästner se quedarían en el edificio en el que estaban, con el resto del material que habían traído.

Era muy importante no llamar la atención, ya que los lugareños podían avisar de movimientos extraños a los aliados a través de elementos infiltrados, por lo que debería ser un convoy absolutamente normal. Cuando tuvieron preparado todo, unos camiones de la división llegaron hasta allí y cargaron hombres y material. El camión plataforma, con la caja abierta, albergó el Arca y a los técnicos. Un capitán de regimiento de artillería adscrito a la división 352 les facilitó la mira de artillería y el medidor de distancias. Con todo ello, comenzaron su corto traslado hasta el Château de Vaumicel. Horst miró su reloj, las 16.00. Tenían tiempo de sobra, pero la operación estaba coja por la falta de otras divisiones que deberían haber estado allí para cumplir exactamente el plan previsto en el futuro. Sus hombres y él tendrían que hacer un esfuerzo extraordinario para suplir aquello. Ni siquiera la división 352 estaría en Omaha, pero la historia decía que sí estuvo. ¿Cómo era posible? Aquello no le importaba en ese momento. Sabía que tendrían que emplearse a fondo. Los tres

hombres de Von Boineburg, el sargento Bauern y dos soldados más, se habían acoplado a aquel extraño grupo sin dificultades. Horst los consideraba unos más, sin diferencias.

Los camiones llegaron a su destino. Se oía el mar y desde algunos puntos de la carretera podía verse perfectamente. El castillo era una fortaleza de unos 200 años, de paredes sólidas, que estaba bajo jurisdicción militar en aquel momento. Sus propietarios estaban en Bayeux. Dos soldados de guardia les franquearon la entrada sin problemas. Eran camiones de su división. Entraron en el gran patio, frente a la entrada principal. Las plantas y las flores cubrían parte de la fachada y las torres de observación. Una de ellas, en la cara norte, parecía reunir los requisitos que ellos buscaban. Tras descargar los camiones, entraron en el edificio principal, llevando el Arca con sus palos travesaños, pero cubierta con la funda. No era difícil maniobrar por dentro, ya que las puertas y las salas eran grandes. Sobre una inmensa chimenea se veían trofeos cinegéticos. Siguieron su camino precedidos por uno de los soldados que les iba indicando por dónde debían ir. La subida a la torre ya no fue tan cómoda, ya que la escalera era más sinuosa. Sin embargo, poco a poco fueron subiendo hasta llegar a la zona de observación. El mirador tenía techo alto y varias ventanas que cubrían la playa perfectamente, permitiendo una visión muy buena. Todo el grupo cabía cómodamente en la torre. La playa se veía en todos sus detalles y calcularon que podían llegar a divisarse entre unos 5 y 8 kilómetros de mar abierto, siempre y cuando las condiciones climatológicas lo permitiesen. Era el lugar ideal.

—¡Es perfecto, Horst! —dijo Georg, recorriendo las diferentes ventanas—. No tendrán escapatoria —añadió.

Horst miraba todo con mucho interés.

—Voy a decirle al teniente general Hellmilch que nos trasladaremos aquí. Hay espacio suficiente. También necesitaremos armamento para montar nidos de ametralladora alrededor de la fortaleza y poder defendernos con garantías si llega el caso. ¿Qué os parece?

No hubo dudas ante la propuesta.

Los técnicos habían puesto el Arca sobre una sólida mesa que había en la torre. Hicieron varias mediciones de distancias y calibraron el Arca, sin usarla todavía. Todo parecía correcto. Karl y Hermann se encargarían de los aposentos para el grupo. El camión plataforma se quedó allí y Horst y Gross regresaron a Bayeux con el resto de los camiones para solicitar a Hellmilch el cambio que deseaban hacer y pedirle también armas y munición. Así lo hicieron y el teniente general estuvo de acuerdo en el traslado y además fue muy generoso con ellos.

También quería ver una prueba del arca al día siguiente. Estaba entusiasmado, aunque había mantenido el secreto ante sus oficiales. Dispondrían de un pequeño barco pesquero-espía capturado a los ingleses hacía unos meses, que se utilizaría

como blanco sobre el mar. Hellmilch les concedió 10 MG42, 20 MP40, munición suficiente para todo ese armamento, 10 Panzerfaust con 30 recambios, dos cañones PAK de 75 mm y un tanque PzKw IV de la primera serie y un vehículo SDKF 252 semioruga de transporte de tropa, con dos ametralladoras MG42. También añadía una cocina de campaña, con dos cocineros y avituallamiento. En el camino de regreso, llevaron todo el armamento ligero y la munición en el camión. La intendencia de la división les entregó todo el material con una firma del teniente general. El resto llegaría al día siguiente por la mañana, con Hellmilch en persona. Estaban muy contentos.

—Creo que todo saldrá bien, Horst —dijo Gross con una amplia sonrisa—. Podemos trabajar sin problemas y esperar a los americanos con todas las garantías.

Horst también estaba contento, pero no era tan optimista.

—Es cierto, pero por otro lado no hemos podido mover todas las fichas necesarias del presente que estamos viviendo para lograr el futuro que nos comentó el general Kammler, y eso no me gusta. Quizás hemos abierto una puerta algo diferente a la esperada... No lo sé, la verdad. Sí que sé que tendremos que luchar como fieras, sabemos qué pasó y tenemos un arma sensacional. Son muchas ventajas.

El camión entró en el castillo. Algunos de los hombres estaban sentados junto a la puerta principal. Se incorporaron cuando el camión detuvo su marcha.

—Ya podéis bajar los regalos que llevamos —ordenó Gross, que también se puso a ayudar a sus hombres.

—Necesito veros a ti y a Georg después de que preparéis una zona de defensa alrededor del castillo —dijo Horst.

En aquel momento apareció Georg, acompañado de Klaus y Hermann, y el sargento Bauern con sus soldados. Georg recibió el encargo de Horst, con varios hombres dio la vuelta completa al exterior del castillo y observaron la zona circundante con todo cuidado. Gross se unió al grupo. Al cabo de un rato regresaron con varias notas que habían tomado. Horst estaba con los técnicos en la torre. Todo estaba bien y la verdad era que estaban que impacientes por la prueba del día siguiente. Horst les hizo una señal desde arriba para que se viesen todos en el salón principal del castillo, frente a la chimenea. Todos se encontraron allí al poco rato. Sacaron un candelabro que había sobre la gran mesa del salón y se apiñaron sobre la mesa. Georg dibujó sobre un papel el perímetro aproximado de la fortaleza con aquellos puntos más relevantes que habían observado.

—Aquí está la entrada principal —comenzó a decir—. Esta apunta directamente a Bayeux, hacia el sudeste. A medida que vamos avanzando y giramos hacia nuestra izquierda, quedamos justo delante de las playas. De hecho, es donde están situadas la torre y la muralla. La torre no tiene ventanales, salvo en su parte superior, donde está el Arca. Pero en la pared sí hay dos ventanales a una altura de dos pisos y separados

unos 25 metros, que pueden servirnos como nidos de ametralladoras. Esta pared da a la carretera que conduce al castillo, y por ello hemos de cubrirla. Si seguimos más hacia nuestra izquierda volvemos a girar sobre la muralla y tenemos una zona bastante despejada donde hay un pequeño lago. Es un auténtico barrizal si te metes en él —iba señalando todo lo que iba explicando sobre el dibujo.

—Creo que aquí deberá haber uno de los PAK y una posición MG también. Luego seguimos avanzando de nuevo a nuestra izquierda y la muralla continúa con dos ventanales que también pueden ser para las MG. Esta zona tiene mucho matorral, que como sistema pasivo de defensa está muy bien. Creo que el otro PAK y otra MG deberían situarse aquí. Si seguimos, entramos en el último tramo de la muralla, el que da al sur directamente y que está opuesto a las playas. Hay dos ventanales también que deberán ser nidos MG. Luego volvemos a girar y estamos en la muralla donde está la puerta principal. Aquí hay un solo ventanal, que será también un puesto MG. La forma de todo el conjunto es más bien rectangular, con la parte más amplia frente al mar y en la cara sur. Todas las torres serán nidos MG.

Horst miraba aquella propuesta, que estaba bien en su conjunto.

—Y el panzer y el semi-oruga, ¿dónde los ponemos Georg? —Gross intervino en este punto.

—Hemos considerado que debe ser una barrera también y creemos que el panzer deberá estar bloqueando la puerta cuando comencemos, y con su cañón en dirección a las playas y el semi-oruga en la pared sur y preparado para acudir allá donde pudiera hacer falta —lo indicó en el dibujo. Horst miraba las distintas posibilidades en silencio.

El sargento Bauern estaba preocupado.

—Pero ¿hemos de luchar, *Hauptsturmführer* Bauer? La misión de mis hombres y mía es controlar su trabajo, sin inmiscuirnos, e informar al general Von Boineburg. Y usted lo sabe. No está en nuestras órdenes luchar...

Horst se incorporó y miró fijamente a Bauern.

—Las cosas han cambiado, sargento Bauern. Usted y sus hombres están ahora con nosotros a todos los efectos. No sé si tendremos que combatir, pero si hemos de combatir por el Arca lo haremos hasta el final, no lo dude, y ustedes están con nosotros en ello. Tienen ahora la oportunidad histórica de ayudar a la patria de forma efectiva. Pero si veo el menor atisbo de insubordinación o indisciplina en ustedes, les mandaré fusilar inmediatamente. ¿Me ha oído bien, sargento Bauern?

Un sudor frío recorrió la espalda del veterano sargento. Sus hombres también mostraban cara de circunstancias. Aquello se complicaba y estaba fuera de su programa. De ser unos días de descanso, a pesar de tener que dejar París, aquello podría convertirse en una ratonera de la que no saliese vivo nadie. Se vivía muy bien en Francia para echarlo a perder por un grupo de locos, pensó. Pero en el fondo era

un hombre práctico.

—Muy bien, señor —dijo de forma resignada. *Seguro que no pasa nada, porque el desembarco será en Calais*, pensó para calmarse. Sin embargo, ese maldito *Hauptsturmführer* y sus hombres parecían muy seguros de lo que hacían y de lo que iba a pasar...

—Bien, vamos a seguir vuestro plan. Seremos en total 30 hombres combatientes. No cuento a los técnicos —les miró y sonrieron—. Aunque también pueden empuñar un arma si llega el caso, ni tampoco a los dos cocineros, que también pueden luchar. Gross y su grupo son 9; nosotros, 4; sargento Bauern, 3, los dos soldados de la guardia del castillo y 12 que envía el teniente general Hellmilch, repartidos 5 en el panzer, 3 en el SDKF y 4 para los dos PAK. Total, 30 —repitió—. Somos pocos, muy pocos, pero si tenemos claro lo que hemos de hacer y nuestras posiciones de combate podemos hacer mucho daño al enemigo —todos los presentes asintieron las palabras de Horst. Bauern no tuvo más remedio que seguir a todos los demás, aunque seguía pensando en Calais.

—¿Cómo están las habitaciones, Klaus, Hermann? —preguntó Horst mirando a sus compañeros.

—A punto, Horst —dijo Klaus.

—Son cómodas, aunque un poco frías —añadió Hermann.

—¿Y provisiones? ¿Tenemos algo? —Hermann era el especialista.

—No te preocupes, Horst. Cuando se nos ordenó venir aquí ya me encargué de coger comida en lata, patés, mantequilla, pan y embutidos. ¡Ah! Y vino y Calvados también. Está todo en esa caja de municiones antiaéreas —señaló una caja de madera de considerables dimensiones, en el vestíbulo del castillo—. No hay problema.

Horst no pudo evitar una sonrisa.

—Bien, comeremos algo y creo que nos merecemos un descanso. Mañana habrá que levantarse pronto. Está previsto que a las siete de la mañana esté aquí todo lo que falta.

Durante la noche llovizó un poco. La temperatura era fresca, como correspondía a la primavera en Normandía. El silencio era sepulcral. El mar podía oírse, su presencia era total. Horst estaba desvelado. Pensaba en su familia y en cómo estaba todo en ese momento. ¿Él existía o no realmente allí? ¿Y sus hijos y su mujer? ¿Y sus amigos en Potsdam? Era algo increíble. Esperaba que este sacrificio por Alemania rindiese los frutos deseados. Para él personalmente, pese a ser un nacionalsocialista convencido y un SS orgulloso, era un sacrificio muy duro todo aquello. Era algo totalmente fuera de lo convencional. Incluso podían desaparecer de la Historia y no haber existido jamás. Pensó también en sus hombres, que le seguían ciegamente, y en los recién incorporados como Gross y su grupo. Él era el responsable de todos ellos y, en el fondo, era una gran carga que trataba de llevar lo más profesionalmente posible.

Era su familia en aquel momento. Se levantó. Se puso su pantalón de camuflaje SS, se ajustó los tirantes sobre la camiseta y encendió un cigarrillo. Subió a la torre. Quizás allí le llegaría el sueño que no lograba conciliar. Miró hacia la guardia y vio que estaba todo en orden. No notaron su silenciosa presencia allí arriba. ¿Quién iba a subir allí? El Arca estaba en medio sobre la sólida mesa y bajo su funda. Silenciosa y terrible. Había mucha humedad. Escondió el cigarrillo, ya que su luz podía verse desde muy lejos en oscuridad completa y aquella noche era muy oscura. No se veía el mar, aunque se adivinaba su potente presencia. Las olas se oían muy bien desde aquella atalaya.

Pasó la mano sobre la funda del Arca. Estaba encharcada, aunque era de un material impermeable y no traspasaba. Le seguía asombrando aquel objeto sagrado de la antigüedad que ahora estaba en sus manos. Estaba ante la Historia en todo el sentido de la palabra. Él, el *Hauptsturmführer* SS Bauer. Y podía hacer Historia, además. Pensó que era demasiada responsabilidad..., aunque cumpliría su misión. Sentía frío por la humedad ambiental. Su reloj señalaba las cuatro de la mañana. Pronto amanecería y sería un día muy importante para todos. Bajó de nuevo y se acostó en su habitación individual, en la que hacía frío, como decía Hermann. ¡Aquel glotón! Sin darse cuenta, ya estaba durmiendo.

El sonido de los vehículos era muy evidente. Desde la torre se divisaba perfectamente la llegada de la columna formada por dos camiones que arrastraban los dos PAK de 75 mm, un *kubelwagen*, un Panzer IV y un SDKF 252. Los tripulantes del tanque iban fuera del carro, sentados tranquilamente, como de paseo. Un ciclista se cruzó con ellos y les saludó con la mano. Todos respondieron a su saludo. Solo el conductor asomaba la cabeza desde su escotilla, atento a la conducción del pesado vehículo. Pasaron frente a la muralla que daba a la carretera y giraron hacia la entrada del castillo. Ya estaban todos en el patio interior. Se cerraron las puertas para evitar miradas indiscretas. Los cañones fueron desenganchados de sus arrastres y desde uno de los camiones se bajó la cocina de campaña. Era el típico *Goulashkanonne*, apodo que le daban los soldados alemanes en todos los frentes a las cocinas móviles.

Una gran animación se notaba en el ambiente. Aquellos recién llegados no se imaginaban lo que podía avecinarse. El panzer era un modelo que databa de 1940, todo un veterano, suficiente para misiones de apoyo. Su corto cañón era de una potencia escasa en aquel momento, pero seguía siendo un cañón a todos los efectos.

—Esto es un ataúd rodante —comentó Klaus a Hermann, mirando el veterano blindado.

—No tiene ninguna posibilidad ante los M10 americanos —la tripulación era joven y estaba orgullosa de su tanque. Hellmilch aún no había llegado. Estaban todos firmes frente a sus vehículos esperando la llegada de Horst. Este llegó acompañado por Georg y Gross. Saludaron a sus nuevos compañeros.

Horst dedicó unas palabras de bienvenida.

—Esta es una operación especial en la que necesito el máximo de todo el grupo. Es una operación conjunta SS y *Wehrmacht* en la que nuestra patria se juega su futuro como nación. El teniente general Hellmilch nos ha facilitado todo aquello necesario para que llevemos a cabo nuestra misión aquí. ¿Qué os pido, soldados? El máximo cuidado y la atención necesaria en la vigilancia de la zona y que tengáis a los curiosos lejos de la zona del castillo. Lo que aquí llevamos a cabo es la aplicación de un nuevo armamento ante un posible ataque enemigo. El *Hauptscharführer* Georg Richter y el *Sturmbanführer* Werner Gross os indicarán qué debéis hacer, vuestras posiciones de vigilancia y el santo y seña que deberéis conocer y utilizar —miró a sus nuevos compañeros y profirió un ¡*Heil* Hitler! El sonoro saludo alemán retumbó en el amplio patio.

Se oyó el sonido de un automóvil en la proximidad. Redujo su velocidad y se detuvo ante la puerta cerrada. Desde la torre indicaron que se trataba del teniente general Hellmilch. Horst ordenó abrir la puerta. El *Kubelwagen* entró despacio en el castillo. Se detuvo junto al semi-oruga. Todos estaban firmes ante el alto oficial, que descendió del coche y, sonriendo, se dirigió a Horst.

—*Hauptsturmführer* Bauer, es un auténtico placer volver a verle. ¿Ha recibido todo en orden? —le estrechó la mano con convicción.

—Todo en orden, señor —contestó Horst. Hellmilch se llevó dos dedos a su gorra de oficial y saludó a los demás. Se volvió a Horst.—Tengo el barco diana en posición, *Hauptsturmführer* Bauer. Tengo muchas ganas de ver su artilugio en acción.

—Sí. Ya lo hemos localizado, teniente general Hellmilch —dijo Horst ante la sorpresa y sonrisa de Hellmilch—. Pero por seguridad lo veremos desde la torre que está al otro lado. Hay también una buena visión desde allí, y es más seguro para nosotros.

Los dos entraron en el castillo acompañados por Emil Riemer y se dirigieron con buen paso a la torre donde estaba el Arca. Al llegar, los tres técnicos se giraron al unísono y profirieron el saludo alemán. Llevaban la ropa de protección para manipular el arca. Hellmilch contestó al saludo sin perder de vista el Arca.

—Tenemos su barco localizado, teniente general Hellmilch —dijo Seltmann, señalando un punto en el mar, no lejos de la playa. Hellmilch, a través de unos prismáticos, pudo ver el pesquero espía capturado hacía poco. Se balanceaba suavemente sobre el mar. Dejó los prismáticos sobre un escalón de piedra.

—Cuando quieran, señores —dijo.

Horst le indicó que debían salir de allí en aquel momento. Salieron y llegaron hasta la otra torre. Debajo estaban los soldados con Georg y Gross, viendo las zonas de defensa. Subieron a la torre y miraron a la del Arca con los prismáticos. Pudieron ver perfectamente cómo los técnicos manipulaban el Arca y movían suavemente los

ángeles sobre ella. Casi al instante, del centro del arca subió una luz muy fuerte que alcanzó las alas extendidas de las dos figuras. Un rayo muy fino salió hacia el barco a una velocidad imposible de seguir. Emil lo señaló.

El barco, vacío, fue alcanzado por el potente rayo lumínico, que fue fundiendo toda la borda. De repente, se incendió vorazmente y se hundió con rapidez. El agua alrededor del infortunado navío hervía, se podía ver perfectamente. Aquello no había durado ni un minuto. El pequeño pesquero ya era historia. Hellmilch estaba entusiasmado. No había habido ningún ruido, salvo el resplandor en el momento del disparo. Algunos de los soldados no se habían dado ni cuenta de lo que acababa de pasar.

—El único problema es que el rayo se ve y desde los barcos pueden localizarnos —dijo Horst mientras bajaban y se dirigían a la torre donde estaba el arca.

—Ha sido rapidísimo, *Hauptsturmführer* Bauer. No tendrán tiempo de reacción.

Pasaron frente a los soldados que estaban en el patio preparando la cocina móvil. Subieron a la torre.

—Les felicito, señores. Ha sido sensacional. Si los americanos vienen no tendrán ninguna oportunidad. Estas aguas serán su tumba —los tres científicos también estaban muy contentos con la prueba, ya que hasta ese momento habían sido pruebas sobre blancos inmóviles. El Arca parecía no tener problemas de uso. Emil era de los que estaba más emocionado. Podía ver en acción lo que siempre había considerado un mito.

—La Biblia es muy clara cada vez que aparece el Arca. La destrucción es total —dijo mirando hacia el lugar en donde había estado el barco.

Hellmilch miraba a través de los prismáticos lo que quedaba del barco, pero curiosamente no había restos flotando. Se lo había tragado todo el mar sin dejar ni rastro.

—*Hauptsturmführer* Bauer, reitero mi propuesta y estoy a su disposición para todo lo que necesite. No sé qué saben ustedes, pero esto parece muy serio y hemos de adelantarnos a los acontecimientos.

Horst estaba contento por la ayuda que brindaba Hellmilch, que parecía sincera.

—Estaremos en contacto por radio con su cuartel general en Bayeux y nos quedaremos aquí para preparar la defensa —tras unos segundos en silencio, Horst siguió—. Si acepta una sugerencia, teniente general Hellmilch...

Este se la permitió.

—Ponga a su división 352 lista para la defensa de las playas en este sector. Las tenemos delimitadas y perfectamente definidas.

Hellmilch asentía con la cabeza.

—Lo tendré en cuenta, *Hauptsturmführer* Bauer. Les agradezco la demostración y reconozco que me tranquiliza tenerlos aquí.

Saludó a los técnicos con un apretón de manos y se dirigió hacia las escaleras. Horst y Emil le acompañaron hasta el patio interior. Se subió en el *Kubelwagen*, donde le estaba esperando su conductor. Saludó llevándose dos dedos a su gorra de plato. Se abrió la puerta del castillo y el coche salió, desapareciendo hacia Bayeux.

—Bueno, solo queda esperar al desembarco —dijo Horst a Emil.

Este estaba todavía asombrado por la prueba, a pesar de lo que ya sabía sobre el Arca.

—Es algo sensacional. No puedo entender cómo estuvo tanto tiempo en Etiopía guardada sin uso. Podía haber dado el poder a quien la tuviese y la usase.

Caminaron hacia la entrada del castillo. Miraron el panzer al que su tripulación ajustaba algo en el motor. Eran muy jóvenes.

—Espero que no tengan que luchar, puede ser muy duro para ellos —Horst se ajustó su gorra de oficial, con la calavera SS debajo del águila metálica. Emil seguía mirando a aquellos chicos, que parecían muy interesados en el motor de su tanque. Pensaba en lo que había dicho Horst, y tenía razón.

En aquel momento entró Georg, seguido por Gross y todo el grupo de soldados que deberían preparar las posiciones MG.

—Todo a punto, Horst —dijo Georg—. Ya conocen la zona y hemos hecho algún pequeño ajuste sobre la marcha. Nada importante. Creo que hemos mejorado el sistema defensivo.

Los días pasaron sin grandes contratiempos y, sobre todo, les dieron la posibilidad de conocer muy bien la zona y prepararse a fondo. Les dejaron trabajar con tranquilidad y, salvo alguna visita ocasional de Hellmilch, nada había de destacable. El día 5 de junio pasó sin nada de particular, ya que de hecho era un día más.

El parte meteorológico indicaba mal tiempo y marea baja. Con esa información era lógico pensar que nada sucedería esa noche. La marea daba una playa de más de 800 metros que deberían recorrer los desembarcados, bajo el tiro directo desde los búnkers. ¡No vendrían, era ilógico! Llegó la noche, y el ruido de motores de aviones fue constante desde las 20.00 horas. Los aliados volaban como querían sobre Francia. La Luftwaffe estaba en Alemania defendiendo el Reich de los constantes bombardeos día y noche, que martirizaban a la población civil. Solo 496 aviones en Francia podían considerarse aptos para el combate y eso era pura teoría. El mariscal Sperrle tenía bajo sus órdenes 319 aviones realmente operativos: 88 bombarderos, 172 aviones de caza y 59 aviones destinados a vuelos de observación. Eso era todo en aquel momento. Solo Horst y sus hombres estaban en alerta máxima. Sabían que el ataque desde el aire empezaría pasada la media noche.

Los oficiales de servicio se comunicaban con todas las baterías de la Kriegsmarine de observación de la costa de Normandía, desde la bahía del Sena hasta las islas Normandas. «Fuerte ruido de motores de aviones. Bombarderos se

aproximan desde el norte», «Aviones ligeros de reconocimiento se internan por toda la costa», «Bombas luminosas trazadoras de blancos iluminan la retaguardia». El puesto de observación cerca del faro de Quettehou reportó la aproximación de aviones trazadores y de transporte aéreo. Los oficiales alemanes escuchaban la llamada Emisora Militar de Calais, ya que allí se podía escuchar música americana muy moderna. Pero esta emisora, que normalmente se dirigía a los soldados alemanes, no parecía mostrar mucha alegría esa noche. Los oficiales buscaban entonces la BBC de Londres. Tampoco había música, solo una voz grave que pronunciaba frases incoherentes, seguramente para los pocos resistentes franceses. Eran frases extrañas en un lenguaje muy florido: «Juan ama a María», «No se preocupen por los cobres», «Los dados están echados», «La remolacha acaba de partirse». Luego se daban unos consejos para la población civil francesa de qué hacer en caso de bombardeo «No permanezcan cerca de lugares donde se encuentren tropas o acuartelamientos de las fuerzas alemanas. Abandonen las ciudades y busquen refugio en campo abierto», iba diciendo la monótona voz desde la BBC. A pesar del mal tiempo, desde antes de las 22.00 seguían llegando informes acerca de vuelos continuos hacia Francia. El ruido era casi insoportable. Nadie hizo nada. Todo parecía normal.

Eran las 00.40, el general de treinta y seis años James Gavin, comandante de la 82ª división de paracaidistas de los Estados Unidos miró brevemente hacia abajo y saltó. Cuando volaban sobre el Canal de la Mancha todavía podía ver el avión trazador que marcaba la ruta de vuelo y sabía que le seguían sus 7.000 hombres. Luego, la defensa aérea alemana había provocado una desbandada y las nubes bajas se interponían entre los aviones y el suelo. En el último instante pudieron ver la brillante superficie de alguna corriente de agua. Sintieron alivio generalizado. *Debe de ser el río Douve*, pensaron. Se encendió la luz verde y saltaron a lo desconocido. Su paracaídas se abrió con una fuerte sacudida y sin ver nada en la profunda oscuridad. Pero sabía que en ese mismo momento se estaban abriendo miles y miles de paracaídas a su lado y detrás de él sobre la península de Cotentin. En total 17.000 hombres, dos divisiones americanas aerotransportadas, estaban saltando sobre Francia.

Y a una distancia de 80 kilómetros al este del río Orne se abrieron también las lonas de los paracaidistas ingleses junto a los planeadores que, con un silbido muy característico, llegaban a tierra cargados de armamento y provisiones de todo tipo. Todo un ejército cayó del cielo y entró en combate. 9.210 aviones militares, sin contar los bombarderos y aviones de reconocimiento, habían salido de aeródromos ingleses hacia Normandía con una misión: ganar una guerra ¡Ya estaban aquí...!

No solo el general James Gavin y su piloto se equivocaron. Casi todas sus fuerzas siguieron el ejemplo. El regimiento 507 había descendido precisamente sobre los

terrenos inundados del Merderet. Algunos paracaidistas caminaban fatigosamente sobre el barrizal, otros yacían muertos en el fondo de las profundas fosas. Los hombres del general Gavin se perdieron cerca del borde del río y buscaron afanosamente el puente que debían tomar. Una sola cosa consiguieron: conquistar por sorpresa el pueblecito de Sainte Mère-Eglise, un excelente nudo de comunicaciones. Tampoco la división de paracaidistas 101º, los famosos Screaming Eagles del general Taylor, se encontraba en una situación envidiable. Al aterrizar perdió al 30% de sus hombres y el 70% de su equipo. Los Espárragos de Rommel, aquellas estacas de acero sembradas en todos los campos y claros de terreno, sellaron la muerte de casi todos los planeadores. Se hicieron pedazos, hundiendo sus frontales y alas en jardines y pastizales. Se estrellaban en setos y pequeños barrancos que los partían con facilidad. Pequeños grupos que habían sobrevivido trataron de llegar a sus objetivos o de alcanzar la costa. Atacaron poblaciones y cuarteles, haciendo o cayendo prisioneros. Uno de esos grupos iba a hacer Historia, aunque todavía no lo supiesen...

Los combates ya se habían iniciado en varios puntos, separados geográficamente, pero con mucha intensidad y con variada suerte. Todos los teléfonos de un gran edificio de la Kriegsmarine situado cerca del Bois de Boulogne, en París, sonaron incesantemente. Eran exactamente las 1.50 de la madrugada del 6 de junio de 1944. El subjefe del Estado mayor Naval del Grupo Oeste, el capitán de navío Wegener, llamó urgentemente a sus oficiales. Con toda la calma posible les dijo: «Estoy seguro de que se ha iniciado la invasión de los aliados». El almirante Hoffmann, jefe del Servicio Naval, no se tomó ni siquiera el tiempo necesario para vestirse. Con una bata de baño, salió hacia su oficina. Los informes de la estación de radar no daban lugar a dudas. El teniente Von Willisen lo tenía muy claro: «Las oscilaciones en pantalla son brutales». Los técnicos pensaron que el sistema de seguimiento estaba estropeado. «*No habría tantos barcos ni en todo el mundo*», pensaban en voz alta, pero pronto no les quedó ninguna duda. Una armada de dimensiones fantásticas, más de 6.000 barcos, se acercaba a la costa de Normandía.

«Eso únicamente puede ser la flota invasora» analizó certeramente el almirante Hoffmann, y ordenó avisar al instante al Estado Mayor de Francia, en París, y al Cuartel General del Führer en Rastenburg, pero la reacción fue de marcado escepticismo: «No puede ser, con el mal tiempo que hace. Seguramente es una equivocación de los técnicos de la estación de radar». El jefe del Estado Mayor en Francia se burló: «¿No habrán captado un grupo de gaviotas?». A pesar de ello, el Alto Mando de la Kriegsmarine no cambió de criterio y puso en estado de alerta a todas las baterías costeras y a las fuerzas navales ancladas en los puertos franceses: «Se acerca la armada invasora» fue la consigna. Se aproximaban 6 grandes acorazados, 23 cruceros, 122 destructores, 360 torpederos y varios cientos de fragatas, corbetas, barcos patrulleros y muchos más que protegían a 6.480 barcos de

transporte, lanchones de desembarco y barcos especiales de todo tipo.

A la 1.30 en la zona de Omaha, donde estaban Horst y sus hombres, sonó la voz de alarma.

—¡Bombarderos por encima de las nubes! —gritó Klaus desde su puesto de observación. El mismo grito surgió en todos los búnkers y emplazamientos costeros de defensa. El rugido de cientos de motores hacía vibrar el aire por encima de ellos. Empezó entonces la lluvia infernal de bombas que, sin embargo, no cayeron sobre los búnkers y nidos de ametralladoras de la playa Omaha. La casualidad había hecho que no alcanzasen su verdadero objetivo. 329 bombarderos del tipo *B-24* tenían el encargo de eliminar los nidos de resistencia frente a la playa Omaha, de casi 6 kilómetros de largo, y de destruir totalmente las baterías y sus emplazamientos. Para ello, se arrojaron 13.000 bombas de los calibres más pesados. Las nubes tenían poca altura y los aviones se vieron obligados a tirar su carga a ciegas. El vuelo hasta el objetivo había sido calculado mediante instrumentos de precisión que habían previsto la duración del vuelo, la altura y el momento preciso del bombardeo. El estado mayor de la Octava Flota Aérea de los Estados Unidos perdió a última hora su serenidad y, temiendo que las bombas pudiesen caer sobre las líneas de las propias fuerzas de desembarco, ordenó que se modificara por unos segundos el momento del bombardeo previamente calculado. Unos pocos segundos y 13.000 bombas cayeron sobre terrenos baldíos. Esos segundos se demostraron posteriormente muy caros, ya que las tropas de Eisenhower pagaron con las vidas de muchos soldados americanos.

Varias bombas cayeron muy cerca del Château de Vaumicel. Las gruesas y venerables paredes retumbaron ante las tremendas explosiones que iban alejándose hacia el interior de la costa. Todos estaban bien y se pasó revista a los diferentes puntos de defensa alrededor del castillo. Sin novedad. El ruido de los aviones fue cesando, hasta desaparecer definitivamente. La noche era muy oscura y no permitía una visión clara de lo que sucedía. Horst fue hablando con los distintos nidos defensivos por radio.

—No perdáis detalle, la máxima alerta continúa, atacarán las fuerzas paracaidistas que están bajando en nuestra retaguardia por toda Normandía y pueden aparecer aquí en cualquier momento.

El capitán James P. Wilcox cayó delante de una granja destrozada, por detrás de la playa de Omaha. Él y los 700 hombres de su regimiento pertenecían a la división de paracaidistas 101<sup>o</sup> del ejército de los Estados Unidos. Su misión era tomar un puente y asegurar la zona entre los pueblos de Vierville-sur-Mer, al oeste, y Saint Laurent-sur-Mer al este. El descenso fue una auténtica pesadilla, ya que no se veía nada y de repente se tocaba suelo a mucha velocidad. Muchos de sus hombres sufrieron roturas de piernas al impactar brutalmente. De nuevo, el error había hecho su aparición y se encontraban a poca distancia de la playa frente a los sectores Dog Green y Dog

White, a unos 10 kilómetros de la zona prevista. En plena oscuridad, el capitán Wilcox trató de reunir a sus hombres lo mejor que pudo, pero habían quedado diseminados en un perímetro de terreno muy amplio. Tras un rato que pareció interminable, pudo tener una idea bastante clara de la situación. Solo pudo reunir en aquel momento a unos 150 hombres. Había más de treinta heridos, varios de ellos muy graves y solo había dos médicos para atenderles. También había tres muertos que fueron localizados en la zona. La situación era grave y comprometida. Wilcox no se veía capaz, en esas circunstancias, de llevar adelante el plan de acción. Su capacidad de combate estaba muy mermada, aunque el factor sorpresa aún existía.

Uno de los soldados que acaba de llegar al grupo informó de la existencia, cerca de la granja donde se encontraban, de un castillo típico francés, muy cerca de las playas. Lo había podido ver por un incendio provocado en las cercanías por una de las bombas que habían caído poco antes. Estaba hacia el este de donde se hallaban ellos, en línea recta.

—Quizás encontremos ayuda allí —dijo Wilcox, sopesando todas sus opciones.

—Podremos esperar, reunirnos con los que faltan y atender a los heridos —miró uno de sus mapas, donde aparecía con todo lujo de detalles cada accidente de terreno, cada casa, cada fortificación alemana de Normandía. Aquel castillo no estaba indicado como un acuartelamiento, ni se esperaban tropas alemanas en él.

—Se llama Chateau de Vaumicel. ¡Perfecto! Vamos hacia allí —indicó. Mientras se disponían a marchar, un grupo de unos 50 hombres de su regimiento se unió a ellos. También traían varios heridos y habían tenido seis bajas. Iniciaron su marcha hacia el castillo. Estaban a unos tres o cuatro kilómetros de él, según calcularon. Avanzaban con cautela y despacio, ya que arrastraban a los heridos. Wilcox escogió a varios hombres, unos diez, y decidió adelantarse a los demás e ir indicando si el camino estaba libre de enemigos. Pronto habían desaparecido entre la negra noche.

El primero que notó algo raro en la noche fue el ametrallador *obergefreiter* Matthias Volk, que encaró el arma hacia el lugar de donde procedían unos ruidos que él creyó oír. Su cargador, el cabo Helmut Kraiss, preparó la cinta de balas de la potente *MG42*. Ya estaban preparados. Volk avisó por radio a los demás, de que algo iba a suceder en su zona. De repente, el capitán Wilcox cayó en el lago, frente al nido de ametralladora de Volk. La *MG42* ladró y segó la vida de los que iban con él, que cayeron pesadamente en medio de gritos de dolor. Varios cayeron también al lago. Wilcox se deshizo de su macuto, que le arrastraba irremisiblemente hacia el fondo de aquel lago, y extrajo su cabeza al poco, para respirar el oxígeno que le faltaba. Salió por otro extremo sin ser visto y se mantuvo estirado sobre el húmedo suelo. Estaba chorreando y preparó su pistola, pero no le habían visto. Oyó órdenes en alemán que no entendió. Pudo adivinar las figuras de varios soldados enemigos registrando los cuerpos de sus hombres caídos. Horst subió a la torre y vio que estaba todo en orden

allí arriba. Los técnicos seguían a la espera del amanecer y la llegada de los barcos.

El ruido de la ametralladora alemana no pasó desapercibido al resto de hombres de Wilcox, que iban avanzando penosamente algo más atrás. Habían encontrado otros compañeros y en ese momento serían unos 200 soldados con capacidad combativa, que se iban acercando al Château de Vaumicel. Ahora estaban al tanto de que había enemigos en la zona y avanzaron en dos grupos de unos 100 hombres cada uno. Los heridos se quedaron protegidos en un terraplén, a la espera de que sus compañeros acabasen el trabajo. Disponían de dos *bazookas*, bombas y ametralladoras de mano Thompson de 45mm de calibre, cada uno. Uno de los grupos entraría por el norte del castillo, como si viniese de la misma playa; el otro, por el sur, como de Bayeux. El tiempo iba pasando y los nervios entre los hombres de Horst iban en aumento.

—Debía de ser una patrulla —comentó acertadamente Emil, cuando trajeron objetos personales de los caídos.

—Y pertenecen a la división aerotransportada 101ª, una de las mejores o quizás la mejor de los Estados Unidos —Horst miraba con preocupación aquellos objetos como chocolatinas, tabaco, chicle, raciones envasadas, etc.

—Esto va muy en serio, y nuestra situación puede complicarse aquí. Pediré ayuda al teniente general Hellmilch —ordenó al radiotelegrafista del panzer que se comunicase con el cuartel general de la división 352.

Tras intentarlo varias veces, no fue posible. Seguramente tenían sus propios problemas también.

—Siga intentándolo —ordenó Horst al joven soldado carrista. De repente, nuevos disparos sonaron con intensidad fuera del castillo. Las MG de varios puntos de defensa, disparaban contra el enemigo. Parecía un ataque desde varios puntos a la vez. Al mismo tiempo, se escuchaba perfectamente el sonido de las Thompson que respondían al fuego alemán. Se escuchaban gemidos y gritos de dolor. Una explosión junto a la pared oeste retumbó con fuerza. Una de las posiciones MG acababa de ser destruida y sus servidores habían caído también. Desde uno de los ventanales centrales de una pared, una MG barrió a los soldados americanos que acababan de destruir el nido de ametralladoras. Había confusión y podía darse el caso de que disparasen sobre sus propios compañeros. Desde el SDKF 252, situado en la pared sur, se abrió un violento fuego de ametralladoras contra el casi invisible enemigo que iba aproximándose. De nuevo gritos y gemidos de dolor. Varias balas rebotaron sobre el blindaje del vehículo semi-oruga. Una bengala subió rauda hacia el cielo, iluminando la zona y mostrando claramente la situación. Había sido disparada por los atacantes y también permitió a Horst poder ver qué pasaba exactamente.

—¡El ataque viene de norte y de sur! Reforзад esas zonas —ordenó con rapidez.

El panzer se puso en marcha desde su posición en la puerta principal del castillo y avanzó hacia el norte. El SDKF 252, también en marcha, fue barriendo la zona con

sus dos ametralladoras de a bordo y ayudado por los nidos que allí había. El ruido ya era infernal y se combinaba con las explosiones de las bombas de mano. Otro nido había caído. Aunque la situación no era grave, aquello no era bueno. El SDKF giró hacia su derecha, sin cesar de disparar, cuando de repente un *bazooka* rugió en la oscuridad y acertó en la parte frontal del vehículo, inmovilizándolo. El blindado comenzó a arder con violencia e iluminó la zona perfectamente. El conductor había caído y los otros dos tripulantes salieron por la puerta trasera, siendo abatidos al instante por los americanos. Era una lucha sin cuartel. Un *Panzerfaust* escupió su carga hacia la zona de donde había partido el disparo del *bazooka*. El incendio del vehículo permitió ver cómo brazos y piernas volaban en el momento de ser alcanzados por el ingenio alemán.

—¡Los PAK son inservibles contra un ataque de infantería! ¡Que sus servidores se incorporen a la defensa de la zona sur con ametralladoras! —ordenó Horst mientras corría hacia la parte norte, tras ver el final del SDKF. Los cuatro soldados de los PAK se situaron de nuevo en los nidos de ametralladoras y comenzaron a segar las vidas de los soldados que se aproximaban. Parecía que aquello estaba controlado, por el momento. Horst estaba sufriendo por el Arca y los técnicos en la torre. Klaus estaba herido en la cara. Una venda sanguinolenta le tapaba una herida en la frente. Hermann también estaba herido en una mano. De momento, todo sin importancia. El panzer parecía controlar la situación en el norte, junto a las ametralladoras que no dejaban de ladrar en la noche. Hans-Joachim Trost y Hermann Kästner, ambos del grupo de Gross, habían caído también en el ala norte. El combate nocturno es una forma especialmente odiosa de luchar por el caos que suele producirse, y Horst y los demás lo sabían.

En el sur se combatía cuerpo a cuerpo y varios defensores ya habían caído, entre ellos Georg, malherido por una bayoneta. Alguien avisó a Horst, que corrió con Emil hacia la zona. Georg estaba todavía vivo, y su agresor yacía junto a él, muerto. Tenía el uniforme totalmente cubierto de sangre en la parte del abdomen. Balbuceaba palabras ininteligibles. Sus ojos, de repente, se quedaron fijos en un punto. Había muerto. Horst cerró los ojos de su camarada y tras cargarlo sobre su espalda lo llevó hasta el interior del castillo. Emil, que iba detrás, fue alcanzado por una ráfaga que le hirió y le hizo caer. El sargento Bauern, que había perdido también a sus dos hombres, ayudó a Emil a entrar en el castillo. Las MG de las paredes laterales del castillo, el panzer y un solo nido MG seguían la lucha.

Los americanos habían tenido muchísimas bajas, pero un contingente de su regimiento que se había extraviado en el descenso se unió a sus compañeros en el ataque. Eran unos trescientos hombres más materiales. Wilcox se había abierto paso en la refriega y había logrado tomar el mando de nuevo. Inició el asalto al castillo utilizando los *bazookas* para silenciar los nidos MG. Las explosiones se sucedían y

acallaban los puntos de defensa alemanes. El panzer recibió el impacto de un *bazooka* y comenzó a arder. Sus tripulantes abrieron las escotillas y abandonaron el vehículo en medio de una lluvia de balas que, milagrosamente, no les alcanzaron y les permitieron alcanzar el castillo. Habían tenido mucha suerte. El carro ardía como una pira, iluminando perfectamente la zona y pudiendo ser visto desde lejos. Los cinco hombres se incorporaron a la defensa del castillo en diversos puntos. Horst se sentía muy mal por la muerte de Georg y lo malherido que estaba Emil, que no auguraba nada bueno. Aunque Horst no lo sabía, más de 100 americanos habían caído ya en el asalto. Él no disponía de más de 18 hombres en aquel momento. Los cocineros también se unieron a la defensa tras solicitárselo a Horst. Este dio su consentimiento.

La batalla seguía, y era cuestión de tiempo que los americanos tomaran la fortaleza; Horst y sus hombres no se engañaban en esto. Las paredes del castillo mostraban los signos del combate. En aquel momento estalló el panzer, ya que el incendio había alcanzado a las municiones. El estruendo fue monumental y acalló todos los demás sonidos de la batalla. Debió de escucharse en varios kilómetros a la redonda. Pesados trozos de acero incandescente llovieron por doquier y alcanzaron mortalmente a varios atacantes. Por un momento, la batalla se detuvo. Los atacantes parecían confusos. Pero solo fue un instante, luego se reanudó con más violencia. El capitán Wilcox fue alcanzado en una pierna y Gross también estaba malherido e inconsciente. También habían caído tres hombres más de su grupo: Willy Seelig, Alfred Stümpel y Werner Schüler. Prácticamente ya no había defensa externa alrededor del castillo. Las MG42 y MP40 escupían su fuego desde los ventanales del edificio. Klaus y Hermann, que disparaban con una MG parecían dos locos. Su aspecto era demencial, pero no detenían el fuego de su arma que, con diabólica precisión, iba haciendo caer a aquellos hombres como bolos.

Parecía que el día quería abrirse paso entre la negra noche. Se vislumbraba débilmente su presencia. Aquello aceleraba las cosas, había que darse prisa, ya que la flota aliada llegaría en cualquier momento. Horst sentía la situación, la pérdida de sus compañeros y el equivocado rumbo que estaban tomando los acontecimientos. El SDKF ya no ardía y sirvió de punto de apoyo para los atacantes, que se resguardaban tras él. Klaus cogió un *Panzerfaust* y se puso en otra ventana, mientras Hermann seguía disparando con la MG. Klaus apuntó tranquilamente y disparó. El impacto levantó el pesado vehículo y la explosión mató a todos los que estaban detrás de él.

Pero un francotirador americano pudo vislumbrar la silueta de Klaus junto al ventanal y en un segundo le disparó, alcanzándole en la cabeza. Murió al instante. Hermann, al ver caer a su compañero, fue hasta él y le abrazó. El cuerpo de Klaus estaba inerte y con los ojos cerrados. La bala explosiva le había destrozado la cabeza por el orificio de salida de la bala. Lleno de sangre, Hermann dejó a su amigo suavemente en el suelo y regresó con más furia a su puesto MG. Uno de los pilotos

de tanque se unió a él en el puesto y le ayudó con los peines de balas. Disparaban ininterrumpidamente, causando enormes bajas al enemigo. Un *bazooka* apuntó al ventanal de Hermann y fue disparado. La explosión dejó cegados y gravemente heridos a los dos soldados. Hermann llamaba a Horst y a Klaus con una voz cada vez más débil. Su compañero ya había muerto. Hermann le acompañó a los pocos minutos.

Uno de los hombres de Gross, Johannes Günther, informó a Horst de lo que acababa de suceder. Horst creyó volverse loco, pero debía mantener la cabeza fría para actuar con precisión. Los ocho hombres que quedaban debían cubrir el castillo en grupos de dos en sus cuatro alas. Había dos heridos, Emil y Gross que se mantenía inconsciente. Aún quedaban MG disponibles, armas de mano y *Panzerfausts* para mantener la defensa. Dio las órdenes pertinentes y subió a la torre con los técnicos. La torre había recibido algún impacto, pero seguía en buen estado. Los tres científicos, también armados, estaban sentados en el suelo y habían protegido el Arca con unas planchas metálicas que les había dado Klaus antes del asalto. Había sido una idea suya. De forma rápida, Horst explicó la situación a los tres e indicó la necesidad de llevar adelante el proyecto y disparar sobre los barcos lo antes posible. Era una situación extrema.

Se oía el fuego de las armas en todas las alas de la fortaleza. Tres americanos trataron de utilizar uno de los PAK que se habían quedado fuera, pero el percutor del arma había sido retirado por sus servidores. Era un cañón inservible. El sargento Bauern acabó con ellos sin piedad. Los tres técnicos comenzaron a preparar el Arca mientras Horst observaba la costa con unos gemelos de campaña. La luz permitía ver muy difícilmente lo que podrían ser siluetas de naves, aunque había niebla baja y eso no ayudaba para disparar correctamente. El capitán Wilcox indicó que veía sombras en la torre y que aquello podría ser peligroso. Se había vendado la pierna y seguía al frente de sus hombres. Tres *bazookas* apuntaron directamente a la torre y dispararon. El impacto de los tres proyectiles al unísono fue tremendo. Piedras de la torre cayeron formando un agujero muy grande en un lateral.

Entre las piedras se podían adivinar los cuerpos de tres soldados que habían caído al mismo tiempo que la torre. Horst trataba de asirse a la mesa del Arca. A los pocos segundos, el suelo de la torre se hundió verticalmente, barriendo a su paso las escaleras internas. Horst, malherido, cayó junto al Arca hasta un subterráneo del castillo. No podía moverse. Algo le había atravesado las costillas y le costaba mucho respirar. Oía lejanamente el ruido de las explosiones y los disparos que continuaban allí arriba. No sabía dónde estaba, pero era un lugar muy oscuro y húmedo. Pensó que debía de ser un pasillo subterráneo de la fortaleza. Quiso incorporarse, pero no podía. Su situación era grave. Muchos cascotes estaban sobre él y sobre el Arca. Era difícil que alguien tuviese la más remota idea de que él estaba allí. Pensó en Alemania,

pensó en su familia. Le dolía mucho la herida y notaba escapar su vida. La lucha continuaba.

Los trabajadores se encontraron frente a la pared tapiada de un antiguo paso subterráneo en el Château de Vaumicel.

—Otro túnel más —dijo Henry, el más joven de los cuatro—. ¿Lo abrimos?

Gerard, el viejo capataz, lo tuvo claro:

—No toquéis nada, ya sabes cómo se enfada la familia —señaló hacia arriba— cada vez que husmeamos por aquí abajo. Nuestro trabajo es reparar la conducción del agua y ya nada más.

El capataz sabía que mirar por allí solo podía traer problemas, como cuando él tapió ese paso poco después de la guerra y lo que allí había. El castillo había quedado casi en ruinas, y había sido un trabajo de reconstrucción muy duro. Todos habían perdido algo o a alguien y lo mejor era olvidarlo. No se lo comentó a nadie. Siempre creyó que había sido una buena decisión. Iba a jubilarse pronto, para qué meterse en líos. Ya habían pasado demasiadas cosas en el Château de Vaumicel.

## XIV. El final de la Campana

Este proyecto ultrasecreto solo pudo tener un final digno de su misterio. El SS *Gruppenführer* y Teniente General de la Policía Jakob Sporrenberg, que desde el 28 de junio de 1944 comandaba el grupo de seguridad del Gauleiter de la Baja Silesia, Karl Hanke, estuvo involucrado en el proyecto de la Campana y su seguridad. Sporrenberg fue capturado por las tropas británicas, pero fue entregado a los polacos, ya que había sido un alto oficial de las SS en Polonia. Si los británicos hubiesen tenido la más remota idea de quién era aquel oficial SS y sus implicaciones, no lo hubiesen entregado a los polacos con tanta facilidad. Aunque no todo, una buena parte de lo que se sabe hoy de la Campana procede de él y de su testificación ante un tribunal polaco.

Sporrenberg era un oficial veterano de la policía SS que estaba en Polonia y al que se le encomendó ayudar al general Kammler en todo lo que pudiese necesitar para sus desarrollos. Para tener una idea sobre quién era Sporrenberg, diremos que era un oficial al mismo nivel que Ernst Kaltenbrunner, el austríaco que sustituyó a Heydrich tras su asesinato en junio de 1942, como máximo responsable de la seguridad del Reich. Sporrenberg fue nombrado comandante del *Waffen SS VI Korps* bajo las órdenes del *Obergruppenführer SS* Walter Krüger. El hecho de que Sporrenberg tuviese que ver con Kammler y fuese asignado para garantizar el comando especial de evacuación de todo el equipo del general y su material indica lo importantes que eran ese comando y el plan de evacuación aprobado por el mismo Martin Bormann, y lo muy secretos que eran ese plan y ese comando.

Sporrenberg fue juzgado y condenado a muerte el 6 de diciembre de 1952, pero no antes de que hubiese testificado en secreto ante la corte polaca. Su confesión, según lo que se sabe, sigue siendo material clasificado y tenía que ver con su papel en la Baja Silesia para la evacuación de tecnología de alto nivel, documentos, personal y su participación en el asesinato de 62 científicos y ayudantes de laboratorio que estaban involucrados en un proyecto ultra-secreto de las SS en una mina cerca de Ludwigsdorf, una población en las colinas al sudeste de Waldenburg y cerca de la frontera con Checoslovaquia. Una frase que se sabe que utilizó Sporrenberg durante su interrogatorio fue «compresión del vortex», lo que lo relaciona con trabajos sobre la gravedad y su manipulación.

El hecho fue que en abril de 1945, cuando la Campana fue evacuada de su laboratorio subterráneo secreto en la Baja Silesia, justo antes de la ocupación por parte del Ejército Rojo, las tropas SS de Sporrenberg ejecutaron al personal técnico que estaba involucrado en la investigación, desarrollo y aplicación de este extraordinario ingenio. Fue una orden terrible lanzada por el general Kammler, pero que podía tener su sentido en aquellas circunstancias y ante el peligro de que esa

tecnología y sus científicos cayesen en manos comunistas y el desarrollo continuase en el «paraíso del proletariado».

A las órdenes de Bormann y Kammler, y respondiendo ante el Gauleiter Hanke, la labor adicional de Sporrenberg fue disponer de una «vía norte» de evacuación hacia Noruega, que se mantuvo en poder alemán hasta el final de la guerra. Un avión Ju 390 de seis motores, según testigos, bien camuflado y con los colores azul y amarillo de Suecia, era el último que estaba operativo en ese momento y pertenecía al KG 200. Estaba en esos días en Praga y voló desde dicha ciudad hasta Ludwigsdorf, con casi total seguridad al aeropuerto de Opeln, hoy, Opole, en Polonia, y cargó todo este material. Luego voló hasta la base aérea de Bodo, en Noruega. Tras esta parada, y después de despegar, el avión, el general Kammler y la Campana sencillamente desaparecieron...

Los alemanes habían previsto otros planes de evacuación ante la ofensiva soviética. Por ejemplo, la NKVD rusa en Polonia supo que el *SS-Obersturmbanführer* Otto Neumann, que estaba a cargo de un comando en Breslau, era el responsable de todas las vías de escape hacia el sur y, concretamente a España y Sudamérica. Neumann nunca fue capturado, pero se sospecha que huyó a Rhodesia, donde parece que se le vio años después de finalizada la guerra.

En la aplicación del Plan Sur se estima que el puente aéreo alemán, establecido con el sur de Europa llegó a transportar más de 10.000 toneladas de equipo técnico de alto nivel y documentación, durante los últimos meses de la guerra, a través del escuadrón secreto KG 200 de la Luftwaffe. También este Plan Sur disponía de otra ruta opcional de escape, aunque más compleja y arriesgada, a través de los puertos en el norte del Mar Adriático que seguían en poder alemán y utilizando *U-boots* en misiones muy difíciles, salvando el control aliado en el Mediterráneo y el Atlántico.

Todo esto nos lleva a preguntas lógicas, demoledoras e inquietantes que no han sido respondidas por ahora. ¿Por qué la testificación ante un tribunal por parte del *SS Gruppenführer* y Teniente General de la Policía Jakob Sporrenberg está todavía clasificada ante la opinión pública? ¿Qué pudo decir ante el tribunal polaco que hoy, más de sesenta años después, puede ser peligroso, sorprendente o improcedente? ¿Qué tipo de tecnología conoció Sporrenberg que no puede ser explicada ante los medios de comunicación actuales? ¿Pueden cambiar algunos principios de la Historia tal como está escrita oficialmente? ¿Qué supo Sporrenberg del destino del general Krammler y de la Campana? ¿Por qué el general George Patton se desvió tanto de su ruta de penetración en Alemania y se dirigió a Checoslovaquia a toda marcha? ¿Qué debía capturar antes de que cayese en manos soviéticas? ¿Quién le ordenó ir hacia allí y por qué? ¿Qué esperaban encontrar en Bohemia y Moravia? ¿Por qué Patton murió en un extraño y oportuno accidente de coche a finales de 1945? Las preguntas pueden seguir indefinidamente...

Aunque lentamente, la apertura de muchos archivos secretos de Rusia, Estados Unidos, Inglaterra, Polonia y Alemania tras la caída del muro y del comunismo está permitiendo entrar, poco a poco, en una historia muy diferente y fascinante a la que nos tenía acostumbrados la versión oficial. De todas maneras, todavía millones de documentos se hallan bajo el epígrafe «clasificado» o «alto secreto» en los países arriba mencionados. En muchos casos se ha superado el número de años que dicta la ley para su apertura pública, sin embargo no se ha cumplido dicha ley por parte de los gobiernos implicados y siguen en secreto. ¿Por qué?

Si seguimos con las preguntas, ahora pasamos a otro personaje muy famoso: ¿Por qué los documentos del doctor Gerlach están aún clasificados y no es posible acceder a ellos? ¿Qué explican sobre la Campana? ¿Hasta dónde llegó la tecnología alemana? ¿Qué tipo de física diferente fue desarrollada? ¿En qué fue aplicada? ¿En qué puede afectar esta documentación en pleno siglo XXI?

Si fue una cruzada contra el mal debemos conocerlo en profundidad para que no se repita. De lo contrario, siempre existirá la duda de la honradez de muchas actuaciones, personajes y propaganda aliada vertida contra Alemania. Tenemos derecho a dudar.

— FIN —

# Anexo

## Trilobites



Los trilobites fueron criaturas marinas invertebradas cuyos fósiles datan de entre 600 y 225 millones de años. Su aspecto era como el de una pequeña langosta y podían tener cierto parentesco con los crustáceos, las arañas y los cangrejos de herradura. Todavía hoy se trata de definir este punto. Es uno de los fósiles más populares y se hallaba prácticamente en toda la Tierra. Como es fácil imaginar, su número debió de ser considerable.

## Las huellas que pisaron trilobites



Durante el verano de 1968, William J. Meister, coleccionista aficionado a los fósiles de trilobites, partió en dos trozos un bloque de pizarra en Antelope Springs, Utah. Lo que halló rompió sus esquemas. Dentro del bloque había, perfectamente definida, una huella de calzado humano fosilizada. Lo más sorprendente es que esa huella acababa de pisar dos pequeños trilobites que también se hallaban fosilizados con ella. La huella indicaba que se trataba del pie derecho, y el tacón sobresalía un octavo de pulgada sobre la suela.

El 4 de julio de 1968, Meister llevó al doctor Clarence Coombs, del Columbus Union College de Tacoma, Maryland, y al geólogo Maurice Carlisle, de la Universidad de Colorado, en Boulder, al lugar del hallazgo. Carlisle estuvo cavando y comprobando la zona durante varias horas y determinó, junto al doctor Coombs, que toda el área había estado en la superficie en algún período histórico. Por ello, también dictaminó que los fósiles que allí había eran genuinos. Según estimó eran del período Cámbrico o, lo que es lo mismo, de algún momento entre los 590 a los 505 millones de años de antigüedad. ¿Quién convivió con los trilobites en aquellos remotos tiempos? ¿Pudo ser una misión en el tiempo?

## Un martillo demasiado antiguo



En 1936 el matrimonio formado por Max Hahn y su esposa caminaba por Reed Creek, cerca de London, Texas. Reed Creek se halla en el llamado Edwards Plateau y está formado por rocas del Cretácico. Es una zona de fósiles muy conocida. El matrimonio observó una protuberancia en la roca. Lograron extraer de ella este piolet/martillo incrustado en la roca cuya composición es 96% hierro, 2,6% clorina y 0,74% sulfuro. No hay carbón en él. El interior del metal es muy puro y sin burbujas. Las pruebas de densidad han demostrado que es de una calidad excepcional.

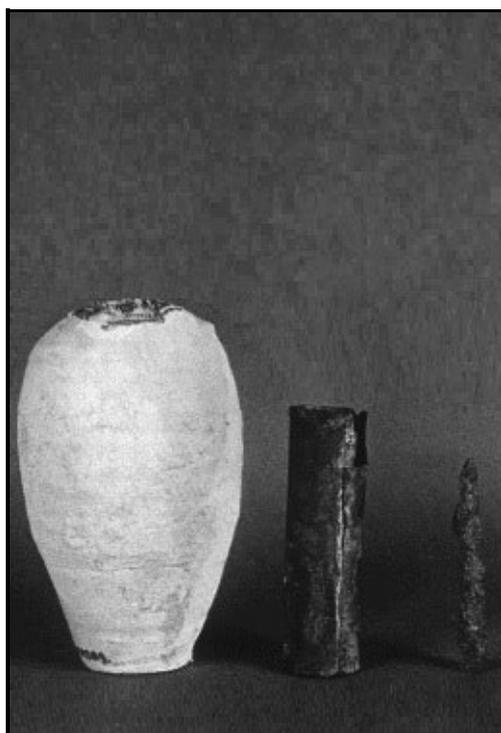
Se conjetura que pertenece al período Cretácico. Se calcula que tiene sobre 300 millones de años, y puede verse en el Creation Evidence Museum de Texas, USA. ¿Quién puso dejar un martillo tipo piolet en aquella época? ¿Qué uso le daba?

## Una huella de mano en El periodo cretácico



En 1995 se halló en Weatherford, Texas, una mano humana impresa en una roca del período Cretácico. Los cinco dedos son claramente visibles y no dejan lugar a dudas. El escáner con el que se investigó la huella demostró que se observaban las marcas de la uñas de los dedos pulgar y mediano. No es una mano simiesca. ¿Quizás un ser humano quiso dejar su impronta más característica en aquel tiempo?

## Una batería de 2.000 años



En 1936 El doctor Wilhelm König, del Museo de Iraq en Bagdad, descubrió un objeto muy peculiar en una expedición a Khujut Rabu'a, al sudeste de Bagdad. El objeto era una vasija de arcilla de 14 centímetros de alto y de un diámetro máximo de 8 centímetros. Tenía una apertura superior de unos 33 milímetros y en su interior había un cilindro hecho con una lámina de cobre de altísima pureza. Dicho cilindro medía unos 10 centímetros de alto y tenía un diámetro de 26 milímetros. La parte inferior del cilindro estaba cerrada por otra lámina de cobre de la misma pureza que el resto y sellada por una fina capa asfáltica de unos 3 milímetros de espesor.

Una gruesa tapa del mismo material estaba puesta a presión en la parte superior del cilindro. El centro de esa tapa estaba formado por una sólida barra de hierro que en ese momento tenía unos 75 milímetros de diámetro debido al desgaste, pero que nueva debía de haber tenido un centímetro. La parte central de esta barra mostraba un desgaste que no se mostraba en los extremos superior e inferior. ¡Era el desgaste normal de una batería eléctrica! El problema era que esa batería tenía más de 2.000 años y producía entre 1.5 y 2 voltios. ¿Quién había enseñado la tecnología para obtener corriente eléctrica? ¿Por qué?

## Los bajorrelieves de Abydos



En Abydos, Egipto, había un antiguo complejo de templos, necrópolis, lagos sagrados y un gran templo dedicados a Osiris. En él hay un bajorrelieve que muestra lo que parecen artefactos actuales, perfectamente definidos, y que dan lugar a dudas. ¿Cómo es posible? ¿Con quién estuvieron en contacto los egipcios para cincelar esas imágenes tan claras? ¿Qué conocían los egipcios de esa tecnología? ¿O simplemente lo vieron y lo copiaron?

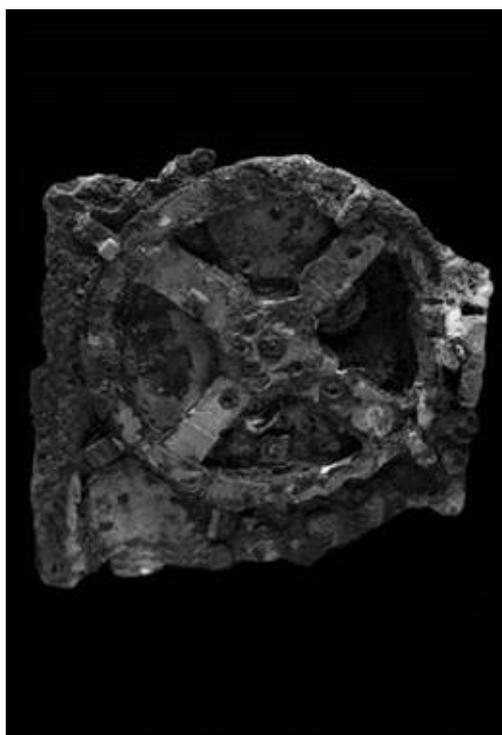
## ¿Balas hace 38.000 años?



En 1921 se halló en Rhodesia un cráneo humano con un orificio de entrada y otro de salida de lo que era claramente una bala, que mató a un hombre hace 38.000 años, según el carbono 14. Un doctor alemán, experto forense, determinó sin dudas que había sido una bala lo que había provocado la muerte del hombre. El cráneo está en el Museo de Historia Natural de Londres. El calibre era de 7.62mm, la munición militar más habitual.

Por otro lado, en el Museo Paleontológico de Moscú se halla el cráneo de un bisonte siberiano, con más de 50.000 años de antigüedad, que también tiene un orificio de bala en la frente. Según los análisis científicos realizados, no solo se trata de una bala sino que, sorprendentemente, el animal sobrevivió a ese impacto. ¿Quién se dedicaba a hacer safaris en la antigüedad con armas de fuego como las nuestras?

## El mecanismo de Antikythera



En el año 1900, Elias Stadiatos, un buscador de esponjas griego, no estaba seguro de lo que había encontrado entre los restos de un antiguo barco mercante griego hundido cerca de Antikythera. El objeto hallado está en el museo de Arqueología de Atenas y muestra lo que debió ser un complejo mecanismo astronómico de alta precisión. Es el artefacto más complejo que se ha hallado, ya que predice los eclipses solares y lunares, basados en los ciclos matemáticos de Babilonia. También indica las posiciones planetarias de nuestro sistema solar. Los rayos X han mostrado un complejo sistema de 30 piñones en un engranaje que va más allá de lo que la ciencia tradicional otorga a la cultura griega.

¿Quién lo construyó entonces? ¿Qué tecnología había que no conocemos? ¿De dónde vino esa tecnología que rompe los paradigmas de la ciencia oficial? No hay respuesta para ello.

Y una última pregunta histórica muy interesante:

¿Por qué la división de infantería alemana 352, al mando del teniente general Heinz Hellmilch, estaba en las playas en el momento del desembarco y los servicios secretos aliados no la detectaron y seguían creyendo que estaba de maniobras a casi 30 kilómetros de la playa Omaha? ¿Qué supo el teniente general Hellmilch para ordenar el rápido repliegue de su división del campo de maniobras y situarse a la espera en las playas con el mortífero resultado entre los asaltantes que produjo? ¿Quién le informó de lo que iba a pasar?

*Berlín-Sitges, junio 2007*

## Agradecimientos

**JUAN MANUEL DESVALLS:** Como en *Operación Hagen*, también ha querido colaborar conmigo con la atenta lectura y crítica del manuscrito original. De nuevo su criterio ha sido excelente y ha sabido dar empuje a la obra en general con detalles minuciosos y matices muy interesantes. Juan sabe que tiene todo mi aprecio y gratitud.

**ALFONSO MONTERO:** Le pedí otra vez su colaboración como persona ajena a muchos de estos asuntos, y como buen amigo me prestó todo su tiempo. Hemos hablado mucho sobre lo que el libro explica y él ha entrado en asuntos relacionados con la historia, de mucho interés para los lectores. Su ayuda ha sido muy importante y, de nuevo, le estoy profundamente agradecido.

**ALFONSO VIÑUELA:** Excelente amigo que insistió en que escribiese sobre todo este proyecto ultrasecreto cuando le comenté lo que iba sabiendo a medida que avanzaba en mi búsqueda de información. Se mostró siempre muy interesado y me facilitó algunas informaciones muy importantes.

**STEFAN GRABINGER:** Desde Munich y Berlín, ha colaborado conmigo en la búsqueda de material inédito y, al igual que en *Operación Hagen*, en la traducción de complejas palabras técnicas y militares en alemán. Su ayuda ha sido vital para la comprensión y la toma de sentido de mucha información clave.

**JOSÉ M<sup>a</sup> SIRVENT:** Siempre ha tenido comentarios muy interesantes, basados en sus amplios conocimientos técnicos y militares, que reconozco y admiro. Creo que este libro tiene una deuda con él y el tiempo que ha ‘robado’ a su familia para ayudarme.

**VICTOR GORINA:** Sus conocimientos de estructura y estilo gramatical me han ayudado a poder hacer comprensible un texto complejo en muchos de sus tramos. Le estoy profundamente agradecido por su tiempo y trabajo en este libro.

Y a muchas otras personas en varios países, entre ellos España, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos que, desinteresadamente, han colaborado conmigo aportando valiosa información.

A todos ellos, mi agradecimiento.

## Bibliografía

**AL-KHALILI, JIM**, *Black Holes, Wormholes & Time Machines*, Taylor and Francis, 1999.

**BLACK, EDWIN**, *War Against the Weak: Eugenics and America's Campaign to Create a Master Race*, Thunder's Mouth Press, 2004.

**BLACK, FLETCHER**, *Secret Weapons Over Normandy*, Prima Games, 2003.

**BRAUNSTEIN, S.L.**, *Quantum Information with Continuous Variables*, Springer, 1999.

**BROBERG, GUNNAR**, *Eugenics and Welfare State: Sterilization Policy in Denmark, Sweden, Norway and Finland (Uppsala Studies in History of Science)*, Michigan State University Press, 2005.

**BRUINIUS, HARRY**, *Better for All the World: The Secret History of Forced Sterilization and America's Quest for Racial Purity*, Vintage, 2007.

**CARELL, PAUL**, *Sie Kommen* Gerhard Stalling Verlag, 1960.

**CLEGG, BRIAN**, *The God Effect: Quantum Entanglement, Science's Strangest Phenomenon*, St. Martin Press, 2006.

**DARLING, DAVID**, *Teleportation: The Impossible Leap*, Wiley, 2005.

**DEUTSCH, DAVID**, *The Fabric of Reality: The Science of Parallel Universes and Its Implications*, Penguin, 1998.

**FORD, ROGER**, *Germany's Secret Weapons in World War II*, Zenith Press, 2000.

**GEORG, FRIEDRICH**, *Hitler's Miracle Weapons: Volume 1, 2 and 3. From the 'America Rocket' to an orbital Station. Germany's Efforts to Develop Intercontinental Weapons and the First Space Programme*, Helion and Company, 2007.

**GOTT, J. RICHARD**, *Time Travel in Einstein's Universe: The Physical Possibilities of Travel Through Time*, Taylor and Francis.

**GRIBBIN, JOHN**, *Time-Warps*, Nueva York, 1979.

**GRIELH, MANFRED**, *Luftwaffe X-Planes: German Experimental and Prototype Planes of World War II*, Greenhill Books, 2006.

**HARGREAVES, RICHARD**, *The Germans in Normandy*, Pen and Sword, 2006.

**HEFFERN, RICHARD**, *Time Travel: Myth or Reality*, Pyramid Publications, Nueva York, 1977.

**JUL, STEFAN**, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism and German*

*National Socialism*, Oxford University Press, 2002.

**KING, MORAY B.**, *Quest for Zero Point Energy Engineering Principles for Free Energy*, Adventures Unlimited Press, 2002.

**KING, MORAY B.**, *The Energy Machine of T. Henry Moray: Zero Point Energy and Pulsed Plasma Physics*, Adventures Unlimited Press, 2005.

**KRAUSS, LAWRENCE M.**, *Hiding in the Mirror: the Mysterious Allure of Extra Dimensions, from Plato to String Theory and Beyond*.

**LAUGHLIN, ROBERT B.**, *A Different Universe: Reinventing Physics from the Bottom Down*, Amazon Remainders Account, 2005.

**LIEN, WILLIAM**, *Occult Ether Physics: Tesla's Hidden Space Propulsion System and the Conspiracy to Conceal It*, Creatopia Productions, 1998.

**MELTON KNOCKE, MELANIE**, *From Blue Moons to Black Holes: A Basic Guide to Astronomy, Outer Space and Space Exploration*, Prometheus Books, 2005.

**MEYER, INGOLF**, *Luftwaffe Advanced Aircraft Projects to 1945: Volume 1*, Midland, 2007.

**RANDALL, LISA**, *Warped Passages: Unraveling the Mysteries of the Universe's Hidden Dimensions*, Harper Perennial, 2006.

**RANGLES, JENNY**, *Breaking the Time Barrier: The Race to Build the First Time Machine*, 1st Paraview Pocket Books Trade Pbk, 2005.

**STERN, ALEXANDRA MINNA**, *Eugenic Nation: Faults and Frontiers of Better Breeding in Modern America*, University of California Press, 2005.

**TRINKAUS, GEORGE B. Y U.S. NAVY**, *Magnetic Amplifiers*, High Voltaje Press, 2000.

**TRINKAUS, GEORGE Y TRINKAUS, GEORGE B.**, *Tesla: The Lost Inventions*, High Voltaje Press, 1998.

**VALONE, THOMAS**, *Electrogravity Systems: Reports on a New Propulsion Methodology*, Integrity Research Institute, 1995.

**WILKINS, HAROLD T.**, *Strange Mysteries of Time and Space*, Citadel Books, Londres, 1958.

**WINFREE, ARTHUR T.**, *When Time Breaks Down*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1987.



**Felipe Botaya García** (Londres, 1953). Tras haber prestado servicio en conocidas multinacionales y trabajado en Inglaterra y Oriente Medio, desde hace varios años Felipe Botaya es profesor y conferenciante en varias universidades y prestigiosas escuelas de negocio tanto en España como en el extranjero. Ha sido autor de otros libros relacionados con el mundo de la empresa.

Su inquietud por temas históricos poco conocidos relacionados con la II Guerra Mundial le llevó a tratar el proyecto atómico alemán desde una nueva perspectiva, que seguramente será sorprendente para muchos lectores, pero que se ciñe a la verosimilitud del momento y los personajes.